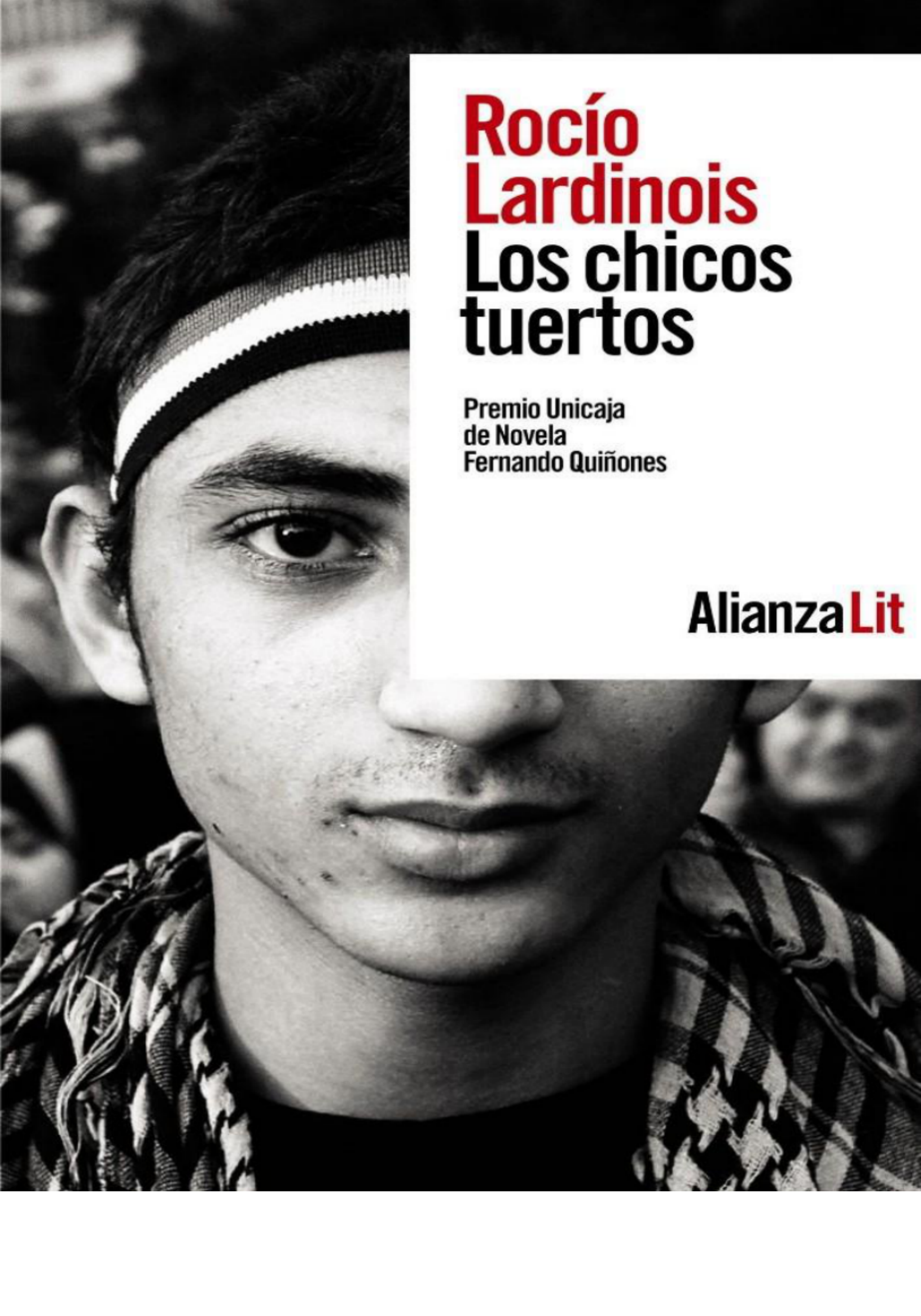

Rocío
Lardinois
Los chicos
tuertos
Premio Unicaja
de Novela
Fernando Quiñones
AlianzaLit

Rocío Lardinois

Los chicos tuertos

Alianza editorial

A los jóvenes de la calle Mohamed Mahmoud

«No sabemos nada del pasado lejano porque no estuvimos; no sabemos nada del presente porque estamos en él. Solo del pasado vivido por nosotros mismos podemos, recordándolo después, sacar un poco de saber, un saber muy poco seguro»..

Víctor Klemperer, *Quiero dar testimonio hasta el final*

I. Los muros se estrechan

1. El toque de queda

Bajaba la calle Talaat Harb cuando pasaron los furgones militares camino de la plaza Tahrir. Aún podía echarme atrás. Faltaban cincuenta minutos para las siete. Ya cuarenta y nueve. El cronómetro se disparaba en cuanto los soldados se ponían en movimiento. Chirrió el metal; apreté el codo contra el costado. Llevaba el paquete debajo del brazo, envuelto en la chaqueta, como un principiante. Bastaba un traspiés para que se me escurriese. Tardaba quince minutos en llegar al puente de Kasr el Nil, cruzando la plaza a la carrera. Y otra media hora en ponerme a salvo con la misión cumplida. Los soldados arrastraron las barreras de seguridad sobre el asfalto, dejando un pasillo para los últimos coches. Ya divisaba el primer control, a la entrada de la plaza.

No era festivo, pero olía como si lo fuera: a *chawarma,* a *kofta,* a carnes a la brasa, a coles rellenas, a todo lo que uno pudiera desear. La gente acaparaba provisiones en las desgracias como en las fiestas. Salían atropelladamente de los comercios, con bolsas llenas a reventar. Las asas les cortaban los dedos, descargaban los bultos y hacían una pausa. Avanzaban a trompicones, rogándole a dios que los protegiera. Rápido, los soldados aguardaban la orden de sellar Tahrir. Suelten lastre, déjense de tanta plegaria y corran, maldita sea. No tardarían en aparecer las tanquetas. Muévanse, grité, como si no supieran la hora que era.

Me giré en cuanto llegamos al primer control. Los rezagados no seríamos más de treinta. Después de nosotros, no pasaría nadie. Sin una palabra, uno de los soldados alzó el brazo. Formamos una fila. Sonó un teléfono. El oficial que decidiría la suerte de cada uno se echó a un lado y contestó la llamada. Los militares solían ignorar a los viejos y a los cojos por inofensivos. Yo entraba por suerte en ambas categorías. Delante de mí, un chico sujetaba el manillar de una bicicleta que tenía pinchada la rueda trasera. Éramos del mismo equipo de fútbol; llevaba la camiseta roja del Zamalek. Tendríamos de qué conversar si el trámite se alargaba.

—¿Dónde quieres que esté? Estás loca, loca de remate —gritó el oficial.

Por el tono de voz y lo mucho que gesticulaba, aquella pelea de alcoba iba mal encaminada. En la cola, la gente se impacientaba y

murmuraba. De un oficial malhumorado no cabía esperar nada bueno. Bajó la voz y ya no entendí lo que decía. En cuanto se guardó el móvil, no me sorprendió que les gritara a los soldados:

—Documentación. ¿Es que no me habéis oído? Ya estáis pidiendo los carnés.

La gente no se atrevía a increpar al oficial directamente, así es que lo maldecía por lo bajo y en tercera persona del plural. Que Dios les queme la casa, como si no supieran que después hay otro control. No tienen sangre en las venas, nos tratan como a animales. Fuimos pasando de uno en uno delante de los soldados. Los primeros de la fila extendieron el brazo, como si saludaran, y mostraron el carné.

—A un lado si no residen en Dokki, Mohandisín, la Aguza o Zamalek —ordenó el oficial.

Los soldados se acercaron a las manos tendidas comprobando las direcciones. Yo no vivía en ninguno de aquellos barrios, en la otra orilla del Nilo. Necesitaba un pretexto que les enterneciese. Una hija enferma, o mejor aún, en su lecho de muerte, una historia así funcionaría a buen seguro. Si acaso el problema lo tendría cuando volviera a cruzar el control, una vez concluido el asunto del puente. Siempre podía decirles que me habían fallado las fuerzas. Por esta maldita pierna, señor oficial, si usted supiera lo que me hace sufrir. El chico de la bicicleta estaba intranquilo; volvía la cabeza buscando una salida. Al igual que yo, debía de esconder algo, tal vez una china de hachís. Quedaban tres o cuatro personas delante de nosotros cuando giró el manillar.

—No seas loco —le susurré—. Tira lo que lleves, vamos, tíralo. Ya vienen los soldados. Sonríe y diles que tu hermana está de parto.

El chico me miró con un solo ojo; tenía una pupila desdibujada. No alcancé a decirle que mantuviera la calma, pues ya se había salido de la fila para volver sobre sus pasos. La gente miraba al frente o agachaba la cabeza por no buscarse problemas. Cuando el oficial le dio el alto, dos soldados se abalanzaron sobre el muchacho. La gente de la cola gimoteaba, yo no decía nada. Para salir por piernas, en algo sucio andaría. ¿Y no es tuerto?, eso me pareció. Tuerto, sí señora, uno de esos malnacidos y peor criados que no han aprendido la lección. Siempre armando follón, ya ven lo poco que les importamos. Una buena paliza, eso se merece, por su culpa ya no llegamos al otro lado. Los reclutas levantaron al chico del suelo y, agarrándolo por los brazos, lo condujeron hasta el oficial. El chico tuerto no se resistió. Se volvió a mirarme, como si me suplicara. No tenía forma de ayudarlo; le había advertido que no huyera; cada uno es responsable de sus actos.

—La bicicleta, la bicicleta —gritó.

Son cosas que se dicen sin pensar. Tenía cosas más graves de las que preocuparse: acababa de saltarse un control y era tuerto. La bicicleta se quedó varada en la acera. Arrastraron al chico detrás de las barreras de seguridad. Yo también me puse a mirar para otro lado, deseándole suerte; la necesitaría. El oficial ordenó entonces a los soldados que nos dejaran pasar. El chico tuerto me había salvado.

—¡Corred, corred! No vayan a cerrarnos el puente.

Atravesamos Tahrir apelotonados como gansos de granja, cuando pasaban los últimos coches. Aprisioné el paquete con el codo. En el siguiente control, agaché la cabeza, como los viejos que van mirando al suelo para no tropezarse. Exageré la cojera delante del oficial al mando. Estaba dispuesto a gemir de dolor, apelando a su compasión, pero no fue necesario. Cruzamos por el medio de la calzada hasta el puente de Kasr el Nil sin contratiempos. Ya no se oían cláxones. Me apoyé en la barandilla para recobrar el aliento, mientras los demás corrían hacia la otra orilla.

Desde que había toque de queda, me sentía forastero en la ciudad que me vio nacer. El puente solía estar animado hasta la madrugada, con parejas paseando, vendedores de altramuces, familias que tomaban el fresco, jóvenes subidos a la balaustrada chistándoles a las chicas, y alguno habría que se caería al Nilo. A las siete de la tarde, salvo las patrullas militares, ya no se veía a nadie por la calle. No había barcazas por el río alegrando la noche con su música estridente. Solo de fachada seguía siendo El Cairo. En todo lo demás era una ciudad desconocida. No me acostumbraba a ese silencio que ya iba para un mes. Había crecido en el ruido de El Cairo, como el arrullo protector del vientre materno, y aquella era una quietud de muerte.

Me acodé a la barandilla fingiendo que contemplaba las orillas del Nilo. Era una actitud insólita cuando todos corrían a sus casas. Miré disimuladamente a derecha e izquierda. No vi luz en las habitaciones del Hotel Kempinski. Lo mismo sucedía en otros hoteles de lujo, en los que solo el vestíbulo y el comedor estaban iluminados. En las terrazas con vistas al río apenas había mesas ocupadas. Los turistas nos habían vuelto la espalda por otros destinos soleados. El metal chirrió de nuevo. Los soldados cortaban el puente en ambos sentidos.

Me puse manos a la obra. Desenrollé la chaqueta; me temblaban las manos por la premura. Allí estaban los malditos libros, dos ejemplares de la misma novela, *Cuando calla la ciudad*. El autor era un indeseable, un canalla: Abderramán Munir. La cubierta del libro no era del gusto de los militares, con aquellos manifestantes alzando los puños en primer plano. Había sido una suerte que no me cachearan los

soldados. Ya no eran tiempos de manifestaciones y protestas. El Cairo había vuelto a callar, como en el título de la novela de Munir. Se rumoreaba que el autor había saltado de ese mismo puente muchos años atrás. El cuerpo no apareció. Abderramán Munir se había ahogado, y yo le devolvía sus malditos libros. En cuanto caía en mis manos algún ejemplar suyo, volvía al puente sin tardanza.

Extendí el brazo, arrojé un libro y después el otro. Me incliné sobre la barandilla, como asegurándome de que no flotaran. Desaparecieron al momento. Sentí un chasquido en la cabeza, se abrió una compuerta, y después sosiego, igual que si me inyectaran un tranquilizante. Aquella tregua se disipaba después de unas horas, un día, a veces algo más.

—¿Es que no ve la hora que es?

El soldado me gritó secamente que circulara.

—¿En qué estarán pensando esos? Ya lo han vuelto a hacer. Los dejan pasar —le dijo su compañero señalando hacia Mohandisín.

Un coche se dirigía hacia nosotros. Una mujer se asomó a la ventanilla y trató de negociar con los soldados.

—Por aquí no se pasa, ya están dando media vuelta. ¿Y usted qué hace ahí parado? ¿No le he dicho que circule?

Desanduve el camino. Faltaba muy poco para que la ciudad se paralizara. Si me ponían pegas en los controles, me remangaría el pantalón para mostrarles la cicatriz de la pierna. Mientras llegaba, estuve ensayando lo que les diría, ya me están viendo, cojo y sin fuerzas. Por fortuna, los soldados me ignoraron. Crucé la plaza desierta, tan aprisa como pude, cuando se aproximaban dos tanquetas para cerrar los accesos. Ya sí que no pasaba nadie.

El camino más corto para volver a casa era todo recto por la calle Mohamed Mahmoud. Dejaba atrás el mural de los mártires y torcía a la izquierda. Siempre que podía, evitaba ese trecho de calle. No quería vérmelas con los ángeles, pero se me había hecho tarde para dar un rodeo. Me armé de valor. Inspiré y expulsé el aire profundamente. Seguí adelante con la vista al frente. No se oía el alboroto de los periquitos. La pajarería tenía las luces apagadas. La calle se había llenado de aleteos verdes, azules y amarillos durante las revueltas en las que habían muerto aquellos chicos. Por cada uno, habían pintado un ángel. Me supe vigilado, aunque no vi a nadie asomado a las ventanas. Eran ellos, sí, aquellos ángeles. No sabía cómo se llamaban ni quién los había pintado. Aquellos chicos habían muerto, pero yo, un viejo, seguía vivo.

Torcí a la izquierda y aceleré. Ya estaba en mi calle. Solo permanecía abierta la tienda de comestibles. El tendero era del barrio.

Atendía a sus vecinos sin apurarse, con el cierre a medio echar. Pese a que no me faltara de nada, me agaché y entré. Charlaríamos, con la excusa de unas compras de última hora, como si nada alterase la vida de siempre.

—Ponme kilo y medio de normalidad y, si te queda, unas lonchas de templanza —le dije.

Se sonrió.

—Que Dios le oiga, Profesor.

—Son las siete y media pasadas; ¿cómo es que no cierras?

A partir de las siete de la tarde, las calles se vaciaban y solo se oían voces de soldados y maullidos de gatos. El Cairo enmudecía súbitamente, como si el Ejército pulsara un interruptor. Se despertaba del mismo modo, a las seis de la mañana, con una cacofonía repentina.

—Lo mismo le digo. Muy tarde vuelve usted, Profesor. No es que quiera meterme donde no me llaman. Ándese con cuidado. Ha habido detenciones por saltarse el toque de queda. Aquí sin ir más lejos, al final de la calle. Eso me han contado.

—No será para tanto —le tranquilicé—. Me pones tres latas de atún, una de melocotón en almíbar y unos tomates.

El tendero fue de un estante a otro, alargando el brazo, mientras yo echaba un vistazo a mi alrededor. Me atrae lo geométrico; las latas estaban perfectamente alineadas por tamaño y color.

—De mi parte —dijo.

Introdujo dos mangos en la bolsa junto con lo demás.

—No tienes que regalarme nada.

—Lo hago con gusto. Le aguantan un par de días.

Se lo agradecí.

—Anoche dispararon cerca de aquí. Lo oiría, ¿verdad?

Asentí.

—No sé qué ganan encerrándonos toda la noche —se lamentó.

—Esto no va a durar para siempre —le contesté dándole ánimos.

—Vaya con Dios, Profesor.

Apoyados en el morro de un coche, dos chicos compartían un canuto. Agotaban los últimos momentos de libertad, hasta que las madres les gritaran por las ventanas que subieran inmediatamente o ya verían la que se les caería encima.

—A ver cuándo jugamos una partida de ajedrez —los reté.

—Con el toque de queda no hay tiempo para nada.

—Será más bien que no queréis que os gane.

Se rieron de buena gana. En cuanto crucé el portal, me serené. De la puerta del ascensor no colgaba ya el cartel de «Averiado». Por

disciplina, subí las escaleras hasta el primer piso. Había sentido una punzada en el costado mientras corría hacia el puente. Me estaba anquilosando, de casa al café y vuelta, lo que se tarda en cruzar dos calles. Ya podía ponerme en forma si pensaba proseguir con el ritual del puente.

—¡Fayruz! —grité nada más abrir la puerta.

Dejé la bolsa de la compra en la mesa de la cocina. Fayruz. Fayruz. Seguí llamándola mientras cruzaba el salón y el pasillo.

—¿Dónde estás, Fayruz? No vienes a saludarme. Eres una vieja celosa. Se te ha agriado el carácter. Después de todos estos años, sigues enfadándote cuando te quedas sola. Ven que te cuente. Hoy casi me detienen en el control militar.

Estaba en la habitación del fondo, en el despacho. Me miraba colgada de la puerta. Al acariciarle la cabeza, me cantó, dándome la bienvenida. Extendí el brazo, tendiéndole una pasarela. La tórtola la cruzó con pasos rápidos y se acurrucó en mi hombro.

—Sabes que siempre vuelvo. Estuve otra vez en el puente. No me vieron. No te preocupes. No tendré que hacerlo cuando no quede ni un libro de Abderramán Munir. Pronto, eso espero.

En el exterior, medía las palabras y los gestos para no delatarme. En cuanto volvía a casa, me sinceraba con la tórtola para no acabar como los locos, que andaban por el centro de El Cairo hablándoles a sus fantasmas. En la plaza se quedaron y no han regresado, ¿los vio usted? No me quitaba de la cabeza a la mujer que me lo había preguntado. Le dije que no los había visto y seguí mi camino. No supe a qué plaza se refería. Muchos se habían quedado en Tahrir, Talaat Harb, Maspero, Masaha, Rabaa… y aún los esperaban en casa. Siempre había alguien que no regresaba de una manifestación.

—¿A quiénes seguirá esperando esa mujer?

Se lo contaba todo a Fayruz. Si alzaba la voz, la tórtola cantaba como si me entendiera.

—Detuvieron a un chico tuerto. No me mires así, tú no estabas allí. ¿Qué querías que hiciera? Tienes suerte de ser pájaro. ¿Te vienes?

Abrí las cajoneras y el armario del dormitorio. En el respaldo de la butaca, extendí la ropa que me pondría al día siguiente. Debajo del asiento, coloqué los zapatos recién lustrados, alineando las puntas. Todo se derrumbaba en el exterior. Lo primero en perderse habían sido los sueños. En mi mundo, me aferraba a una rutina de convaleciente. Sin orden no había cordura, y en casa lo seguía a rajatabla. Pero le había permitido a Fayruz adueñarse del piso, y andaba todo el día recogiendo plumas del suelo y cagadas de las repisas.

—Anda, ven.

Con la tórtola colgada del hombro, me dirigí al salón y encendí el televisor. Iba a comenzar uno de los programas de máxima audiencia. Subí el volumen para seguirlo desde la cocina. Me preparé una cena frugal poniendo toda mi atención en cada tarea. Corté un tomate en rodajas finas que dispuse en abanico. Escurrí una lata de atún y vertí el contenido en el centro del plato. Lo rocié de aceite, con un toque de sal, pimienta y comino. Abrí la nevera y saqué unos restos del día anterior. Estuve calentándolos en la sartén. Cesaron los anuncios de telefonía y detergentes. Sonó la nueva sintonía del programa, una música marcial y machacona acorde con los nuevos tiempos. Después de los saludos iniciales, me sobresaltó una advertencia que venía del salón. «Lucharemos, mataremos o nos matarán». Reconocí la voz de la presentadora, Lamis Elhadidy. «A los traidores les digo que no nos quedaremos de brazos cruzados. Si hay que luchar, lucharemos. Si hay que matar, mataremos. Estamos dispuestos a darlo todo por nuestro amado país».

El odio había depositado sus larvas.

—¿La estás oyendo? Le salen gusanos por la boca —dije—. Quítate de ahí, Fayruz. Esto no es comida para pájaros.

La tórtola se había subido a la encimera y picoteaba pan.

Levanté la aldaba y entreabrí ligeramente la ventana, de modo que no pudiera escaparse por la abertura.

—Tú, ni te asomes. Es rico el frescor de septiembre, ¿verdad?

Ya no se oían caceroladas, ni siquiera el eco lejano en otros barrios.

—Hace falta valor para disentir cuando todos agachan la cabeza, ¿no te parece?

Volví al salón con Fayruz posada en la bandeja. Fui pasando de un canal a otro, mientras mojaba pan en el aceite de la ensalada. «Quieren poner Egipto a sangre y fuego, pero no lo permitiremos». Todos los programas seguían un idéntico guion. «Cuando un brazo está gangrenado, hay que amputarlo para que no se extienda la infección». De una emisión a otra, lo que decía una mujer lo completaba un hombre. Todos venían a decir lo mismo. El pueblo se había echado a las calles y las plazas para proclamar con una sola voz que ama a su país y está con su Ejército.

—Hemos vuelto al punto de partida. Nos levantamos para que otro General tome las riendas. Si te lo cuentan hace tres años, no te lo crees.

Fayruz cantó, dándome la razón.

—¿Los estás oyendo? Las palabras aniquilan y matan. Es como si no habláramos el mismo idioma.

Reconocía los artículos, los sustantivos, los verbos, los adjetivos, los adverbios, pero combinados en frases, no comprendía el significado. Matar, morir. Me habían quitado El Cairo y me dejaban también sin idioma. Yo había creído que la palabra servía para esclarecer, pero la habían puesto al servicio de la muerte. La brutalidad era una necesidad. No había más camino para imponer el bien que la violencia. Lo decía la televisión y lo repetía la gente, como las marionetas de un ventrílocuo. Después de la publicidad, los mercaderes de la muerte gritaban: que Dios guarde al General y que mueran los traidores.

—Ya hemos tenido bastante.

Le quité el volumen al televisor. Sin sonido, podía medir el odio en las miradas y las bocas crispadas de los presentadores y los invitados. Las palabras engañaban, pero en las imágenes solo había verdad.

—El ojo por ojo acabará dejándonos a todos tuertos o ciegos. Ya es hora de que te vayas a dormir, Fayruz, ¿no te parece?

La llevé al despacho encaramada en el dedo índice. Abrí la puerta de un armario y se colgó en lo alto. Extendí una hoja de periódico sobre el parqué. Le acaricié la pechuga. Apagué la luz y cerré la puerta.

Salí al balcón. En todos los pisos había ventanas iluminadas. Las televisiones proyectaban una luz azulada. A través de las cortinas, los vecinos se movían en un teatro de sombras. Una mujer acunaba a un bebé. Dos niños saltaban sobre las camas en una guerra de almohadas, hasta que entraba el padre pidiendo tranquilidad. En otra casa, unas chicas bailaban delante de un espejo. En la de al lado, se peleaba una pareja. El aire agitaba los visillos. Llenábamos el tedio del toque de queda como podíamos; yo, fantaseando con las conversaciones de los vecinos.

En la calle, la quietud era compacta y me incomodaba. Era la suma de todos los silencios, de un extremo a otro de la ciudad.

De pronto, se oyeron unos gritos cerca, detrás de la catedral armenia o en la plazuela de los anticuarios. Perseguían a alguien que huía por los callejones. Las voces y lo que decían se distinguían con claridad; eran tres hombres.

—No debe de andar lejos —gritó el primero.

—Se ha metido por allí, seguro —contestó otra voz.

—No te escondas, cachorrito. No va a servirte de nada —aulló el tercer hombre.

Me aparté de la barandilla. Fui retrocediendo de espaldas y me metí en el salón. En toda la calle, tronaron las contraventanas y los portones al cerrarse. Fui apagando las luces de todas las habitaciones

para observar a los cazadores sin que me vieran. No tardarían en subir por mi calle. Los gatos callejeros dejaron de maullar. En las fachadas de enfrente, se escurrían hilos de luz por las rendijas de las contraventanas y las ranuras de las cortinas. Fingíamos que no estábamos en casa.

Me pareció ver un bulto en la acera. Se movió y las bombillas de la calle lo iluminaron fugazmente. Junto a los coches aparcados, estaba un chico con una mochila roja a la espalda. Se había arrodillado. Muévete de ahí, loco. Los cazadores habían pasado de largo y escudriñaban los callejones. A golpes, hacían retumbar los cierres de los comercios. Aporreaban los portones de las casas. Debían de buscar al chico hasta debajo de los coches.

La jauría no soltaba a la presa. Escóndete, ¿es que quieres que te detengan? Como si pudiera oírme, aunque lo había susurrado, se incorporó. Creí que echaría a correr, pero se puso a llamar a los telefonillos. Los cazadores acabarían oyéndolo. Los vecinos tenían tanto miedo como el chico y no le abrían. Estaban encogidos en sus casas, aguardando a que se alejara el peligro. Ni se te ocurra abrirle, no vayamos a meternos en un lío. Vete a saber lo que habrá hecho el muchacho de la mochila roja, que corre como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Descorrían las cortinas levemente; al momento volvían a cerrarlas. No oír, no saber, eso hacíamos todos los días, aquella noche.

—Abran, abran.

El chico pulsaba los telefonillos con la palma de las manos, suplicando ayuda.

Rogué que no sonara el mío. Me había apartado de las ventanas, pero me pudo la curiosidad. Ya no vi al chico en la calle. El despacho hacía esquina, así es que las ventanas abarcaban tanto la calle como el callejón. En cuanto entré, Fayruz se despertó y se ahuecó las plumas. Lo siento, pájaro, es una emergencia. Levanté el pestillo y empujé levemente las contraventanas a oscuras para no espantarla. A la entrada del callejón, parpadeaba el anuncio del dentista con una luz endeble y sucia. Centelleó un llavero, una hebilla tal vez. Quítate esa maldita mochila y pégate a la pared, te van a ver. Supuse que el chico casi no respiraba, como un animal que se esconde inútilmente del cazador.

2. El fugitivo

No distinguía si los pasos que retumbaban en la noche eran los míos. Un gato corrió a esconderse debajo de un coche. Volví la cabeza. Los había despistado, pero no por mucho tiempo. Avanzaba extendiendo el brazo derecho por si cedía algún portón. Daos prisa, ya está aquí el chico. Corrían los cerrojos, arrastraban tablones, barras metálicas, maceteros, muebles, qué sé yo. Ya viene el chico, ¿tanto miedo me tenían? Los vecinos se atrincheraban, y guardaban silencio como si detrás de aquellas puertas no hubiera nadie. El silencio amplificaba el eco de las pisadas y los latidos del corazón. No me atraparéis. No dejaba de repetírmelo. No me atraparían.

Aquellos tipos aullaban a lo lejos como bestias salvajes y no se rendían. Me habían dado el alto, y yo había echado a correr sin rumbo para salvarme. Cálmate y piensa, ya no tardarán. Necesitaba una ruta que me llevara a la ciudad vieja. Los gritos se humanizaron; reconocía palabras y frases.

—Cachorrito, ¿dónde te escondes?

Pulsé los telefonillos a la desesperada. Abran, abran. Tenía los nudillos descarnados y las palmas enrojecidas de llamar a los portones. No sé qué me entró, como si no supiera cómo es la gente. Cualquiera podía dar la voz de alarma: venid, aquí lo tenemos, en la calle Youssef El Guendy. Por el jaleo que armaban, esos cabrones debían de andar por la plaza de los anticuarios y estaban al caer.

—Por aquí. Seguidme —gritó uno.

Me agazapé entre dos coches. A través de la luna trasera, vi el luminoso del hostal Sara Inn y, al fondo, el campanario de la catedral armenia. No había mucho trecho hasta el final de la calle, donde empezaba la avenida Mohamed Sabri. Si lograba atravesarla, podría zigzaguear hasta el casco antiguo. En el camino tendría dónde esconderme. Soportales, laberintos de mercados, puestos ambulantes amarrados con cadenas. En lo que llegaba al mercado del Muski, montones de basura y chatarra en los que resguardarme como un mendigo.

Me cazarían si no echaba a correr. Como en el juego infantil, gritaban:

—Caliente, caliente. Esto está ardiendo, ¿verdad que sí?

—Cachorrito, ya te vamos a encontrar.

Las voces sonaban dispersas. Se habrían repartido por las callejuelas, los patios, los callejones. Me bufó un gato que estaba escondido debajo del coche, cuando me agaché para observar la calle. La calzada y la acera estaban despejadas. Uno, dos, tres, calle arriba, sin mirar atrás. De pronto ya no me parecía un buen plan. En cuanto cruzara la avenida Sabri, me detendrían. El recorrido del cachorrito era previsible: hacia la ciudad vieja, de espaldas a Tahrir.

—Cachorrito, no te escondas.

¿Y si tomaba el camino inverso, rumbo a Tahrir? Era una locura, y por eso mismo podía funcionar. Había un local en obras a unos pasos del mural de los mártires. Sería el último sitio en que me buscarían, tan cerca de los controles militares. Podría esconderme allí hasta que se reanudara el tráfico. En cuanto levantaran las barreras de seguridad, cruzaría la Plaza y el puente de Kasr El Nil para volver a casa.

A mi derecha se entraba a un callejón. Desde allí podría escabullirme, los pasajes estaban conectados a una red de placitas y callejas.

—No puede andar lejos —gritó uno.

—Cachorrito, ¿por qué te escondes?

—Esto está que arde.

A la de once, echaba a correr. Los números impares me traían buena suerte. Me puse a contar. Nueve, diez, once. Se habían dejado encendido el luminoso de un comercio, apenas alumbraba la boca del callejón. Mi sombra se desplazó por la pared. Me aparté de la luz y me adentré. Cuando el ojo se acostumbró a la penumbra, busqué una salida. Solo vi muros y puertas metálicas.

—Ya te vamos a encontrar, cachorrito.

Los hombres estaban en la calle principal. Rastreaban todos los rincones. Estaba perdido.

Entonces descorrieron un cerrojo. Chirrió la puerta de un almacén y se quedó entornada. Alguien enfocaba el suelo con una linterna. Solo veía unas zapatillas de hombre desgastadas. El haz de luz trazó un camino de fuera a dentro; se detuvo en el escalón de la entrada, para luego apagarse.

—Entra. Muévete.

Me quedé inmóvil delante de la puerta, temiendo que aquel hombre me condenase. Aquí está el chico, ya lo tengo, venid. Iluminó el umbral unos segundos y apagó la linterna.

—¿Es que te vas a quedar ahí parado?

Busqué el escalón con la punta de la deportiva. En cuanto entré, cerró la puerta y encendió la linterna, orientándola hacia el suelo.

—No hagas ruido.

Atravesamos un almacén. El hombre alumbraba las baldosas que pisaba. Me costaba seguirlo. Levantó la linterna un instante, como si comprobara algo. A ambos lados había cajas de madera apiladas que estrechaban el paso, rollos de tela y archivadores imponentes, como los que se usan para guardar planos.

El hombre avanzaba deprisa. Yo trataba de no hacer ruido, como me había pedido, pero me tropezaba a cada rato. Estaba en desventaja; su cuerpo cubría el camino de luz. No podía anticipar los obstáculos que él esquivaba. Tiré algo, que golpeó la pared. Se giró y alzó la linterna. Era una lámpara flexo que, al estar enchufada, rebotaba sin caer al suelo.

—Silencio te he dicho. ¿O es que quieres que te oigan los vecinos?

La segunda estancia era más pequeña. Las pisadas del hombre sonaban desacompasadas en el suelo de madera. Elevó el foco, iluminando fugazmente decenas de retratos de boda. Entramos en un salón y se giró de pronto. No sé con qué intención me cegó con la linterna. Mi ojo derecho no parpadeó. Me observaba sin decir nada. Cuando apartó la linterna, temí que se arrepintiese y me echase a patadas. Ya era peligroso esconder a un fugitivo durante el toque de queda, mucho más si era un chico tuerto. Cerró la puerta que daba a los almacenes y encendió la luz. Lo que me había parecido un salón era un estudio de fotografía, con focos profesionales y decorados de otra época.

—Aquí no pueden vernos. No hay ventanas —dijo señalando los muros ciegos.

Sonreía. Yo no le veía la gracia. Aquello no era una jodida fiesta de cumpleaños ni una película de acción de Ahmed Saka. En la calle, seguían buscando al cachorrito. Los oíamos gritar.

—Por los vecinos no te preocupes. Tienen más miedo que tú, pero por si acaso hablemos en voz baja —me dijo—. Los cobardes no son de fiar. Mira cómo se escondían para no tener que abrirte.

Al fondo del estudio, había una escalera de caracol. Solo me dio tiempo a fijarme en un enorme espejo de pared con un marco dorado. Me señaló la escalera, le dio al interruptor y nos quedamos otra vez a oscuras.

—Me he dejado las contraventanas abiertas. Cuando subas, pégate a la pared hasta que yo te diga.

Encendió la linterna para alumbrar la escalera.

—Este era el estudio de mi padre. Arriba vivo yo. Estate tranquilo, en mi casa no te buscarán.

Con una palmada en el hombro, me indicó que le precediera, y me

tendió la linterna.

—Será mejor que veas por dónde pisas. Apunta hacia abajo, que no se te olvide. Cuando llegues arriba, la apagas. Despacio, no vayan a retumbar los escalones.

Giré la cabeza. El hombre subía agarrándose a la barandilla.

—Por mí no te pares. Cuando estés arriba, te quedas junto a la escalera.

No hacía falta que me lo repitiera, le había entendido. En el último escalón, apagué la linterna. La luz amarillenta de las farolas alumbraba una franja del salón. Me arrimé a la pared buscando las sombras como había hecho en el callejón. El hombre corrió a cerrar las contraventanas. A tientas buscó el interruptor del salón. Se metió por un pasillo. Chasquearon las ventanas de toda la casa.

No sabía si era de fiar. Nadie se la juega por un desconocido, a menos que espere sacar algún provecho. Lo había notado tranquilo, como si yo no fuera tuerto y él no arriesgara nada. Seguía igual de sonriente cuando reapareció. Había tardado más de la cuenta. Algo debía de estar tramando.

—Los vecinos ya no pueden vernos —anunció.

Me miraba como cuando una cara te resulta familiar, pero no la ubicas. A mí me pasaba lo mismo. Luego caí. Del café Bustán. No me tranquilizó, porque en Tahrir y sus alrededores, muchos estaban a sueldo de la policía. El viejo no se inmutaba porque era un soplón. Yo solito me había metido en la boca del lobo, y ahora las mandíbulas se cerrarían y me triturarían. Tendría tratos con algún otro cuerpo de la seguridad del estado. Por eso no me había vendido a aquellos tipos. A la mañana siguiente me denunciaría para apuntarse un tanto y probar que era un hombre de bien, un ciudadano leal al General.

—Suelta esa mochila. De aquí no tendrás que salir corriendo, créeme. No van a tirar la puerta abajo. ¿Piensas quedarte ahí plantado?

Me hablaba con naturalidad, pero yo desviaba la mirada para ahorrarle el mal trago. A nadie le agrada tener enfrente a un tuerto. El hombre insistía en que me pusiera cómodo.

—Siéntate y quítate esas zapatillas.

Pensé que me lo pedía porque es costumbre descalzarse al entrar en una casa.

—Así no podías llegar muy lejos.

Tenía los calcetines ensangrentados por detrás. No había sentido dolor mientras corría.

—Ya veo, el calzado es nuevo —me sonó a burla—. Mejor te desinfectas tú las heridas. No sé por qué duele menos cuando lo hace

uno mismo. El baño está en el pasillo, la primera puerta a la izquierda. Te acompaño.

Tal como me había parecido cuando atravesamos los almacenes, cojeaba levemente, como si el mecanismo de una pierna se retardara. Renqueando los dos, cruzamos el salón y entramos en el baño.

—No voy a preguntarte qué pasó. Ya me lo contarás si quieres. Tampoco tienes que decirme cómo te llamas.

No nos habíamos presentado. Supuse que lo evitaba por seguridad. Cuanto menos supiéramos el uno del otro, mejor sería. El fluorescente del techo parpadeó. Cuando la luz se estabilizó, nos miramos en el espejo encima del lavabo. No sé calcular las edades por las que aún no he pasado. Me quedaba mucho para llegar a sus años, si no lo impedía algún disparo. Era bastante más viejo que mi madre y mucho menos que Mubarak. Una cicatriz le cruzaba la ceja derecha y otra muy fina, la barbilla. De joven debieron de sacudirle; puede que boxeara o se cayera de una moto.

—No tienes de qué avergonzarte —dijo.

Con los dedos, me llevé el pelo hacia delante para taparme el ojo.

—Conmigo no tienes por qué hacerlo —repitió—. Me miras como si ya nos conociéramos. Tu cara también me resulta familiar.

Ya lo he dicho, no lo reconocí a la primera. Sería porque se había cambiado de gafas o por el aspecto descuidado tan inhabitual. Llevaba unos pantalones desgastados en las rodillas y una camisa con el cuello rozado. Siempre lo había visto bien vestido. La ropa de casa lo humanizaba, pero su actitud seguía intimidándome. En el café, lo trataban con deferencia, llamándolo Profesor.

—Profesor —le contesté.

Me miró sorprendido.

—Del café Bustán —dije.

—Vaya, ¿estás seguro? Juraría que nos conocimos en otro lugar. Este barrio es como un pueblo. Resulta que vamos al mismo café.

—Ya no voy mucho —puntualicé.

Aquel era el barrio de las revueltas. Me callé que el café Bustán era nuestro punto de encuentro cuando las cosas se calentaban y se convocaba una manifestación.

La primera vez quisimos sentarnos junto al ventanal. Ya estábamos levantándonos, nos dijo el dueño del café. Aquella era la mesa del Profesor, su oficina, y cuando no estaba, se quedaba vacía. ¿Desde cuándo hay que reservar en un café? Si no estábamos conformes, ya sabíamos lo que teníamos que hacer. Nos picó la curiosidad y estuvimos esperando al Profesor tomando cafés. Cuando apareció y se sentó, todos lo trataron como a un pachá. No se lo comenté. No estaba

la noche para anécdotas y bromas. Seguían buscándome. Cachorrito, cachorrito, ¿dónde te escondes?

—Espera —dijo.

Volvió al rato con unos calcetines.

—En el armario tienes todo lo que necesitas para desinfectarte.

Ya lo creo que escocía; se me saltaron las lágrimas. El bote de yodo llevaba años caducado. Como no encontré tijeras, corté el esparadrapo con una navaja de afeitar. Hasta en eso el Profesor era de la vieja escuela. Me refresqué la cara; tenía mejor aspecto. Por mucho que me restregara los dedos con cepillo y jabón, las manchas de pintura roja permanecían. El Profesor las habría visto seguro, y ya habría adivinado por qué me buscaban.

—¿Todo bien? —me preguntó desde el otro lado de la puerta.

No me dejaba ni mear tranquilo.

—Sí, ya salgo —dije.

—Estoy en el salón.

El Profesor miraba la televisión sin sonido, así estaba pendiente de los hombres que me buscaban. Ya no se dirigían a mí llamándome cachorrito. Pretendían amedrentar a los vecinos.

—Lo encontraremos. ¡Ay de vosotros si no nos lo entregáis!

Apagó la luz. Levantó el pestillo y empujó una de las contraventanas, dejando una hendidura, por la que podíamos observar la calle. En el edificio de enfrente, las puertas y las ventanas seguían cerradas.

—Decidnos dónde está. Decidnos quién lo esconde.

No hubo respuesta. Se pusieron a gritar que quien me escondiera lo pagaría muy caro, porque ellos lo veían y lo sabían todo. Irían casa por casa hasta dar conmigo. El Profesor no se inmutó. De un tirón, cerró la contraventana.

—Estarás hambriento —dijo—. Cuando se huye de los lobos, siempre se tiene hambre. Sé de qué hablo. Solo hay sobras. Mañana tendrás algo mejor. Ven y eliges.

No le dije que no pensaba quedarme. En cuanto Tahrir se abriera al tráfico, adiós y gracias.

Odio los riñones a la alejandrina y la casquería en general, así es que coció unos huevos. Sacó los restos de un pollo asado, queso y cecina de la nevera. Calentó pan en el horno. Volvimos al salón con la bandeja de la cena. Aquellos hombres estaban a las puertas de su edificio, pero no me preguntaba nada. Yo clavaba la mirada en la comida para ganar tiempo mientras se me ocurría qué contarle, una mentira con algo de verdad. Debió de notarme cohibido, porque se levantó y me dejó solo.

—Cuando termines, me avisas. Me llevo tus cosas a tu habitación. Por el pasillo, la primera puerta a la derecha. Allí me tienes.

Sin el viejo delante, podría charlar con mis amigos con toda libertad. Tenía que avisarlos de que estaba bien para que no me buscaran a la mañana siguiente en las comisarías y a saber dónde más, no quería ni pensarlo. Vaya un idiota, no llevaba el móvil, me lo había dejado en la mochila.

El Profesor no me esperó en su habitación. En cuanto terminé de cenar, ya estaba de vuelta.

—Tenemos que asegurarnos de que no te buscan. Mañana no te muevas de aquí, por si acaso.

—¿Y la mochila?

—Tranquilo, está en la habitación del fondo, donde vas a dormir.

Me miraba a los ojos, como si yo no tuviera nada de particular. Ni el asco ni el miedo pueden disimularse. Yo le inspiro ambas cosas a la gente. Desvían la mirada, fijan un punto por encima de mi hombro, como si hablaran con alguien que estuviese detrás de mí. El Profesor parecía acostumbrado a tratar con tuertos.

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites, con una condición. No me mientas. Si lo haces, lo sabré y tendrás que marcharte.

Yo estaba sentado en el sofá y enfrente había una butaca. El viejo se aferró al respaldo e inclinó el busto hacia mí. Ya no sonreía. En esa actitud, se entendía que lo llamasen Profesor. No era un tratamiento de cortesía. Todo en él intimidaba, el porte, el tono, las palabras. Llevaba la conversación; yo intervenía más bien poco. ¿Qué podía contestarle? A todo que sí, por supuesto. Estaba en su casa y le debía una. Mentir no se podía, pues entonces era mejor callar.

—Fuera todos mienten —dijo—. Fingen ser lo que no son. Yo también, supongo. En esta casa no entra la mentira, solo la verdad, por molesta que sea. Espero que te haya quedado claro.

Le dije que sí.

—Mañana te quedas aquí hasta que vea cómo están las cosas. Estarás cansado.

Con esto zanjó la conversación. Me daba una orden, tocaba retirarse. No se oían los gritos de aquellos hombres. El Profesor señaló las ventanas.

—Que no te engañe el silencio. Se han marchado por ahora, pero son de los que vuelven. Dormirás en el despacho.

Entramos en la habitación del fondo. Cuando encendió la luz, había un pájaro colgado de la puerta de un armario. Se quedó muy quieto, sorprendido de que se hubiera hecho tan pronto de día. Luego echó a volar y se posó en la cabeza del Profesor.

—Es Fayruz —dijo acariciándole el lomo—. Tendréis que compartir habitación.

Era una tórtola corriente, parda y con el borde de las alas de un gris azulado. De niños las apedreábamos con un tirachinas. No me gustaba, pero les seguía la corriente a mis amigos por no ser menos. Ni siquiera intentaba acertarles; me alegraba cuando las tórtolas echaban a volar. Un día, le di de lleno a una sin querer, y la maté. No podía dejarla allí tirada y que se la comieran las hormigas. Se burlaron de mí cuando la recogí. Estaba todavía caliente y tenía el pico entreabierto. La enterré en una fosa que cavé con un bolígrafo. Desde entonces las tórtolas me daban grima. El Profesor debió de notármelo.

—Después de lo que has pasado esta noche, tendría gracia que te dieran miedo los pájaros. En cuanto apagues, se vuelve a dormir.

Entre los dos desplegamos el sofá cama. Me trajo unas sábanas de flores azules. Pensé que en aquella casa había vivido una mujer.

—Por la mañana no abras las contraventanas. Podrían verte. Y que no se te escape Fayruz.

Fue un alivio quedarme solo. Necesitaba oír la voz de Nora, hablar con mi amigo Omar. Mi madre podía esperar hasta al día siguiente. No tenía de qué preocuparse, le había dicho que pasaba la noche en casa de un compañero del conservatorio. La mochila estaba en el suelo, apoyada en la pata de una silla. Alargué el brazo y tiré de ella, mirando al pájaro de reojo para espantarlo si se acercaba. Me preocupaba que se pusiese a revolotear. Me senté en el borde de la cama, con el macuto sobre las rodillas. Abrí el primer compartimento donde acostumbraba a guardar el móvil.

Cuando salía a grafitear con el toque de queda, llamaba a Omar en cuanto estaba a salvo, casi siempre en el hostal Noches Egipcias. Un amigo que trabajaba en la recepción me había dado llave del portal. Subía a pie hasta el séptimo piso, despacio, para que no me oyeran los vecinos. Celebrábamos mi proeza con una cerveza en la terraza, desde la que se veía la Plaza y al fondo el Nilo iluminado por las farolas. Aquellos hombres me habían sorprendido en plena faena y había echado a correr en la dirección contraria. El amigo del hostal alertaría a Omar de que no había aparecido y este a los demás. Se pondrían en lo peor; creerían que me habían detenido. Al día siguiente, removerían cielo y tierra si no les avisaba de que estaba bien.

Abrí las cremalleras de la mochila. Rebusqué en todos los bolsillos. Vacié el contenido sobre la cama, los aerosoles, la plantilla, las gafas de sol, una partitura, el cargador, pero el móvil no apareció. Palpé todos los recovecos. Me agaché a mirar debajo de la cama, de las sillas, del escritorio, y nada. Mientras lo guardaba todo, me eché a

llorar. No era por los amigos con los que no hablaría, ni por Nora, que estaría enfadada, ni por los hombres que buscaban al cachorrito. Era un llanto antiguo por todo lo que nos habían hecho y lo que habíamos perdido.

Por el clamor de la calle, debía de ser mediodía cuando desperté. Del piso de arriba, llegaba el zumbido intermitente de un aspirador y cuando callaba, la radio con sus canciones de moda. Presté atención, en casa del Profesor, ni pisadas, ni agua que corre. El viejo se había marchado. Se escapaban flecos de luz por las celosías. Los objetos se precisaron, primero los contornos, después los detalles. A unos pasos de la cama, había una silla vuelta hacia mí. La mochila estaba ladeada sobre el asiento. No recordaba haberla dejado allí; hubiese jurado que me dormí abrazado a ella. Sobre el respaldo de la silla me pareció ver una camisa extendida y encima unos calcetines. Ni muerto me ponía yo ropa de viejo. Abrí las ventanas y las contraventanas de par en par. El bullicio se expandió como un globo que se hincha.

Enfrente, una mujer tendía uniformes escolares por tamaño, del pequeño al hijo mayor. No recuerdo si pensé en mi madre. Me arrimé a la pared. Desde ese ángulo, no vi a nadie en el callejón. Agachándome, me acerqué a las ventanas que daban a la calle Youssef El Guendy. La tórtola se puso a cantar. Giré la cabeza. Suerte que tuve, seguía colgada de la puerta del armario.

—¡Quieta! El viejo me desuella si te escapas.

Con las palmas extendidas, empujé los cristales. Acoplé el pestillo a duras penas, pero no acabó de encajar. Un golpe de aire podía abrir las ventanas.

—Aquí no te puedes quedar.

A pesar de la luz de la mañana, le di al interruptor por costumbre. Me senté en el suelo para revisar los compartimentos de la mochila. La tórtola se había posado en el parqué, y guardaba distancia, recelosa.

—No me gustas, pájaro, mejor ni te acerques.

Como la noche anterior, fui sacando los aerosoles, las llaves y todo lo demás. Ni rastro del móvil, en menudo lío estaba metido, ¿y qué podía hacer? Ya se me ocurriría algo desayunando.

En la mesa de la cocina, había una bolsa con bocadillos de *ful,* de esos que se compran en la calle. Comí a toda prisa, como si fueran a detenerme en cualquier momento porque ya sabían dónde se escondía el cachorrito. Me incliné sobre el fregadero y bebí directamente del grifo. Me había quedado con hambre. Podía freírme unos huevos o comer algo de queso. Al viejo no le importaría. En la puerta de la nevera, había dos notas sujetas con imanes publicitarios. La primera decía: *Sírvete lo que quieras*. Eso estaba haciendo. Lo otro era un folio,

escrito con letra prieta, que el viejo había titulado *Manual de supervivencia*. Me limpié los labios con el dorso de la mano.

Uno. No te duches por la mañana. Los vecinos podrían oírte. Saben que a esas horas nunca estoy en casa. Dúchate por la tarde, cuando yo vuelva. Dos. No abras las contraventanas. Los vecinos espían. Tres. No enciendas la luz. Podría verse desde la calle. Usa la linterna.

Me había dejado la luz del despacho encendida —así iba a quedarse mientras el pájaro siguiera allí—, y también la del salón. Ya me había saltado la segunda y la tercera normas. Tampoco es que me importara mucho lo que dijera el viejo. Mientras engullía unas lonchas de cecina, seguí leyendo. *Cuatro. No tires de la cadena mientras yo no esté. Cinco. No enciendas la televisión ni la radio; podrían delatarte. Seis. No llames a nadie, ni siquiera a tu familia, por si tuvieran el teléfono pinchado. Siete. No le digas a nadie dónde estás. Te denunciarían si los detienen. Ocho. No salgas de casa hasta que estemos seguros de que ya no te buscan.*

En esto último le daba la razón. Los tipos de la noche anterior no tenían pinta de policías de paisano. Si eran de la seguridad nacional, como me temía, no era para tomárselo a broma. Te quedabas unos días con ellos y volvías hecho un ojos-de-muerto, un zombi; eso si te soltaban. Porque si no, acababas confesando lo que fuera y los dos años de prisión preventiva no te los quitaba nadie.

El Profesor terminaba con un *Lee lo que quieras*. No me jodas, los libros eran lo único que me estaba permitido.

Me preparé unos huevos revueltos y me los comí en la sartén. En cuanto regresara el Profesor, podría volver a casa. Pasaba del desaliento a la euforia y vuelta otra vez. Dijeron que me buscarían casa por casa. Vamos, vamos, la seguridad nacional no perdería el tiempo conmigo, yo era un don nadie. La tórtola voló hasta la cocina siguiendo el rastro de luz que había dejado por la casa. En el suelo, junto a la puerta, había un cuenco con agua y otro con semillas. Se puso a picotear seleccionando las que más le gustaban.

—Aquí te quedas, ¿me has oído?

Agarré una escoba del tendedero, y volví al despacho. Cerré la puerta para que no se colara el pájaro. Con el aire, las contraventanas estaban ahora entornadas. Las atraje hacia mí con el mango del cepillo, y encajé los cierres. Apostaba a que no me había visto nadie. Misión cumplida o casi, todavía tenía que esconder los aerosoles y la plantilla. No eran cosas que pudiera tirar al cubo de la basura, para que el viejo las descubriera y se pusiera a preguntarme.

No me habían pillado hasta la noche anterior. Era un *crack*. Trabajaba casi siempre solo. Aplicaba la plantilla, agitaba el aerosol y en un tris me hacía toda una calle. Estaba dándole un retoque a un

contador de la electricidad cuando aparecieron los agentes.

Seguro que alguien habría fotografiado las pintadas, como un sarpullido a ambos lados de la calle. Lo mismo me daba que después las borraran. Ya estarían circulando en las redes sociales: *Mirad lo que han pintado en la calle tal*. Al ver el grafiti, los nuestros y los partidarios del General entenderían que la lucha continuaba. Yo seguía al minuto todo lo bueno y lo malo que pasaba en El Cairo. Sin el móvil, era como si me hubiese quedado sordo y ciego. Estaba incomunicado, sin más compañía que una tórtola asquerosa.

Saludos en la escalera, silbidos en la calle, las radios entrecortadas de los coches que pasaban, allá fuera estaba la vida y yo en un hoyo. No tenía más que abrir la puerta y correr, tan fácil como eso. No, no podía huir, ¿y si alguien reconocía al chico de la mochila roja? Había que ser tonto para perder el móvil. Si caía en malas manos, todos estaban en peligro, del primero al último de mi lista de contactos. Mis redes sociales eran una confesión. Empecé a compadecerme, tan solo y con los de la seguridad nacional pisándome los talones. ¿Y si alguien me había visto entrar en el callejón? ¿Y si registraban casa por casa? Ya no me tomaba a risa el *Manual de supervivencia*. Apagué las luces, como el viejo me había pedido.

En la penumbra, me costaba enfocar la vista. Me alumbraba con la linterna como un ladrón. Me asomaba a la puerta de las habitaciones, sin atreverme a entrar, por si se presentaba el viejo de improviso. Aquello parecía el decorado de una tienda de muebles en el que no viviera nadie. En la casa no había nada personal, salvo libros por todas partes que de poco me servían, porque yo no era un lector.

En el salón, me llamaron la atención un viejo tocadiscos y una colección de vinilos. Acerqué la linterna, eran de música clásica, y yo tocaba el violín. Aparté los *Dúos* de Bartók por Perlman y Zuckerman. Si por lo menos pudiese escucharlos, pero entraban en la norma cinco por analogía. Nada de televisión ni de radio. Nada de música. Nada de nada. Solo oscuridad y aburrimiento.

El *Manual de supervivencia* no mencionaba ni el estudio de fotografía ni los almacenes. Lo que no se prohíbe explícitamente está permitido. Allí sí podría encender las luces. Aunque solo hubiera retratos de boda cursis, sería más entretenido.

Las novias de las fotografías parecían la misma mujer maquillada como un maniquí de escaparate. En unas, llevaba corona de bisutería y velo; en otras, un turbante cuajado de pedrería. Los novios ponían cara de felicidad total. Apostaba a que no habían vuelto a sonreír como en aquella fiesta. Entre todas esas parejas que posaban sonrientes y bailaban a ritmo de tambores, de pronto surgió un chico

de la humareda. Se había arrancado el pañuelo que le cubría la nariz. Tenía la boca abierta, como un pez que se debate fuera del agua. Adoquines rotos, ladrillos y piedras cubrían la calle. Rodeados de novias alegres, decenas de jóvenes gritaban en el infierno, alzando los brazos. Entre tanta fiesta de boda, la fotografía ampliada de las revueltas parecía una alucinación.

Había sucedido cerca de allí, en la calle Mohamed Mahmoud, donde estaba el mural de los mártires. Yo lo había vivido.

—Acercaos —nos gritaban los policías parapetados—. Acercaos. ¿No queréis ser mártires?

En el extremo derecho de la fotografía, un chico miraba a la cámara con ira. Me acerqué para fijarme en los detalles. Sujetaba un violín en una mano y en la otra, el arco. No me reconocí al principio. Solo me había visto en fotografías de fiesta, sonriendo. Yo no tenía ya aquel aspecto. Llevaba un jersey beis con la pechera ensangrentada. Aquella sangre no era mía. Me llevaba el violín a las manifestaciones. Acababa de tocar, en el infierno, por todos nosotros. Me habían tomado aquella foto justo antes de que una bala de goma me dejara tuerto.

3. Mentiras

—Aquí no va a pasarte nada.

Incluso dormido, un mechón le ocultaba la cicatriz. Arrimé la silla del escritorio a la cama y me senté a escuchar su respiración. Reprimí el impulso de acariciarle el pelo, cuando ya extendía la mano. Un chico tuerto corría peligro en el mundo exterior, pero conmigo estaría siempre a salvo.

—Tú y yo estamos unidos —le susurré—. Somos uno.

Sus heridas eran aparentes, yo ocultaba las mías. Teníamos un vínculo de rabia y sangre. El chico se volvió y siguió durmiendo.

A pesar de la cicatriz, lo reconocí inmediatamente. Atravesábamos el almacén cuando me giré y lo cegué con la linterna. Quise comprobar si llevaba en la frente la marca de los musulmanes devotos. Lo hubiese escondido en mi casa de todos modos, aunque no estuviéramos en el mismo bando. El chico violinista había llegado hasta mí, ¡si supiera cuánto lo había buscado!, y estaba tuerto.

Había sonado un violín en la calle Mohamed Mahmoud entre los gritos y los disparos. Creí reconocer la *Canción del soldado* de Bartók. Algún valiente le ponía banda sonora a la revuelta. Corrí en dirección a la música, abriéndome paso entre la multitud a gritos y codazos. Para cuando llegué, se apagaban los últimos acordes. El chico violinista dejó caer el brazo que sujetaba el instrumento. Un manifestante surgió en el primer plano y se arrancó el pañuelo que lo embozaba. Disparé la cámara por instinto. La imagen daría que hablar. La publicó *Time* a doble página.

—Descansa, descansa.

El chico dormía profundamente. Desde el pasillo, lo había oído sollozar hasta caer rendido. Con las lágrimas, el pelo se le había pegado a la mejilla.

—Pensé que estabas muerto. Te estuve buscando, y has sido tú quien me ha encontrado. No te voy a fallar.

Se lo juré. Les había fallado a todos, pero con el chico tuerto sería distinto. No podía borrar ni enmendar el pasado, otra cosa es que lo lamentara. Sabía de cuánto mal era yo capaz, pero la vida me daba una oportunidad. Cumpliría con el muchacho. Lo protegería. No tendría que pasar por lo que había vivido yo.

Cuando salí de la habitación, Fayruz protestó y ahuecó las plumas.

—No puedo soltarte; sabría que he estado aquí. Tendrás que esperar.

Bajé a la calle y le compré a un vendedor ambulante unos bocadillos de puré de habas. Seguro que le gustaban, eran los más sabrosos de la ciudad. Estaba impaciente por saber qué había sido del chico violinista; ya habían pasado dos años de las revueltas de Mohamed Mahmoud. En el barrio me conocían como un hombre de costumbres. No podía esperar a que se despertara. Yo iba todos los días al café; no había motivo para dejar de hacerlo. Por cautela, el muchacho tendría que quedarse conmigo un día o dos. Habría corrido la voz en el barrio; los confidentes estarían alerta. Le escribí una nota con unas normas que debía cumplir a rajatabla.

Tendría que ajustar el horario, eso sí, para intercalar algunas tareas. El chico necesitaría algo de ropa y perfumería, y sobre todo una buena cena. Antes que nada, debía volver al puente.

Salvo por las caras de cansancio y preocupación de la gente, El Cairo volvía a la normalidad por la mañana. Los controles militares estaban desiertos. Había un tráfico de mil demonios. Crucé la plaza Tahrir, exigiendo el paso con las palmas extendidas. Corrí entre bocinazos e insultos hasta el puente de Kasr el Nil.

Detrás del león de bronce, en un puesto ambulante pedí té y dos roscos de sésamo. Deposité el vaso humeante sobre la barandilla y al lado, el móvil del chico, que me saqué del bolsillo del pantalón. Pasaban las barcazas, y una música estridente cruzaba el río de parte a parte. Pensaba en el joven violinista mientras mordisqueaba un rosco de pan. Se levantaría tarde y descubriría las directrices que le había dejado en la cocina. Tienes que seguirlas al pie de la letra, te va en ello la vida y la libertad. ¿Entendería la gravedad de la situación o haría lo que le viniera en gana? Se necesita disciplina para sobrevivir, y así seguía yo con vida. No hagas el tonto, no vayas a marcharte de mi casa sin que yo te avise. Esos brutos se volvieron con el rabo entre las piernas y no te lo perdonarán. Hablaba con el chico como si estuviera conmigo cuando el vendedor de té me gritó:

—El móvil, señor. Se le acaba de caer al mar.

Para los cairotas, el Nilo es más que un río.

—Vaya, con lo que me ha costado aprender a manejar ese cacharro.

Así hablaba yo, que nunca había tenido uno.

No había nada más peligroso que un móvil. Con que llamara a su familia o a un amigo, el chico nos buscaba la ruina. Le había registrado la mochila y sabía en qué andaba metido. Acababa de jurarle que lo protegería, pero no podría cumplirlo si le permitía comunicarse con el exterior. Pensé ocultar el teléfono, pero lo descarté

inmediatamente. No había en toda la casa ningún escondrijo seguro; el chico revolvería en todas partes para distraerse. Le compensaría más adelante con un modelo más avanzado, el que más le gustara. Cuando pasara el peligro, lo compraríamos juntos.

Cuando llegué al café Bustán, los clientes se apiñaban alrededor de una escalera. Daban órdenes al camarero sin ton ni son. Cada uno tenía un parecer y lo defendía. Más arriba, nada de eso, abajo, abajo, un poco más a la izquierda, ¿es que no tenía ojos en la cara?, así no estaba centrado. Coincidían en una cosa: la fotografía que había adquirido el dueño era una falta de respeto y de seguro le traería problemas. El camarero acababa de sustituir el retrato del viejo Mubarak por uno más pequeño del General. La diferencia de tamaño era evidente. Mubarak lo tenía más grande; lo dije para mí y me reí yo solo con ese chiste de mal gusto. Ya podía buscarse el dueño un retrato más apropiado para presidir el café.

—¿A usted qué le parece, Profesor?

—Nunca hay que descuidar los detalles —le contesté al dueño.

El camarero subió los peldaños tambaleándose por el peso del cubo que olía a lejía.

—Trae, que se te va a caer, yo te lo paso.

Por mucho que frotara la pared en torno al retrato del General, el cerco negruzco permanecía inalterable. Como polillas revoloteando alrededor de la luz, así actuaban todos. Si no tenían cuidado, se les chamuscarían las alas.

—Se le han pegado las sábanas, Profesor —me gritó uno de los jugadores de backgammon.

Agarré una silla por el respaldo, la giré y me senté con ellos.

—Hacedme un hueco. Os voy a dar una paliza —les anuncié.

—Eso está por ver.

—El café del Profesor —gritó el dueño—. ¿Hoy no se sienta en su oficina?

La mesa del ventanal me estaba reservada. No solía faltar, solo si estaba enfermo o salía a cubrir una manifestación. Las tornas habían cambiado desde el verano. La nueva autoridad había dejado claro que no toleraría ningún acto de protesta.

—Así es que nos quiere ganar, ¡pues eso habrá que verlo! ¿Qué noticias nos trae? Bien que sonríe hoy.

—¿No estoy yo siempre de buen humor?

Por ser del barrio como yo, tal vez supieran algo de interés sobre la persecución de la noche anterior. Si habían visto u oído algo, lo comentarían, exagerándolo para darse importancia. Jugaron la partida sin mencionar al chico y yo no saqué el tema a relucir. Me pareció que

se comportaban con naturalidad. No sabían nada, o no querían saber.

—Prepárese, Profesor, ya le llega el turno.

El jaleo de la calle nos distrajo de la partida que estaba a punto de terminar.

—Voy a ver qué pasa. No muevas ficha, viejo tramposo, que nos conocemos —dijo el contendiente que tenía las de perder.

El griterío venía de las mesas exteriores. Se fueron levantando los clientes y salieron a la calle, mientras yo adivinaba la escena a través del ventanal, más por los gestos que por las palabras desordenadas. Uno de los jugadores de backgammon amenazaba a una mujer con romperle la cámara que le colgaba del cuello. Sucia americana. El corrillo le jaleó cuando hizo ademán de quitársela, pero ella forcejeó. Desde donde me encontraba, no alcanzaba a ver aquello que había fotografiado y tanta indignación les causaba. Eran unos cobardes para las buenas y las malas acciones. No le habían abierto al chico la noche anterior. Se habían escondido en sus casas esperando el desenlace, que lo detuvieran o escapara. Cara a cara no se hubieran atrevido con la extranjera, pero la tribu los arropaba.

—Esa debe ser una espía —dijo el jugador que esperaba el regreso de su rival.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¿Y no ha visto cómo estaba la calle, Profesor? Una vergüenza, menos mal que lo borraron enseguida, pero se adivina debajo de los brochazos. Alguna pintada debió de quedar, y ya estaba la extranjera esa haciendo fotos. Si no le gusta esto, que se vuelva a su país, la muy zorra.

—¿Y qué pone? —pregunté.

—Ya se lo imaginará. Sobre el General.

Muy peligroso debía ser el mensaje para que no se atreviera a repetírmelo. El dueño no dejaba de señalar un punto en la pared.

—La brocha y la pintura —le gritó al camarero—. Vamos, muévete. En buena nos vamos a meter, ¿cómo estás tardando tanto? Mira que te avisé. No dejes ni una.

Queriendo proteger la cámara, la mujer se giró hacia el ventanal y les dio la espalda. Los clientes la tenían acorralada.

—¡Natalia, Natalia! —grité.

Nos habíamos conocido fotografiando las revueltas de la calle Mohamed Mahmoud, el día en que las fuerzas de seguridad dispararon a los ojos de los manifestantes. Salí a la calle.

—Oye, americana, no puedes fotografiar eso —la increpó uno de los clientes al que llamaban El Canadiense porque había estado casado con una rubia de Vancouver.

Para la televisión, todos los extranjeros eran entonces americanos y espías. De tanto repetírselo, así los veía la gente.

—Te he dicho que no fotografíes eso. *No pictures.*

Los clientes repitieron a coro: *No pictures*. El tono se endurecía, de la crispación a la rabia.

—¿Desde cuándo está prohibido sacar fotos, *gente?* —respondió Natalia.

Como llevaba tiempo en el país, utilizaba expresiones coloquiales, aunque hablaba un árabe quebrado. Después de muchos años en El Cairo, aún se le resistían ciertos sonidos, los más guturales y enfáticos.

—Desde que lo digo yo. Ya me estás dando esa cámara.

—No perdamos la calma —intervine—. No está haciendo nada. Doy fe.

Me interpuse reclamando cordura mientras le gritaban a Natalia que se volviera a su país y a mí, que borrara las fotos que ella había tomado. En estas apareció el camarero con un bote de pintura blanca y una brocha. Alguien debió de derribar una bicicleta que estaba apoyada en la pared. Había quedado a la vista una pintada que decía: *El General es un asesino.* Yo sabía quién era su autor.

Agarré a Natalia del codo para alejarla de allí. Cruzamos al otro lado de la avenida. Nos quedamos charlando en la acera de enfrente, a unos pasos del mercado de Bab Luq, a la vista de todos. Así entenderían que éramos amigos, ay de quien la molestara, pues estaba bajo mi protección.

—Ten mucho cuidado, Natalia —le expliqué—. Ven conspiradores en todas partes. No deberías salir con la cámara hasta que se calmen los ánimos.

—¿A mí me lo dice? Después de lo que vivimos usted y yo.

La tarde en que nos conocimos, los jóvenes se levantaron en la calle Mohamed Mahmoud por la libertad y un gobierno civil. Con los primeros disparos de las fuerzas de seguridad, tuve la certeza de que no me pasaría nada. Los viejos somos invisibles. Como a los héroes de los cómics, no nos rozan las balas; tampoco nos detiene la policía. Con aquella melena roja, Natalia, en cambio, llamaba la atención. Temí que algún francotirador la tomara por diana. Se había cubierto la nariz y la boca con un pañuelo. Abrí la mochila y le pasé una botella de Coca-Cola, diciéndole:

—Mójese el pañuelo para protegerse del gas.

Me había dirigido a ella en francés, dando por supuesto que lo comprendía. Después de darme las gracias, me dijo su nombre, pero yo no me presenté. Se llamaba como mi madre, Natalie. Entre el humo y los disparos, la animé a que se pusiera a salvo. *Ce n'est pas votre*

guerre. Esta no es su guerra, insistí, pero sus ojos me dijeron que sí lo era. Dos años después, seguíamos comunicándonos en francés. Las nuestras no eran conversaciones sino mensajes telegráficos de vida o muerte. Por aquí, ve con cuidado, he visto francotiradores en las azoteas.

Para quitarle hierro a lo que acababa de suceder, le recordé la anécdota.

—Mójese el pañuelo —le dije.

Soltó una carcajada, pero enseguida se le ensombreció la expresión. Las amenazas de los clientes del café le habían hecho mella.

—No le des importancia. Todo ha salido bien. Solo te pido que seas prudente de ahora en adelante.

—No es eso. Han detenido al chico que hace esas pintadas —dijo.

Se mordió el labio, como si se arrepintiera de haberlo mencionado. Natalia me llamaba de usted, mientras los demás utilizaban el apelativo respetuoso de Profesor. No quise preguntarle directamente por el grafitero para que no desconfiara.

—Ayer pasé por aquí y no había pintadas. ¿Cuándo fue eso?

—El chico salió anoche y no regresó. Nadie sabe nada. Tiene el móvil apagado. Les dijo a sus amigos que se quedaría trabajando por aquí.

— Es temerario ese amigo tuyo. ¿En pleno toque de queda? ¿Tan cerca de Tahrir?

—Por eso mismo. El grafiti no tendría sentido en otro lugar. Ha de ser aquí. En Tahrir empezó todo.

Se había vuelto a formar un corrillo delante del café. El camarero estaría emborronando el grafiti. El chico era un romántico o un tarado. Se la jugaba por unas pintadas de las que no quedaba ni rastro unas horas después. Había tenido suerte de dar conmigo, yo podía aconsejarle y protegerle.

—Entonces, ¿lo conoces bien?

—No mucho. De vista. Conozco a sus amigos. Se llama Alí.

Natalia se cubrió un ojo con la mano y añadió:

—Estuvo en la calle Mohamed Mahmoud.

—Vaya, es un chico de esos —dije.

No le pregunté nada más, como si el grafitero tuerto no me interesara. Mirándola a los ojos, la animaba a que siguiera contándome. La técnica no falla; lo tengo comprobado. Basta con sostenerle la mirada para que el otro se confíe y cuente más de lo que anticipaba.

—Sus amigos son los que pintan los murales de los ángeles. Ya están buscándolo en los hospitales, las comisarías, y eso es solo el

principio.

—¿Tan pronto? ¿No dijiste que el chico salió anoche a grafitear?

Natalia recogió velas.

—Eso me han dicho. No es que los conozca mucho, de un reportaje sobre arte urbano.

Se pasó un dedo por la punta de la nariz y desvió la mirada. Así hacen quienes no tienen práctica en la mentira. Natalia los conocía bastante más de lo que aparentaba.

—Solo han pasado unas horas, ¿y ya lo dan por desaparecido?

—Digamos que lo han detenido y podría desaparecer. Es lo más seguro. Vine por si me enteraba de algo.

¿Qué podían contarle a una extranjera? A mí, que era uno de los suyos, tampoco me habían comentado nada en el barrio.

Le di un consejo antes de despedirnos.

—Te delatas con esas fotos. Si todavía fotografiaras ángeles, no te dirían nada. Ni ellos pueden negar que son bonitos.

Un partidario del General no fotografiaría una pintada que lo llamase asesino. Natalia se arriesgaba demasiado.

—¿Y fotografiar ángeles no es peligroso? —dijo—. Puede que ahora no, pero lo será. A este ritmo, pronto no quedará ni uno. ¿No se ha dado cuenta? Los destrozan. Antes los restauraban por la noche. Por el toque de queda, ya no pueden.

Ya tenía un pie en la calzada cuando me volví y le grité que tuviera mucho cuidado.

La bicicleta seguía volcada en la acera. Habían borrado la pintada del General. Por toda la ciudad se había declarado la guerra del grafiti. Donde ponía «asesino» otros lo corregían por valiente, salvador, héroe. Todos se volvieron a mirarme cuando empujé la puerta del café. Cuando retomé mi lugar junto a los jugadores de backgammon, ninguno me preguntó de qué conocía a la extranjera.

—¿Es que aquí no se juega? Entonces me vuelvo a mi oficina —les advertí señalando la mesa del ventanal.

Tanto me preocupaba el chico que no prestaba atención al juego.

—Con que nos iba a ganar. No da usted pie con bola.

Después de perder unas partidas con sus correspondientes revanchas, me despedí hasta el día siguiente. En el barrio, todo estaba tranquilo, así me lo parecía. Observaba las calles, mientras compraba cosas indispensables y otras que no lo eran tanto. No noté la presencia de agentes de paisano. Nada me comentaron en los comercios. Así es que no andaban buscando al chico. Podría marcharse esa misma tarde.

Se me ocurrió llevarle un obsequio. Le compré una camiseta con el cartel de la película *Metrópolis* estampado. Algún día la veríamos

juntos. Lo había salvado, estaba seguro de que volveríamos a vernos. Quería agasajarlo con una buena cena. No era una despedida, nada de eso, sino el reencuentro entre el violinista y su fotógrafo.

De camino a casa, las bolsas de la compra se volvieron livianas. Por fin vería al chico y charlaríamos. Tenía tantas cosas que preguntarle. ¿Habría visto ya la fotografía del estudio? Al principio de mi calle, me detuve en seco. Habían emborronado la tapia de la catedral armenia. De los ángeles solo quedaba la punta de las alas, como si les hubieran disparado de nuevo con manchones de tinta. Me gustaban los ángeles de mi calle porque no sonreían. No se alegraban de estar muertos. Iban cogidos de la mano. Tenían los ojos cerrados y las alas plegadas, como si durmieran. Tal como me había contado Natalia, los asesinos de la memoria se habían puesto a desfigurar ángeles.

Cuando entré, el chico me esperaba junto a la puerta, con la mochila entre las piernas y las deportivas en el suelo. Así es que se largaba. Se calzó las zapatillas con una mueca de dolor al anudarse los cordones. No me di por enterado; alcé la bolsa con la cena. Se cargó la mochila al hombro.

—¿Ya te marchas? Tú verás lo que haces, porque te están buscando.

Le había dicho que en mi casa no entraba la mentira. Era verdad que lo estaban buscando, pero no quien él temía.

—¿Cómo lo sabe?

—Han estado preguntando por un chico igualito que tú, que hace grafitis y se llama Alí. Y tú te llamas Alí, ¿verdad?

—¿Quién me busca?

—Ya te lo supondrás, la seguridad nacional. No te preocupes, que no saben dónde estás. Nos habrían reventado la puerta, ¿no te parece? Por lo visto, te conocen. No es la primera vez que haces esas pintadas. *El General es un asesino*.

El chico era puro miedo.

—¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí?

Me molestó el tono despectivo después de lo que había hecho por él.

—¿Con un viejo y una tórtola? Yo no te retengo. Eres libre de marcharte cuando quieras. ¿No dices que te vas? Pues adelante.

No me contestó. Lo vi derrotado.

—Quédate unos días. Los que hagan falta hasta que se olvide todo —le dije en tono amistoso.

El chico que se llamaba Alí agarró la mochila. Se dio la vuelta. Cruzó el salón, cabizbajo, y se perdió por el pasillo. Dejé las bolsas en la cocina y saqué dos platos de la alhacena. Le había fallado a todo el mundo, pero con él sería distinto.

4. La visita

Era su hora. Echaban la puerta abajo cuando todos dormían. En pijama, a empujones, te hacían subir a un furgón. Ya no se sabía más de ti por un tiempo, a veces para siempre. Palpé las paredes buscando el interruptor. El pájaro se puso a revolotear a ciegas. Se posó sobre la almohada cuando encendí la luz. Los pájaros que se cuelan en las casas traen mala suerte; lo decía mi abuela. Confiaba en que no fuera verdad. Me puse la camiseta con el cartel de cine que me había traído el viejo y los vaqueros.

—Vuélvete a tu armario. Lo cagas todo.

El pájaro y yo nos habíamos acercado, como los presos que comparten celda. Ambos odiábamos la oscuridad. Cuando el viejo se ausentaba, cerraba las contraventanas. Me exigía que en su ausencia no encendiera la luz, y yo le había hecho caso como un idiota, pero ya no más.

—Tú te quedas. Es pronto todavía.

Apagué la luz. El pájaro volvería a dormirse. Cerré la puerta con suavidad para no despertar al viejo. Lo oía roncar. ¿No decía que yo podía dormir tranquilo porque él se quedaba haciendo guardia? No soportaba estar allí con él, en aquella casa de muertos.

Me había dejado la linterna en la habitación. Crucé el pasillo a oscuras. Me manejaba con soltura en aquel espacio, casi como en mi propia casa. En el salón, las sombras se despejaron. Me tumbé en el sofá. Las rendijas de las contraventanas proyectaban tachaduras de luz en las paredes y el techo. Encendí la televisión con poco volumen. Quería estar despierto cuando llegaran. Busqué una película entretenida. Empezaba una en blanco y negro con Omar Sharif y Faten Hamama; tan guapos y simpáticos hacían buena pareja. No me enteré de la trama, estaba más pendiente de la calle para cuando se oyeran motores de coche y pasos apresurados en la escalera.

Cualquier ruido me sobresaltaba. Una lata de refresco rodando por la acera, una carcajada, la cisterna del retrete en otro piso. ¿A qué estaban esperando? ¿Por qué no me detenían de una vez? Vendrán esta madrugada, ya verás cómo vienen, hoy mismo, si no mañana. No había nada peor que la incertidumbre, estar en vilo todo el día esperándolos.

Sonaron los cláxones, los ladridos hambrientos de un perro

callejero. Descorrieron la reja de una tienda. La gente se saludaba por la calle. Empezaba otra película en la televisión. Me había quedado dormido. Cerraron una puerta. Tiraron de la cadena. Retumbó el agua en la bañera. Apagué la televisión. El viejo ya se había levantado. No quería encontrármelo. Aproveché que estaba en el baño para volver a la habitación. Encendí la luz. El pájaro me miraba colgado de la puerta del armario.

—Cuando se vaya, salimos. Hoy se acabó la oscuridad. ¡Revolución!

El viejo me había acogido en su casa y se lo agradecía, pero ello no le daba derecho a machacarme todo el rato. Se empeñaba en tener siempre la última palabra, y yo no rechistaba, pero la noche anterior le había contestado como se merecía. Acabábamos de pasar un rato agradable escuchando música. Había elegido yo, los *Dúos* de Bartók. Sin venir a cuento, se puso a despotricar contra nosotros. Los jóvenes no entendíamos el país que queríamos cambiar. Íbamos derechitos al mural de los mártires. Y no querrás acabar como uno de esos ángeles, ¿verdad, Alí? Le respondí que los viejos como él nos habían traicionado, a ver si se morían de una vez y nos daban una oportunidad. Menudo país de mierda nos habían dejado. En eso me dio la razón. Éramos un país de jóvenes gobernado por viejos. Lo peor era que los viejos, como yo los llamaba, aún no tenían intención de morirse. Sonreía después de soltármelo. Contraataqué. ¿Qué habían hecho los de su generación? A nosotros nos habían seguido millones de personas en la Plaza Tahrir. Ellos no habían logrado nada. Nosotros habíamos hecho historia. A ellos no los recordaría nadie.

—Volveremos a sacar a la gente a la calle, ya lo verá.

Se rio.

—¿No me digas? Y ahora me vendrás con eso de que la desesperación es una traición. La revolución continúa… Se os llena la boca de eslóganes. Pan, libertad y justicia social. ¿Cómo pensáis lograrlo? Os habéis quedado solos.

—¿Quién está solo aquí? Dice que le importa la gente, pero vive con un pájaro y le habla como si fuera una persona. ¿Usted qué sabrá? Ni siquiera es de este mundo.

No me disculpé ni tenía por qué hacerlo. En su casa no entraba la mentira, pues yo le había soltado una gran verdad.

Oí la puerta de la calle. Ya se iba a su oficina. Esperé un rato antes de salir de la habitación por si se le olvidaba algo y regresaba. Encendí todas las luces del piso, al demonio su manual de supervivencia. Vivir allí a oscuras era como estar encerrado en un armario de ropa vieja y bolas de alcanfor.

El pájaro se vino conmigo a la cocina. Se puso a picotear en un

cuenco y a esparcir las semillas por las baldosas. Cuando se sació, voló hasta la mesa y se me quedó mirando.

—Los pájaros no coméis queso, ¿verdad? Pero te gustará el pan. Ya llevo dos días contigo, un asco. No lo digo por ti. Tu viejo no anda bien de la cabeza.

En cuanto terminara de desayunar, tendría que esconder la plantilla y los aerosoles. No podían quedarse en los recovecos del sofá cama. Si no los encontraba el viejo, lo harían los de la seguridad nacional. Vendrían, eso seguro, y cuando lo hicieran, en la casa no tendrían dónde revolver ni casi nada que destrozar. Parecía que acababa de pasar un camión de la mudanza. El viejo no me había contado nada personal, pero la casa hablaba por él.

El pasillo tenía cuatro puertas. A la derecha, su dormitorio y una habitación juvenil que no se utilizaba, con dos camas sin vestir, dos armarios vacíos, dos mesas de estudio con sus respectivas sillas. A la izquierda, el baño. Al fondo, el despacho donde dormía yo. Entraba en una habitación, abría los armarios y los cajones con mucho cuidado. En cuanto moviera algo de sitio, lo notaría.

El viejo era metódico. Lo disponía todo geométricamente. Los calcetines alineados, la ropa perfectamente doblada, y así todo. En la casa no había dejado huella. Suyo no había más que los libros, los discos y la ropa. Estaba allí de paso, como yo. Dormía en la habitación de sus padres, en una cama de matrimonio con orlas de flores esculpidas en el cabecero. En la cómoda había un álbum de fotos. Habían arrancado las últimas páginas. Reconocí al Profesor-niño por sus ojos. Posaba casi siempre solo, a veces lo acompañaba un niño algo mayor que debía de ser su hermano. Los padres no envejecían en las fotografías; tampoco crecían los hermanos. No hacían el servicio militar ni se iban de excursión con los amigos a la playa, ni se casaban ni llevaban a sus hijos a los columpios o al parque de atracciones.

De los muertos no quedaban casi recuerdos, pero tampoco del vivo. El viejo solo conservaba objetos utilitarios. Ni medallas deportivas, ni diplomas, ni imanes en la nevera con nombres de ciudades.

Dios tampoco tenía un lugar en aquella casa. En la mía, su nombre presidía el salón en letras doradas. En un atril se exponía el Corán. La alfombrilla de los rezos colgaba del respaldo del sofá. Había amuletos en los dormitorios para alejar la desdicha, la envidia y el mal de ojo. En casa del Profesor no había nada de eso. El viejo prescindía de Dios en un país que le rezaba cinco veces al día.

Seguía sin saber quién era. No había encontrado ningún documento a su nombre, ni al de sus padres. ¿Qué sabía del viejo? También había huido de los lobos, eso me había dicho. Como yo, había estado en

movilizaciones políticas. Era evidente que él tampoco estaba con el General. Tenía un hermano, también como yo. Aquella era la casa de su infancia.

El pájaro me seguía a todas partes.

—No hay ni un puto teléfono. ¿Te parece normal? Dice que por su bien y por el mío no puedo contactar con nadie.

El pájaro cantó, asintiendo.

Yo sí que tenía una familia, y amigos que me estarían buscando. Se habrían puesto en lo peor: estaba muerto, desaparecido, detenido. Seguía pendiente de un móvil que ya no tenía. Esperaba que en cualquier momento se pusiera a vibrar. ¿Dónde estaban todos? ¿Qué estaría haciendo Nora? Del bolsillo trasero del pantalón, saqué una pajarita azul de origami que me había regalado. Le extendí las alas, como si volara. Aquel pájaro de papel charol era más libre que yo. Era mi pajarita de la suerte, eso decía Nora, ¿y de qué me había servido? No me habían detenido, pero estaba preso en aquella casa.

Sonó el timbre de la puerta. Ya estaban allí los de la seguridad nacional. ¿Y qué podía hacer? Nada. Me faltaba valor para salir a abrirles. Romperían la puerta a patadas. Se acababa la angustia de la espera. Empezaba el terror a lo que vendría después. ¿Cuánto aguantaría sin denunciar a nadie? ¿A cuántos detendrían por mi culpa? Solo quedaría de mí el envoltorio. Una cáscara vacía. Unos ojos de zombi.

Después de una pausa, sonó un timbrazo más insistente. Ellos no llamaban a las puertas. No esperaban educadamente a que les abrieran.

Atravesé el pasillo y el salón en calcetines, deslizándome sobre el parqué para no hacer ruido. Crujía la madera y me paraba. Me quedé a unos pasos de la puerta lamentándolo; lo mismo me habían oído acercarme.

—¿Está usted en casa? Me lo he pensado mejor —dijo un hombre al otro lado de la puerta.

Era una persona joven, pero las voces engañan a veces.

—Hablamos ayer. Puede contar conmigo, vine a decírselo.

Volvió a llamar, esta vez con los nudillos. No oía pasos, así que el desconocido seguía al otro lado. Deslizó un mensaje por debajo de la puerta, y corrió escaleras abajo. Me agaché y tiré del papelillo. En el recibo de un restaurante de comida rápida, había escrito con letra apretada: *Soy el dependiente de la tienda de ropa. Me lo he pensado mejor. Cuente conmigo. Este es mi número. Llámeme.* No estaba firmado. Tampoco aclaraba lo que se traía con el viejo.

Doblé el papel y lo coloqué tal como lo había encontrado,

sobresaliendo hacia el interior. El viejo me había dicho que no recibía visitas. Se me había acelerado el corazón. Quién sabe si la próxima vez no serían los de la patada en la puerta. Tenía que esconder los aerosoles y la plantilla. El pájaro se me adelantó cuando entré en el despacho. Posado en el escritorio, se atusaba las plumas con la cabeza debajo del ala.

—Menudo susto me he pegado.

La librería llegaba casi hasta el techo.

—¿Se te ocurre un escondite mejor que entre tanto libro? Que decida el azar. Necesito que me ayudes, pájaro.

Introduje la mano entre los muelles del sofá cama, allí seguía todo. Sacudí la plantilla para que la tórtola tomara el vuelo. Se posó en el estante más alto.

—Pues allí lo esconderé todo, justo donde estás ahora.

Me miraba desafiante: no me atraparás. Arrimé el escritorio a la biblioteca. El pájaro desconfió y se escabulló por la puerta entreabierta. Ni subiéndome a la mesa llegaba al estante superior. Apilé varios tomos de enciclopedias formando un escabel. El escritorio osciló por el peso. En el estante había dos filas de libros muy apretados, y así debía ser en toda la biblioteca. El pájaro había plantado una cagada delante de un tomo rojo, allí lo guardaría todo. Tiré hacia mí con ambas manos. El libro se desprendió arrastrando a los demás. Adelanté el cuerpo inútilmente para frenar la avalancha.

—Ya te tengo, Profesor.

El pájaro me había llevado a su escondite, eso sí que era suerte. Al desplomarse los libros, habían dejado al descubierto una carpeta.

—*Lo que fuimos*. Ahora lo veremos.

Así la había titulado.

Me paré a escuchar. Los vecinos no daban señales de vida a pesar del estruendo. Arrojé la carpeta al escritorio. Me bajé de las enciclopedias agarrándome al borde del estante. Me senté en el tablero de la mesa y me deslicé hasta el suelo.

Aquello no era lo que me había imaginado. Menudo chasco, en la carpeta no había pasquines ni nada político, sino tres novelas de un tal Abderramán Munir. No me sonaba el nombre. Guardaba también recortes de prensa, y revistas con esquinas dobladas que señalaban alguna entrevista con el escritor o la reseña de una novela suya. Habían recortado las fotografías en las que salía el autor; por los titulares, todo se refería a Abderramán Munir.

Entre las páginas de una revista, encontré un sobre con fotografías. Los años habían alterado los colores, que ahora tenían un tono anaranjado. Dos chicos y una chica se divertían en una caseta de feria.

A uno le colgaba un cigarrillo de los labios, a punto de caérsele. Por la mirada, era el Profesor-joven. Su amigo apuntaba con una carabina. Debió de acertar y al instante se disparó la cámara. Entre ambos estaba la chica, que llevaba el pelo suelto y un vestido por encima de la rodilla con un estampado de rombos. En casi todas las fotos salían los tres. La chica fingía leer un libro, pero sus ojos miraban al fotógrafo. El título y el nombre del autor se veían con claridad. *Cuando duerme la ciudad,* de Abderramán Munir. Detrás de la butaca en la que estaba sentada, posaban los dos amigos mostrando la cubierta del libro.

El viejo vivía solo, ¿por qué había escondido todo aquello? El contenido de la carpeta tuvo que ser peligroso. Los libros debieron de prohibirse en su día, pero había llovido mucho desde entonces. Abderramán Munir sería un disidente. Algo terrible le sucedería, y el viejo preservaba su memoria por amistad. Le eché un vistazo a *Cuando duerme la ciudad*. El diseño de la cubierta resultaba de lo más actual. En primer plano, dos puños alzados, detrás una multitud con banderas y pancartas. La historia se parecía a la mía, según el resumen. El protagonista también quería que despertara la ciudad. Quise leer unas cuantas páginas para hacerme una idea. Por las descripciones de los barrios, transcurría en El Cairo, en la ciudad de los muertos y en los alrededores del acueducto, donde viven los basureros cristianos. De repente, el viejo me arrancó el libro de las manos.

—¿De dónde lo has sacado?

Estaba tan absorto en la lectura que no había oído la puerta de la calle.

—¿De dónde lo has sacado? —me repitió.

Con sus alaridos, se saltaba la norma de silencio que me había impuesto. Miraba sorprendido los libros en el suelo y el último estante vacío. Debió de esconder la carpeta hacía tanto tiempo que ni lo recordaba.

—No te he dado permiso para que revuelvas en mis cosas.

—Me dijo que podía leer lo que quisiera.

—Abderramán Munir, nunca.

Lo fue guardando todo aprisa y sin orden. No le importó que los libros arrugaran los recortes de prensa, ni que sobresalieran de la carpeta unas cuantas fotografías. Salió de la habitación, sin dirigirme la palabra. Me castigaba con su silencio. Se encerró en su habitación dando un portazo. Lo que no me había dicho a mí se lo gritaba a la pared.

—Maldita sea, niñato. Así me lo agradeces, rebuscando entre mis cosas.

La puerta de la calle retumbó. Lo mejor que podía hacer era marcharme. El Profesor habría reparado en los aerosoles y la plantilla; estaban a la vista sobre el sofá. Cerré la puerta. Agarré mis instrumentos de trabajo para guardarlos en la mochila. Al momento el viejo ya estaba de regreso. Entró sin llamar, sonriendo como si no hubiera pasado nada.

—A comer, Alí. He traído algo que te gustará. De tus armas de guerra ya me encargo yo.

Estaba de excelente humor, bromeó durante la comida. No se disculpó por la escena que me había montado. Yo no entendía por qué se le habían cruzado los cables, ni a qué venía ese cambio de actitud. Estábamos retirando los platos, cuando me soltó:

—Esta tarde tengo visita. No debe verte, ¿entiendes? Ni tú a él. Estaremos en el estudio.

Unas horas después, llamaron al timbre.

—Quédate aquí, Alí. No bajes —me recalcó.

Debió de indicarle al visitante que guardara silencio. Desde el pasillo, no los oí saludarse. Sería el chico que había dejado la nota debajo de la puerta. La escalera de caracol tembló cuando bajaron al estudio.

Me senté en el suelo junto a la barandilla metálica. ¿En qué andaban metidos? Me olía algo turbio.

—Me alegro de que hayas venido —dijo el Profesor—. Ayúdame a colocar estos focos.

Por el hueco de la escalera, la conversación me llegaba entrecortada, como cuando uno trata de sintonizar una emisora de radio y le llegan frases sueltas de distintos programas. El Profesor llevaba la conversación, como hacía conmigo. El chico casi no decía nada.

—No tienes de qué avergonzarte, todo lo contrario. Llévalo con orgullo.

Lo poco que estaba entendiendo no me gustaba nada.

—Puedes cambiarte detrás del biombo. Con ese decorado antiguo quedará bien. Buena elección. Ya verás. Tienes buen gusto.

El Profesor le pidió que no mirara a la cámara; cuanto más natural, mejor.

—¿No se publicarán aquí? —preguntó el chico.

Había alzado la voz. Estaba inquieto, como si se arrepintiera, pero no tuviera el coraje de marcharse. ¿De qué fotografías se trataba para que el chico tuviera miedo? ¿Cuánto le pagaba el Profesor?

—No, aquí las censurarían.

No esperé a que terminara la sesión de fotos. Había oído bastante

para hacerme una idea. Me levanté y volví al despacho. Oí la puerta de la calle. Se habían marchado juntos. Ya sospechaba yo que algo quería de mí, y por eso me tenía escondido en su casa. Le gustaban los chicos, eso era. Les hacía fotos. No podía quedarme allí ni un minuto más, aunque los de la seguridad nacional estuvieran a la vuelta de la esquina. Dudé si meter en la mochila la ropa que me había regalado. Me lo llevaría todo, y además un recuerdo, me lo había ganado. Busqué entre los discos del salón y escogí los *Dúos* de Bartók por Perlman y Zuckerman. Acababa de cargarme la mochila al hombro cuando oí la llave en la cerradura.

5. Los chicos tuertos

—Me marcho —dijo Alí.

Parecíamos dos actores de segunda fila en una comedia de enredos. Se levantaba el telón en cuanto encajaba la llave en la cerradura, y Alí me esperaba, recostado en la pared, con la mochila entre las piernas. Representábamos la misma obra cada tarde desde hacía tres días. Alí amenazaba con marcharse y yo lo convencía, sin mucha dificultad, de que no lo hiciera. No pensaba implorarle; ya que estaba tan impaciente por largarse, ¿a qué esperaba? Pasé a su lado sin saludar. Alí me siguió al salón. Fingí que buscaba a Fayruz. Captaba la rabia del chico, como un campo magnético a su alrededor. La tórtola seguramente también y por eso no aparecía.

—Fayruz, mira lo que te traigo.

El chico debía de estar resentido conmigo por haberle gritado. Los jóvenes se ofenden por poca cosa. Son implacables con los errores ajenos. Alí estaba detrás de mí.

—Ya sé por qué me tiene aquí. Es por las fotos —dijo.

Seguí dándole la espalda para que no advirtiera mi desconcierto.

—Tanto hablar de política y todo es una puta mentira. ¿Cuánto le pagó al chico ese por las fotos?

Cuando me giré, su actitud de rechazo me desalentó. Extendió el brazo, con la palma vuelta hacia mí para que no me acercara.

—¿Has visto los retratos? —le pregunté.

—No necesito verlos para saber lo que hace en el estudio. Me da asco.

Se creía que me tenía en sus manos; el Profesor hacía fotografías ilícitas: *haram,* pecado. Así es que Alí era un mojigato, menudo revolucionario estaba hecho.

—¿Qué pasa? ¿Vas a denunciarme por inmoralidad? No entiendes nada. Los modelos son chicos como tú.

—Entonces está peor de la cabeza de lo que yo pensaba.

—Tú haces pintadas y yo, retratos. Los dos queremos cambiar las cosas, cada uno a su manera.

—¿Retratando a chicos en bolas se cree que va a conseguir algo?

No negué que entre los retratos hubiera desnudos. Solo había sucedido una vez. El chico se había desvestido sin que se lo pidiera. Ocurrió en el momento mágico al que aspira todo fotógrafo, cuando el

modelo actúa como si no lo observara. Cuando venía algún muchacho tuerto, tapaba el espejo barroco del estudio con una sábana. Narciso se enamoró de su reflejo, los jóvenes como Alí odian el suyo. El modelo buscaba el atrezo que más le gustara para la sesión de fotos. Les dejaba escoger cómo querían que los retratase. Como Alí, era tuerto del ojo derecho. Cuando me preguntó, le dije que debajo de la funda había un espejo. Se acercó y descubrió un extremo de la luna, como queriendo recordar el aspecto que tenía antes del disparo. Solo se reflejaba la parte izquierda del cuerpo, la mejilla sin cicatriz, el ojo sano. Arrancó la sábana y con la misma furia se desabotonó la camisa. Mientras se desnudaba, me puse a disparar la cámara sin pedirle permiso. Estuvo posando desnudo delante del espejo. Trabajo en analógico. Los chicos volvían unos días más tarde y seleccionábamos juntos los mejores retratos. No volvíamos a vernos. Si coincidíamos en algún lugar nos ignorábamos; ese era el trato. Le propuse destruir los retratos y repetir la sesión, pero no consintió. Había verdad en esas fotografías; eso me dijo. Así había sido él y así era entonces.

—No es lo que tú crees —dije—. Ven y te los enseño.

Alí me exigía una explicación cruzado de brazos, con los labios fruncidos. Se había descargado la mochila y la había dejado en la entrada como una advertencia: si me voy ahora, no volverás a verme.

—¿Y dice que su trabajo es político? ¿Se cree que me chupo el dedo?

Les había jurado a los modelos que en Egipto no se verían sus retratos y me disponía a romper mi palabra. Si no se los mostraba, perdería a Alí para siempre.

—¿Qué pasa ahora? ¿Te doy miedo? Si no quieres bajar, no lo hagas, pero no condenes mi obra sin haberla visto.

Había acertado llamándolo cobarde.

—Yo no le tengo miedo a nadie —dijo Alí.

Bajamos la escalera de caracol a la carrera, como si llegáramos tarde a la cita con los chicos tuertos, Alí delante y yo agarrado al pasamanos. Le indiqué el almacén con los retratos de boda y la fotografía ampliada de las revueltas.

—Algunos posaron aquí mismo.

—¿Con esta horterada de novias?

—Lo quisieron así. Como si estuvieran en su fiesta de bodas.

Porque ninguna querría casarse con un tuerto. No quise darles falsas esperanzas diciéndoles que el amor no entiende de apariencias. Trajeados y con pajarita, los fotografié bailando, mientras las novias les sonreían con amor.

—Algunos escogieron como telón de fondo la fotografía en la que

sales tú. Venga, ayúdame con esos taburetes.

Le señalé un archivador imponente que había rescatado de un estudio de arquitectura. Guardaba allí la obra de mi padre, que había sido un fotógrafo reconocido. También estaban las fotografías que yo había tomado durante las revueltas y los retratos de los chicos tuertos.

—Tráelos aquí.

Alí acercó los taburetes. Nos sentamos de espaldas a las novias y a los chicos que surgían del infierno de Mohamed Mahmoud.

—Enciende para que veamos mejor.

Había una lámpara flexo sobre la tapa del archivador. Iluminó un globo terráqueo del periodo colonial, en el que estaban marcadas las fronteras de los imperios. Alí lo hizo rotar.

—Allá voy —dijo.

Cerró el ojo y apuntó al azar. De niño yo también había jugado a los exploradores y decidía así los destinos de mis viajes. Alí detuvo el movimiento del globo con el dedo.

—Vaya suerte perra. Indochina —maldijo.

Vietnam no me pareció mal sitio para emprender una nueva vida.

—¿Empezamos? Tengo que enseñarte antes una cosa para que comprendas por qué hago los retratos.

Alí resopló contrariado; estaba allí por los chicos tuertos y nada más. No soy dado a improvisar; la rigidez me viene de carácter y se ha acentuado con la edad. Los retratos requerían una introducción; no surgían de la nada; tenían una historia. Yo quería contársela desde el principio con aquellas imágenes que mi padre había tomado en la plaza Tahrir, en tiempos de Gamal Abdel Naser.

Nos había llevado a mi hermano y a mí a festejar la nacionalización del canal de Suez. Mis recuerdos de aquel día son prestados; están hechos de las fotografías que él tomó. Cincuenta y cinco años después, en esa misma plaza, habíamos celebrado la caída de Hosni Mubarak. Otros padres habían llevado allí a sus hijos para que siempre recordaran el final del tirano, y ahora lo lamentaban. Con el viejo presidente, estaban mucho mejor.

—Estas las tomó mi padre —le expliqué—. No me mires así. Ya llegamos a lo que te interesa.

Rebusqué entre las carpetas del primer cajón. Reconocí, con una punzada, la caligrafía elegante de mi padre: fechas, lugares y acontecimientos. *Nacionalización del canal,* desempolvé la cubierta con el puño de la camisa. La arenilla del desierto se colaba por todas partes, hasta en el interior de los cajones. Aparté los elásticos. Alí se impacientó viendo que eran fotografías en blanco y negro.

—Son de 1956, cuando Gamal Abdel Naser nacionalizó el canal de

Suez. Fíjate en esas caras.

Estaban eufóricos, como nosotros la noche en que Hosni Mubarak dimitió.

—No me joda. ¿Es necesario todo esto?

—Lo es. Ya vas a entender adónde quiero llegar. Tómatelo como un juego. Sí, juguemos. Si te hablan de Naser, ¿qué te viene a la cabeza? El líder dirigiéndose a la multitud cuando se nacionalizó el canal y nos atacaron los franceses y los británicos. La construcción de la presa de Asuán. Millones de personas en la calle, suplicándole que no los abandonara después de la guerra de los Seis Días.

—La multitud llorando al paso del cortejo fúnebre.

Alí me siguió la corriente de mala gana. No entendía por qué rememoraba una época de manual escolar que le resultaba tan lejana.

—¿Lo ves? No sabemos nada del pasado porque no estuvimos allí. Vivimos en la nostalgia de algo que no hemos conocido. No te estoy hablando de hechos históricos, sino de cómo nos los contamos. En el cuento que tenemos aprendido, siempre nos guía un militar.

—No tiene por qué ser así.

—En el Egipto de mi padre, todos parecen felices. Queremos vivir en un calco del pasado. Vosotros nos traéis un futuro por construir que nos asusta.

—¿Y a qué viene eso? ¿Qué mierdas está diciendo?

Alí me interrumpía, y yo perdía el hilo y me embarullaba.

—Es más fácil imitar el pasado que construir un país nuevo. Nos falta imaginación. Queremos un futuro conocido, en el que no haya sorpresas. Sin Mubarak, estábamos huérfanos. Esperábamos a un líder que nos llevara de la mano. Y llegó el General.

—¿En qué bando está usted? Lo dice, pero no lo piensa.

—No me estás entendiendo, Alí. No hablo de mí, sino de lo que quiere la gente. ¿Me dejas terminar?

Éramos un pueblo maldito. Cuando una generación levantaba la cabeza, la perseguían hasta que se sometía. Entonces había que esperar a los hijos o a los nietos para que las cosas se movieran, y volviera la esperanza por un tiempo. Nos había pasado a nosotros, así sería con Alí y los suyos. El chico balanceaba una pierna. La punta de la deportiva martilleaba el archivador. Yo no soportaba los ruidos repetitivos. Cerré los ojos; estate quieto, Alí. Estaba perdiéndolo, en cualquier momento se marcharía. No sé por qué insistí.

—Os tenemos miedo. Antes no se movía nada, pero llegasteis con vuestras manifestaciones. El tiempo se disparó y ya no entendimos nada. ¿Qué queréis los jóvenes? Solo habéis traído inseguridad. Nos hemos subido a la máquina del tiempo para dar marcha atrás. Fíjate

en este barrio, ya no hay turistas. Hemos pagado un precio demasiado alto por la libertad.

—El precio lo pagamos los jóvenes —gritó Alí.

—Vosotros estabais dispuestos a pagarlo. Nosotros no. ¿Libertad? Habrá que verlo, antes tendríais que liberarnos del esclavo que llevamos dentro. *Le besamos las manos y los pies. No nos deje, Sr. Presidente.*

Le recité unos versos del poema «Amado pueblo» de Fuad Nagm. Yo también había querido la libertad en un país que les decía a sus presidentes: *Ordene y mande, sus perros le lamen los pies, Excelencia*.

—Habíamos bajado a otra cosa.

—Como quieras —dije—, permíteme.

Claudiqué y acepté la derrota como en una partida de ajedrez. Le toqué la rodilla para que desplazara las piernas y yo pudiera abrir el segundo cajón. Me pareció que lo recorría un escalofrío; el viejo maricón le había rozado.

Llevaba dos años y medio fotografiando manifestaciones, solo unos meses retratando a chicos tuertos.

—Aquí están mis fotos —dije—. Las tuyas en verdad.

Las tres carpetas llevaban por título *Mohamed Mahmoud, 19-23 de noviembre de 2011*. Como Alí estaba sentado a mi derecha, yo veía el perfil que había quedado intacto.

—Adelante, Alí.

Del callejón llegaba el ajetreo que anunciaba el toque de queda. Los comerciantes corrían las rejas y bajaban los estores de las tiendas. Alí acercó la lámpara flexo y ajustó el brazo metálico. Como si buscara a alguien, se detenía en cada fotografía.

—Pronto cerrarán Tahrir —dije.

No me contestó.

El gentío se apartaba abriendo un pasillo a las motocicletas que trasladaban a los heridos más graves a los hospitales. ¿Lo habían sacado de aquel modo cuando lo hirieron? ¿Aquel chico con la cara ensangrentada podía ser Alí?

—¿Son todas suyas? ¿Las de las barricadas también? —preguntó.

—Así es.

—Estuvo en primera línea. Pudieron dispararle.

—Con los viejos no se atreven. Es como si fuéramos invisibles. Las balas no nos tocan. Llegamos a todas partes. Piénsatelo, lo mismo puedo serte de alguna ayuda.

Ya me arrepentía de haberle soltado aquella *boutade*.

—Menudo comando —dijo—. Un viejo cojo y un chico tuerto; la íbamos a liar parda.

Se lo había dicho medio en broma, medio en serio. Podíamos ayudarnos mutuamente, pero era pronto para conversarlo.

—Me pareció que buscabas a alguien en esas fotos.

—A mí mismo. A mis amigos.

Ya no estaba a la defensiva desde que me había apeado del papel de profesor.

—¿Te apetece beber algo?

Subí la escalera esperanzado. Se había roto el hielo entre nosotros. Saqué dos cervezas de la nevera. Alí prefería beber de la botella; le imité para estrechar distancias. Ofrecí un brindis por los jóvenes de la calle Mohamed Mahmoud.

—Mi padre era fotógrafo de bodas por necesidad, para asegurarse unos ingresos. No me mires así, que no voy a enseñarte ninguna más. Ya las mirarás un día si te interesa. Lo que mejor se le daba eran los retratos de gente corriente. Captaba el alma, aunque suene pretencioso. Eso quisiera hacer yo también. Ya me dirás si lo consigo, solo que mis modelos son como tú.

Me daba reparo pronunciar la palabra tuerto, aunque Alí sí que la utilizase. Abrí el cajón de abajo.

Las carpetas de los chicos estaban numeradas. No contenían ninguna información que los identificase. Guardaba los nombres junto con apuntes biográficos en un lugar que no le revelaría. Los negativos y los textos que había escrito sobre cada uno estaban también a buen recaudo.

—Nadie los ha visto; me refiero al conjunto. Solo les enseño las fotos en las que posaron. No saben quiénes son los demás modelos.

Tenía que prometerme que no le hablaría a nadie de los retratos.

—Si alguno es amigo tuyo, no quiero saberlo, y si se diera el caso, no vayas a contarle que te los he enseñado. ¿Te ha quedado claro?

Me dio su palabra. Sería nuestro secreto.

—Aquí tienes dieciocho —dije—. Aún queda para terminar el álbum. Con el de hoy son diecinueve.

Esperaba que Alí me contestara «y conmigo veinte», pero no se ofreció.

—Conozco a otros chicos —dijo Alí—. Si se lo pido, también querrían.

—Te lo agradezco, pero se sentirían obligados por amistad y no funciona así.

Participaban por decisión personal, sin el compromiso que suscitan la camaradería o la rivalidad, esa era mi norma.

—Antes no os veía, de pronto estáis en todos lados. No te burles. Es como si vinierais a buscarme. Os encuentro dondequiera que voy. A

orillas del Nilo, en el metro, en el barbero. Me paro en un puesto de la calle a comprar limones y el vendedor es como tú.

—Tuerto, puede decirlo, que no voy a molestarme. Es lo que somos.

El Cairo era una ciudad de chicos que miraban con un solo ojo. Le expliqué que, cuando me cruzaba con un chico tuerto, lo seguía sin que se diera cuenta. Si coincidía con alguno en el vagón del metro, aparcaba lo que tuviera que hacer y me bajaba en la misma parada. No lo perdía de vista, aguardando el momento de entablar conversación. Desconfiaban. ¿Qué quiere de mí?, no soy un monstruo de feria. Alguno se pensaría que trabajaba para las fuerzas de seguridad. Al explicarles el proyecto, otros me miraban como Alí hacía un instante. Estaban ante un viejo verde o un chiflado que retrataba a cíclopes. Me había costado, pero con la práctica, ya sabía lo que debía decirles. Os retrato para que no se olvide lo que os hicieron.

Yo casi no había tocado la botella. Alí bebía deprisa. Habíamos dejado atrás la animosidad de hacía un momento. Por si el alcohol la reavivaba, no le ofrecí otra cerveza. Mientras mirábamos los retratos, yo solo comentaba algún aspecto técnico. No le conté nada sobre los chicos ni le hablé del modo en que había conocido a cada uno. La ley del silencio se me aplicaba a mí también. Con que alguien se fuera de la lengua, todo corría peligro: los modelos, los retratos y el fotógrafo.

—Los primeros retratos los hicimos en el exterior. Ahora los hago aquí, mientras el estudio sea seguro. No sé por cuánto tiempo.

Alí se conmovió cuando llegamos al chico del espejo. En las primeras tomas no parecía tuerto. Cuando el modelo retiró la sábana, Alí se estremeció. Me contó que a veces se olvidaba del aspecto que tenía, y entonces se veía reflejado en un escaparate. Uno no va pensando todo el día: fíjate en lo que me hicieron. Le temblaba la barbilla. Fingí no darme cuenta. Bebí unos sorbos de cerveza caliente. Alí se bajó del taburete. Se giró hacia los retratos de boda. Se detuvo delante de la fotografía de las revueltas. Me acerqué yo también. Con la yema de los dedos, Alí acariciaba su cara, los dos ojos que entonces veían.

—Parece que miro al objetivo, pero no le vi. Fue el 20 de noviembre. El día en que me dispararon.

—No eres el protagonista, pero llamas la atención. Eres el enigma de la fotografía. ¿Qué hacías allí con el violín? ¿Por qué te pusiste a tocar en ese infierno? ¿Qué fue de ti después?

Alí dio un paso atrás y señaló la fotografía.

—Tiene que ser allí mismo, tocando el violín.

No estaba seguro de haberlo entendido.

—¿Quieres que te retrate? ¿En la calle Mohamed Mahmoud?

6. La fábrica de ángeles

La fábrica de ángeles estaba en una vieja imprenta, al final del mercado de las telas. Había estado allí un par de veces, pero siempre acompañado. Cuando alguien me guiaba, estaba más pendiente de la conversación que del recorrido. En el laberinto del mercado, buscaba la salida por instinto. Los comercios habían echado el cierre. Era festivo y en las redes sociales se había convocado otro Viernes de la Ira. En las callejas desiertas me había desorientado.

Unos mendigos dormían a pierna suelta entre cartones. Estábamos hermanados. Nadie querría en su casa el retrato de un indigente, ni el de un chico tuerto. Me había ofrecido a posar para el álbum de retratos. Ya no lo tenía claro. Locuras de viejo, ¿quién iba a publicárselo? Nadie lo compraría, no había más que verme. La gente volvía la cara con disgusto al cruzarse conmigo. No me veía en su colección de monstruos, que se buscara a otro. Se la había jugado por mí y se lo agradecía, pero ello no me obligaba a nada. A su casa no pensaba volver para que la gente dijera: mira a ese, tuerto y maricón, lo tiene todo. No me quitaba de la cabeza que el viejo era uno de esos. Si nos encontrábamos, en el café Bustán o dónde fuera, lo saludaría y nada más.

Al meterme por una calleja, eché en falta de pronto los retratos del General. Los había en toda la ciudad, también en el mercado. En aquel pasaje, no vi ninguno. Un ángel me salió al paso. Lo habían pintado en el lateral de una tienda de vestidos de novia. En la puerta del comercio, había un cartel de vinilo con la fotografía del chico: «6 de enero de 1993 – 14 de agosto de 2013. Mártir por la gracia de Dios». El ángel era hijo de aquel barrio. Con mirarle a los ojos, ya se sabía que lo había pintado Ibrahim. El corazón estaba al descubierto. Lo había calcado de un manual de anatomía. Alguien había querido disimular la víscera con una capa de pintura blanca, pero se transparentaba. Llegaba tarde. Los pintores de ángeles habían dejado su marca antes de trasladar el taller.

En la puerta de un café, reconocí un anuncio descolorido de Coca-Cola, en el que una rubia sonriente bebía de una pajita. Encontré la salida. Ya no tenía pérdida. Pasando la calle de las hojalaterías, a la derecha y todo recto. Esperé, no vi a nadie rondando. Llamé a la puerta de la imprenta sin muchas esperanzas. Dos toques rápidos.

Pausa. Otros dos toques. Nada. Se habían marchado. Por si acaso, repetí la señal.

—Hoy estamos cerrados.

Era Ibrahim. Se pensaría que yo era un fisgón. Si alguien merodeaba en festivo, eso era que los iban a denunciar. Enrollaban los ángeles, desmontaban el taller y desaparecían.

—Ibrahim. Soy yo, Alí.

Entreabrió la puerta. Atravesamos la zona de carga y el taller, que estaba en un almacén donde los de la imprenta guardaban las bobinas de papel. No había nadie. Ni ángeles ni pintores. Ibrahim hizo el gesto de coserse los labios. Los oímos trajinar. Levantaban el campamento.

—Se creen que te han detenido. No tiene gracia —le susurré.

—Salid, que no pasa nada. Ha venido Alí —les gritó Ibrahim.

Los conocía a todos. Desde el verano, no se había incorporado nadie, pero habíamos tenido unas cuantas bajas. Unos se distanciaban y no volvíamos a verlos. Otros rompían sin rodeos. Los murales habían tenido su razón y su momento, pero la revolución —decían—estaba muerta y enterrada. Querían pasar página y dar el salto a las galerías de arte, aprovechando la popularidad que les habían dado los ángeles. Los que se quedaron creían en el poder de los murales. Viéndolos, la gente comprendería que la tenían engañada. Pintaban una verdad que las televisiones censuraban.

—Menudo susto nos has dado, Alí. Cambiamos de contraseña. Nos temimos que fueras de la pasma.

Ibrahim tenía los dedos manchados de pintura. Cuidado, chaval, no te acerques que te vas a poner perdido. Entrechocamos los codos a modo de saludo.

—Pasadme ese trapo. ¡Qué alegría verte, *man!* Omar nos dijo que habías pisado el asfalto.

Así le decíamos cuando liberaban a un detenido.

—No pude avisaros. Perdí el móvil —dije.

—¿En qué comisaría te soltaron?

—Bulaq —mentí.

—Vaya, en esa no estuvimos. Los muy cabrones nos decían que no tenían a ningún Alí Fuad. Lo de siempre.

Mi madre me había contado que habían estado buscándome. Preguntando por mí en las comisarías, querían impedir que yo desapareciese. Todos se acercaron a saludarme, menos Gekko. Me dieron ánimos, cuídate, nos alegra verte. Vieron lo que quisieron: un amigo que acababa de recobrar la libertad y necesitaría tiempo para recuperarse. Por respeto, no me preguntaron nada sobre los últimos días, y se pusieron manos a la obra. Extendieron unos plásticos con

manchones resecos. En un momento, el suelo del almacén se llenó de ángeles. Ya no se pintaban sobre las fachadas, sino en lienzos que se encolaban, como los carteles de los conciertos.

Gekko y otro chico arrastraban un cilindro de papel envuelto en plásticos. Habían escondido detrás un ángel recién pintado. Con el roce, los trazos se habían corrido. Gekko me miraba con rabia, como si el ángel se hubiera echado a perder por mi culpa. Lo llamábamos así porque dibujaba un lagarto en los murales que hacía por su cuenta. Era su firma y su nombre de guerra.

—No queda mal así—dijo Ibrahim—. Parece que lo han teletransportado del espacio.

—¿Y encima te ríes? Les ahorramos el trabajo, ya los destrozamos nosotros. El ángel no se puede quedar así. Habrá que repetirlo —rugió Gekko.

Los pintores eran casi todos estudiantes de Bellas Artes y diseñadores gráficos. Aunque no sé dibujar, me aceptaban en el grupo. Los ayudaba a pegar ángeles en las calles y ellos a mí con el grafiti. Diseñaban para mí plantillas que llamaran la atención. La última la había creado yo solo, sencilla y contundente: el General es un asesino.

Ibrahim le hizo a Gekko un gesto de reproche. No seas tan borde, saluda a Alí. Cuando se acercó, pensé que me daría la bienvenida. Ni siquiera me preguntó qué tal estaba. Desde el principio, le había molestado que me juntara con ellos. Decía que el jodido tuerto llamaba la atención y los ponía en peligro.

—¿Se quedaron con tu móvil? —preguntó.

No me apetecía contestarle, pero me tenía enfilado.

—¿Te lo quitaron cuando te detuvieron? No es para tomárselo a broma y tú lo sabes —recalcó.

Todos los pintores aparecían en mi lista de contactos y, a través de mi teléfono, podían rastrearlos.

—No sé cómo lo perdí. Te juro que ya no lo tenía cuando me dieron el alto.

—Así es que te pillaron haciendo un grafiti.

Con sus preguntas insinuaba que yo no era de fiar.

—Ya había terminado y me volvía cuando me dieron el alto. Les dije que se me había echado encima el toque de queda y no tenía adonde ir.

—Llevarías contigo la plantilla y el aerosol.

—¿Te crees que soy tonto? Oí voces y me deshice de todo. Lo tiré entre unos coches aparcados. No podían saber que el grafiti era mío. ¿A qué viene todo esto? ¿Es un interrogatorio?

Improvisé una historia sobre aquella noche. Corría a esconderme

como otras veces, cuando me interceptaron. Gekko no se lo creyó. Todo en él era amenazador. Tenía la mirada clavada en mí y los puños cerrados; adelantaba una pierna como si fuese a golpearme.

Ibrahim me tiró un cable.

—Va a parecer que no nos alegramos de verte. Bienvenido, Alí. Un poco más y no nos encuentras. Nos han dado un ultimátum. Les ha entrado miedo. No se lo reprocho.

—¿Hasta cuándo tenéis? —pregunté.

—Hasta ayer.

—Yo voto por quedarnos en esta zona. Hemos pintado ángeles y nos los han respetado —propuso uno de los pintores.

—No debimos pintar ese mural en el mercado. Fue una cagada —le contestó Gekko.

—Los vecinos están con nosotros. ¿No lo ves?

—No te confundas. No nos los tocan porque no se atreven. Nos tienen miedo porque, con tanto ángel, acabará presentándose la seguridad nacional y tomará represalias. Es viernes; hay una manifestación convocada y la imprenta no ha cerrado. Alí, ¿has visto algún comercio abierto?

—Ninguno.

—No tenemos pinta de tipógrafos. ¿Y crees que no se huelen algo raro? Nos la estamos jugando desde el primer día. Lo único que quieren los vecinos es que nos larguemos de una vez. Algo le habrán comentado al dueño de la imprenta y por eso nos echa.

Le apoyé para ganármelo.

—Estoy con Gekko. En este barrio no es prudente quedarse —dije.

—Tenéis razón. Hemos quemado esta zona —dijo Ibrahim—. Necesitamos un lugar cerca de la Plaza. El toque de queda no durará para siempre. Tenemos que prepararnos.

Los jóvenes no la llamábamos Tahrir, le decíamos la Plaza sin más.

—¿Quieres volver al centro y que nos detengan, Ibrahim?

Como en cada mudanza, unos apoyaban a Ibrahim: debíamos acercarnos al mural de los mártires. Otros defendían lo contrario y cuanto más lejos de la Plaza, mejor les parecía.

—Bajad la voz —pidió Ibrahim—. El Ejército aflojará la mano. La gente ya no aguanta más. En la Plaza empezó la revolución; allí deben volver los ángeles.

En los alrededores de la Plaza, estaban la calle Mohamed Mahmoud y el mural de los mártires. Y también el Ministerio del Interior, la sede de la seguridad nacional, y unas cuantas comisarías. Mientras cayeran los nuestros, seguiríamos pintando ángeles. Cuando los mutilaran, los restauraríamos. Les haríamos saber que no nos rendíamos.

—Dejad que hable Alí.

Acababa de levantar el brazo, pidiendo atención. Nos habíamos sentado en el suelo, formando un corro.

—Como os acabo de decir, conozco un sitio en la calle Youssef El Guendy.

—¿Cerca de la catedral? —preguntó Ibrahim.

—Y tan cerca. Se ve desde las ventanas del primer piso. Trabajaríamos en el bajo, en un estudio de fotografía que casi no se usa.

Me había jurado no volver a casa del Profesor y les estaba proponiendo que nos mudáramos a su estudio.

—¿Le ves posibilidades?

—¿Te refieres a si nos lo dejará? Creo que no habrá problema. Seguro que no lo hay —añadí—. Es una persona que conozco bien; está con nosotros.

—En ese caso, no tendríamos que esperar a que levanten el toque de queda para restaurar los ángeles de la catedral —dijo Ibrahim.

—¿Os estáis oyendo? —interrumpió Gekko—. Nos detienen seguro. Si Alí quiere jugársela con sus pintadas, allá él.

—Deja que nos lo explique.

—Es un lugar seguro. No os lo propondría si no lo fuera. Me escondo allí a veces, cuando salgo a hacer grafitis.

—Estuviste allí la noche que te detuvieron. Peor me lo pones —dijo Gekko—. Trabajas solo, con una plantilla y un aerosol. Los metes en la mochila y listo, y casi no lo cuentas. Y a nosotros, que vamos en grupo y con material, ¿qué creéis que nos pasará?

Hablaban todos a la vez. Sabíamos cómo respiraba cada barrio, los que apoyaban al General y los que se le resistían. En los alrededores de la Plaza sus partidarios eran la mayoría. El barrio vivía de los turistas, y estos huyen de la inestabilidad. Aquella era una zona hostil.

—Es de fiar. Estuvo en Mohamed Mahmoud —dije para acallar temores.

—Si lo hirieron o estuvo en primera línea, lo mismo lo conocemos.

No podía confesarles que no sabía cómo se llamaba el Profesor.

—Me sacó una foto con el violín en el segundo día del levantamiento. Así nos conocimos.

—No nos lo habías contado —dijo Gekko.

—No hubo ocasión. Si tuviese el móvil, os la enseñaba.

Me contaron que Gekko estuvo malmetiendo después. Si había estado detenido en la seguridad nacional, ¿no era extraño que me soltaran a los pocos días? Seguro que la libertad no me había salido gratis, y algo les habría dado a cambio. ¿Cómo sabemos que Alí no ha

llegado a un acuerdo? Yo insistía en llevarlos a territorio enemigo para que los detuvieran a todos.

Ibrahim me dio la palabra. Como si llevara tiempo planeándolo, les fui explicando cómo se transformaban aquellas calles en cuanto empezaba el toque de queda. Hablaba con seguridad sobre los peligros que debíamos evitar. En las primeras horas del toque de queda, había patrullas militares y agentes de paisano. Rondaban por las avenidas hasta la llamada a la oración de la madrugada. Los soldados se volvían entonces a la Plaza y los agentes a la sede de la seguridad nacional. A partir de ese momento, tendríamos el campo libre.

A Gekko le hervía la sangre. Yo lo estaba estropeando todo. Como no quería seguir con los murales de los ángeles, se había propuesto disuadir a los demás. Recalcaba todo lo que podía salir mal, al precio de nuestra libertad o nuestra vida.

El mural de la catedral lo formaban tres ángeles a tamaño natural que habían desfigurado. Solo quedaban las puntas de las alas. Para restaurarlos, necesitaríamos a cuatro personas. Dos colocarían el lienzo. Me ofrecí voluntario para esta tarea. Ibrahim lo encolaría y daría los últimos retoques. Tendría que haber alguien más vigilando. El mural terminaba en la avenida Mohamed Sabri por la que patrullaban los soldados, aunque no toda la noche. Desde el estudio, avanzaríamos hasta la tapia de la catedral. Mientras yo explicaba el plan, Gekko seguía disparando críticas.

—¿Quieres que salgamos los cuatro por el portal? ¿Y esperas que crucemos la calle como si nada? ¿Y si pasa una patrulla en ese momento?

—No saldremos por la puerta principal. El estudio da a un callejón. A esas horas no hay vecinos asomados a los balcones. No nos verán. Podemos quedarnos unas noches en el estudio para ultimar los detalles.

—Ya habéis oído a Alí —dijo Ibrahim—. Iremos allí y lo estudiaremos. Si no nos convence, lo dejamos correr. ¿Queremos restaurar los tres ángeles?

Se oyó un sí, sí.

—Es como si los hubieran vuelto a matar. No podemos dejarlos así; entonces ganan los asesinos y sus cómplices.

El Profesor había dicho algo parecido sobre la gente corriente. Todos tenían las manos manchadas de sangre. Quienes apretaban el gatillo y aquellos en cuyo nombre se hacía. Los que aplaudían y vitoreaban. Quienes sabiendo, miraban para otro lado. Los que seguían la corriente por pereza, ignorancia o estupidez. Todos eran culpables de lo que nos estaban haciendo a los jóvenes y lo último que

querían es que se lo recordaran. Les parecía estupendo que destruyeran los murales, pero nosotros no lo permitiríamos.

Cuando Ibrahim se levantó, dando así la señal de volver al tajo, lo ayudé a extender un lienzo en el suelo. Se arrodilló; empapó el pincel en pintura negra. Trazó el contorno de los tres ángeles de la catedral, empezando por las alas replegadas como si durmieran. Eran mis ángeles preferidos, si eso puede decirse del retrato de un chico asesinado. No se parecían a los muertos de las manifestaciones. Los de verdad se quedaban con los ojos abiertos y una mueca de estupor, como si no se creyeran lo que acababa de ocurrirles.

Los pintores se arrodillaron y se pusieron manos a la obra. Dos lienzos eran nuevos; los demás, reproducciones de ángeles dañados. Ninguno venía de la calle Mohamed Mahmoud. Esos no podíamos restaurarlos todavía, por el control militar al principio de la calle y las alambradas de espino que bordeaban el mural de los mártires. Habían raspado algunas caras y garabateado: *Jodeos, ángeles de mierda*. Las medidas de seguridad también desalentaban a los vándalos, por eso eran los ángeles que mejor se conservaban. Si el Ejército no había ordenado su destrucción sería también por su interés turístico. El gran mural de los mártires aparecía en las guías de viaje, como *Lonely Planet*.

Trabajaban en equipo, sin estorbarse, pues cada uno se había especializado en una faceta del mural. Unos componían el retrato a partir de fotografías. Otros se encargaban de los cuerpos o de los elementos decorativos. Latían los corazones al descubierto. Brotaban flores de las heridas. A mí también me asignaron una tarea a la altura de mis capacidades. Me pusieron a colorear alas.

—La gente anda dormida. Los ángeles tienen que darles miedo para sacudir sus conciencias —dijo Ibrahim.

El Cairo seguía siendo para nosotros una ciudad en guerra.

—¿Lo oís? —dije—. Creí que no se atreverían.

De las callejuelas llegó un rumor lejano de voces y palmas. Eran los manifestantes del Viernes de la Ira. No distinguíamos las palabras. Por el ritmo de tres sílabas, sabíamos lo que estaban gritando. Lo repetimos a media voz. Libertad, libertad. Cuando sonaron disparos, todos debimos pensar lo mismo, pero fue Ibrahim quien habló en nombre de todos.

—Ojalá no tuviéramos que pintar más ángeles.

Los gritos y los disparos se desvanecieron por la ciudad vieja. Estábamos desconsolados. ¡Ni un ángel más!

—Alí, cuéntanos otra vez cómo lo haremos —dijo Ibrahim para animarnos.

Los chicos soltaron los pinceles y se apiñaron a mi alrededor. Retomé el plan, aunque no fuera definitivo, añadiendo algún detalle sobre la logística. Después de pegar los tres ángeles, nos esconderíamos en el estudio hasta que abrieran la Plaza al tráfico. Se vinieron arriba; ya no había duda: los ángeles volverían al centro de la ciudad. El mural de la catedral solo era el comienzo; no pararíamos. En cuanto pudiéramos, restauraríamos el de la calle Mohamed Mahmoud. Una vez hecho esto, innovaríamos y pintaríamos murales sin ángeles, pero con poderío, para que la gente supiera lo que sucedía en el país. Haríamos todo eso desde el estudio del Profesor. Les conté que tenía una tienda adjunta que daba a la calle. Se había quedado sin clientela porque ya nadie revelaba carretes de fotos. Ya se nos ocurriría qué partido sacarle a aquel espacio.

—Sondea a tu amigo —dijo Ibrahim—. Cuanto menos sepa, mejor. Si te dice que sí, iremos a verlo. No te lo tomes mal. Tú lo conoces, yo necesito mirarlo a los ojos.

Estaba seguro de que el Profesor aceptaría; sabía cómo convencerlo. Quería mi retrato para su galería de monstruos y yo iba a pedirle algo a cambio.

7. Bajo el signo de Alí

El día comenzó bajo el signo de Alí. Lo vi en sueños, pintado en un mural. Era un ángel majestuoso, con las alas extendidas y el ceño fruncido. Adondequiera que iba me lo encontraba. Una bandera con el ángel, descomunal, ondeaba en la plaza Tahrir. En los carteles publicitarios de las azoteas, estaba el ángel Alí, multiplicado cientos de veces, como una advertencia. Crucé la Plaza, como cada vez que compraba una novela de Abderramán Munir. A la entrada del puente, me esperaba el ángel Alí, de carne y hueso esta vez. Sujetaba dos bolas numeradas en las palmas abiertas. El dos y el diez. Al despertar, me rondaban los números en la cabeza, como el mecanismo de un tren de juguete. Dos-diez-dos-diez. Las cloacas del subconsciente se habían vertido en aquel sueño. Me quedé desazonado. Traté de encontrarle un significado, aunque no creía en las premoniciones. Diez de febrero, dos de octubre. Faltaban cuatro meses o unos días ¿para que Alí se convirtiera en ángel? Apunté los números en un papel que guardé en un cajón del escritorio.

Todo me recordaba a Alí. De aquello estuvimos hablando; esto tengo que comentárselo cuando lo vea. No dejaba de pensar en el chico, ¿estaría bien? Camino del café, me desvié hasta el mural de los ángeles. Algunos tramos de la calle Mohamed Mahmoud apestaban. El ejército había cortado las perpendiculares apilando bloques de hormigón. Las tapias eran ahora meaderos en los que se amontonaba la basura. ¿De verdad quería Alí que lo fotografiara en ese lugar, tocando el violín entre las inmundicias? Durante la revolución, los vecinos barrían las calles y colocaban tiestos con flores. Los jóvenes pintaban las fachadas y dirigían el tráfico. Estaban alumbrando un país nuevo. Se sentían orgullosos por haber derrocado al tirano. Habían transcurrido dos años de aquella esperanza. A la calle Mohamed Mahmoud le había ocurrido como a nuestros sueños. Se habían quedado en nada: basura.

El mural de los mártires ocupaba el lateral de la Universidad Americana. En toda su extensión, una alambrada de espinos nos impedía acercarnos. Lo recorrí despacio, y no encontré a Alí entre aquellos ángeles. ¿Desde cuándo creía en el lenguaje de los sueños? Los ángeles estaban descoloridos. Me parecieron un ejército lastimoso, en retirada. Se habían ensañado con algunos, raspando los rostros. A

bolígrafo, habían garabateado insultos, como escupitajos. *Que os den, ángeles de mierda; el Ejército y el pueblo somos uno.* Los ángeles tenían la misma edad que Alí, veintipocos años.

A ratos dudaba de que estuviera despierto. Como un remordimiento, la imagen de Alí se me presentaba de improviso. Fingía no verla, para espantarla, como hacen los esquizofrénicos con las voces que solo ellos oyen. Se me apareció en la calle, caminando a mi lado, y luego en un escaparate, entre los maniquíes. Jugando al ajedrez con Saleh, el taxista, percibí su presencia, en el corrillo que seguía la partida. El chico estaba en peligro y yo podía ayudarlo. Maldita vejez, nunca había dictado un sueño mi conducta. El chico acabaría mal como siguiera con el grafiti. No se precisaban corazonadas para saberlo. Alí tomaba un riesgo desproporcionado, porque nadie se levantaría contra el General por unas pintadas, si es que se fijaban, si es que se atrevían a mirarlas, si duraban lo bastante para que alguien las viera.

Al llegar al café, saludé a los clientes que se sentaban en el exterior. Acaricié la cabeza de Pachá, que dormitaba delante de la puerta. El nombre se lo había puesto yo. Era un perro colectivo sin raza determinada que vivía de las sobras que le dábamos. Apareció un día, cuando Mubarak era presidente, y se quedó como un cliente más. Parece un pachá, dije. A todos les pareció bien que llevara nombre de señor, pues no hay peor insulto para un poderoso que llamarlo *perro*. Se irguió y me cedió el paso moviendo la cola. Le traía unas galletas envueltas en un pañuelo. Le daba dos cuando llegaba y otras dos al marcharme. El perro me miró como si adivinara mi inquietud.

—Pachá, ¿has visto a Alí? Qué cosas digo, tú no lo conoces.

Ya me traían el café cuando me senté junto al ventanal. Me puse a buscar al chico entre la gente. Había escogido esa mesa, muchos años atrás, para avistar a los agentes cuando vinieran a detenerme. La seguridad nacional se había desentendido de mí y ya no me tenía por un individuo subversivo. Como pasatiempo, jugaba a desenmascarar a los agentes de paisano que vigilaban la avenida. Se turnaban, pero yo los distinguía por el porte, la ropa cara, los zapatos sin desgastar, la actitud alerta. Aquella mañana, solo me importaba Alí. Era el de la derecha que se reía, o aquel otro que hablaba por teléfono gesticulando, el de las gafas de sol, o el de más allá, que llevaba la capucha de la sudadera bajada. No paraba de decirme: vendrá, eso seguro, y podré decirle que corre peligro.

El librero se abría paso entre las mesas de la calle. Su visita era de lo más inoportuna; no quería distraerme por si aparecía el chico y se escabullía. Dio unos toques en el cristal, ya no pude ignorarlo.

Vocalizaba de manera exagerada para que lo entendiera pese al jaleo de la calle y del café.

—Profesor, Profesor, ya tiene su pedido.

Habíamos pactado que solo pronunciaríamos el nombre de Abderramán Munir cuando estuviéramos a solas. Como si no tuviera bastante con el sueño del ángel Alí, le había llegado otro libro del maldito escritor y tendría que regresar al puente.

—Me paso dentro de un rato —le dije.

El librero se negaba a desvelarme de dónde sacaba tanta novela de Abderramán Munir cuando se lo preguntaba. ¿Habían cerrado otra editorial, una imprenta o una biblioteca? Secreto profesional, Profesor. Justo antes de cruzar la avenida, se giró. Señaló el reloj de pulsera para recordarme que no me retrasara. Bien mirado, los lectores se desprendían de sus novelas porque las aborrecían. Abderramán Munir era un escritor pasado de moda, que ni siquiera aparecía en los manuales escolares y no le importaba a nadie más que a mí. Escudriñaba la avenida en busca de Alí, cuando la imagen del taxista se proyectó en el ventanal.

—¿Juega, Profesor? —me preguntó Saleh—. Estos están por acabar la partida de ajedrez.

Saleh era el único con quien no me aburría jugar, un rival de altura, un estratega como yo, que veía en el tablero un campo de batalla.

—Como le veo desocupado, por eso se lo digo. Disculpe si le he molestado.

Acepté por no parecerle altivo, no quería indisponerlo; nunca se sabe a quién se puede necesitar en el futuro. Fanfarroneé, hoy no me ganas, para disimular mi inquietud por haber abandonado el puesto de vigilancia.

Me llevé los periódicos, así me entretenía mientras nos llegaba el turno. El dueño del café me reservaba siempre un diario oficial y otro independiente. Solo cuando yo terminaba la lectura, pasaban a otros clientes. Si alguno me pedía que le resumiera lo más destacado, tocaba todos los palos, también los discursos del General, sin opinar, salvo que hubiera perdido el Zamalek. Entonces me despachaba criticando con vehemencia a los jugadores, al árbitro y al entrenador.

—¿Cuál prefieres? —le ofrecí a Saleh.

—No se moleste, para lo que dicen. No apetece leer la prensa.

Los periódicos apenas se diferenciaban ya en el enfoque y las noticias publicadas. Todos traían en la primera página el juicio de ocho chicos. Las fotografías los mostraban en distintos momentos de la vista. Se los veía charlando en la jaula de los acusados y saludando a

sus familiares. Cuando el magistrado se puso a leer el veredicto, se les mudó la cara. Me vi a la misma edad, en una jaula parecida. Al pronunciar el juez mi nombre y la condena, me eché a reír. En vano me ordenó callar. No podía dominar aquella risa, casi un aullido de perro atropellado. Tenía veintisiete años entonces, y mi vida había llegado a su fin.

Saleh leyó el titular por encima de mi hombro.

—Quince años, ¿de qué los acusaron para una condena tan alta? —preguntó.

—Ahora te digo, déjame ver. Difundir noticias falsas. Atentar contra la seguridad del Estado. Pertenecer a una agrupación ilegal y alguna cosa más. Lo de siempre. Y esperan que nos creamos que formaban un comando terrorista. ¡Si son unos niños!

Me fiaba de Saleh. No éramos lo que se dice amigos entonces; él me llamaba de usted y Profesor, pero estábamos en sintonía. Con los demás, optaba por el sarcasmo. Alababa la hombría del General, pero el tono y la sonrisa insinuaban lo contrario. Como no estaban seguros de mis opiniones, no se atrevían a cuestionar mi lealtad en público. Uno de los que esperaban para echarse una partida, me oyó y replicó:

—Algo habrán hecho esos chicos para que los condenen.

Ya estaban los jugadores de backgammon despotricando contra los jóvenes.

—Malnacidos, se merecen eso y mucho más. A pan y agua deberían tenerlos hasta que revienten.

Yo, tan prudente de costumbre, estaba irascible después de soñar con un maldito ángel y de que Alí siguiera sin dar señales de vida. Saleh me dio un codazo para que no saliera en defensa de aquellos chicos.

—No les haga caso. Ya sabe cómo son.

La partida acabó por fortuna antes de que me expusiera con algún otro comentario. Cuando Saleh y yo tomamos posición, los entendidos se arremolinaron a nuestro alrededor. Creí ver al chico entre los curiosos, pero no estaba cuando volví a mirar. ¿Listo, Profesor? El duelo sería por Alí y por todos los jóvenes. Me tomaba el ajedrez como una guerra contra el sistema. El tablero simbolizaba Egipto. El rey era el General, y la reina, la seguridad del Estado. El alfil representaba a los empresarios corruptos, y la torre al Ejército. La gente corriente eran los peones. Los jóvenes solo podían ser el caballo, que avanza en zigzag, como los chicos por las callejuelas durante las revueltas.

Alguien comentó que yo estaba jugando sin arrojo, como distraído.

—Hoy gana Saleh. ¿Habéis visto lo que acaba de hacer el Profesor? Es un suicidio.

—El Profesor juega a matar. Es una trampa, ya lo veréis. Gana seguro —me apoyó uno de mis incondicionales.

Había desplazado la dama blanca hasta una casilla peligrosa, contraria a mis intereses. Saleh estudiaba el tablero, incrédulo. El sacrificio de la dama merece la pena si con ello fuerzas un jaque mate. La mía estaba a la merced del alfil negro; era un movimiento temerario, pues entregaba a mi rival la pieza más preciada. Mi torre blanca ya podía avanzar por el pasillo central. Después de dos movimientos, a Saleh se le acabaron las opciones. Su rey estaba acorralado y no podría huir de mi caballero. Reconoció la derrota derribando a su soberano. El caballo blanco había decidido la partida. Los chicos habían vencido al General, al Ejército, a la seguridad del Estado. Los jóvenes solo podían ganar en el tablero, porque en las calles tenían todas las de perder. Habían quedado marginados en el mercadeo político. Después de que Saleh y yo nos diéramos la mano, otra pareja de contendientes tomó nuestro lugar. No eran jugadores de nivel, y el corrillo se deshizo.

—Mire, Profesor —dijo Saleh—. ¿No son los chicos de la noticia?

La televisión transmitía imágenes del juicio. Presté atención, pero solo capté frases sueltas. La voz del locutor llegaba amortiguada por las conversaciones y el eco de las fichas en los tableros. La cámara se detuvo en los chicos enjaulados. Daban ganas de darles un abrazo viéndolos tan desvalidos. Le hice una seña al camarero para que subiera el volumen. «El Ejército es el único que vela desinteresadamente por el país. No nos dejemos engañar. Tenemos el deber patriótico de denunciarlos, aunque sean amigos, vecinos, hijos, hermanos nuestros, por mucho que nos duela». El enemigo eran los jóvenes que habían apoyado al General y ahora se rebelaban. Los estudiantes que convocaban concentraciones cada viernes. El enemigo era el chico que escribía con un aerosol *el General es un asesino.*

—Mano dura es lo que hace falta.

—Ya veréis como en un mes se dejan de tanto follón.

Con la televisión como sonido de fondo, los clientes siguieron con los chismorreos y las partidas.

—¿Tan pronto se marcha, Profesor? —me preguntó Saleh.

Me despedí prometiéndole una revancha al día siguiente. Levanté el brazo en atención a los demás. Algunos se despidieron de mí con un hasta mañana, Profesor. El perro se calentaba al sol, recostado en la acera. Le di mis últimas galletas y una palmada en el lomo.

—Nos vemos, Pachá. No les hagas caso a esos tontos.

Esperé a que el tráfico menguara para cruzar la avenida a paso ligero. La librería estaba detrás del mercado de Bab Luq. A través del

escaparate, vi al librero sentado en una butaca, inventariando las novedades. A su derecha, peligraban varias pilas de libros, como castillos de naipes. A la izquierda, había un montón de volúmenes desordenados, pendientes de clasificar. Cuando tiré del pomo, me sorprendió un trino de pájaros —se habían puesto de moda—, en lugar de la campanilla habitual. El librero inclinó la cabeza, me sonrió con complicidad, y me pidió silencio. No estábamos solos. Un cliente rebuscaba en las estanterías con rudeza. Si un libro llamaba su atención, lo estampaba contra el suelo. Entendí de qué tipo de lector se trataba. Debíamos andarnos con cuidado, y de Abderramán Munir ni una palabra.

Fingí interés por un libro que enseguida devolví a su estante. Carraspeé y arqueé una ceja. Temía que el intruso se me hubiera adelantado. Prefería ser yo quien destruyera la obra de Munir a que lo hiciera un oficial de paisano. El librero me tranquilizó. Le leí los labios: no se preocupe.

La librería tenía dos plantas. A pie de calle estaba la literatura en árabe y lenguas extranjeras. Los volúmenes estaban apretados, pues llegaban reposiciones continuamente. Bajé al sótano, donde se exponían los libros de historia, religión, filosofía, sociología y política. En cambio, allí los estantes estaban despejados, con numerosos huecos entre los tomos. No había volúmenes por el suelo. El visitante no había pasado todavía por allí, ¿le quedaría algo por censurar? El librero leía los discursos del General para identificar nuevos temas controvertidos. En cuanto el General se refería a ciertas influencias perniciosas para la juventud, repasaba las secciones de filosofía, viajes, antropología, o autoayuda, anticipando una visita de las fuerzas de seguridad. Habían ido desapareciendo de las repisas todos los ismos: marxismo, feminismo, erotismo, sufismo, y la lista parecía interminable. El librero salvaba los volúmenes llevándoselos a su casa. Aseguraba que, a ese ritmo de destrucción, acabaríamos convertidos en personas-libro, como en la novela *Fahrenheit 451*. ¿Y qué obra memorizaría usted?, me preguntó una vez. A ver si adivino, apuesto a que alguna de Abderramán Munir. Le reí la ocurrencia.

Me crucé en la escalera con el agente cuando yo ya subía. Me pegué a la pared cediéndole el paso. Al momento empezó el estrépito de los libros desechados. Con tanto alboroto, podríamos charlar libremente y concluir la transacción sin temor a que nos espiara.

—Parece que usted no es el único que se interesa por Abderramán Munir —me susurró el librero.

Temí que el agente estuviera requisando sus libros.

—¿Se los lleva? —le pregunté señalando al sótano.

—No me refiero a él. Estuvo aquí un chico de esos preguntando por sus novelas.

El librero se tapó un ojo.

—Un chico de esos —repitió—. Luego le cuento.

Me quedé intranquilo, pues era demasiada casualidad que un muchacho tuerto se interesara por Abderramán Munir. Estaba impaciente por saber de qué habrían hablado, pero el librero se negó a adelantarme nada, aunque el agente no pudiera oírnos. Maldita sea, esperaba que no fuera Alí, pero yo mismo le había puesto sobre la pista del escritor. El agente subió los escalones de dos en dos. Se plantó delante del librero con cara de pocos amigos.

—Estaba usted avisado —dijo.

—Pachá, por mis dos ojos, mire usted que lo intento. No hay quien lleve la cuenta de los libros prohibidos.

—No están prohibidos, sino desaconsejados. La gente no entiende y podría malinterpretar el contenido —me entrometí tratando de suavizar las cosas.

—Así es —el oficial me dio la razón—. El pueblo es ignorante y hay que protegerlo.

El agente se dio otra vuelta por los estantes. Cayó otro volumen al suelo. Hacía un último reconocimiento por si se le había pasado alguno por alto. Nos pusimos a improvisar una representación para nuestro único espectador. Empezó el librero guiñándome un ojo. Comprendí que intentaba contarme algo en código, así es que debía prestar atención.

—A ver cuándo me vende su colección de postales de El Cairo. No se las va a llevar a la tumba, que Dios le dé larga vida —dijo.

Tenía más de cinco mil postales antiguas y ninguna intención de desprenderme de ellas. Nos pusimos a regatear para darle verosimilitud a la escena.

—La vendo íntegra, nada de lotes. Dependerá de lo que ofrezcas. No tengo corazón; serán para el mejor postor. Hay varios coleccionistas interesados. Uno es extranjero y podría salirme bien la jugada. Esos no saben regatear—le contesté.

—Me gustaría verlas antes.

—Están en perfecto estado, ¿dudas de mi palabra? Apenas verás esquinas dobladas. Las más antiguas, de 1890, ¿qué te parece?

—De los hermanos Zangaki, supongo.

—Tú lo has dicho.

—¿Tendrá postales sin remitente? —me preguntó.

Me daba así una pista sobre la novela de Abderramán Munir que me había reservado.

—Unas cuantas —repliqué.
—¿Se llevará algún libro hoy?
—Alguno he visto que me ha interesado. Mejor será esperar a que termine el Pachá. No vayas a venderme alguna obra comprometida.
—Válgame Dios, eso nunca. Ya van quedando pocos clientes como usted. Los libros no son lo que más se vende.
—¿Qué me dices?
—Son los carteles de cine. Ya ve. Muchos no se atreven ya ni a comprar novelas de amor.
Le acababa de lanzar una pulla al inquisidor y este le respondió arrojando otro volumen al suelo. Ya se marchaba, cuando le exigió al librero que bajara el cierre metálico. Salieron a la calle mientras yo echaba un vistazo a las novedades sin catalogar. Tembló el cristal del escaparate y me quedé a oscuras. Yo sabía que en el cierre había un ángel desvaído, con los brazos abiertos, como Alí en mi pesadilla.
—¡Ya lo está borrando! —gritó el oficial.
El librero levantó el estor metálico. Entró la luz del día. A través del escaparate, seguimos al agente, que cruzaba de acera y subía hacia el mercado de Bab Luq, dando zancadas.
—Me cierra la tienda si no lo borro. A este paso no van a dejar ni un ángel en pie. Me da pena, pero no hay nada que pueda hacer. Por lo menos, lo he intentado.
—¿Lo conocías? —le pregunté.
—Siempre viene el mismo tipo.
—Me refiero al ángel. ¿Cómo se llamaba?
—No, no lo conocía. Tampoco sé su nombre.
—Bastante has resistido. Los demás hace tiempo que los borraron. ¿A qué venía tanto secreto sobre el libro de Munir? Esos no saben leer —dije.
—Este sí que sabe. Le gustan los libros; escoge los mejores. Mandará a un subalterno para que le lleve los que ves por el suelo. Apuesto a que el Pachá se los queda, no todos, pero muchos.
El librero abrió un cajón debajo de la máquina registradora. Sacó un estuche de madera que colocó sobre el mostrador. En el interior había postales revueltas; casi todas estaban escritas.
—¿No querrás vendérmelas? —bromeé.
—Esta caja no es ni fea ni bonita. No se le antoja a nadie —dijo.
Debajo de las postales estaba el libro de Munir. Como había adivinado, se trataba de *Epistolario sin remitente*. Aun siendo su obra más polémica, nunca se la censuraron. Unos presos siguen anhelando el indulto que cada año les deniegan. El título se refiere a las cartas que escriben, pero no envían porque fuera no los espera ya nadie. Me

alegré de que no le hubiese vendido la novela al chico tuerto. Yo había vivido todo aquello; Abderramán Munir me había robado mi historia.

—¿Y el muchacho del que me hablaste? El tuerto.

—Vino esta mañana, justo cuando salí a avisarle a usted. Dejé un cartel: *Vuelvo dentro de cinco minutos*. El chico esperaba delante de la puerta. No me fijé en que era tuerto, luego ya sí. Llevaba el pelo peinado hacia delante y una mochila roja.

Alí, tenía que ser Alí. Lo había escondido en mi casa y ni me había dado las gracias. Lo había protegido y se había marchado sin despedirse. Conmigo no le había faltado de nada y llevaba cinco días sin noticias suyas. Alí había estado en el barrio esa misma mañana y no se había molestado en pasar a saludarme.

—¿El chico buscaba un libro en particular?

—La primera novela de Munir, *Cuando calla la ciudad*. Como lo vi tan interesado, le conté que la Unión de Escritores Árabes la había incluido entre las veinte mejores novelas contemporáneas. Munir les exigió que la retiraran del listado. También le dije que no consintió que la editorial la reeditara. Les puso un pleito y lo ganó. Todo eso ya lo sabe usted. Es una pena; con los tiempos que corren, la novela es muy actual. Da para un buen guion de cine.

—¿Y seguro que no le vendiste nada de Munir?

—¿Cómo dice? Me ofende usted. Soy una persona de palabra. Tenemos un acuerdo, faltaría más. Todo lo referente a Abderramán Munir es para usted.

—El chico volverá, si tanto le interesa el escritor —dije.

—Puede. *Epistolario sin remitente* estaba sobre el mostrador. Me lo quiso comprar. Le dije que lo tenía reservado. Como insistía tanto, dejé que lo hojeara. Se quedó un rato leyendo. ¿Qué iba a hacerle yo? No podía impedírselo.

Yo tenía la culpa de que Alí se hubiera emperrado en leer a Munir. Le había puesto sobre aviso montándole una escena. Debí decirle: mira, este de la foto soy yo, y este es Abderramán Munir, un auténtico hijo de puta por esto y lo otro. Y eso es lo que pensaba contarle a la menor oportunidad.

—Me sorprendió que un chico tan joven conociera a Abderramán Munir. Había estado buscando por internet. Sabía un montón de cosas.

—¿Munir está en internet? Si entonces no existía.

—Pues está.

—¿Su vida de escritor? ¿O hay algo más?

—No se imagina todo lo que se puede encontrar sobre un fantasma.

No quiso darme detalles; disfrutaba con mi zozobra. Compré la

novela sin discutir el precio. Pospuse el ritual del puente hasta la mañana siguiente; estaba demasiado alterado y podía dar un mal paso. Volví a casa con el libro debajo del brazo y la cubierta contra el costado. Se respiraba normalidad en las calles, como si nunca pasara nada, o lo de siempre. Aún faltaba para que llegaran los camiones militares. Era temprano, las tres de la tarde.

Arrojé el libro de Munir sobre los cojines del sofá. Del cansancio que traía, no me puse la ropa de casa. Más adelante, cuando tuviera ánimos. Encendí la televisión, a ver si me serenaba. Me descalcé. Con las piernas estiradas sobre la mesita, apunté con el mando buscando alguna película de mi juventud. Enseguida apareció Fayruz. Se me posó en la rodilla. Estuve contemplando cómo se atusaba las plumas con el pico; seguía una pauta. Ambos éramos animales de costumbres.

Llamaron a la puerta. Bajé el sonido de la televisión. No oí voces en el rellano. Oculté el libro debajo del asiento. Me senté, todo normal, no se percibía ningún saliente. Volvió a sonar el timbre, y otra vez después de una pausa. Ante tanta insistencia, me levanté a abrir.

—¿Quién es? —grité.

La puerta no tenía mirilla. Desde el otro lado, no me contestaron. Abrí.

Alí estaba delante de mí. Sonreía. Llevaba puesta la camiseta de *Metrópolis* que le regalé. Alí había vuelto, Alí había vuelto. Retuve su mano entre las mías hasta que la apartó.

—Iluminas mi casa —dije.

La fórmula tradicional de cortesía nunca me pareció tan acertada. Lo hice pasar al salón. Se sentó en el sofá. Colgada del televisor, Fayruz le cantó, o así lo recuerdo. Deseé que se quedara durante el toque de queda. El día había empezado bajo el signo de Alí. Así anhelaba yo que terminase.

—Anoche soñé contigo. Eras un ángel.

—De eso quería hablarle.

Alí había regresado. Alí, bello y tuerto.

8. Los conjurados

A la hora convenida, las diez de la mañana, fuimos entrando de uno en uno por el callejón, yo el primero. Solo teníamos que empujar la puerta de la trastienda. Los dos almacenes estaban en penumbra, el Profesor había cuidado la puesta en escena para impresionar. Entrábamos por un espacio oscuro, como los conjurados de otros tiempos, pero en lugar de antorchas, nos guiaban las linternas de los móviles. Sin encender la mía, para sorprenderlo, avancé hacia el estudio iluminado. De tanto recorrerme aquel espacio, preveía los obstáculos que estrechaban el paso.

Tenía la boca seca y me sudaban las manos. No eran los chicos quienes me preocupaban; cumplirían lo pactado. No le des más vueltas, Alí, ya verás cómo le caemos bien. Presentía que el Profesor nos pondría a prueba. Tendrían que ganárselo. A todo le diríamos que sí, tiene usted toda la razón, dóciles como corderos. ¿Y cómo debemos dirigirnos a él?, me preguntó Ibrahim. Llamadlo Profesor. No tenía nada de raro; pasados los cincuenta, te llamaban tío, o profesor, si tenías cierta educación, *hajj* si eras devoto o habías peregrinado a la Meca.

El Profesor nos esperaba en su estudio. El espejo del marco dorado estaba destapado. Me vi reflejado al ir a saludarlo. Empezábamos mal. Yo evitaba mirarme en las lunas de los escaparates, los retrovisores de los taxis y sobre todo los espejos.

—¿Todo bien, Alí? ¿Cuántos vienen?

—Seremos cuatro, como le dije.

Unos minutos después, la puerta de entrada chirrió, sonaron pasos y el haz de luz avanzó despacio hacia nosotros. El chico se orientaba con la linterna del móvil. Habíamos convenido el orden de llegada según el ascendiente en el grupo de los grafiteros. Ibrahim, Gekko y Omar.

—Es Ibrahim —susurré.

El Profesor no fue a su encuentro, marcando las jerarquías. Le estrechó la mano. Esta es tu casa, le dijo. Ibrahim se presentó con otro nombre para sorpresa mía.

—Pongamos que me llamo así —dijo.

Los demás hicieron lo mismo. Quienes usaban nombre de guerra, como Gekko, se lo cambiaron. Se les debió de ocurrir en el último

momento, cuando yo ya me encontraba en el estudio, porque no estaba al corriente. Por la falta de costumbre, nos hicimos un lío. Se nos escapaba el nombre verdadero o confundíamos los motes y usábamos el de Ibrahim para llamar a Omar. Se notaba que el Profesor la estaba gozando; menudos conjurados estábamos hechos.

—¿Qué puedo ofreceros? —dijo—. ¿Nada? Eso no puede ser. Os tengo preparado un tentempié. Solo será un momento.

Subió la escalera de caracol. Oímos sus pasos y después silencio; las baldosas de la cocina amortiguaban el ruido. Nos había dejado solos a propósito para que estuviéramos a nuestras anchas. A mis amigos les daba reparo explorar el estudio. Se habían jugado la vida en las revueltas y pintando murales clandestinamente, pero les cohibían el lugar y el personaje por todo lo que les había contado sobre el Profesor. Les insistí en que tendríamos que ganarnos el estudio y que el viejo odiaba las conversaciones banales. Con el Profesor me sentía en un concurso en el que debía acertar todas las respuestas, en un nivel ascendente de dificultad. Ellos pasarían por algo semejante. Por cortesía, no podíamos abordar de buenas a primeras la cuestión de los ángeles. Tendríamos que charlar de todo un poco hasta que se rompiera el hielo. Como me suponía cierta amistad con el Profesor, Ibrahim me cedió el testigo.

—En cuanto aparezca, Alí, empieza tú, que lo conoces —dijo.

Como no bajaba, ya más tranquilos, se recorrieron el estudio y los almacenes.

—¿Os habéis fijado? No hay ventanas —dijo Ibrahim.

—Ya habéis oído a Alí. Esto no va a salirnos gratis. Tendrá condiciones, como todos —dijo Omar.

—Si no quisiera, no nos habría hecho venir —le aseguré—. No seas tan desconfiado.

—Dijiste que era una persona difícil.

Gekko accionó el picaporte de la cámara oscura. Yo no había estado allí todavía.

—Esa puerta siempre está cerrada —le dije —. Es donde revela las fotos.

—La has clavado, Alí. Aquí podremos trabajar noche y día. Esto es perfecto —dijo Ibrahim eufórico.

—Y tanto que lo es —dijo Gekko—. Está a un paso de los *check points* y el dueño es un viejo.

—Ya lo sabíais. ¿Qué más da si nos quiere ayudar? —protesté.

—Sí que importa. No conozco a ninguno que no sea un cagueta, como si no lo supierais. Hoy dice que sí, mañana se lo piensa y nos deja tirados.

—Pues yo conozco a muchos jóvenes que también están cagados —le contesté.

No se le escapó la intención con que lo dije. Si Gekko no quería que nos mudáramos tan cerca de la Plaza nadie lo obligaba.

—¿Habéis visto esta maravilla? —dijo Omar—. Alí, ven, ¿has visto esto?

Omar me conocía mejor que nadie. Éramos amigos de la infancia. Intuía cómo iba a reaccionar antes de que me disparase como un resorte. Para que no le soltara a Gekko algo irremediable, me llamó a su lado.

—Vamos, Alí. ¿No decías que al Profesor había que decirle a todo que sí? Pues a Gekko lo mismo. Fíjate, ¡qué maravilla! Yo creo que son los decorados de los hermanos Zangaki, ¡los principios de la fotografía!

—Menudo imbécil, no sé para qué ha venido.

Yo seguía con mis agravios; no me importaban nada unos decorados rancios.

—Como si no lo conocieses, luego no es un mal tío y se la juega como el que más. No le hagas caso. Menudo tesoro tiene aquí el Profesor.

Omar solo tenía ojos para los telones. Le interesaban para un documental sobre los pintores de ángeles. Cuando lo terminara, pensaba presentarlo en festivales y concursos del extranjero, porque en Egipto ya no podría proyectarse. Habían prohibido un libro en inglés, *Calles de Egipto,* sobre el arte urbano de las revueltas. Circulaba clandestinamente. No pudieron detener a los autores porque se habían exiliado en Alemania.

Los decorados eran inmensos; colgaban de una barra atornillada a la pared. En lo alto del bastidor llevaban un gancho que permitía deslizarlos sin esfuerzo. Yo no les encontraba nada de especial.

—Como para pedirle que me deje usarlos, si ya lo tenemos difícil con el estudio.

—Ni lo sueñes, Omar, no vayas a joderla. No estamos aquí para eso.

Mientras Omar pasaba los telones, reconocí algunas casas señoriales del barrio de Al Hussein. Tenían celosías en las ventanas, a través de las cuales las mujeres en aquella época miraban la calle a salvo de miradas indiscretas.

—Alí, pregúntale si son los telones de los hermanos Zangaki.

—Hoy, olvídate. No vayas a liarla.

Yo no estaba para lecciones de historia sobre los principios de la fotografía. No entendía por qué demonios no bajaba el Profesor. ¿A qué estaba jugando? Ibrahim tomó la iniciativa; de un almacén trajo

cinco sillas de madera plegables y las dispuso en semicírculo. Mientras el Profesor no nos diera permiso, no nos sentaríamos. Lo esperamos de pie. Por fin, tembló la escalera. El viejo bajaba los peldaños sin ninguna prisa.

—Sentaos, por favor.

Nos acomodamos. El Profesor arrastró su silla hacia atrás. Así sentado, enfrente de nosotros, como si fuese a darnos una charla, el título le iba como un guante.

En el extremo derecho estaba sentado Ibrahim, y yo en el izquierdo. Ibrahim se inclinó hacia delante, animándome. Venga, Alí, empieza tú. Con los nervios, el discurso que traía preparado se me quedó en nada. Buscábamos un lugar cerca de la Plaza. Le dábamos las gracias por recibirnos, porque la movilización continuaba o algo así. Sobre los ángeles no dije ni una palabra.

—Ya me dijiste que buscabais una madriguera por esta zona y que el estudio podría valeros. Eso estaría por ver; tendríamos que aclarar unas cuantas cosas antes, ¿no os parece?

Se expresaba en condicional. Yo había dado por seguro que el estudio estaba a nuestra disposición y así se lo había planteado a mis amigos. Devaluaba mi palabra. El Profesor se comportaba como un casero desconfiado que exige garantías frente a un posible impago. Ibrahim no se desalentó y le siguió la corriente.

—Pregúntenos lo que quiera. Para eso estamos aquí. En principio nos interesa.

—Habrá que ver si me interesa a mí. Perdonad que sea tan franco. Entenderéis el riesgo que corremos solo con estar aquí reunidos. No digamos ya si llegamos a un acuerdo.

—Lo entendemos perfectamente —dijo Ibrahim.

—Si no le conviene dejarnos el estudio, no se preocupe —soltó Gekko.

Triunfaba. Lo veis, el viejo se echa atrás, ¿qué os decía? Gekko nos había acompañado por compromiso. No hacía más que recalcar las dificultades. El barrio era peligroso; no debíamos fiarnos de alguien que no era de nuestra generación.

—No he dicho que no me convenga. Perdona, no recuerdo tu nombre, ¿Salamandra? Así me dijiste que te llamabas. No me estáis entendiendo. Lo que quiero saber es cuál es el plan. No queremos que nos detengan, ¿verdad que no? Yo ya he pasado por ello y no quiero revivirlo. Ni tú tampoco, ¿verdad, Alí?

Los tres se pensaban que me habían arrestado la noche de la pintada. El Profesor respaldaba mi mentira sin que se lo hubiera pedido. Le había contado que los chicos se habían hecho una película

que yo no desmentí. Con ese gesto de camaradería me confirmaba que ya teníamos cierta amistad.

—¿Quiere saber cuál es el plan? Que vean que no nos rendimos —dijo Ibrahim.

—Eso está bien. ¿Se trata solo de pintar ángeles o tenéis pensada alguna otra acción? No digo que no haya que pintarlos. Ya veis cómo se están poniendo las cosas.

—Para empezar. Luego ya veríamos.

Ibrahim recalcó esto último. Valoraríamos lo que tuviera a bien proponernos con su experiencia. El Profesor tomó la palabra.

—Entonces yo podría ayudaros. No sospecharían de un viejo.

Ya estaba otra vez con eso de que nadie se fija en los viejos. Como el hombre invisible, se movía entre los manifestantes con su cámara de fotos, sin un rasguño. A las fuerzas de seguridad no se les pasaría por la cabeza que estaba con nosotros. Me abochornaba, no entendía cómo había podido ser tan ingenuo. Estaba cantado que saldría mal, el viejo aconsejando a sus muchachos. Se tomaba por nuestro mentor. Mis amigos se impacientaban. Cuchicheaban. Miraban sin disimulo las pantallas de los móviles. Gekko se puso a chatear con el mayor descaro.

—Os tengo aquí sin comer nada. Os había prometido un tentempié. No tardo ni un minuto.

Le dijimos que no se molestase, pero insistió en ser un buen anfitrión. El Profesor subió a la vivienda. Nos quedamos en silencio. En cuanto mis amigos consideraron que no podía oírnos, les dio por burlarse, Gekko el que más.

—¿Vamos a ponerlo a pegar ángeles? ¿Para que nos detengan a todos? Nos deja el estudio y gracias. Por mí, ni eso. Yo estoy por largarme ahora mismo —dijo.

—No me ha quedado claro. ¿Nos deja el estudio? —preguntó Omar.

—Pues claro. Quiere conocernos, lo normal.

Se lo dije sin mucha convicción. El Profesor pretendía inmiscuirse, ser uno de nosotros, tener voz y voto.

—Démosle una oportunidad —intercedió Ibrahim—. Alí dice que es de fiar y yo también lo creo. Necesitamos un local en el centro. ¿Sabéis de algún sitio mejor que este?

El Profesor bajó armando un gran estruendo, adrede, supongo. Tomó asiento. Sonreía, como cuando tramaba algo.

—No viene a cuento, pero permitidme un consejo.

Hizo una pausa, buscando nuestra aprobación. Ibrahim le animó a que prosiguiera y le aduló, como si fuéramos sus discípulos. Valorábamos su experiencia de la vida; estábamos allí para aprender

de él.

—Nunca os sentéis como yo ahora —prosiguió el Profesor—, de espaldas a una escalera, una puerta, una ventana. No los veríais venir. Podrían estar apuntándonos. Pero estamos entre amigos, ¿verdad? Y no vendrá nadie a detenernos.

Ya estaba otra vez dándose importancia.

—Arriba tenéis el desayuno. Por favor, no os mováis. Vosotros sois mis invitados. Alí, ya sabes dónde está la cocina. En el horno, hay un pastel de carne, échale un vistazo, no vaya a quemarse. Perdonad que no os lo traiga yo. Con esta pierna…

Me tomaba por el chico de los recados. Eran nuestros invitados, faltaría más; teníamos que agasajarlos. Omar hizo ademán de levantarse, pero el Profesor lo retuvo; yo solo me bastaba. Subí a la cocina de mala gana. Temía lo que pudiera contarles sin estar yo delante, y no es que se frenara en mi presencia. Había ignorado mis miradas de súplica. Disfrutaba haciéndome sufrir. Después del cuento de los viejos invisibles como los superhéroes, mis amigos se pensarían que estaba loco. ¿Dónde nos metes, Alí? De un pirado no debíamos fiarnos.

Me imaginaba lo que sucedería en el estudio. El Profesor daba siempre una opinión que no se le pedía. Habíamos llegado más lejos que su generación, pero andábamos como pollos descabezados. Era su tema favorito; algo así les diría.

En la mesa de la cocina había un desayuno abundante: falafel, bocadillos de puré de habas, samosas libanesas, ensalada, queso, no recuerdo cuántas cosas más. Olía a comida casera. Comprobé que el pastel de carne estaba dorado. Protegiéndome las manos con paños de cocina, saqué la bandeja del horno. Lo tenía todo pensado; quería tenerme entretenido. Yo debía cortar las porciones. Por si fuera poco, los platos no encajaban en la bandeja. Querrían además té, café, algún refresco, santo cielo. Me tendría un buen rato subiendo y bajando.

Me asomé a la puerta de la cocina. Solo oía la voz del Profesor, pero no me llegaban las palabras. Basta que uno vaya con prisa para que todo se tuerza. Rompí un vaso. El pájaro picoteaba semillas en el suelo y podía cortarse. Recogí los pedazos más grandes con la mano, barrí las esquirlas y el polvo de vidrio, y lo envolví todo en un periódico.

Bajé los escalones de uno en uno. Con la bandeja, no veía por dónde pisaba.

—El sitio en que me tuvieron funciona todavía —les decía el Profesor—. Lazoghli. Lo habréis oído nombrar. ¿Quién iba a decir que en una plaza tan normal haya un sitio tan horrible?

En el extremo del estudio, habían desplegado una mesa abatible. Por poco tropiezo, al ir a depositar la bandeja. Acababan de conocerse, ¿y les contaba todo aquello? Yo había vivido con él y no me había dicho ni una palabra. Los chicos lo escuchaban embelesados. Solo faltaba que me obligara a subir a la cocina en lo mejor de la historia. El Profesor se compadeció, me dio permiso con la mirada para que me quedase. Regresé a mi asiento, junto a Omar.

—¿Le detuvo la seguridad nacional? —preguntó Ibrahim.

—Así es. Entonces se llamaba de otro modo. Me tuvieron en un sótano. Me colgaban de las muñecas hasta que me desmayaba. Me administraban descargas eléctricas. Lo demás podéis imaginároslo. Sois los primeros a quienes se lo cuento.

Nos halagó la confianza. El Profesor tenía la mirada fija en otro tiempo y lugar, como si se viera a sí mismo, desnudo y atado a una silla. Debía de ser joven entonces, ¿cuánto hacía de aquello? Nos lo contaba sin transparentar emoción; no le temblaba la voz.

—Del sótano no se sale nunca.

No nos contó por qué lo detuvieron, como si no hubiera habido un tiempo anterior al sótano. Hablaba con frases entrecortadas, pensándose aquello que podía contarnos y lo que era mejor callar. Nos ahorraba lo peor. El horror no puede decirse, ya lo sabíamos; no hay palabras que lo contengan. Amigos nuestros habían estado encerrados en un lugar parecido. Unos nunca lo contaron, y era casi peor imaginárselo. Otros al principio solo hablaban de las torturas, hasta que dejamos de prestarles atención. No podíamos, no queríamos saber. Venga, ya pasó, tienes que mirar hacia delante. No volvían a tocar el tema.

—No lo entendéis porque no estuvisteis allí. Solo se conoce a sí mismo quien ha estado en el sótano. Deseo que no tengáis que vivirlo.

Intuíamos lo que trataba de decirnos. Allí metido, descubrías de qué eras capaz. Venderías a tu hermano, al vecino, al Profesor, a tu amigo Omar con tal de que te dejaran en paz.

—No vi al oficial que estaba al mando. Me tuvieron todo el tiempo con los ojos vendados. Tampoco oí su voz. Dirigía los interrogatorios chascando los dedos, sin decir una palabra. Dos chasquidos seguidos. Tres. Cuatro. Sus hombres entendían el significado y, con el tiempo, yo también.

Arrastraba una pierna desde entonces. Lo dejaron en una celda de aislamiento, más muerto que vivo, después de una paliza. Tras una tregua, volvieron a interrogarlo una y otra vez.

Yo pensaba entonces que el sufrimiento mejoraba a las personas. Un hombre que había padecido tanto solo podía ser bueno y justo.

Hablándonos de su pasado, dejaba en nuestras manos su libertad. Cualquier chivato podía irle a la policía con el cuento de que el viejo del estudio de fotografía se proponía organizar a los jóvenes. Nosotros no éramos unos soplones. Ponía la mano en el fuego por Omar e Ibrahim. Ni siquiera dudaba de Gekko, a quien no tragaba.

—Ya habéis tenido bastante por hoy. Os habré cortado el apetito. Vamos, a ese desayuno.

Esta vez Omar subió conmigo. Preparamos cafés al gusto de cada uno. Le di vueltas a la fuente del pastel, sin decidirme a cortar las porciones.

—Trae, ya lo hago yo, que eres un torpe —dijo Omar.

Ya se había roto el hielo cuando nos pusimos a comer. El Profesor se había expuesto hablándonos de su juventud. En reciprocidad, Ibrahim le contó que la fábrica de ángeles había estado en una imprenta, cerca del mercado del Muski, hasta hacía poco. Éramos tantos, así habíamos empezado, planificábamos el trabajo de tal y cual forma.

—No voy a deciros cómo tenéis que hacerlo. Vosotros sois los que sabéis de esto. A veces las operaciones más sencillas son las que más problemas traen. Sé lo que me digo. Deberíais quedaros aquí alguna noche para planificar y tenerlo todo bien atado.

—Eso pensábamos hacer —dijo Ibrahim.

—Entonces no hay más que hablar.

A mis amigos ya no les apetecía marcharse. La representación se les había hecho corta, así lo veo ahora, y pedían un bis. Nos habíamos levantado. Gekko estaba en el almacén y miraba la fotografía en la que salía yo con el violín. Fuimos a su encuentro.

—¿Usted y Alí se conocieron en Mohamed Mahmoud? —dijo Gekko.

—Así es.

—¿Estuvo allí todos los días sacando fotos? —preguntó.

—Del 19 al 23 de noviembre, durante toda la revuelta; ni un día falté. ¿Queréis ver mi trabajo? No os sintáis obligados si no os apetece.

Por supuesto que querían. Ibrahim, Gekko, Omar y yo éramos hijos de la calle Mohamed Mahmoud. Era como si aquellas revueltas nos hubieran parido.

El Profesor se giró y señaló el archivador. Abrió el primer cajón y sacó dos carpetas con fotografías. Yo creo que lo tenía planeado. Hicimos un corrillo a su alrededor. Eran todas de la calle Mohamed Mahmoud. Los retratos de los chicos tuertos ni los mencionó.

—Adelante, mirad las que queráis.

Se detenían en cada fotografía antes de pasársela a los demás.

Como yo la primera vez, ellos también buscaban a alguien, a un amigo, a sí mismos.

—Aquí estuve yo —dijo Gekko—. ¿Lo ve? En las barricadas. Tuve suerte de que no me disparasen.

Había tenido más suerte que yo. Se pusieron a bromear a mi costa para quitarle hierro al asunto. Decían que yo tenía mucho ojo para ciertas cosas. No podía permitirme esto y lo otro porque costaba un ojo de la cara. La noche de los ángeles, como empezamos a llamarla, mejor sería no quitarme el ojo de encima. Se notaba que yo no había pegado ojo, porque andaba atontado y casi había tirado la bandeja con el desayuno. Yo también me reí de mi desgracia. Hasta el Profesor les siguió el juego, diciendo:

—No sé vosotros. Yo veo con buen ojo nuestro proyecto de los ángeles.

Teníamos lo fundamental, un escondite, un nuevo aliado, un equipo, un proyecto. No dejaríamos nada al azar, como le dijimos al Profesor. Prepararíamos la operación hasta el último detalle. Cuando todo estuviera listo, decidiríamos la fecha para la noche de los ángeles.

9. Preparados. Listos

Los pasos de Alí se alejaron en el piso de arriba. Ya no podía oírnos.

—Me miráis y solo veis a un viejo, pero estuve donde vosotros ahora.

Los pintores de ángeles no perdían de vista las pantallas de los móviles. No les interesaba lo que pudiera contarles. Opté por un golpe de efecto.

—No me importan vuestros ángeles. No creo que pintándolos vayáis a conseguir nada.

Se desentendieron de sus teléfonos y me miraron con rabia. Sabía que no se marcharían dando un portazo, querían el estudio, al precio que fuera. Por lo que Alí me había contado, intuía que Ibrahim actuaría con habilidad y pragmatismo. Omar se mostraría leal con su amigo de la infancia. A quien debía ganarme era a Gekko.

—Admiro vuestro valor. Uno debe luchar por aquello en lo que cree sin importarle el precio.

Detuve la mirada en cada uno. A ti te hablo, esto que voy a decir es solo para ti. Avancé unos pasos. Luego me detuve solemnemente, y plagiando a Voltaire, declamé:

—No creo en vuestros ángeles, pero estoy dispuesto a dar la vida para que sigáis pintándolos.

Se habían mofado. Míralo, viejo y cojo, ¿y quiere ayudarnos? Empezaban a tomarme en serio. Me había ganado su atención, aún no su confianza; ya se andaría. Si todavía me veían como a un desequilibrado, era una locura que podía serles útil. Les brindaba mi apoyo con todas las consecuencias. Necesitaban un lugar para su taller de ángeles, ya lo tenían.

—Quise lo mismo que vosotros ahora. Pagué un alto precio. Estoy con vosotros, pase lo que pase.

Se lo repetí. Sin importar el precio, ya fuera la cárcel o la muerte. Me escuchaban con todos los sentidos. Debía hablarles del pasado sin más tardar. Volvían a oírse pasos en el piso de arriba. Alí bajaba la escalera. Empecé por el plato fuerte.

—Me detuvieron y me torturaron.

Aquel capítulo de mi vida los conmovería; descubrirían el alcance de mi sacrificio. Yo, que renegaba del pasado, lo invocaba para acercarme a ellos. Donde veían un viejo, había un hombre que quería

y podía ayudarlos.

—Debería decir más bien que me detenían y me torturaban.

Alí tropezó en el último escalón, pero mantuvo el equilibrio. Pudo ser por el peso de la bandeja, pero yo creo que fueron mis palabras las que lo zarandearon. A él se lo había ocultado, pero me confiaba a sus amigos.

—Sois los primeros a quienes se lo cuento. Alí tampoco lo sabía. No son cosas que quiera recordar.

El chico me había mirado con rencor; con aquella frase lo reparaba. Por amistad, lo había protegido guardándome mi secreto. Teníamos algo grande entre manos, debíamos abrirnos los unos a los otros, yo el primero. Más tranquilo, Alí ocupó su sitio junto a Omar.

—Os dejo el estudio. Es todo vuestro. Dado que vamos a trabajar juntos, os debía la verdad. Tenía que poner las cartas bocarriba. Debéis saber quién soy antes de decidir nada.

Ya no me contaban entre los enemigos del Estado. No habían vuelto a echarme la puerta abajo de madrugada. Llevaban tiempo sin detenerme. Mi momento había pasado, eso creía hasta que aparecieron Alí y sus amigos. Los chicos eran audaces, anticipaba grandes proyectos juntos. De mí pensaba revelar solo lo necesario. Nadie aprende de los errores ajenos, ni siquiera de los propios, y menos de los aciertos; no era mi propósito. Hablándoles de mi fantasma, me ganaba su admiración. Si las cosas salían cómo esperaba, los chicos comerían de mi mano.

—A veces me parece que sigo allí.

Les hablé del oficial silencioso que dirigía los interrogatorios. Sentía su aliento a mentol y su perfume amaderado cuando se inclinaba sobre mí. Crujían sus mandíbulas de depredador. Siempre estaba mascando chicle. Sádicos había unos cuantos, pero torturadores mudos solo uno. Se me ocurrió el apodo de Señor Chic Chac, porque dirigía los interrogatorios chascando los dedos. Corrió la voz entre los detenidos que pasaban por sus manos, o el susurro, mejor dicho, pues no se nos permitía hablar entre nosotros. Todos acabaron llamándolo así, Chic Chac.

Les conté a los chicos lo que pude y quise. De mi juventud pasamos a hablar de la suya. Les propuse que miráramos mis fotografías. Si les quedaba algún reparo, se disipó entre el humo, las carreras, los heridos y los gritos de la calle Mohamed Mahmoud. Los cinco habíamos estado allí. Habíamos salido con vida de las revueltas. En ese momento, recordando aquellos días como antiguos camaradas, estuvimos unidos. Los ángeles no eran más que el principio. Me llené de un ímpetu antiguo, una fuerza que ya solo me venía en las

manifestaciones, cuando disparaba la cámara. Me sentía uno de ellos. Yo era un chico atrapado en un cuerpo de viejo. Me había creído condenado al papel de testigo, pero volvía a la acción.

—¿Piensa publicar un libro con estas fotografías? —preguntó Gekko—. En el extranjero, me refiero, porque aquí no podría ser.

No les hablé del álbum de los chicos tuertos; quedaba entre Alí y yo. Era bastante más importante que sus ángeles; tenía que preservarlo a toda costa, cualquier indiscreción podía resultar fatal.

—En el extranjero ya no interesa eso que llamaron Primavera y nosotros Revolución.

—Con estas fotos, se podrían hacer muchas cosas —dijo Gekko.

Alí se volvió a mirarlo. Le contrariaba que sus amigos y yo hiciéramos buenas migas. Sus celos podían serme de provecho. Alí querría hacer méritos para conservar mi estima. Cuando conociera mejor a los chicos, me valdría de sus debilidades y fortalezas, sus afectos y sus rivalidades.

—Gekko, ya veo por dónde vas —saltó Alí—. Profesor, no le haga caso.

—A las agencias no les interesan estas fotografías, pero veo que a ti sí. Y bien, Gekko, ¿qué partido podríamos sacarles?

—¿Me dejaría usarlas?

—Eso depende. ¿Para qué las querrías?

—Para el escenario de un videojuego. Nosotros contra las fuerzas de seguridad en la calle Mohamed Mahmoud. ¿Se lo imagina? Esta vez podríamos ganarles.

—Nadie va a jugar a dejarnos ciegos o tuertos. Les daría miedo descargárselo —dijo Alí.

—Vale que te pueden dejar tuerto, pero también puedes escapar, defenderte y vencerlos.

—¿Con qué armas? ¿A pedradas? Ese juego tuyo no puede acabar bien. Te llevará a la ruina y a nosotros contigo.

Alí se mofaba del videojuego con los mismos argumentos con los que yo había menospreciado sus pintadas. Por su culpa peligraba la armonía de hacía un instante. Le había dicho a cada uno lo que quería oír. Trataba a Ibrahim con respeto. Como Omar estudiaba cine, le hablé de mi colección de fotografías antiguas y del atrezo de los hermanos Zangaki, que había rescatado de una demolición. Me interesaba por el juego de Gekko, aunque no entendiera de qué se trataba. Todo iba como la seda, pero Alí podía echarlo a perder. El almacén se cargó de hostilidad por ese pique de gallito de corral que se traía con Gekko.

—Ya hablaremos de eso tú y yo —le dije a Gekko—. Volvamos a la

noche de los ángeles. Ya veis dónde estamos. Hay patrullas, pero hasta cierta hora. Los detalles mejor os los cuenta Alí.

El chico expuso el plan sin que le interrumpiera. Entre todos lo fueron completando.

—Entonces volvemos al estudio y esperamos a que abran la Plaza al tráfico —concluyó Alí.

—Sabéis mejor que nadie cómo tenéis que hacerlo. ¿Quién soy yo para deciros nada? Si me permitís, convendría que vinieseis unas noches antes.

—Contábamos con ello. No dejamos nada al azar —dijo Ibrahim.

—Necesitaremos una coartada. No suele haber movimiento en el estudio; algún vecino podría fijarse. ¿Y si os hubiese contratado para pintarlo? —les propuse.

—Buena idea. Así vamos trayendo el material —dijo Ibrahim—. Los ángeles ya están listos.

—Creí que los pintaríais aquí. Entonces, estamos de acuerdo.

Nos estrechamos las manos, sellando lo pactado.

Pasamos juntos varias noches consecutivas. Cenamos. Charlamos. Desde las ventanas del primer piso, estudiaron el movimiento de la calle. Los soldados seguían la misma rutina. Después de la llamada a la oración, volvían a la Plaza. Simularon la operación en el estudio. Cronometraron cuánto tardarían en pegar los ángeles. De día, juntos y por separado, midieron los pasos, el tiempo requerido para llegar a la tapia y regresar.

—Usted se quedará vigilando desde las ventanas —dijo Ibrahim.

Asentí sin convencimiento. Así es que solo me querían de vigía. No oculté mi decepción.

—Teniéndolo a usted, nos sentimos más tranquilos.

Nada podía salir mal con mi experiencia, me decían para darme coba. Por si mi ayuda no bastara en la noche de los ángeles, añadió un dios mediante.

—No tardaremos más de diez minutos, doce a lo sumo —dijo Omar.

Ya nos veíamos montando operaciones más complejas, y así lo manifestamos. Sabía que el peligro y el éxito serían adictivos. Después de aquella noche, querríamos más, mucho más. En los cuatro días que estuvieron ultimando los preparativos, no hablé del videojuego con Gekko. Nos entendimos sin palabras: más adelante, sin Alí, a solas.

La noche de los ángeles fueron llegando de uno en uno cuando faltaba una hora para el toque de queda. Con la urgencia del momento, nadie se fijaría en unos chicos que entraban en un callejón. Cuando estuvieron todos, cerré la puerta de la trastienda con llave, por si acaso. Omar arrimó a la pared los ángeles enrollados. Junto a

ellos, Ibrahim depositó su mochila, donde llevaba pinceles y pintura por si precisase retocarlos. Gekko dejó el rodillo en el suelo, al lado de un cubo vacío.

—Prepararé la cola más adelante para que no haga grumos —dijo.

Todo estaba a punto. Cada uno tenía clara su misión. Lo habían hecho muchas veces. La novedad era que yo debía vigilar desde la ventana del salón. La tarea asignada seguía pareciéndome poca cosa. Ante una amenaza, ¿esperaban que me pusiese a silbar? Me desaprovechaban. Era en la calle donde yo podía serles de utilidad, y no querían verlo.

Les dejé una buena cena en el estudio. Casi no probaron bocado al principio. Ya les entraría hambre después, una vez que hubieran burlado a las patrullas y no hubiera rastro de los lobos.

—¿Estáis nerviosos? Eso es bueno. En una operación, no hay nada más peligroso que la calma y la arrogancia. Hay que estar alerta.

Les hablaba como si fueran mis chicos. No actuaban en el barrio desde el toque de queda. Era normal, hasta necesario, que estuvieran intranquilos. Valientes no son quienes no tienen miedo, sino quienes lo vencen y siguen adelante. Hay que apartarse de los temerarios, los arrogantes y los idiotas que, al tomarse una noche de acción a la ligera, arrastran a los demás al infierno. Los chicos sabían lo que se hacían.

—¿Queréis que os deje solos?

—Quédese. Quédese.

En el exterior, los conserjes ya cerraban los portones de los inmuebles. Rechinaban las verjas metálicas de las tiendas. Empezaba el toque de queda. En la Plaza, los soldados arrastraban las barreras de seguridad para sellar las avenidas, pero eso no podíamos oírlo. Las siete de la tarde. Faltaban ocho horas para que saliéramos del escondite. Nos pusimos a jugar a las cartas. Charlamos y bromeamos, y ya más calmados, algo comieron. El estómago vacío es mal consejero; eso les dije. Llamaron a la plegaria de la tarde. Casi sin darnos cuenta, fue corriendo el tiempo. Gekko mezcló la cola en el cubo. «Venid a la oración, venid a la alegría». Sonaba la voz grabada del almuédano, la oración del amanecer. Esperamos una hora más y descorrí el cerrojo.

Preparados, listos.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer. No son ni cien metros. Enseguida estamos de vuelta —dijo Ibrahim.

Salieron al callejón, dejando la puerta del almacén entornada. Avanzaban escondiéndose detrás de los coches aparcados. Alí llevaba el cubo de la cola; Gekko, un escabel. Entre Ibrahim y Omar

transportaban los ángeles. Cargaban las herramientas en las mochilas. Abandoné mi puesto. Les fui a la zaga. Estaban tan concentrados que no se volvieron a mirar hacia la ventana desde donde yo debía vigilar.

Era mi deber estar junto a ellos. No podía abandonar a los míos. Los observaba desde la otra acera, a unos pasos de la catedral, arrimado al portón de un hostal. Mientras se afanaban en los ángeles, yo estaba atento a cualquier quiebro en el silencio. Llegaba un rumor de voces masculinas, amortiguado por la lejanía. Debían de ser reclutas que regresaban a Tahrir.

Alí y Gekko desplegaron el lienzo en el emplazamiento de los ángeles decapitados. Cada uno tiraba con delicadeza de un extremo, extendiendo los brazos cuanto podía. Omar se subió al escabel para encolar la parte superior. Entre todos alisaron los pliegues. Ibrahim abrió la mochila y depositó en la acera unos tarros con pintura. Se agachó para abrir las tapas, sujetando el pincel entre los dientes. Ya solo faltaban los últimos retoques: unas pintas de color rojo, amarillo y azul, como si les brotaran flores del pecho.

Todo había salido bien. Era el momento de correr a mi puesto, así creerían que había sido fiel a mi misión. Entonces, no sé cómo, saltó la alarma de un coche. El vehículo estaba aparcado a unos diez metros. Algún gato debió de saltar sobre el capó; la sirena se disparó, ahuyentándolo. El rumor de voces se volvió gritos y amenazas. ¿Quién va ahí?, rugieron los soldados.

Los chicos soltaron las herramientas y el escabel entre los coches. Echaron a correr por la calzada hacia el estudio. Yo también corrí, pero en sentido contrario. Fui al encuentro de los soldados, que gritaban: ¡Alto! ¿Quién va? Me planté en la avenida.

—¿No iréis a dispararle a un viejo? —grité con los brazos en alto.

II. Está permitido soñar

10. La noche más hermosa

Se me hacía raro cruzar el puente a las cinco de la tarde, camino del ensayo. A esa hora, desde hacía más de un mes, Nora y yo guardábamos los violines y nos despedíamos. Echábamos a correr, cada uno por su lado. El General ya no dictaba el tempo de la vida. A partir de esa noche, nosotros escribiríamos la partitura. Los cláxones sonaban de continuo, como en una comitiva de boda. Acababan de comunicarnos la buena noticia, como quien dice, y salíamos a celebrarla. Podríamos estirar el día hasta la noche sin que nos gritaran: circulad, volved a casa. Se había levantado el toque de queda, por fin. A la entrada del puente de Kasr el Nil, el control estaba desierto, por si desconfiábamos de lo que anunciaba la televisión. Seguían las alambradas, pero no había soldados. Moderé el paso, ni piano ni *vivace,* para no llegar tarde ni bañado en sudor. Estábamos a principios de octubre; todavía hacía calor. Iba a ver a Nora, ¡y lo que disfrutaríamos nuestra primera noche de normalidad! La caminata hasta la isla de Zamalek, donde ensayábamos, se me hizo ligera, casi volaba. ¡Nora, Nora!

A lo largo del puente, la gente se paraba en los puestos que vendían refrescos, cucuruchos de pipas y altramuces. Parejitas paseaban de la mano. Con la música estridente de los barcos, yo canturreaba canciones de moda que ni siquiera me gustaban. Corríamos si nos apetecía, ya sin miedo en el cuerpo. Nos parábamos a contemplar las vistas. Hacíamos lo que nos venía en gana, cosas de lo más corrientes. El Cairo estaba precioso aquella tarde, casi tanto como cuando cayó Mubarak y la noche se cuajó de bengalas. Era una ciudad de mierda, pero yo la quería, y aquella tarde más que nunca. En las miradas, los gestos, las sonrisas, el paso tranquilo, se percibía el alivio de la gente. Eran nuestras primeras horas de libertad, y el toque de queda se nos volvía lejano, como de otra época. Vivir, no pedíamos mucho, lo de siempre.

Al pasar por los retratos del General, que colgaban de mástiles a ambos lados del puente, se me ocurrió hacerle una reverencia.

—Gracias por la libertad que nos concede —chillé.

Espanté a una gaviota. Una mujer, que me vio, se echó a reír. Le hablé al General, como solía cuando pasaba por allí, con mayor motivo el día de nuestra libertad. Era como si nos quitara el collar de

perro y nos dijera: corred, corred. Me resultaba cómica su pose de cine, la media sonrisa, sus ojos perdidos en la lejanía, contemplando un futuro espléndido para él y los de arriba.

—¿Quieres que lo pasemos bien? A tus órdenes. No veas cómo vamos a disfrutar esta noche y las que nos des, y que no pare la música.

Los chicos, como nos llamaba, agradecíamos el respiro, la tregua que nos concedía, pero que el General no se llevara a engaño. No nos compraba llevándonos a los columpios o al parque de atracciones. Tocaba irnos de fiesta, pero no nos rendíamos. Como todos, yo vivía aquellas horas con la alegría de las primeras veces. El primer beso. La primera acampada con los amigos. Los primeros aplausos después de un concierto. La primera noche de libertad.

Al pasar por el edificio de la ópera, tomé la bifurcación de la derecha y me adentré en la isla de Zamalek. Bordeé el club. En los arbustos adosados a la verja había flores rezagadas. Acechaba el invierno, pero parecía que llegaba la primavera. En el recinto sonaba música de baile. Los coches hacían cola para entrar. Los conductores bajaban la ventanilla, saludaban, y el guardia les abría la cancela de seguridad sin que enseñaran el carné de socio. Algunos estiraban el brazo para entregarle una propina, como en las fiestas religiosas. En los campos de fútbol, grupos de chicos bailaban, cantaban y se reían a carcajadas. Yo sentía las mismas ganas de bailar. Nos habían tenido encerrados y de pronto nos abrían la puerta de la jaula. A la de tres, salíamos, bailábamos, rugíamos. Corred, a ver si nos atrapáis.

Ya quedaba menos para ver a Nora. Ensayábamos en un parque cercano. Nos separaban unas calles; apreté el paso. No es que llegara tarde, Nora siempre se adelantaba.

La taquilla, a la entrada del parque, estaba siempre cerrada. Solo pagaban billete los extranjeros y, desde el verano, no había turistas. Asomándote, veías un fajo de entradas polvorientas y un zoológico de animales de origami. Osos, elefantes, delfines, flamencos, ranas de colores. Nora los hacía mientras me esperaba y se los regalaba a los jardineros. Allí íbamos los jóvenes que no teníamos para gastar en ocio; comprábamos un refresco y poco más. El parque había sido un acuario, pero ya no quedaban peces. Dos focas disecadas enseñaban los colmillos en una gruta artificial. Se entendía que no figurara entre las veinte atracciones que no puedes perderte en El Cairo. Sin extranjeros, el parque era nuestro y no aparecía la policía. Espatarrado en una silla, uno de los jardineros se tomaba un descanso. Paladeaba un vaso de té. Alí, ¿gustas? El otro limpiaba los caminos de hojas y flores secas con un rastrillo y poco entusiasmo. Eran nuestro público.

Conocían nuestros nombres y nosotros los suyos.

—Nora ya llegó, ¿la ves en aquel banco?

Estaba absorta como una niña que colorea. Plegaba el papel de charol para hacer otro animalito de origami. Me fui acercando sin llamarla. Apuesto a que percibía mi presencia, como yo la suya, pero disimulaba. Nora entraba en el conservatorio o en el club en el que yo tocara, y mi cuerpo lo sabía antes de verla. Una corriente eléctrica me recorría de arriba abajo. A ella debía de pasarle lo mismo.

—Nora, ya estoy aquí.

Con una sonrisa, me tendió un pájaro azul. Parecía que acababa de posársele en la palma de la mano. Al menor golpe de aire, se pondría a planear.

—Yo también tengo algo para ti.

Me volteé y señalé la funda del violín.

—Una partitura, ¿es eso?

—A ver si te gusta.

Abrí la cremallera del bolsillo exterior. Le traía un poemario que Nizar Qabbani escribió en París. Saqué el libro poco a poco para mantener el suspense, mientras tarareaba *La vie en rose*. No lo traía envuelto en papel de regalo, sino en la partitura de una canción de variedades, también francesa, *El mar tiene reflejos plateados*. Aunque era un libro de segunda mano, estaba seguro de haber acertado porque hablaba de nosotros en París. Le había pedido consejo al librero. Buscaba algo especial para una chica. ¿Y por qué no le llevas una novela de ese autor que tanto te gusta, Abderramán Munir? Para esta chica, eso sería mi ruina, le dije. ¿No tienes un libro que transcurra en París? Algo romántico entonces. ¿Qué te parece este? La cubierta tenía un pico doblado. El poema inicial me convenció: *Con ella en París*. Chico, te llevas una primera edición y a precio de amigo. Parecía escrito para nosotros. *Todas las estatuas de París nos conocen, y las floristas, los quioscos y la lluvia*.

—Va de nosotros en París —le dije por si no se había dado cuenta.

En la dedicatoria, retomé unos versos del poema, que ahora decía: *Con Nora en París*. Cambié el tiempo verbal, de pasado a futuro. *Tus pasos por la plaza Vendôme serán una melodía, con el kohl de tus ojos extendiéndose por la Madeleine*. Añadí de mi cosecha: *A Nora, con esperanza*. Se le iluminó la cara. Cambié de tema por pudor.

—¿Has ensayado mucho? —le pregunté.

—¿Y tú qué crees? ¿Cómo quieres que ensaye un dúo si me falta el otro violín? ¿Dónde te metes?

—Así que es solo por el violín. Pensé que me habías echado de menos.

No podía confesarle que volvíamos a pegar ángeles. ¿Qué importaba la política?, si ya nos marchábamos y nuestro visado era la música. Algo debió de sospechar para que me dijera:

—La música es lo único que importa.

—*To leave this fucking country* —añadí.

Para marcharnos del puto país. Lo dije en inglés para que tuviera más fuerza.

—Has estudiado la partitura, ¿verdad? —me preguntó.

Giré la mano varias veces, más o menos. Si se esperaba lo peor, me diría que había tocado estupendamente.

—A las once tengo que estar en casa. Eso por ser un día especial, que si no… No pongas esa cara. Tienen miedo —me dijo.

—Yo te acompaño. ¿Se lo dijiste?

Nuestras familias se conocían de la ópera. Su padre tocaba el violín en la orquesta; el mío era iluminador.

En los bancos del parque, se sentaban parejitas de nuestra edad. Las chicas se habían vestido de fiesta. Por los pañuelos de colores chillones que les cubrían el pelo, los arbustos tenían salpicaduras fucsias, rojas y amarillas, como si hubieran florecido. Llevaban ropa ajustada y de los escotes de las blusas sobresalían jerséis de cuello vuelto.

—Qué calor deben de pasar, míralas —dije.

Nora venía de otro planeta. Llevaba la melena suelta y ropa cómoda: unos *jeans* desgastados y un blusón con el cuello redondo y las mangas holgadas, y un estampado de amapolas y espigas. Las flores se movían cuando gesticulaba, como si las meciera el viento. Yo miraba embobado sus ojos avellana y el pelo negro, que al sol adquiría reflejos azulados.

—Son felices —dijo—. Como nosotros.

Mientras sacábamos los violines de las fundas, estuvimos hablando del paseo que daríamos después. Teníamos un presupuesto ajustado que no alcanzaba para muchos lujos, y pasear salía gratis.

—Al borde del mar —dijo Nora.

Llamábamos al Nilo mar y a El Cairo, la madre del mundo, con ironía.

Con Nora en el parque, yo no era Alí el tuerto, sino Alí el músico. En el conservatorio, nos llamaban La bella y la bestia. Nora me despejaba el pelo de la cara. Me acariciaba la cicatriz y me decía:

—A la gente solo le va a importar lo bien que tocas, cuando estemos en Francia o en cualquier otro sitio.

Ese cualquier otro sitio, que solo podía ser mejor que el nuestro, estaba en Europa, pero principalmente se llamaba París. Nora se había

puesto a buscar becas en los mejores conservatorios.

—La música es lo primero.

Me sonó a regañina. La música era lo primero, lo segundo y lo último. ¿Es que no quieres marcharte de aquí conmigo? Tú y yo, tocando a Bartók. Lo decía como si yo no lo deseara también. ¿A quién le importaban las pintadas, los ángeles y las protestas teniendo París? Cuando no estábamos preparándonos para las audiciones, buscábamos en Google cómo serían sus calles, los rincones más bonitos, las diez atracciones que uno no debe perderse, el barrio que rodeaba el conservatorio. Estudiábamos mapas; nos inventábamos recorridos. Mirábamos pisos en alquiler que no podríamos pagar con una beca. Para cuando seamos famosos, decía Nora. Nos veíamos paseando por esas calles en las que no habría ángeles que pintar.

—Tú eres buena, pero a mí no me querrán. ¿Dónde has visto un concertista tuerto?

—Llevarán ojos de cristal y por eso no se les nota —bromeó.

—A ensayar.

Tocamos el *Dúo de la boda* y el de los *Campesinos* sin trabarnos. Cuando terminamos, los jardineros nos aplaudieron en pie. Nos pidieron otra. Toquemos para celebrarlo. Las parejas de novios se habían acercado. Todos deseaban que empezara la fiesta.

—¿Qué queréis que toquemos? —les preguntamos.

—*Ya layali, qué noches*.

Me subí al banco y le tendí la mano a Nora. Tocaríamos como si estuviéramos en lo alto de un escenario. Los jardineros se echaron un baile. *Qué noches, esos ojos negros tuyos, pero qué ojos, señor*. Una pareja se puso a dar palmas, y luego otra. *Amiga mía, qué noches, quédate cuanto quieras*. Al momento, nos vimos en un corro que bailaba y cantaba. *Se burlan de mí porque tengo la piel oscura*. Era la estrofa que más me gustaba. *Sí, mi piel es oscura, ¿y qué? Por eso tengo tantos pretendientes. Qué noches, qué ojos*. Los de Nora.

No había alegría sin tristeza, ni día sin noche. Aquella tarde tocaba estar alegre. Teníamos veintipocos años, pero ya éramos viejos. Ya sabíamos que la felicidad está hecha de instantes. Tocando en el parque para la gente, le decíamos adiós a la puta tristeza. Reíamos, cantábamos, bailábamos. *¿Quién me devolverá a mi amor? Para que mi corazón descanse, ay, noches, ay,* cómo disfrutaríamos de las noches de El Cairo a partir de entonces.

No recuerdo cuántas canciones nos pidieron y tocamos. Se sabían las letras y las cantaban. Nadie nos solicitó el *Dios bendiga al Ejército glorioso*. Celebrábamos la libertad por si nos la quitaban. Esa tarde que le dieran al General; maldita canción, ya la teníamos muy oída. Nos

miramos, vámonos. Saludamos al público. De un salto, nos bajamos del banco. Guardamos los instrumentos. Nos despedimos. Seguirían la fiesta sin nosotros. Corrimos hacia la salida, agarrados de la mano, mientras se apagaban los aplausos. Las calles eran nuestras; ya llegaba la noche.

Paseamos por los barrios de palacetes coloniales. Por costumbre, sacábamos el móvil para consultar la hora cada dos por tres. Se nos olvidaba que habían levantado las restricciones. Por las ventanas de una mansión abandonada, asomaban las ramas de un árbol que había echado raíces en el interior. Seguíamos tarareando *Qué noches*. Nosotros también bailamos. Nos sentamos a orillas del Nilo cuando ya había anochecido. Le cogí la mano. Contemplamos los hoteles de lujo, las torres residenciales, el edificio circular de la televisión y los barquitos que cruzaban, engalanados con guirnaldas de colores. Habíamos crecido con aquellas vistas, pero las mirábamos como si volviésemos del exilio. El paseo era un mar de gente sonriente.

—El Cairo es más bonito de noche que de día —dijo Nora.

Con la noche, se embozaba en luces de colores. París sería más bella, pero aquella era nuestra ciudad; no sabíamos por cuánto tiempo. Nos sentamos a orillas del río, debajo del puente de Zamalek, lo más lejos posible de los charcos pestilentes que habían dejado los pescadores. Seguro que París no olía tan mal.

—Cuéntame cómo es París, Nora.

Estábamos tomándonos un refresco cuando vibró el teléfono.

—Es Omar —le dije a Nora.

—¿Dónde estáis? Venid, tomemos un barco.

—No llevo mucho dinero —le contesté—. Ya sabes que el Fool Jazz Band no ha tenido contratos. A partir de ahora se animarán las cosas.

—Una faluca no. Nos subimos a un barco de los grandes, que son más baratos. Y nos damos las vueltas que queramos.

Nos esperaba en la otra orilla. Había que andar un buen trecho hasta el embarcadero, una vez cruzado el puente. Vamos, Nora, vamos. Disfrutemos de esta noche, *ay, qué noche.*

Corrimos para parar un taxi que nos llevara a la otra orilla. Nos maravillaba que las tiendas siguieran abiertas y los luminosos, encendidos. Al pasar por los cafés, oíamos el traqueteo de las piezas de backgammon.

—Por allí viene uno libre. ¡Corre, Nora!

Se había acabado el maldito silencio. Volvía la vida que siempre habíamos conocido.

—A disfrutar —nos dijo el taxista cuando llegamos al embarcadero.

Omar se había puesto a la cola. Como nos retrasábamos, dejó pasar

a una familia, luego nos vio y se puso a gritarnos.

—¡Vamos, corred, no perdamos el barco!

Compramos los billetes. Subimos a la cubierta. La embarcación era una antigualla, pero los farolillos de colores le daban un toque de fiesta. Había alegría en los puentes, las calles, los muelles, y en el barco. Todo el mundo había salido a festejar la libertad hasta la mañana siguiente.

Tomamos posición en la cubierta para admirar nuestra ciudad. Nos inclinamos sobre la barandilla. Se bailaba en los barquitos más pequeños. Las canciones de moda se entrecruzaban, como si las mezclara un *disc jockey* ciego de ácido. Los edificios estaban a oscuras, porque todo el mundo estaba en la calle celebrando.

—¿Y hasta cuándo creéis que nos dejarán respirar?

—Venga, Omar, no fastidies. Esta noche no.

—No, esta noche nada de política —dijimos los tres a coro.

Era la frase que Nora repetía todo el rato. Nada de política. Omar y yo pudimos gritar: libertad, libertad, como en las manifestaciones, sin que nos miraran raro. ¿Se estaban enterando los de arriba? Queríamos ser libres, y que no se les ocurriera volver a encerrarnos. La torre de El Cairo cambiaba de color, azul, rojo, malva, amarillo. *Qué noches, qué ojos*.

—¿Nos damos otra vuelta? —preguntó Omar cuando atracó el barco.

—Pues claro —dijo Nora.

El ruido de El Cairo nos abrazaba generoso. Hasta el toque de queda, yo no había sabido lo que era el silencio.

A esas horas, no debían de ser más de las nueve, subían al barco sobre todo familias. Las niñas iban con vestiditos de volantes, rosas o rojos, y los niños, repeinados con brillantina. Las mujeres, en sus túnicas negras bordadas de pedrería, sonreían como reinas. Desde la cubierta gozábamos como nunca del bullicio. Fiesta por fin, nada más que alegría. La gente se asomaba por las ventanillas de los coches, cantando y gritando, como en las victorias del equipo nacional de fútbol. Infinidad de bengalas centelleaban en las aceras. Al son de la música del barco, Omar se echó a bailar; Nora daba palmas. Vamos, bailemos nosotros también. Estuvimos haciéndonos fotos: son las últimas de los tres juntos. Las tengo delante ahora mismo. Debajo de la chupa, llevaba la camiseta de la película *Metrópolis* que me regaló el Profesor. Sonreíamos, felices.

Mientras Omar bailaba y Nora cantaba, me puse a filmar con el teléfono. *Qué noches, ay, qué noches.* Grababa a Nora y a Omar, a la gente que disfrutaba en el barco, y el ambiente de la calle. Ya

volvíamos al atracadero. Entonces los vi, a la altura del edificio que en la azotea tenía un luminoso rojo de Toshiba. En medio de la fiesta, dos hombres agarraban por los brazos a un chico que se debatía. Amplié la imagen. En la acera la gente disimulaba y miraba para otro lado. Los hombres arrastraron al chaval hasta una furgoneta blanca. Como se resistía, le golpearon en el estómago. Él les gritaba a los coches, a la gente, a nosotros que bailábamos y cantábamos. Se abrió la puerta corredera. De la furgoneta descendió un tercer hombre. Entre los tres lo introdujeron en el vehículo. La puerta se cerró. La furgoneta se perdía en el tráfico cuando Nora me dijo:

—Alí, vamos a tocar.

Me guardé lo que acababa de ver. Aquella noche tenía que ser feliz. Nos lo habíamos prometido. *Qué noches, qué ojos.*

11. Las leyes de noviembre

Saboreaba un café bien cargado hojeando los periódicos del día. En una pausa, los vi a través del ventanal, dándose aires. Llevaban ambos la chaqueta desabrochada, para que al andar entreviéramos los pistolones. Las gafas de sol eran ostentosas y apuesto que no las habían pagado, como tampoco el traje y los zapatos. Se surtían en las tiendas más caras, lo que ustedes gusten, faltaría más, a su servicio, nos honra su visita. Todo era de marca, lustroso y excesivo.

—Los pachás, vienen unos pachás —gritó el camarero.

—¿Qué haces ahí parado? Ábreles la puerta.

El dueño se desató el mandil, lo arrojó al respaldo de una silla y corrió a su encuentro. Intercambiaron unas palabras. Los clientes dejaron de parlotear. Los pachás me miraban con insistencia. Incliné la cabeza respetuosamente y retomé la lectura. Se acababa de promulgar una ley que prohibía las protestas. Mandaban a los chicos a casa, eso se creían. *Esta nueva ley concede a la policía antidisturbios la potestad para usar gases lacrimógenos y balas de goma con el fin de dispersar toda protesta violenta.* Se nos iba a llenar El Cairo de chicos tuertos. Los jóvenes no querrían ceder las calles, ni yo mi mesa. En nuestro mundo de siervos y señores, la dignidad se defendía en todo momento, hasta en lo más insignificante: el mejor sitio del café.

Estaba causando sensación. Todos me miraban. Los oficiales, con desprecio. El dueño, implorante. Los clientes, asombrados. Les parecería un acto de orgullo baldío. No ganaba nada echándole un pulso a aquellos oficiales. ¿Y qué podían entender ellos que andaban siempre con la cabeza gacha? No me levantaría *motu proprio.* Tendrían que pedírmelo y de muy buenos modos. El dueño se me acercó y se inclinó como un lacayo.

—No le sería demasiada molestia cederles la mesa a los pachás —me pidió con voz melosa—. Ya sabe cómo son.

Bien que lamentaba hacerle ese feo a un cliente de mi categoría. Extendió las palmas al cielo. No podía negarse. A los pachás se les había antojado aquella mesa.

—No faltaba más. Solo tenías que pedírmelo. Ya sabes lo distraído que soy. ¡Cómo me va a molestar!

Les dirigí a los Pachás mi mejor sonrisa y me levanté. Sonriendo todavía, atravesé el café para sentarme con Saleh en una de las mesas

del fondo, justo debajo del retrato del General.

—Vaya sitio has elegido —le dije a Saleh—. Aquí, debajo del jefe, me siento vigilado.

—¡Menudo susto me ha dado, Profesor! Pensé que no se levantaba de su oficina.

—¿Y que me detenían? Hay que saber elegir las batallas. Esta no podía ganarla, pero me he divertido. ¿Te importa cambiarme el sitio? No es por el retrato. Ya conoces mis manías. Me siento intranquilo de espaldas a una puerta. Necesito ver lo que sucede a mi alrededor.

Intercambiamos posiciones. Con el respaldo pegado a la pared, podía vigilar a los pachás, a los clientes y, sobre todo, al dueño, de quien no me fiaba. El perro mendigaba entre las mesas. Sabía a quién podía acercarse y aquellos que era mejor evitar. Algunos lo consideraban un animal impuro, y le daban puntapiés. Los clientes más amistosos lo recompensaban con un azucarillo.

—Ven, Pachá —susurré para que los agentes no se enteraran de cómo llamábamos al perro.

Del bolsillo del pantalón, saqué unos trocitos de mojama envueltos en papel encerado. El perro se relamió.

—Esto está más rico que las galletas, ¿verdad? Míralos, Pachá. El dueño casi les hace una reverencia. Todos reptan. A su servicio. Por mis dos ojos. Pachás, lo que ustedes manden. Que Dios les dé salud. Les beso la mano, señores.

—Profesor, le van a oír —me advirtió Saleh.

—Mira, allí viene mi pequeña victoria.

El dueño nos traía el café en persona. En todos mis años de cliente, y eran más de diez, no lo había visto nunca servir una mesa.

—Invita la casa —dijo.

El dueño regresó a la mesa de los pachás. Saleh colocó las piezas en el tablero.

—Parece que se prepara una buena —dijo—. Están por todas partes.

Los oficiales le hicieron un gesto al dueño y este los dejó solos. Apenas hablaban entre sí. Nos observaban mesa por mesa, de uno en uno. El dueño los habría puesto al corriente de lo que sospechaba de cada cual.

—¿Y qué hacen ahora?

—Nos miran. Les ha estado hablando de nosotros. El Profesor no es de fiar, juega al ajedrez con un chico tuerto. El otro, el taxista, menos todavía, trabaja en el turno de noche.

—No se haga el gracioso.

El dueño se deshacía en atenciones. Se acercó a preguntar a los

pachás si todo era de su agrado. Mandó al camarero a un recado y este apareció al rato con una caja de dulces.

—Les ha traído pasteles de Abdu, ¿qué te parece? —le expliqué a Saleh.

—Espero que no se presente ahora ese chico amigo suyo. Juguemos una partida contra ellos, ¿qué le parece?

Le había contado que cuando jugaba el ajedrez, el tablero era Egipto. Las damas eran los pachás, la seguridad nacional.

—Ya estamos todos. Aquí tiene los peones, la gente corriente, y los caballos, perdón, los chicos —dijo.

—Lo que queremos es el jaque mate —manifesté mirando a los oficiales—. Jaque mate.

—Eso habrá que verlo, Profesor. Lo mismo le gano.

—No te vuelvas a mirarlos, Saleh. Es mejor que no les prestemos atención. No los queremos aquí, en esta mesa.

Todos hablábamos en voz baja, como si hubiera micrófonos. Fingíamos normalidad, como los extras de una película. La escena sonaba falsa; sin el bullicio no parecía un café de verdad.

—Se levantan —dije.

—Con un poco de suerte, se largan.

—No lo creo. Han venido con una intención; asustarnos, supongo.

Los pachás salieron a la calle y se pusieron a hablar con los clientes de las mesas exteriores. Les enseñaban algo que no alcanzábamos a ver. Todos negaban con la cabeza. No sabían; no habían visto nada.

—Ya entran otra vez. Van de mesa en mesa.

—¿Ya nos toca?

—Todavía no. Mueve, Saleh, un peón, lo que sea. Ya jugaremos de verdad cuando se hayan ido.

—A esos no se les escapa una.

—Nadie juega. Todos disimulan, como nosotros.

No se oía ni una carcajada ni una queja de los perdedores, como si no quisiéramos importunar a los pachás. De las mesas llegaba un murmullo. ¿Ya vienen? Todos tenían la mirada puesta en los tableros, como si calibraran las oportunidades y los peligros, hasta los malos jugadores, que no entendían de estrategia. Todo valía. Jugábamos al ajedrez con las reglas del dominó. Si uno se saltaba el turno y se comía dos piezas seguidas, el otro no protestaba.

—Si saben de ajedrez, lo notarán —dijo Saleh.

—Mueve y no te preocupes. Actúa con naturalidad.

Los agentes estaban entrenados para rastrear el miedo, como los perros los alijos de droga.

—Ya se acerca uno. Tranquilo, Saleh —le avisé.

El oficial ni siquiera nos dio las buenas tardes. Tampoco se disculpó por interrumpir la partida. Nos acercó la pantalla del teléfono, primero a Saleh y luego a mí. Sin explicarnos nada, fue pasando unas fotografías en blanco y negro en las que salían tres chicos. Eran capturas de pantalla. Una cámara de seguridad los había grabado, mientras fijaban un mural en el lateral del café Riche. Se veían cientos de ojos desparejados, como conciencias que no perdonaban nada. Era lo último que habían pegado en el barrio; no había durado mucho. No se reconocía a los chicos por las capuchas de las sudaderas.

—¿Los conocéis? ¿Son del barrio?

Me molestó que nos tuteara, ya que teníamos edad para ser su padre y su tío.

Debían de ser Ibrahim, Gekko y Omar. Alí no estaba con ellos. Podía reconocerlo incluso de espaldas, aunque solo viera su sombra. Puede que el dueño les hubiera hablado del chico tuerto que se sentaba a veces conmigo. El oficial no nos preguntó por nadie en particular. Yo sabía muy bien cómo actuaban; era una primera visita. Volverían, siempre lo hacían, y entonces sí que me preguntarían por Alí, o por Gekko, a quien había estado viendo por el videojuego *Chicos contra fuerzas de seguridad*.

—¿Entonces no sabéis quiénes son?

Volví la cara hacia el oficial para que viera que no ocultaba nada. Evité mirarlo directamente a los ojos no fuera a creer que lo desafiaba. Le aseguré que no los conocía.

—Eres taxista y trabajas de noche —le dijo a Saleh—. ¿No habrás visto a estos tres haciendo pintadas?

—Por esta zona vienen muchos chicos a pasárselo bien. No he visto a nadie sospechoso, no sé si me explico, nada ilegal, no.que yo sepa.

Era el barrio de las revueltas, las pintadas y las manifestaciones, y también el de los bares, los tugurios y los locales con música en vivo en los que tocaban Alí y su grupo, el Fool Jazz Band. Le di un pisotón a Saleh para que no continuara. Con los nervios, se enredaba como si estuviera mintiendo.

Los oficiales siguieron preguntando en otras mesas. Nosotros movíamos alfiles, caballos, torres y damas como principiantes. Nos comíamos una pieza y la retornábamos al tablero. Los agentes le dijeron unas palabras al dueño, sería que ya volverían otro día, y se marcharon. En un segundo, el café se llenó de ajetreo. Los clientes hablaban a gritos de una mesa a otra. Nadie conocía a los muchachos de las fotografías.

Nos levantamos y retornamos a la mesa del ventanal. Nos dispusimos a jugar otra partida, esta vez de verdad. Mientras Saleh

colocaba las piezas, yo observaba a la gente que pasaba. El perro se había tumbado al sol. Ese sí que era un auténtico pachá.

—Saleh, no mires. Es Alí, al otro lado de la avenida. Viene hacia aquí.

—Haga algo. Lo que faltaba.

Alí esperaba para cruzar delante del mercado de Bab Luq. Me saludó con la mano. El dueño estaba ocupado con la máquina registradora. Los clientes estaban entretenidos hablando de los pachás. El chico se abría paso entre los coches cuando agarré el periódico y lo pegué al cristal. Dio media vuelta y echó a correr. Había visto la señal. Corre, corre cuando veas que me tapo la cara con el periódico, como si me cegara el sol.

Saleh y yo seguimos con la función. No teníamos cuerpo para una partida en serio. Cuando anocheció, Saleh tumbó al rey y me tendió la mano, como un buen perdedor. Estuvimos callejeando para serenarnos, pero la conversación era sombría.

—Si no tuviera que ganarme el pan, me cambiaba de turno. Profesor, no se imagina las cosas que pasan por la noche.

Había presenciado cómo sacaban a un hombre en pijama de su casa y lo metían a la fuerza en una furgoneta.

—Era blanca, sin matrícula. No sé quiénes se lo llevaron. La seguridad nacional tal vez.

Después de despedirnos, estaba alerta. Me fijaba en todas las furgonetas por si alguna era de la seguridad nacional, o se le parecía. Temía que hubiera una blanca y sin matrícula aparcada en mi calle y que, si Alí se presentaba, lo hiciesen desaparecer. Últimamente, veía a Alí en sueños. Tenía los ojos cerrados. Era una pesadilla recurrente, con algunas variaciones. Le salían hormigas por los párpados, la nariz y los labios entreabiertos. Estaba encogido, con las alas plegadas, como los ángeles de la catedral. Todo lo que reprimía durante el día se filtraba por las alcantarillas del subconsciente. Saleh había amenazado a mi dama. La Ley de Protestas prohibía el grafiti. Alí se reía y me decía: si somos miles, no podrán detenernos a todos. En mis sueños, llegaba demasiado tarde, cuando Alí ya se había convertido en ángel. En la vida sí que podía ayudarlo.

Por la noche, en el barrio solo se animaban los alrededores de los garitos, donde los jóvenes se divertían hasta la madrugada. Las demás calles se vaciaban. No había toque de queda, pero lo parecía. Había luz en todos los pisos. Seguíamos en arresto domiciliario sin que el Ejército nos lo ordenara. Nosotros mismos corríamos el cerrojo; éramos a la vez el prisionero y el carcelero. Con los rumores, el miedo volvía para quedarse. Yo lo vi, con estos ojos, eso fue lo que pasó: se

lo llevaron. Cuidado, cuidado. En cuanto anochezca, quedaos en casa. Los pachás nos querían asustados.

Arrimé la mesita con el tablero de ajedrez al sofá. Le había comprado al librero un manual con las jugadas maestras de Bobby Fischer, así como una novela de Abderramán Munir. Después de arrojarla al Nilo, había esperado la sacudida, el clic, una compuerta que se abría y, después, calma. El ritual del puente ya no surtía efecto; el ajedrez era lo único que conseguía distraerme de mi inquietud por Alí.

Ensayaba unas aperturas del maestro con las que sorprender a Saleh, cuando los oí trajinar en el estudio. Me levanté, tenía que avisarles del peligro, por si se proponían pegar algún mural. Debían desaparecer por un tiempo. Entre todos esconderíamos los esbozos de los ángeles, los *collages* de Omar, y los lienzos ya terminados. Las herramientas podían quedarse en el almacén.

Me asomé a la escalera y les grité:

—Esperad, no salgáis esta noche. Os buscan.

Uno de los chicos subía la escalera en aquel momento.

—Soy yo, ¿quién se creía que era?

Era Alí y no traía más compañía que el violín.

—Pensé que estabais todos abajo. Unos agentes se pasaron por el café y estuvieron haciendo preguntas. Traían las fotos de unos chicos retocando el mural de los ojos. No se les veía las caras. Creo que eran Ibrahim, Gekko y Omar.

—Ya no estoy con ellos. Ni siquiera somos amigos. Han trasladado el taller. ¿No lo sabía? El barrio se ha puesto peligroso.

No me había dado cuenta; llevaba unos días sin bajar al estudio. No supe qué decir.

—Con las prisas, no le avisarían.

Debió de notar mi decepción para que tratara de disculparlos. Yo podía haberles sido de gran ayuda ahora que las cosas se les complicaban, pero se habían ido con los ángeles a otra parte.

—¿Y qué noticias traes? —le pregunté por cambiar de tema.

—Hemos tocado esta noche en el After Eight.

—Como los grandes.

Habían surgido de ese local grupos de éxito, como Cairokee y el Westelbalad. Le di la enhorabuena. Tocarían allí todos los jueves como prueba durante un mes. Le prometí que me pasaría a escucharlos alguna noche.

—Hay controles. Han chapado la Plaza. Volver a casa con.el violín es arriesgado; podrían destrozármelo los soldados.

Creí que había venido a anunciarme la buena nueva, y solo se

acordaba de mí cuando necesitaba un favor. ¿Y no era ello prueba de nuestra amistad? No debía tomármelo a la tremenda, los jóvenes son así. Conociendo a tantas personas en el barrio, acudía a mí otra noche de peligro. Alí, no te voy a fallar. Se lo había prometido una noche mientras dormía; eso el chico no podía saberlo. Por Alí, haría lo que fuera.

—Esta es tu casa. No tengo que decírtelo.

Me acompañó a la cocina, y estuvimos improvisando una cena como otras veces. Abrió la nevera. Solo quedaba una botella de cerveza.

—Como ya no vienes, no he comprado más. No pongas esa cara. No te estoy reprochando nada. ¿La compartimos?

Me serví en un vaso; Alí bebía a morro. Propuse un brindis por el Fool Jazz Band. Entrechocamos el vaso y el botellín. ¡Por los éxitos futuros! ¡Por la amistad!, añadí.

—¿Todavía quiere retratarme?

—Ya sabes que sí.

—Pues tiene que ser ya.

—¿Pasa algo?

—¿Es que ha encontrado a otro chico tuerto mejor que yo?.—dijo con una carcajada—. Tiene que ser cuanto antes. Ya mismo.

Alí había estado dándome largas y el retrato de pronto no podía esperar. Se habían convocado protestas contra las nuevas leyes. ¿Volvía a las calles? Por no disgustarlo, no le pregunté a qué venía tanto apremio.

Teníamos por delante unas horas por compartir y quise que fueran agradables. Charlaríamos y escucharíamos música, la que él quisiera.

—Mañana, Alí, ¿estás seguro?

—Sí, mañana.

12. El delator

La mañana del retrato, en Mohamed Mahmoud, solo estábamos nosotros, los reclutas del puesto de control y una pareja extranjera. Había que ser turista, vecino, soldado o tuerto para andar por esa calle después de la que habíamos liado unos días antes por el segundo aniversario de las revueltas.

La pareja había extendido un plano y no sabía por dónde tirar.

—Esos se han perdido. Son franceses —dijo el Profesor.

El extranjero dobló el plano e hizo ademán de marcharse. Ya lo estás viendo, aquí no hay nada de interés. La mujer no se daba por vencida. Señaló la placa y lo llamó. *C'est bien ici.* No hacía falta saber francés para comprender lo que se decían: esto es Mohamed Mahmoud por mucho que te empeñes en lo contrario. Subía el tono; esos dos acabarían peleándose. Habrían visto fotografías de la calle en las guías turísticas y no la reconocían. Ya no había ángeles.

—Me saca las fotos y nos largamos.

—No sé cuánto tardaremos, Alí. ¿A qué viene tanta prisa? Se necesita tiempo para un buen retrato. Yo quiero que tenga alma, ya te lo he dicho. No se consigue a la primera.

—Pues que el mío sea el mejor de todos, ¿eh?

El Profesor se sonrió.

—La luz es buena.

Ajustaba el obturador o lo que fuese cuando la mujer se acercó a saludarnos. *Sabah al-jer.* Se había aprendido unas palabritas en árabe. No se podía ser más extranjera. Llevaba un corte de pelo asimétrico; algunos mechones azules se entreveraban en el color castaño.

—*Est-ce que je peux vous aider?* —se adelantó el Profesor.

La mujer parecía aliviada de poder comunicarse en su propio idioma.

—*Et les anges?*

—*Plus maintenant* —le explicó el Profesor.

—¿Hace mucho que los borraron? —preguntó la mujer.

El Profesor me iba traduciendo la conversación, y yo intervenía cuando me daba baza.

—Hace unos días —dije—. Los destruyeron el 19 de noviembre, por el segundo aniversario.

Yo percibía los latidos de los ángeles debajo de la pintura. ¡Estamos

aquí, no nos olvidéis!

—¿Por qué? ¿Quién los borró?

—Los pintores de ángeles —le contesté.

El Profesor tradujo: los artistas, los grafiteros.

—*Je ne comprends pas.*

A mí me pasaba lo mismo. No acababa de asimilarlo.

Ocupamos Mohamed Mahmoud la mañana del 19 de noviembre. Bajé la calle entre abrazos y apretones de manos. A los chicos como yo nos trataban con afecto. Llevaba un parche en el ojo para la ocasión para decirles a todos: miradme, ¡esto es lo que nos hicieron! Oímos abucheos y gritos de rabia. ¡Destruyen los murales! Me abrí paso. No eran soldados, ni delincuentes a sueldo de la policía, ni siquiera partidarios del General. ¡Destruyen los murales! Los borraban los nuestros, mis amigos.

Cubrían el mural con un camuflaje militar en tonos rosados, tan cursi como una caja de bombones para San Valentín. Me saludaron, pero no les contesté. Me acerqué a Omar y le grité para que me oyeran los demás: les seguís el juego a los militares. Omar no se alteró, casi nunca lo hace. Me pidió que me quedara hasta el final. Insistió. Espera a que terminemos, y ya me dirás si somos unos traidores. El mural se había borrado y vuelto a pintar, yo lo sabía mejor que nadie. La gente pasaba delante de los ángeles sin mirarlos. Ya era hora de pintar otras cosas, como habíamos hablado en casa del Profesor, ¿o es que no lo recordaba? La gente se había enamorado del General, de eso se burlarían. Me propuso que les echara una mano, menudo insulto, eso nunca. No tenían ningún derecho, los ángeles eran de todos nosotros. Borrándolos remataban a aquellos chicos. Ya no somos amigos, Omar, ¿te queda claro? Le dejé con la palabra en los labios y volví a la concentración. Iba pensando: ojalá le peguen un tiro y lo maten, por gilipollas.

Al final de la calle, sonaba el *Feliz en tu día*. Mientras nosotros conmemorábamos a nuestros muertos, en la Plaza celebraban el cumpleaños del General. Se había formado un cordón policial para que no desluciéramos el festejo. Gritábamos para tapar su música de mierda, y que por lo menos no la oyéramos nosotros. Alzábamos los brazos al cielo, con tres dedos extendidos. Uno por la justicia, otro por la dignidad, el tercero por la libertad. Debíamos de ser un millar, muchos todavía, pero bastantes menos que el año anterior. Juntos otra vez, nos sentíamos invencibles. Yo era hijo de las revueltas como el Profesor lo había sido de las cárceles. Lo estuve buscando, seguro que había venido; también era su día. Pedí el megáfono y voceé:

—¡Aquí nos tenéis! Somos hijos de esta calle.

Y la calle lo repitió con un solo grito. Me alzaron a hombros entre dos chicos para que me vieran todos. Una farola iluminaba el mural de un esqueleto en uniforme militar, que hacía malabares con cientos de ojos.

—¡Ni olvidamos ni perdonamos! —gritaba yo.

Ya no oíamos aquella música verbenera ni los vivas al General. Los invitados al cumpleaños se habían retirado. Estaba anocheciendo cuando mis compañeros desplegaron en la calle unas banderolas imponentes con los retratos de los mártires. La pelea con Omar me había dejado mal cuerpo. Hubiese querido tenderle la mano y decirle: sin rencores, amigo. Nos pusimos en camino. En el centro, desfilaban las banderas y nosotros a los lados. Gika, Gika. Gritábamos el nombre de un chico al que habían matado en la manifestación del año anterior. Gika. Le habían reventado la cabeza de un disparo.

Tomamos la avenida Tahrir, pasamos delante del café Bustán. Esperaba que el Profesor estuviera allí, sacándonos fotos, pero no lo vi. Había más policías que curiosos en las aceras, como si la gente nos tuviera miedo y hubiera que protegerlos de nosotros. El tráfico estaba cortado. Marchábamos por el medio de la calzada. ¡Hijos de sesenta perros, dejadnos vivir en paz!, gritó una anciana. Ya no mirábamos al frente, sino hacia arriba. Asomados a las ventanas y a los balcones, los vecinos volcaban bolsas de basura y nos escupían. ¡Traidores, traidores! Nos habían disparado. Nos habían dejado tuertos. Nos habían matado y éramos unos sucios traidores.

Llegando a la plaza de Abdín, donde estaba la comisaría, nos desperdigamos por calles estrechas. Nos metimos por un barrio popular de casitas bajas, garajes y talleres de artesanos. Levanté la vista por si había francotiradores en las azoteas. Nos acercábamos a la casa de Gika. Las ventanas se abrían de par en par. Los vecinos también gritaban su nombre. Éramos una sola garganta; nuestro grito acuchillaba la ciudad. Gika. Gika. En aquel barrio estábamos a salvo. Me sobresalté cuando me agarraron del brazo. Creí que ya nos detenían.

—Por fin te encuentro —dijo Omar—. Juntos, como entonces.

Se arremangó la sudadera. En el antebrazo, llevaba escrito a bolígrafo mi número de teléfono.

—¿Lo ves, Alí?

Omar tenía fe en que no me pasaría nada. Yo me había apuntado el número del Profesor, pero no se lo dije.

Marchamos cogidos del brazo por Gika y por todos nosotros. Delante de la casa, guardamos silencio. El padre del chico bajó a saludarnos y pronunció unas palabras. A través de la luz amarillenta

de las farolas, las banderolas temblaban con los retratos de los mártires. Nos dispersamos a media noche. Ya habíamos tenido bastantes tuertos y demasiados ángeles.

—Así es que borraron los ángeles, y todo lo que veis es reciente.—le dije a la extranjera de los mechones azules.

La pareja se apartó para fotografiar los murales nuevos. Un manifestante alzaba un cartel con el retrato de un general: ambos eran simios.

—A lo nuestro —dijo el Profesor.

Me coloqué delante del esqueleto uniformado.

—Aquí fue, justo donde está el malabarista. Ni que tus amigos lo hubieran hecho a propósito. ¿Qué te parece?

Me arrodillé y saqué el violín de la funda.

El Profesor enfocó la cámara mientras yo sujetaba el instrumento, listo para tocar.

—¿Sale la montaña de ojos? ¿Y el esqueleto? —pregunté.

—Tal vez deberíamos dejarlo para otro día.

—¿Y ahora qué le pasa?

—¿No te has dado cuenta, Alí? Nos está vigilando. Está allí, en la acera de enfrente, desde que llegaron los franceses.

Deposité el violín y el arco sobre la funda con delicadeza. Para mí el instrumento era un ser vivo que sentía y respiraba. Me agaché disimulando, como si me anudara los cordones de una deportiva. Delante de una tienda de comestibles, un hombre nos grababa con el móvil.

—Por mí, que siga espiándonos —dije—. No es motivo para cambiar de planes. Tiene que ser hoy.

El retrato no podía posponerse. Me marchaba a París con Nora, era casi seguro. No pensaba contárselo al Profesor hasta que llegara la carta de aceptación para el conservatorio. Habíamos pasado la primera prueba y nos faltaba una audición por videollamada. Apoyé la barbilla en el violín y acerqué el arco a las cuerdas.

—Para eso hemos venido. ¿Está bien así? —le pregunté posando.

—No, claro que no está bien. Así no funciona, es una pantomima. Tienes que tocar de verdad, como aquel día. El momento en que tú eres música. Eso es lo que quiero.

—¿Tan bueno soy?

No me contestó.

Cerré los ojos y arranqué con el *Vals* de Liszt, pero la magia de la que hablaba el Profesor me rehuía. La realidad tiraba de mí. Oía las pisadas, las voces de los turistas, el tráfico en la Plaza. La música no se adueñaba de mí. Los soldados del control acudieron a la carrera.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quién les ha dado permiso?

Sentía que a los ángeles no les gustaba aquel vals. Sería porque los muertos no bailan. Empalmé con *La muerte y la doncella.* Tocando a Schubert para mis amigos ángeles y para los vivos, ya no estaba la ciudad, ni había dolor, ni existía Alí. Solo la música, y nada más. Cuando abrí el ojo, el Profesor seguía disparando la cámara. Retrocedió unos pasos. Me miraba con una sonrisa de triunfo. Había captado el misterio, el trance, la *sultana*. Los turistas me aplaudían a rabiar.

—¡Ya te tengo! —exclamó el Profesor.

Yo no había regresado todavía al mundo de los vivos.

—*Bravissimo,* Alí —dijo revolviéndome el pelo.

Los reclutas nos miraban desconcertados. No sabían si el concierto que acababan de presenciar incumplía alguna norma. Habían dejado el puesto de control desierto. El oficial al mando se retrasaba y no querían asumir responsabilidades ajenas. En compañía de aquellos turistas, no se atrevían a desalojarnos con un circulen, circulen. Yo era unos años mayor que ellos, pero el ojo me había librado del servicio militar. No imponían con aquellos uniformes desajustados, que les venían pequeños o grandes, así es que seguimos a lo nuestro.

La extranjera me estrechó la mano. Se llamaba Pauline y su marido, Marc.

—¿Saben quién es? —les preguntó el Profesor—. Es el violinista de las revueltas.

Quisieron sacarse una foto conmigo. No le di mayor importancia, una foto y las que quisieran como recuerdo de su paso por Mohamed Mahmoud. En la acera de enfrente, el hombre seguía grabándonos, ¿y qué más daba? No volveríamos a ver a aquellos franceses. El Profesor les explicaba lo que había sucedido en esa calle. Para mí que fanfarroneaba, porque me traducía solo algunas cosas, las que le interesaban.

—Era una batalla que los chicos no podían ganar, pero resistieron. Aquí mismo estaba Alí, tocando el violín, y yo, con mi cámara, fotografié la escena.

Retomé el instrumento. Pauline y Marc se situaron a cada lado. Le expliqué al Profesor cómo hacer fotos con el móvil.

—Es muy fácil —le dije—. Solo tiene que pulsar el círculo rojo.

Me lancé con *La Marsellesa,* que me había aprendido para cuando Nora y yo estuviéramos en París.

—Somos belgas —dijo Pauline riéndose—, pero se agradece el detalle.

No tenía ni idea de cómo sonaba el himno belga ni conocía ninguna

canción de aquel país. Estábamos todavía en Mohamed Mahmoud cuando acepté la solicitud de amistad de Pauline en las redes sociales. En mi perfil, yo salía entonces tocando el violín.

—¿Y cómo estaba esto antes? —preguntó Marc.

El Profesor me pidió que les enseñara fotografías de las revueltas y de cómo habían ido cambiando los murales. El espía nos sonreía, cruzado de brazos cuando se cansaba de grabar.

—¿Veis? Los primeros ángeles llevaban máscaras antigás —les dije recorriendo la galería de imágenes—. Surgían del humo para salvar la ciudad, como héroes de cómic. Los borraron y aparecieron estos. Sonreían, pero por dentro estaban tristes.

Pauline me pidió que le mandara tal y cual imagen.

Mientras hablábamos de las revueltas, sentía a los ángeles empujando debajo de la pintura para liberarse. Señalé el muro de derecha a izquierda; como si los tuviese delante, me puse a recitar sus nombres. Sabía cómo se llamaba cada uno y dónde había caído.

A Pauline se le saltaron las lágrimas. Los reclutas habían vuelto al puesto de control y se desentendieron de nosotros. Mientras charlábamos, me tapé el ojo muerto con la palma de la mano. Señalé un punto en la calzada y dije:

—*They shot us here.* Venid, aquí fue.

—¿Cuando la Primavera? —preguntó Pauline.

—*Oui, mais l’hiver est revenu* —le explicó el Profesor.

—Después del invierno siempre vuelve la primavera —dijo Pauline.

Nos despedimos; había sido un placer.

—Que no se te olvide mandarme las fotos, Alí.

Prometimos seguir en contacto; son cosas que se dicen y no se cumplen. Nos deseamos suerte. El espía se alejó calle arriba sin mirar atrás.

Me colgué la funda del violín al hombro.

—Ahora que tienes mi retrato —le dije al Profesor—, ya pueden detenerme o matarme.

—Eso no lo digas ni en broma, chico.

Me llamaba así cuando decía o hacía algo que le molestaba. Ya estás con esas, chico. Vivo puedes cambiar las cosas, hasta preso. Chico, déjate de tanta muerte.

—El tipo ese era un soplón de mierda, como tu amigo Abderramán Munir. Se habrá ido con la grabación a la comisaría de Abdín.

Por la rabia, lo había tuteado, yo no era ningún niño. No estaba seguro de lo que le había hecho el escritor. Intuía que.había traicionado al Profesor y este no se lo había perdonado.

—Un soplón, como tu amigo —insistí.

No me contestó de inmediato. Debía de seguir en carne viva después de tantos años. Cada vez que sacaba el tema, se escabullía, y con su actitud confirmaba la traición del amigo.

—Así que el retrato no podía esperar. Vuelves a jugártela en las calles, Alí. ¿Es eso? No te creía tan tonto.

El Profesor salía del paso con otra pregunta y un insulto. La música era lo principal; hasta había dejado las pintadas. Resistí.el impulso de hablarle de París. Él tenía sus secretos y yo los míos.

—Volvimos por el aniversario y no nos dispararon —dije.

—Os dieron una tregua, eso es todo. ¿Hasta cuándo seguiréis yendo al matadero como corderos?

—¿Qué quiere decir? ¿Que debemos morir luchando?

—No, lo que digo es que no debéis dejaros matar de ninguna manera. No quiero encontrarme tu cara en un mural.

—Ya lo ha visto, no hay ángeles.

—Vamos, Alí. No nos peleemos. El álbum está casi terminado. Vamos a celebrarlo, por los chicos tuertos. Cocino yo.

Hicimos unas compras. Al pasar delante de la librería, el Profesor saludó a través de la cristalera y seguimos nuestro camino. Volví la cara para que el librero no me reconociera. Ya estábamos en su calle cuando me preguntó:

—¿De dónde has sacado eso que has dicho de Abderramán Munir?

—De internet —mentí.

—No te creas todo lo que se escribe sobre él. No era un ángel, pero tampoco un demonio.

No podía creerme que lo disculpara. Me marqué un farol a ver si el Profesor confirmaba mis sospechas.

—A usted lo torturaron y no denunció a nadie, ¿verdad? No como su amigo.

—Ha llovido mucho desde entonces. No recuerdo lo que dije y lo que dejé de decir. Para ti es fácil hablar, chico. Tú no has estado allí. No sabes en qué te convierten ni de qué serías capaz para salir con vida.

Lo había vuelto a hacer. Cuando se quedaba sin argumentos, me reprochaba que no entendiera nada porque no había pasado por el sótano.

—Le defiende, ¿lo ve?

—No es eso. Solo te explico que no debes creerte lo que diga la gente, ni sobre Abderramán ni sobre nada.

—¿Ni lo que dice usted?

—Yo menos que nadie.

En la puerta del ascensor habían colgado otra vez el cartel de

averiado. Cargamos con las bolsas de la compra hasta el primer piso.

Nada más entrar, llamó a Fayruz. Dejamos la compra en la cocina. La tórtola voló y se posó en su hombro. El Profesor se puso a hablarle; era una estratagema para zanjar la conversación sobre el escritor. Salí al balcón y cerré la puerta. El Profesor golpeó el cristal. Bajaba a la cámara oscura. Estaba hambriento, pensaba que nos pondríamos a cocinar, pero él estaba impaciente por revelar los retratos. Quise acompañarlo, pero me desalentó. El procedimiento inicial era tedioso. Había que tratar los carretes no sé cómo; lo mejor venía después. Querría estar solo para pensarse lo que me contaría sobre Abderramán Munir. ¿A qué venía si no tanto misterio?

—Bajas cuando tenga revelado el carrete. Yo te aviso.

No me dijo cuánto tendría que esperar. Entré en el salón para oírlo cuando me llamara. El pájaro se había posado sobre la pantalla del televisor y me miraba.

—¿Qué pasa, bicho? Ya lo estás cagando todo.

Eché un vistazo a los títulos de la colección de vinilos y me decanté por *Blue train,* de John Coltrane.

—*Jazz,* ¿le parece? —grité por el hueco de la escalera, pero no me contestó.

El Profesor había dejado a medias una partida de ajedrez. Las blancas se habían comido las torres y los alfiles negros. Significaba que había vencido al Ejército y a la policía, venga ya, pero quedaba la dama, la seguridad del Estado. Había dispuesto las piezas mientras yo dormía. Interpreté el mensaje: con aquellos retratos, les haríamos daño.

La música de John Coltrane llenó la espera de calidez y me distrajo del hambre. Me tendí en el sofá, con la cabeza apoyada en unos cojines. Compartí con Pauline las fotografías que acabábamos de tomarnos. Le envié algunas de las revueltas y otras de los ángeles, y, por último, las que me había sacado el Profesor justo antes de que me dispararan.

Al momento, Pauline ya estaba publicándolas en las redes sociales. *Este es nuestro amigo Alí, el violinista de la Primavera Egipcia, antes y después*. Esto podía comprenderlo, pero en otros comentarios solo captaba palabras sueltas. General. Represión. La traducción automática era confusa, pero hablaba de mí. Tendría que traducírmelo el Profesor.

—¡Alí, Alí! —me gritó entonces—. Ya puedes bajar.

La bombilla de la cámara oscura teñía de rojo sus manos. Así muestran en las películas a los culpables, a los asesinos. La ocurrencia me hizo sonreír.

—¿Preparado, Alí? Vas a aprender a revelar.

—Pauline acaba de publicar no sé qué sobre mí, Mohamed Mahmoud y el General.

13. Como en los viejos tiempos

—Abderramán Munir, abre o echamos la puerta abajo.

En las tinieblas me pareció que lo llamaban. Los sueños son las cloacas en las que se vierten nuestros miedos. Alí me había preguntado por Abderramán, y en mi pesadilla lo buscaban para detenerlo. Tenía un zumbido permanente en el oído izquierdo por una paliza que me dieron en mi juventud. Los sonidos me llegaban envueltos en un eco marino. Al incorporarme apoyando ambas manos en el colchón, los oí con claridad.

—Abderramán Munir, abre o atente a las consecuencias.

Por el estruendo, pretendían reventar la cerradura a martillazos. No era un trabajo fino, que se diga, muy propio de ellos. La puerta ya habría cedido con que hubiesen utilizado una ganzúa. Para evitar lo peor, tenía que salir a su encuentro, pero el cuerpo no respondía. El dolor de las articulaciones me imponía una cadencia lenta al despertar. Me reavivaba después de los primeros pasos y unos estiramientos. Vamos, muévete. La puerta se vendría abajo en cualquier momento e irrumpirían en el dormitorio, a la carrera, aullando como perros salvajes. No les daría la satisfacción de sorprenderme en pijama. ¡Deprisa, muévete!

Entreabrí las contraventanas a oscuras. Dos coches con cristales opacos y una furgoneta cortaban la calle. Cuatro agentes en pasamontañas vigilaban delante del portal. Por lo reducido del operativo, no anticipaban complicaciones. Del lado de la catedral armenia todo estaba en calma; no venían refuerzos por la avenida.

Las agujas fluorescentes del despertador marcaban las cuatro de la mañana. Como en los viejos tiempos, se presentaban cuando la ciudad dormía. Cerré las contraventanas y encendí la luz. La ropa del día anterior colgaba del respaldo de la silla. Me puse el pantalón de casa sobre el del pijama a toda prisa. Me abotoné con manos temblorosas, sin conseguir atinar. Los faldones de la camisa estaban desnivelados. En el espejo vi el reflejo de un hombre grotesco. Introduje la camisa en el pantalón, así estaba mucho mejor.

Pensaba en Fayruz, en lo que le harían si la encontraban. Sabían cómo ponerte de rodillas. Si tardabas en romperte, se ensañaban con un inocente, con quien tú más quisieras. Aparte de Alí, no había nadie más cercano que la tórtola. Por mi expediente, debían de saber que yo

era de los que no se desarman fácilmente, un tipo duro, aunque viejo ya. Crucé el pasillo y el salón en calcetines. La puerta no resistiría mucho más. ¡Fayruz, rápido!

Había previsto su visita desde que me puse a retratar a chicos tuertos. Cuando aparecieron Alí y los pintores de ángeles, ya no me cupo duda de que vendrían. Empecé a prepararme. Compré una jaula, así le pasaría la tórtola al vecino para que me la cuidase mientras registraban la casa. Con estirar el brazo por encima de la barandilla, podía depositar a Fayruz entre sus macetas. Con el agobio, la jaula no aparecía. No recordaba dónde la había dejado, tal vez en el tendedero, pero no había tiempo para seguir buscando.

—Ni que fuera tan difícil romper una puerta —gritaban al otro lado —. Termina de una puta vez.

Corrí al despacho. En cuanto le di al interruptor, Fayruz echó a volar y se posó en lo alto de la biblioteca. Se quedó inmóvil como una figurita de porcelana. Por el miedo, tenía el cuerpo chupado, como un globo a medio desinflar. Así de quieta no la verían, pero en cuanto entrasen en el despacho revolotearía por instinto.

—Quédate aquí —le dije—. Y no te muevas.

La puerta cedió e irrumpieron dando voces. Por el estrépito de cristales rotos, habían empezado por el salón comedor. Como si los viese, despejaban a manotazos el aparador, la rinconera y la vitrina. Tal vez pudiera entretenerlos mientras se me ocurría cómo poner a Fayruz a salvo. Con Alí y los suyos había desplegado todo mi talento de comediante. No había perdido facultades, seguía siendo un buen actor. Entré en escena, renqueante y humilde.

—¿Qué sucede, señor oficial? —le pregunté.

Supe enseguida quién estaba al mando, pues era el único que no trajinaba de aquí para allá. Iban de paisano, a cara descubierta, cinco agentes y el oficial. Como no me prestaban atención, me dirigí a la entrada. La puerta de la calle estaba desencajada, colgaba la cerradura. Volví de inmediato al salón.

—Aquí me tiene —añadí disculpándome—. Ya me ve, no me dio tiempo a abrirles.

—¿Abderramán Munir? —me preguntó el oficial.

Con esta pregunta retórica arrancaba oficialmente el procedimiento.

—El mismo, para servirle.

No recordaba cuándo me habían llamado así por última vez. No me giraba si gritaban el nombre de Abderramán por la calle. Por eso había creído que soñaba. No presentaron ninguna orden de registro; tampoco se la pedí. Ellos no la necesitaban.

—¿En qué puedo ayudarles? —me ofrecí cortésmente.

Uno de los agentes volcó un cajón del aparador en el suelo. Con la punta del zapato se puso a remover los cubiertos. Aquella escena era una burda imitación de mi juventud. Solían registrar la casa familiar y otras en las que residí por poco tiempo; alguien cercano debía informar sobre mí para que siempre dieran conmigo. Se presentaban los hombres de negro, policías uniformados, agentes de paisano, a quien le tocara ese día, y destrozaban todo lo que se les pusiera a tiro. Por eso, los recuerdos de familia eran escasos y apenas quedaban objetos decorativos.

—Tú y tú, bajad al estudio. No os dejéis ni un rincón sin trillar —les ordenó el oficial, como si no hubiera oído mi ofrecimiento.

No tenía nada de particular que conocieran la existencia del estudio. El cierre metálico estaba siempre echado, pero perduraba el rótulo algo desdibujado: Estudio de fotografía Maurice. Estaban de moda en aquel entonces los nombres afrancesados. Según mi padre tendría más gancho que llamándolo Estudio Munir. Los dos agentes bajaron a toda prisa las escaleras. Si era lo que andaban buscando, no encontrarían ni rastro de la fábrica de ángeles, ni el menor esbozo de mural, ni siquiera un bote de pintura. Los chicos lo habían limpiado todo a fondo antes de trasladar el taller a un lugar que no me comunicaron. En cuanto a los retratos de los chicos tuertos, estaban a buen recaudo, en el salón.

Permanecí junto al oficial. Su cara me resultaba familiar. Caí después en la cuenta de que había estado en el café preguntando por los pintores de ángeles. Para amedrentarme, no me decían a qué habían venido. Temía que hubieran detenido a Alí o a alguno de sus amigos, o que alguno de mis modelos se hubiese ido de la lengua. Se pensarían entonces que Abderramán Munir había vuelto a las andadas y estaba entrenando a un comando de chicos tuertos. El oficial ordenaba a sus hombres que buscaran aquí y luego allá, con objeto de tenerme en vilo. Los subalternos conocían el protocolo a la perfección: arramblar con todo en el menor tiempo posible, como si compitieran entre sí.

En un registro, si notan que algo te importa, lo destrozan. Si evitas un lugar con la mirada, ya adivinan que escondes allí algo de valor o comprometedor. Debajo de una alfombra turca, justo donde se había detenido el oficial, escondía el material para el álbum de los chicos tuertos. El escondite no disponía de un mecanismo sofisticado. Recolocaba las tablillas del parqué, me aseguraba de que la madera no oscilara, desplegaba la alfombra y, el toque final, trazaba un discreto cerco de polvo alrededor. La arenisca se colaba por las ventanas y,

cuando barría, guardaba una parte en una caja de latón para el camuflaje. El oficial giró sobre sí mismo satisfecho, sus muchachos estaban haciendo un buen trabajo. Con cada paso que daba, la madera crujía, como si debajo hubiera un enorme termitero. Algunas tablillas no encajaban perfectamente y al pisarlas podían oscilar. Tenía que alejarle de aquel punto como fuera.

—Pachá, ¿en qué puedo ayudarles? —insistí.

En el tocadiscos, seguía el vinilo *Blue train,* de John Coltrane. Lo había escogido Alí. Sonaba cuando brindamos por los chicos tuertos. Me había dado por escucharlo a todas horas, así tenía presente al chico. El oficial se sonrió cuando me vio con el vinilo en una mano y la funda en la otra. Debía gustarme mucho aquel disco para querer salvarlo. Volvió a crujir el parqué cuando el oficial avanzó en mi dirección. Había conseguido mi propósito, tenerlo entretenido. Se puso a rebuscar en la colección de vinilos, fingiendo un interés de melómano.

—Vaya, te gusta la música. Por lo que veo, no la de aquí. No tienes ninguno de Umm Kalzum o de Abdelhalim Hafez —comentó sin mirarme.

—Esa se escucha en todas partes —le contesté para provocarlo.

—¿Habéis oído? No le gusta nuestra música.

Como si el jefe le hubiese dado una orden, un agente rechoncho acudió inmediatamente. Me arrebató el disco de Coltrane y quiso partirlo con las manos. Deseé que lo lograra y una esquirla se le clavara en la yugular. Como se le resistía, estrelló el vinilo contra el suelo, y lo pisoteó hasta partirlo. En cuanto tuvo la técnica perfeccionada, fue sacando los discos de las fundas. Jadeando por el esfuerzo, los reventaba a taconazos. ¡Lo furioso que se pondría Alí! Sigue así, no me voy a echar a llorar, ojalá te dé un ictus, gordo seboso. El agente se quitó la chaqueta. A pesar del frío de la madrugada, tenía la cara roja y la camisa empapada en sudor.

—No os dejéis ni un rincón. ¡Mirad hasta debajo de las alfombras! —gritó el oficial.

El agente que odiaba la música obedeció al momento. Dejó lo que tenía entre manos, y se inclinó para levantar los bordes de la alfombra central.

—Aquí debajo no hay nada, señor —dijo—. Esto no se toca desde hace tiempo.

No me despegaba del oficial. Observaba sin parpadear cómo sus hombres lo revolvían todo, es un decir, lo poco que quedaba ya. Pensaba en Fayruz. ¿Cómo podré ayudarte, amiga?

Uno de los hombres se detuvo delante de la vitrina. Sus colegas se

habían esmerado en anteriores registros. Las baldas estaban vacías, salvo por dos bomboneras circulares de porcelana de Sèvres. Allí guardaba mi madre sus pendientes, broches y sortijas. Retiraba la tapa con delicadeza y, con el mismo cuidado, la colocaba de nuevo. Las cajitas estaban pintadas a mano, una guirnalda de flores doradas en una, el vuelo de unas golondrinas azuladas en la otra. Habían robado las joyas hacía tiempo. El agente se volvió y me sonrió. En cada mano sujetaba una cajita.

—¡No lo haga, por favor! —grité.

Mi súplica surtió el efecto deseado. La cajita de flores se estrelló contra el parqué. Me arrodillé y ensamblé los pedazos más grandes, como si pensase recomponerla. Más me valía humillarme, a cambio de salvar lo que importaba de verdad.

—Eso ya no tiene arreglo.

—Era lo último que me quedaba de mi madre —dije.

Fue una interpretación magistral. Lo que les hubieran contado sobre mí era un cuento, acusaciones sin fundamento, la venganza de algún vecino rencoroso. No había más que mirarme. Yo no dirigía ningún comando de chicos tuertos, ni suponía ninguna amenaza, o lo que fuera que pensaran. Ya no era el Abderramán Munir de los informes policiales. No supliqué por mi vida cuando me torturaron y me lamentaba por una bombonera de porcelana. Quién te ha visto y quién te ve, Abderramán Munir, eres un viejo patético.

—Ten —me dijo el agente.

Me tendió la cajita de las golondrinas y yo la sujeté con ambas manos, como si temiera que se me fuese a caer. Me tuteaban para rebajarme, pero yo les hablaba con la mayor cortesía.

—Gracias. Era de la pobre mamá.

Le repetí lo de mi madre, como si con la emoción no recordara haberlo mencionado.

Los agentes iban y venían, destripando cojines. Acuchillaron el sofá y las butacas. Arrojaron al suelo los platos de loza, los marcos con las fotos de familia y las piezas de ajedrez.

—Te escucho. ¿Y bien? —me soltó el oficial.

Era un tipo corpulento, aunque no muy alto. Cruzó los brazos con autoridad. Suéltalo ya, oficial. Dime lo que buscas; no has venido por mí. La pistolera se le marcó debajo de la chaqueta. ¿Así pretendía meterme miedo? La muerte era casi una amiga; la había tenido cerca, cuando yo ansiaba vivir. Desde que llamaba a la muerte, me rehuía.

—¿Dónde está el chico que viene por aquí?

No sabía a cuál de los dos se refería. Alí. Gekko. Ambos pasaban por casa. Podía tratarse también de una trampa. Alguien se había

chivado de que había movimiento en el estudio de fotografía. Querían sonsacarme un nombre, sin importarles cuál. El señor oficial me subestimaba.

—No sé de quién me habla.

Nos habíamos quedado a solas. Sus hombres habían tomado el pasillo. Armaban un gran estruendo en el baño, como si picaran los azulejos buscando escondrijos improbables. Destrozaban el lavabo y los armaritos a golpe de maza.

—No me hagas perder el tiempo, Abderramán. ¿Dónde está el chico?

—Ya lo está viendo. Aquí no hay nadie. Vivo solo.

Si buscaba a Alí, ¿por qué no lo nombraba? El chaval tuerto, el que hace grafiti, el violinista. O bien el otro, el malnacido de los videojuegos, el pintor de ángeles.

—Pasa más tiempo contigo que en su casa.

Traían a Abderramán Munir de vuelta, no sabían dónde se metían. El oficial quería jugar, pues que girara la ruleta y *rien ne va plus*.

—Por aquí pasan muchos chicos a hacerse fotos para el pasaporte. Comprenderá que no me sepa sus nombres —le contesté.

Me pareció que dudaba; puede que el viejo no fuera tan manso después de todo.

—Con tu historial, deberías andarte con cuidado. A mí no me tiembla la mano.

—¿No se referirá a mi pasado de escritor? Por lo otro ya pagué. Desde entonces, estoy limpio.

—Eso ya lo veremos. A ver qué me traen del estudio.

La escalera de caracol se estremeció. Subían dos agentes, cargando fotografías a manos llenas.

—Mucho retrato de boda, y otras así.

No me hacía falta verlas. Anticipando su visita, les había dejado en el archivador un recorrido por las revueltas, desde la caída de Mubarak hasta la subida al poder del General. Un estudio con solera debía tener archivo, o sospecharían. Como anzuelo, había seleccionado unas cuantas fotografías comprometedoras, pero ninguna que me importara. Estaba dispuesto a sacrificar varios cientos de negativos y copias con tal de salvar los retratos de los chicos tuertos.

—Esta te va a traer problemas. ¿Qué te parece? Está prohibido fotografiar a las fuerzas del orden, ¿o es que no lo sabías?

Un policía apuntaba a los manifestantes en la calle Mohamed Mahmoud. Se le podía identificar porque no llevaba pasamontañas.

—¿Me lo cuentas ya? ¿O prefieres acompañarnos?

—¡Señor! —gritaron al fondo del pasillo—. Venga a ver lo que

hemos encontrado.

—¿Qué te decía?

El oficial me miró. El chico. Allí estaba el chico. Me indicó que le precediera, como si pudiera escaparme en un momento de descuido. Los gritos venían del despacho; allí nos dirigimos.

Fayruz seguía posada en el mismo estante donde la dejé, inmóvil para que no la descubrieran los depredadores. El oficial se había imaginado otra cosa y estaba rabioso. La tórtola echó a volar al verme y se me posó en la cabeza, vaya un pájaro tonto. Le acaricié la pechuga para reconfortarla.

—Tranquila, Fayruz.

Debía de tenerle mucho aprecio para que anduviera libre por la casa. El oficial se giró y me sonrió. Sus hombres sacudían los brazos. La tórtola se posó en la cima de la biblioteca. Un agente se subió a una silla. No conocían a mi Fayruz; no sabían lo diestra que era. No se dejaría atrapar. Volaba en círculos, tan alto que se golpeaba contra el techo. Buscaba un pasaje, pero le habían cerrado la puerta. El despacho apestaba a sudor. Los agentes brincaban alborozados, como niños que se lanzan a explotar globos en una fiesta de cumpleaños. Ululaban. Tórtola, aquí, tórtola.

—A esos pájaros los mataba yo a pedradas de niño —dijo el oficial.

Ya me tenía en sus manos. Sabía cómo presionarme. La vida de Fayruz a cambio de información. Cuando los agentes abrieron las ventanas de par en par, el oficial les chilló:

—¡Esas ventanas, que no se escape!

No había terminado la frase. Ya las cerraban, cuando Fayruz se escabulló por una abertura. Me asomé, pero no la vi. Ya sobrevolaba la avenida, y el mural de Mohamed Mahmoud, y la plaza Tahrir, y el Nilo, y el edificio de la ópera, hasta las pirámides.

—¡Fayruz! —grité.

—El pajarraco ese ya no vuelve.

Ya había amanecido. Miraba por la ventana y todas las tórtolas eran Fayruz. La veía colgada del luminoso del dentista, posada sobre la barandilla de algún balcón. Fayruz no sabía de peligros, había vivido siempre en un entorno protegido, y en el callejón, la basura atraía a muchos gatos.

Daba igual lo que me hicieran. Ya no iba a decirles nada porque la tórtola se había escapado. El oficial había perdido su moneda de cambio. Yo seguía asomado a la ventana. Fayruz había sido lo más parecido a una amiga. Le había fallado a todo el mundo, a ella también.

—Móviles, tabletas, ordenadores… Lleváoslo todo —ordenó el

oficial.

—No tiene tecnología, señor.

—Coged las fotografías, ya sabéis cuáles. ¡Mírame cuando te hablo! Dile al chico que se entregue. Va a ser lo mejor.

Metieron en un cajón del secreter las fotografías y algunos libros cuyos títulos les parecieron comprometedores. Así se lo llevaron todo.

—Volveremos —me susurró el oficial—. El chico hizo mal mezclándose contigo.

Cuando arrancaron los vehículos, oí las voces de los vecinos. Ha sido en casa del Profesor, ¿lo detuvieron? Debe estar, porque me asomé y no iba con ellos. Se congregaron en el descansillo. Unos venían en pijama. Otros se habían vestido con lo primero que habían encontrado, como yo. Aparecían en chándal o llevaban el jersey del revés, con la etiqueta sobresaliendo.

—Profesor, ¿se encuentra bien? —gritó un hombre por el hueco de la escalera, unos pisos más arriba.

Me pareció que el conserje mencionaba el nombre de Abderramán Munir. Han entrado en casa del señor Munir. ¿En casa de quién? ¿En el primero dices? ¿No vive ahí el Profesor? Los vecinos no sabían cómo me llamaba. La correspondencia me llegaba a un buzón de correos en un barrio acomodado. Los que conocieron a Abderramán, niño o joven, habían fallecido desde hacía mucho.

—¡Dios mío! —se lamentaba la vecina de rellano.

La mujer acababa de conocer a Abderramán Munir, y se abofeteaba las mejillas, como cuando le ocurre una desgracia a alguien cercano. La vi agarrada al dintel, con un pie en el interior. Entraba sin permiso, como los demás. La presencia de otros vecinos los envalentonaba. Se morían de ganas por ver la casa, o lo que quedaba de ella. Nunca los invité a café. No pasaban de la entrada si llamaban al timbre porque se les había acabado el azúcar, necesitaban una herramienta o cualquier otro favor entre vecinos.

—Una mañana aciaga, una mañana negra. Esto no tiene perdón.

—Profesor, no vaya por ahí descalzo; esto está lleno de esquirlas y podría cortarse.

Les fascinaba la desgracia. Una vez dentro, curioseaban en todos los rincones, dado que yo no les hacía caso. Me asomaba a una ventana y luego a otra.

¿Qué iba a ser de Fayruz? ¿De los chicos? Los vecinos pasaban al salón cuchicheando entre sí, como si entraran en la casa de un muerto. Crujían cristales y pedazos de vinilo bajo las suelas. Seguían a los más audaces por el pasillo. Fisgoneaban en el dormitorio, en el cuarto que había compartido de pequeño con mi hermano, y en el despacho. Se

escurrían por todas partes, como una colonia de cucarachas al primer contacto con el insecticida.

—Esto está lleno de plumas.

—Será por las almohadas.

—Vive con un pájaro suelto, ¿no lo sabías?

—Los pájaros son asquerosos. Lo ponen todo perdido.

—Traen mala suerte, ya lo están viendo ustedes.

Los agentes habían esparcido en el suelo del dormitorio el relleno del colchón, junto a la ropa revuelta. Parecían los despojos de un cordero degollado, porque habían derramado un bote de yodo por encima.

—Tenga cuidado, no vaya a caerse a la calle, Profesor.

Como si no los oyera, inclinándome en el vacío, gritaba:

—¡Fayruz, Fayruz!

—¿Quién es Fayruz? ¿A quién llama?

Cuando despejaron la escalera de caracol, bajé al estudio.

—No han dejado nada en pie, Profesor —me advirtió otro vecino.

Los focos, las butacas, los disfraces del atrezo, hasta el globo terráqueo podían reemplazarse. Nada podía compensar las cámaras de mi padre pisoteadas. Una mujer intentaba cubrir el espejo desquebrajado con una capa de mago, para que no se reflejara en él la mala suerte.

—Cuidado con los espejos rotos, que los carga el diablo.

Sobre las baldosas había parejas de novios felices y manifestantes con los puños en alto. Se llevaban a los heridos en motocicleta mientras los invitados a una boda bailaban al son de los tambores. Los vecinos del segundo rebuscaban entre las fotografías. Debían de pensar que hacía fotos eróticas; ya se veían gritando *haram, haram,* un verdadero escándalo. Otros querrían algún recuerdo que llevarse a casa. Los vecinos tampoco hallaban lo que venían buscando. Al escapar Fayruz, me quedé anestesiado. Pasado el impacto, quería a toda esa gente fuera sin más tardar.

Calibré los destrozos y las pérdidas. Faltaban dos cámaras. Habían desgarrado cinco telones de los hermanos Zangaki, más de cien años de historia de la fotografía. Dolía, aunque no tanto como lo que le habían hecho a Fayruz, como lo que podían hacerles a Alí, a Gekko, a los chicos. Algunos vecinos empezaron a toser. Olía a ácido, como en las manifestaciones. Se nos irritaban los ojos y la garganta porque habían vertido también los líquidos de revelar.

—¿No lo huelen? ¡Es líquido inflamable! —grité—. No se queden aquí. Es peligroso. ¡Esto puede estallar en cualquier momento!

Querían ver el estudio, violar mi espacio privado. Ya habían

satisfecho su curiosidad, que se marcharan. Así es la casa del viejo Profesor, así vive Abderramán Munir.

—Gracias, gracias —les dije—. Me conmueven tantas atenciones.

Los animaba a que se fueran. Mis muy queridos vecinos, tan atentos. Corderitos, subid, volved al redil.

—Estamos aquí para lo que usted necesite, Profesor.

Ya se marchaban cuando entró Nervín. Desde que habían detenido a su marido, todos le negaban el saludo. Yo le hacía la compra todas las semanas; le había pedido al tendero que me guardara el secreto. Nervín había adivinado que yo era el benefactor.

—Profesor, ¿puedo ayudarle?

Los vecinos enmudecieron. Se apartaron de la mujer, con quien no querían ser vistos. En el rellano esperaban sus dos hijos, en pijama todavía, cogidos de la mano, adormilados. Asomada a la puerta de la cocina, Nervín inspeccionaba los destrozos, la harina, el aceite y la leche derramados, los pedazos de loza, las latas reventadas. Apretaba los labios.

—Y cómo será el resto. Los llevo al colegio y paso a ayudarle —dijo.

—No te preocupes. Es menos de lo que parece —le contesté.

—¡Con todo lo que usted ha hecho por nosotros!

—Estamos para lo que necesite. No tiene más que llamarnos —dijo una vecina por no ser menos.

—Faltaría más, aquí nos tiene para lo que se le ofrezca —dijo otro.

Eran frases que no los comprometían. Bien sabían que yo no les pediría nada.

Cuando volvieron a sus casas, empujé la puerta para desalentar nuevas intrusiones. Estaba desgoznada y no encajaba. Volví a llamar a Fayruz. Saldría a buscarla cuando fuera pleno día. El salón y el despacho era donde menos destrozos habían causado. En el aparador había un compartimento secreto. Corrí la tapa; el móvil seguía allí. Los chicos se habían burlado de mí porque me había comprado un modelo con teclas, obsoleto. Mandé un mensaje a Alí y el mismo a Gekko: *Concierto cancelado*.

Me puse a recoger para templar los nervios. Debajo del parqué estaban mis chicos tuertos. Había engañado a los agentes. Con el cepillo, fui amontonando los restos de vajilla, los discos reventados, los cubiertos aplastados. Me agaché para recoger las piezas de ajedrez. Las coloqué en el tablero de forma que mis blancas amenazaran a la dama negra, la seguridad del Estado.

—No tienes nada. Ni contra mí ni contra Alí —le dije—. Abderramán Munir ha regresado. Ya te imaginas lo que eso significa.

En el bolsillo del pantalón guardaba la cajita con las golondrinas que me había entregado el agente. La coloqué en el centro de la vitrina, en la única balda que quedaba. Gracias a aquellos señores, vivía en una casa funcional y minimalista. No quedaba más nostalgia del pasado que unos marcos con fotografías de la infancia, algunos con el cristal hecho añicos. No tenía intención de volver a colgarlos. Me asomé al balcón y grité de nuevo:

—Fayruz, ¿estás ahí? No tengas miedo.

Antes de que el tráfico se adueñara de la ciudad, salí a buscarla. Veía una tórtola colgada de una farola o en los relieves de las fachadas y le gritaba:

—Fayruz, ¿eres tú? ¡Fayruz!

Había dejado las ventanas de casa abiertas por si daba con el camino de regreso, sin muchas esperanzas. Era un pájaro-humano, un pájaro-tonto. No sabría dónde comer, beber, dormir. Abderramán Munir, ¿quién lo hubiera dicho? Lloras por una tórtola. Mirad la que monta por un pájaro, dirían los vecinos. ¿Y qué sabían ellos? Yo estaba muerto y Fayruz me salvó.

Me recorrí la calle de arriba abajo. Pedí permiso para entrar en el patio de la catedral. Estuve en la placita de los anticuarios, en las avenidas, en la plaza Tahrir, llamando a todas las tórtolas. Quizás reconociese el callejón, las contraventanas verdes, el luminoso desdentado. No había sentido el tiempo pasar, ya llamaban a la oración de la tarde. Mirad al viejo loco que les grita a las tórtolas. Regresé, hambriento y con los pies doloridos, cuando oscurecía. ¿En qué recoveco se habría cobijado Fayruz para pasar la noche? Torcí por la catedral y bajé mi calle. Habían vuelto a arrancar los ángeles de las alas plegadas. Ya estaba llegando al portal cuando el hijo pequeño del tendero salió de la tienda, gritando:

—¡Fayruz, Fayruz!

—¿Ha vuelto? —le pregunté.

El niño me agarró de la mano y me llevó a la trastienda. Saludé al padre. Sobre una silla de plástico roja, había una caja de cartón con el logo de una marca de patatas fritas. Le habían hecho agujeros con la punta de un cuchillo. Cuando el chiquillo entreabrió la tapa, el fondo de la caja se llenó de luz. Acurrucada, había una tórtola parda.

—¡Fayruz! ¡Fayruz!

Cuando introduje la mano para acariciarla, me cantó.

—Estaba subida al capó de un coche. Me acerqué despacito y no se escapó. La agarré con las dos manos, así, con mucho cuidado —me explicó el niño.

—Le hemos dado agua, trigo y lentejas —dijo el padre.

Hasta que llegó Alí, Fayruz no había visto más humanos.que el cobrador de la compañía eléctrica, el niño y yo. El pequeño hacía los deberes en la tienda. Cuando terminaba, ayudaba a su padre llevando alguna cosa que pidieran los vecinos. Me traía trigo y cebada para Fayruz. La tórtola comía de su mano.

—Mi mujer estuvo ayudando a la vecina. Todavía falta mucho. Mañana viene mi primo a arreglarle la puerta, si le parece bien.

Aún quedaba gente buena. Se lo agradecí.

—Los vecinos estamos para ayudarnos.

Contra mi costumbre, subí hasta el primer piso en ascensor. Sujetaba la caja con ambas manos y la alzaba por si la tórtola me veía por los agujeritos. Fayruz, Fayruz, tranquila, ya estás en casa. De espaldas, salí del ascensor. Coloqué la caja en el rellano. La puerta se trababa. Hice como me había explicado el tendero. La embestí con todas mis fuerzas para abrirla y cerrarla después. Deposité a la tórtola sobre el sofá destripado. Hacía frío. Cerré todas las ventanas para que no se escapara otra vez. Descorrí la tapa, pero Fayruz no tomó el vuelo. Le pasé dos dedos entre las patas, pero cuando se subió a mi palma, se negó a volar. Alargué el brazo, tendiéndole un puente. Lo cruzó como tantas veces para acurrucarse en mi hombro.

—¿Te ha gustado el paseo? Se han enterado todos de que tú y yo somos amigos. ¿Qué te parece?

Fayruz había vuelto. Todo iba a salir bien. A los chicos no iba a pasarles nada malo. Nada, por supuesto que no.

14. Corre. Corre

Me prosterné por última vez. Incliné la cabeza a la derecha y a la izquierda, como si saludara a mis ángeles guardianes. Pronuncié la fórmula de cierre. La paz de Dios, su misericordia y su bendición sean con vosotros. Faltaba menos de una hora para la plegaria del mediodía. Los fieles iban llegando a la imponente sala de oración de la mezquita Al Hussein. Dos niños correteaban y jugaban al escondite entre las columnas. Unos chicos leían y comentaban el Corán sentados alrededor de su maestro. Los vecinos se saludaban y charlaban. Yo aspiraba a una normalidad como aquella, y qué difícil me lo ponían. Me había resignado a que el país no estuviera a la altura de nuestros sueños. Lo único que podía cambiar ya era mi vida. La música, nada más que la música. Ensayaba hasta que se me entumecían los dedos. En estas, Omar se había emperrado en que fuéramos a una concentración. Yo no dejaba nunca a un amigo en la estacada.

Protégenos, protégenos. Delante del mausoleo, imploré la bendición del nieto del Profeta. Las lámparas ovales del techo centelleaban y proyectaban arabescos en la pared. Entre los candados de la celosía, estaba el que mi madre había colgado en mi nombre durante las revueltas. Yo había sobrevivido, y casi podía tocar París.

Ese día y el siguiente había manifestación, y allí estaría. Después, que no contaran conmigo. El Profesor se equivocaba, yo lo había dado todo y más; quería vivir, y punto. Respiré hondo. Busqué mis deportivas en los casilleros de la entrada y me calcé. Dios mediante, todo saldría bien. El almuédano llamó a la oración del medio día. Nada más extinguirse la voz, el móvil se puso a vibrar. Ya estaba Omar metiéndome prisa, como siempre.

—¿Por dónde andas? —preguntó.

—No me queda nada, estoy llegando —dije—. Ya verás como no me retraso.

—Más te vale. ¿A qué altura estás? —preguntó desconfiado.

Omar nunca llegaba tarde. No parecía egipcio; odiaba la impuntualidad. Le sacaba de quicio la expresión «estoy de camino», que significa justo lo contrario. Acabo de ducharme y no sé qué ponerme. Se retrasa el autobús. Estoy en un atasco y.esto va para muy largo. Yo también la utilizaba.

—Alí, ¿o sea que estás de camino?

—Nada de eso. No seas mal pensado. En el mercado del Muski, cerca de tu casa —mentí—. Estoy a media hora o así.

—Ya conozco tus medias horas. Pon el turbo, Alí. Os espero en el Tiring. Ya he llegado.

No le había comentado que me pasaría por la mezquita Al Hussein. No es que me avergonzara, todos nos poníamos en manos de Dios antes de una manifestación. Prefería estar a solas. Cuando era pequeño, me llevaba mi abuelo a esta mezquita y más tarde acompañé a mi padre. Cada vez que iba a Al Hussein, mis muertos se venían conmigo.

Estuvimos charlando parte del camino, yo con voz entrecortada, pues iba casi corriendo. Omar me hablaba entusiasmado del documental sobre las revueltas, en el que llevaba tiempo trabajando. No se podría visionar en Egipto, salvo en pases clandestinos. Quería presentarlo a algún certamen en el extranjero. No me atrevía a decirle que era tiempo perdido, porque fuera lo nuestro no le interesaba a nadie. Lo mejor que podía hacer era sacarse una beca para una escuela de cine en Europa o en Estados Unidos. Omar no pensaba en marcharse, todavía no. Quería ver cómo terminaba nuestra película, como si pudiese tener final feliz. ¡Si había acabado ya! Habían salido los títulos de crédito. Producida por el Ejército. Dirigida por el General. Distribuida por la seguridad nacional. Se habían encendido las luces de la sala y Omar seguía en su butaca comiendo palomitas.

—Tienes que verlo, Alí. Ya le falta poco. Está quedando genial. El Profesor me ha cedido fotografías suyas inéditas.

—No me habías dicho nada —me quejé.

—Ya te lo estoy contando. No te oigo bien, Alí, con tanto tráfico. Te estoy perdiendo. Alí, ¿me oyes?

Omar me colgó porque no sabía mentir. Se embarullaba y la voz le delataba. Había estado viéndose con el Profesor, qué calladito se lo tenían los dos, y yo sin sospecharlo.

Protégenos, ya hemos sufrido bastante. Basta que sea tu última manifestación para que te acierte la bala que estuvo rehuyéndote todo este tiempo. Me fui serenando con la caminata. No había motivo para tanta preocupación. Los vecinos y las fuerzas de seguridad, si es que estaban allí, se quedarían de piedra cuando nos vieran. No nos esperaban ese día, sino el siguiente.

Un vendedor de verduras azotaba a un caballo enflaquecido que tiraba de la carreta a duras penas. Le pitaban para que se apartara. Un niño cargaba a la espalda un fardo tan alto como él. Entraba y salía género de las tiendas. En los cafés, los clientes conversaban tranquilamente fumando en narguile. Sin novedad, lo de siempre. No

noté miedo en la gente, solo el cansancio de tanto luchar por el pan de cada día. No sospechaban que volvíamos a las calles.

Una mendiga me tendió la mano. La piel de la cara parecía de pergamino; la habían desfigurado con ácido. Un niño con churretes en las mejillas dormía en su regazo mientras ella le acariciaba el pelo. Yo llevaba lo justo para pasar el día. Me horrorizó su aspecto, pero no volví la cara como hacían conmigo. La miré y le sonreí. Me dio las gracias, más por el gesto amable que por las escasas monedas que le di.

—Que Dios te guarde de todo mal. Que Dios te proteja.

Ya seguía mi camino cuando volvió a gritarme:

—Que Dios te proteja.

¿Y qué podía intuir aquella pobre mujer? Solo me estaba dando las gracias. Eché a correr. Maldito miedo, no paré hasta la plaza de Ataba.

Laila y Omar me esperaban delante del Tiring. Charlaban y reían, como si nos fuéramos de fiesta. Omar había elegido el lugar de la cita. Le gustaban las viejas glorias de El Cairo. El Tiring había sido un lujoso centro comercial bajo el protectorado británico. En la cúpula, cuatro titanes arrodillados sostenían sobre los hombros una esfera gigante. Podíamos ser nosotros, la juventud que cargaba un peso descomunal. Los ventanales de la fachada estaban agujereados y los habían reforzado con cartones.

—Otra joya arquitectónica de las tuyas. ¿Qué noticias traéis? —les pregunté.

—Todo bien —me contestaron a la vez.

—Y que no se diga que me he retrasado. Las doce y media.

—Bravo, Alí.

—¿Nos da tiempo a comer algo? —preguntó Laila.

—No sé cómo puedes tener hambre —dijo Omar.

—Lo de hoy es fácil, no se lo esperan. Mañana es otro cantar —dijo Laila.

Nos habíamos levantado contra Mubarak un 25 de enero. Lo celebraríamos un día antes con una ofrenda floral.

—¿Tenéis un bolígrafo? —dije remangándome—. Omar, ¿puedo escribirme el número de tu hermano? Al mío ni siquiera lo veo.

—No creo que le haga mucha gracia, pero bueno. Yo también lo llevo —dijo Omar.

—¿Aquí mismo? ¿No puedes esperar? Estáis paranoicos los dos —nos regañó Laila.

Pasamos delante de la sinagoga y de la sede del Banco Central. No había casi policía, no más que otros días.

—¿Veis? —dijo Laila—. Los hemos engañado.

Pedimos unos bocadillos de *chawarma* en un restaurante de comida rápida. Recordé lo que nos decía el Profesor cuando salíamos a pegar ángeles: nunca con el estómago vacío. Laila, Omar y yo éramos amigos de la infancia. Teníamos un lenguaje propio e intraducible, y anécdotas que nos hacían reír solo a nosotros. Habíamos vivido juntos los dieciocho días de protestas en Tahrir.

—Solo han pasado tres años. Y es como si no hubiera sucedido. ¡Menudos cabrones! Nos quieren borrar del mapa —dijo Omar cuando estuvimos en la calle.

—Nosotros no olvidamos—puntualizó Laila.

Y le dio por cantar aquello.

—*Dile a mi madre que no esté triste. Júrame que no llorarás. Dile que lo siento. Muero para que nuestro país viva.*

—Joder, vaya cancioncita. Ya estás otra vez. Nadie va a morir.

—No te lo tomes así, Alí.

Con todas las canciones que hay, tuvo que elegir esa justo antes de la concentración. Si quieres cantar algo en un momento como ese, que sea alegre.

—Como eres un eslogan ambulante, te lo recuerdo. Nada de gritar contra el General. Depositamos las flores y nos volvemos —le dije.

—¿Qué te pasa hoy, Alí? Yo tengo muy claro a lo que voy.

Si no te lo crees, ¿a qué vas a dejar unas flores en Tahrir? Mejor te quedas en casa tocando el violín. No fueron sus palabras, pero se sobreentendía.

—Yo también sé por qué voy —protesté.

Los tres habíamos sufrido, pero yo sentía que mi sacrificio había sido mayor.

Pasamos por la librería de viejo para que el dueño me guardara el móvil; era una persona en quien se podía confiar. No me lo llevaba a las manifestaciones por si me detenían. Mis redes sociales y mis fotografías eran una confesión. Omar también dejó el suyo.

—Volvemos dentro de una hora o así —le dije al librero.

—Ya me supongo a lo que vais. Suerte y mucho cuidado.

Cuando salí de casa, me tapé el ojo con el flequillo. Nos acercábamos a la rotonda, ya veíamos la estatua de Talaat Harb. Saqué un peine del bolsillo trasero del pantalón y me despejé la frente.

—¡Cómo se nota que ya llegamos! —dijo Laila y soltó una carcajada—. Alí en pie de guerra. Perdona lo de antes.

Ese era yo. En una manifestación, no tenía por qué disimular. Ellos me lo habían hecho y volvíamos a vernos las caras.

—¿No decíais que esto estaría tranquilo? —exclamé.

Había un centenar de policías uniformados, fuerzas especiales y

agentes de paisano en la plaza de Talaat Harb y los alrededores. No éramos más que un puñado de manifestantes, pero Laila insistía en que vendrían más compañeros. Vallas y alambres de espino cortaban la calle, pero solo en dirección a Tahrir. En sentido contrario, tampoco circulaban coches y autobuses. Los escasos transeúntes apretaban el paso. No se atrevían a mirar ni a las fuerzas de seguridad ni a nosotros para que no los tomaran por alborotadores.

—¿Cómo supieron que veníamos? —preguntó Omar.

—No están aquí por nosotros —dijo Laila—. Es por lo de mañana.

No era una puta casualidad que estuvieran allí. Estaba claro que nos esperaban. El Profesor tenía razón cuando aseguraba que todos nuestros movimientos eran predecibles.

—¡Menudo recibimiento! —dije.

Laila me apretó la mano para transmitirme ánimos.

—Todo va a salir bien.

Nos situamos delante de la oficina de Air France. Eché un vistazo a través del ventanal. Las luces estaban encendidas y los papeles revueltos sobre las mesas. Los ceniceros rebosaban. Los.empleados habían abandonado sus puestos precipitadamente. Enfrente, la pastelería Groppi, siempre abarrotada, había cerrado también, sin un cartel que avisara a los clientes: *Cerramos por revolución*.

—Qué pocos somos —susurré.

—Era de esperar. Lo bueno viene mañana.

No seríamos más de treinta personas, más hombres que mujeres. Nosotros tres llegamos con las manos vacías; es un decir, porque traíamos nuestra solidaridad y nuestra rabia. Los demás venían con banderas, ramos de flores y una pancarta enrollada. Estábamos cara a cara con los antidisturbios, a sus espaldas estaba la pastelería. Se habían armado para la guerra, con fusiles, cascos y escudos.

—Solo quieren asustarnos. Dejamos las flores y nos vamos. No nos harán nada —gritó Omar.

Corrió la consigna de que no se vocearan eslóganes contra el General. Le di un codazo a Laila.

—¿Lo has oído?

—Sí, señor Alí.

—¡Pues cómo será mañana! —dijo Omar.

—Yo vengo —saltó Laila.

—Nosotros también.

Nos apiñamos por instinto. Sentía calambres en el estómago. Estaba allí más que nada por amistad. Tenía miedo, como todos los demás. Los compañeros desplegaron la pancarta. No recuerdo lo que decía. Nos colocamos detrás, en un extremo.

—Nos quedamos media hora y nos vamos a Tahrir.

Eso haríamos. Omar y Laila charlaban con otros manifestantes. Yo no decía nada. No podía distraerme al tener un campo visual reducido. Estaba atento al menor movimiento en la acera de enfrente y a las indicaciones de los nuestros por si había que echar a correr o alguien necesitaba ayuda. Los compañeros alzaron la pancarta. Se giraron poco a poco siguiendo las agujas del reloj para que la leyeran las fuerzas de seguridad y la gente que pasara. Laila me apretó la mano. Ya verás como todo sale bien. Inspiré fuerte por la nariz y solté el aire lentamente por la boca. Tenía el cuello agarrotado. Me dolía el ojo, pues trataba de no pestañear para no perderme detalle.

El oficial al mando levantó el brazo. Sus hombres tomaron posición, cargaron las armas y nos apuntaron.

—Hablaré yo con él. Nos conocemos.

No sé de dónde sacó Omar el valor para parlamentar. Siempre estaba en un segundo plano; prefería el papel de observador. Debía de ser por Laila, creo que le gustaba.

—No hagas locuras. ¿Adónde vas? —le dije—. Te van a detener.

—Solo quieren intimidarnos —dijo Laila, animándolo.

Omar cruzó la calle. Aunque estábamos a pocos metros de distancia, yo no alcanzaba a ver la expresión del oficial. Omar también señaló en nuestra dirección. Debió de explicarle que solo iba a ser un momento, unas canciones y nos volvíamos. No sé de qué se conocerían, tal vez de otras manifestaciones, puede que fueran vecinos o algo así.

No detuvieron al mensajero. Era una buena señal; nos dejarían tranquilos. Omar se volvió, dio la espalda al oficial y a sus hombres. Caminaba con los brazos pegados al cuerpo y el semblante serio. No nos hizo ningún gesto que anticipase lo que habían hablado. Teníamos miedo, pero seguíamos juntos, como una promesa que no puede romperse.

—Si no nos largamos ahora mismo, nos dispersan. Eso acaba de decirme.

—Solo queremos dejar unas flores. ¿Se lo has dicho? —preguntó Laila.

Omar no contestó. Los antidisturbios seguían apuntándonos. Encima de la pastelería, en los balcones del Club Griego, los fotógrafos enfocaban sus teleobjetivos. Ellos también estaban preparados para disparar.

—¡Dispersaos! —nos gritaron por el megáfono.

—Ya nos vamos. Nos retiramos —gritó Omar.

—Habla por ti. Yo no pienso irme —dijo Laila.

—Vámonos —insistió Omar—. Ya los has oído. Mañana volvemos.

Los compañeros replegaban la pancarta y ya nos marchábamos cuando sonó el primer disparo. Luego otro, y otro. El ojo me quemaba. Nos habían arrojado un bote de gas lacrimógeno. Casi a ciegas, grité:

—¡Corred, corred!

Omar me agarró del brazo para guiarme. Oíamos las sirenas de las ambulancias y de los furgones de policía. Teníamos práctica para diferenciarlas. Cuando nos dispararon otra vez, me giré buscando a Laila. Corre, corre. Con el ojo entrecerrado por el escozor, la vi, o más bien la adiviné por su jersey amarillo. Seguía parada delante del escaparate de la compañía aérea. Agitaba un ramo de flores del mismo color que el suéter. Debieron de caérsele a alguien y las recogió.

—¡Omar, Alí! —gritó—. Solo quieren asustarnos.

Estábamos por cruzar a la otra acera. Con la punta de la zapatilla, distinguí el bordillo. Omar y yo nos dimos la vuelta para comprobar si Laila nos seguía.

—¡Vamos, Laila! —dijo Omar—. ¡Ven, corre! Como sigan tirando gas, Alí no verá nada.

Hazlo por mí, Laila, por tu amigo Alí. Ella repetía que no se iba. Retrocedimos. La escoltamos, uno a cada lado. Corramos, Laila. Casi ciego, la agarré de la mano. Omar la sujetaba por el otro brazo. De peores situaciones habíamos salido los tres juntos. Omar nos sacaría de aquel infierno.

—¡Laila, por Dios, corre!

Tiraba de nuestra amiga, aunque iba aturdido, dando tumbos. Desde el otro lado de la plaza, algunos compañeros nos gritaban:

—¡Corred, corred!

Oímos disparos. Nos contaron después que el oficial nos señaló. Uno de sus hombres apuntó hacia nosotros. Estoy bien, estoy entero, no nos han dado, más nos vale correr para llegar a la otra acera.

—Laila, ¿qué haces? —le dije—. ¡Muévete!

Estábamos cruzando cuando tropezó y casi me arrastra. Se soltó de mi mano. Cayó de rodillas. Me incliné y le palpé un lado de la cara. Sentí en los dedos la tibieza de la sangre. Tenía dos heridas en la mejilla; eran unos orificios pequeños, como si la hubieran alcanzado con balines de caza. No era grave. No lo era. No podía serlo.

—Ayúdame, Alí —suplicó Omar.

Nos la llevamos sujetándola por las axilas, como cuando trasladábamos a los heridos de Mohamed Mahmoud. Recto, Alí, todo recto. Cruzamos al otro lado de la calle Talaat Harb, llevándola casi en volandas. Laila nos ayudó al principio; dio unos pasos. Después se volvió pesada. Se ha desmayado, pensé. Omar la sujetó por la cintura.

Trató de levantarla, pero solo no podía. Las tiendas tenían los cierres a medio echar, pero no acudió nadie a ayudarnos.

—Alí, como antes, la agarramos por debajo de los brazos. Vamos.

No estábamos a salvo, aunque habían dejado de dispararnos. No vino ningún compañero. No se daban cuenta de la situación o corrían para salvar el pellejo, ¿y quién era yo para reprochárselo? La policía tampoco llamó a una ambulancia. La gente pasaba de largo. Veía borroso, figuras en movimiento, piernas que corrían. Laila seguía arrodillada en la acera, el cuerpo se le ladeaba.

—Venga, venga —la animaba Omar.

Se postró delante de ella. Nuestra amiga reclinó la cabeza sobre su pecho, como si descansara. Con el ojo empañado, miraba a Omar, a Laila. No hacía más que gritar:

—¡Ayuda, ayuda!

Se lo gritaba al fotógrafo que se había pegado a nosotros y disparaba la cámara sin parar. Él tampoco nos ayudó porque no estaba allí para eso. Yo pedía socorro mientras Omar le hablaba a Laila.

—Levántate, levántate. Tenemos que salir de aquí. ¿Me oyes?

Entre los dos tiramos de nuestra amiga para que se incorporase, pero no reaccionaba. Entonces Omar la tendió en el suelo. No sé si los nuestros andaban cerca, si los habrían detenido o se habrían escapado por los callejones. Había gente mirándonos. Ayuda. ¿Es que no se daban cuenta? Omar agarró a Laila por los brazos y yo por las piernas, y así nos la llevamos.

—Por aquí, por la callejuela —me indicó.

Omar iba delante. Yo sentía el párpado entumecido, como después de una pelea. El ojo me lloraba, pero ya conseguía entreabrirlo.

—Alí, sígueme. Laila, ¿me oyes? Tranquila, nos vamos a meter por el callejón y pedimos ayuda.

Aguanta, corazón. No sé cuántas palabras bonitas le decíamos. El callejón se abría a una plazoleta. La tendimos sobre el cemento. ¡Ayuda! El Profesor vivía muy cerca. Seguro que habría sabido qué hacer. ¿Cómo no acudía si desde su casa debía de haber oído los disparos?

—No podemos dejarla aquí.

Como los muñecos a pilas que solo tienen una frase memorizada, yo repetía que debíamos llevarla a un hospital. En la placita, el único comercio abierto era un café. Las sillas y las mesas seguían en el exterior, a la espera de que se acercara algún cliente cuando amainase. Alguien habría llamado a una ambulancia. Algún vecino, un comerciante, un policía. Alguno se habría apiadado de nosotros, los sanitarios estaban al caer.

—Chicos, traedla aquí. No la dejéis en el suelo.

Un hombre había salido del café y nos llamaba. Debía de ser el dueño. Podría haberse escondido como los demás. No tenía más que apagar las luces para que creyéramos que estaba cerrado. Corrió a nuestro encuentro. Nos traía dos botellas de Coca-Cola para que nos enjuagáramos la cara. En el barrio de las revueltas, todos sabían que los refrescos con gas aliviaban el escozor de los ojos.

Laila tenía la mirada perdida. Sus dedos intentaban aferrarse a los míos, pero se le escurrían. El dueño se arrodilló a su lado. Le limpiaba la sangre de la mejilla con un pañuelo de tela o una servilleta, pero seguía brotando y desistió.

—Venid, os ayudo —dijo.

Levantamos a Laila entre los tres y la sentamos en una silla. Omar le decía que todo iba a salir bien. Ella se escoró a la derecha. Me coloqué detrás y la sujeté por los hombros para que no se cayese. Oíamos otra vez sirenas y aullidos en la calle Talaat Harb. Los nuestros gritaban sus nombres antes de que los introdujeran en los furgones. Se los llevaban. También vendrían por nosotros. Nos dejaban para el final. Omar se arrodilló y agarró a nuestra amiga por las muñecas, llamándola. Laila, Laila. La silla era blanca, luego roja. Aguanta, Laila. La sangre corría por el respaldo.

—Tiene un disparo en la espalda —dijo el dueño del café.

Sacó el móvil. Pidió una ambulancia, pero se retrasaba. Después de un rato, repitió la llamada. Habíamos reconocido las sirenas con los primeros disparos. Esperamos, pero nada. Entonces llamó a un médico amigo suyo.

—Una chica, han disparado a una chica.

¿Y qué podía hacer un médico si le habían disparado? No se entendía que no hubiera una sola ambulancia disponible en toda la ciudad.

—Ya viene un médico. Está de camino —dijo.

El fotógrafo acercó la cámara a Laila, a sus ojos. Fotografió a Omar arrodillado, con las manos de nuestra amiga entre las suyas. No se había separado de nosotros para no perderse la exclusiva.

—¡Déjalo! ¿Te parece el momento de unas putas fotos?

Le grité que se fuera. Ya tenía bastantes fotografías, ¿es que no pensaba dejarlo? ¿Es que no veía que Laila estaba malherida? ¿Es que no se daba cuenta de que se estaba muriendo?

—¿Qué dices, Alí? ¿Qué carajo dices? —me gritó Omar.

Laila sangraba por la nariz y la boca. No pintaba bien. Lo habíamos visto otras veces. Sabíamos lo que significaba.

El fotógrafo se acercó para tomar otro primer plano.

—¿Es que no puedes dejar la maldita cámara? —le grité—. ¿No lo estás viendo?

Retrocedió. Podía haberme dicho que solo estaba haciendo su trabajo. Perdonad, no me queda otra. No dijo nada y siguió a lo suyo. Alguien tenía que contarlo y quería ser el primero. Entretanto habían llegado otros compañeros suyos. Nos rodearon, pero no por mucho tiempo porque alguien avisó:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Nuestra amiga tenía los labios entreabiertos. La sangre de la mejilla había empapado la pechera del jersey. Omar seguía arrodillado y le acariciaba las manos. Laila, háblame, Laila. ¿Es que no lo ves, Omar? Sus ojos eran profundos. Nos reflejábamos en ellos, pero ya no veían. Habíamos venido juntos, teníamos que regresar juntos.

—¡Ya vienen, corred! ¡Chicos, corred! —gritó el fotógrafo.

No recuerdo por qué dirección venían. No los veíamos, pero oíamos los alaridos, el retumbar de los pasos a la carrera. Sonó un teléfono móvil con la melodía de la canción *Mi país,* la misma que nuestra amiga había estado cantándonos. *Dile a mi madre que no esté triste. Júrame que no llorarás.*

—Es el de Laila —dije.

No contesté. No hubiera sabido qué decirle a la persona que llamaba.

—Corred —dijo el dueño del café—. Yo me encargo. Corred.

—No podemos dejarla aquí. No podemos, Alí.

Cuando solté el hombro de Laila, se inclinó hacia la derecha. La silla se volcó y cayó al suelo. No podíamos dejarla tan sola. Agarré a Omar de la mano, como si el ciego fuera él.

—Sin ti no me voy —dije.

—¡Corred, chicos, corred!

Solo habíamos venido a dejar unas flores. Corrimos. Corrimos.

15. Veintiocho

—Y que cada año tenga usted buena salud, señor Abderramán —me deseó el conserje, como es habitual en las fiestas importantes.

Desde el registro, había dejado de llamarme Profesor. No sé qué le contarían los agentes sobre mi antiguo yo, puede que nada. De palabra seguía tan solícito como siempre, pero su mirada se había vuelto inquisitiva, descortés más bien. Por mi casa pasaban jóvenes que no eran de su agrado, tuertos, raros, y no lo disimulaba. Alí salía del portal una mañana y el conserje le soltó a un vecino: ahí va uno de esos chicos que andan con el Profesor. A saber lo que se traerán entre manos. Alguien debió de denunciarme para que me registraran el piso, y el portero tenía todas las papeletas para ser un confidente de la policía. Desde que mi casa no era un lugar seguro, Alí se distanciaba. Había quedado, tenía ensayo, ya nos veríamos más adelante. Tal vez hubiese descubierto que yo era Abderramán Munir, o lo había sido tiempo atrás.

Correspondí al saludo del conserje en los mismos términos.

—Y que tú tengas prosperidad.

Los altavoces disparaban una música chillona. Estábamos a 25 de enero, pero ya no se conmemoraba el levantamiento contra Mubarak, sino el Día Nacional de la Policía. Hasta la palabra «revolución» había caído en desuso.

—Ha empezado la fiesta —me dijo con voz quejumbrosa.

—A Tahrir voy. Ya me ves, preparado para el festejo.

Llevaba colgadas del cuello una cámara profesional y mi acreditación de prensa caducada para moverme libremente por el barrio. Los jóvenes intentarían llegar a Tahrir cuando terminara la fiesta. Alí estaría con ellos, estaba seguro; lo habían parido las revueltas y les debía todo lo que era.

—Que Dios nos guarde al General por muchos años. No sabe cómo le envidio —me contestó el conserje—. Ya me gustaría ir a la fiesta, pero no doy abasto.

—¿Cómo te la vas a perder? Los vecinos no te lo reprocharán en un día tan señalado. Y si alguno se queja, aquí me tienes.

Ya estaba saliendo del portal cuando me retuvo unos instantes.

—Señor Abderramán —se notaba que disfrutaba llamándome así—, ¿no irá a quedarse en Tahrir después de la fiesta?

—¿Por qué lo dices?

—Por si vuelven a armarla esos chicos, aunque lo dudo. Les dieron ayer una buena tunda. ¿No oyó los disparos?

—No estaba en casa. ¿Algún muerto?

—Los hubo, pero no sé cuántos. Montaron una de las suyas en Talaat Harb y les pararon los pies.

—¿Hubo una manifestación ayer?

—Tanto como eso… Por lo que se ve, eran muy poquitos.

—Entonces hoy no aparecerán —dije.

—Dios le oiga. Menudos son esos.

A la altura de la catedral armenia llamé a Alí, pero tenía el móvil apagado. Antes de volver a marcar, ensayé el mensaje que le dejaría, neutro, sin dramatismo. No sé si saliste ayer, Alí. Solo quiero saber si estás bien.

En la glorieta de Talaat Harb, una de las empleadas de Air France recogía unos ramos de flores que habían depositado en la acera. Volvió a la oficina, los arrojó a una papelera y se puso a teclear en el ordenador. Debieron de dispararles allí mismo. Sin las flores se perdía el único testimonio de lo sucedido. No había impactos de bala en las fachadas, ni cristaleras reventadas, ni un esbozo de ángel en los alrededores, como si allí no hubiera muerto nadie.

La multitud se dirigía a la Plaza al son de una música verbenera. Muchos se habían pintado la bandera en las mejillas. Habían engalanado a las niñas con vestiditos rosas de volantes, como princesitas de cuento. Los niños iban repeinados, con la raya marcada y los bucles engominados. Llamé a Alí. Silencio. Después de la señal, me tembló la voz. Me han contado que dispararon en Talaat Harb. Dime que no te ha pasado nada. Añadí un por favor para que se apiadase. Con pitos y tambores, el gentío llenaba las avenidas y los puentes, lanzando vivas al General. La cámara de fotos me protegía; sin bandera ni retrato del líder, yo desentonaba. Si no manifestabas tu lealtad al General en una fiesta como aquella, eras una amenaza y estabas en peligro, así me lo parecía.

¡Qué contentos se los veía a todos! Habían celebrado la caída del tirano tres años antes, pero ya no lo recordaban. En cuanto Mubarak dimitió, los fuegos artificiales rompieron la noche. Todos reían y lloraban en un baile obsceno, con los ojos brillándoles de revancha y hachís. Abrazaban a desconocidos como a hermanos, con esperanza. No se había visto nada igual ni siquiera cuando la selección de fútbol ganaba la copa de África. ¡Lo habíamos logrado!, ya no estaba el que nos gobernó durante treinta y cinco años. Arrancaban los retratos de Mubarak que aún colgaban de los comercios y los rasgaban con los

dientes y las manos. Lanzaban al aire a las niñas con sus vestiditos de volantes y a los niños embozados en la bandera dando gracias a Dios. Ahora lo lamentaban y salían a vitorear al General, como si quisieran ser perdonados. La plaza había seguido llamándose Tahrir, pero no se le parecía. Se había convertido en el parque temático de la victoria, lleno de banderas y retratos del salvador. Nada era como tres años atrás, ni nosotros mismos.

Los vendedores ambulantes empujaban sus carritos de refrigerios y suvenires. Té-banderas-falafel-bocadillos-viva-Egipto. Las cámaras de televisión grababan a decenas de mujeres y de hombres que bailaban abrazados a los retratos del General. Cuando los aduladores dejaran la Plaza, los jóvenes festejarían el 25 de enero que les habían robado, al grito de Libertad, levanta la cabeza porque eres egipcio. Disimulados entre la gente del festejo, esperarían a que se vaciara la Plaza. Alí debía de andar cerca. Volvió a saltarme el contestador. Estoy en Tahrir, necesito verte. Ten mucho cuidado. En vano estaba pendiente del móvil, Alí no tenía intención de devolverme la llamada.

Los altavoces enmudecieron al principio de la tarde. La gente echó a correr por los puentes, las avenidas, las callejas, como una plaga de ratones asustados. Ya vienen, ya venían. Los soldados arrastraron los alambres de espino para cerrar Tahrir. Los despojos de la fiesta cubrían la Plaza: un manto de cáscaras de pipa, latas de refrescos aplastadas, papeles grasientos, globos reventados y algún retrato pisoteado del General. Los chicos ya no tardarían. Salí a buscarlos.

Los fotógrafos estaban en sus marcas, cámara en mano, en la glorieta de Talaat Harb. Algunos se habían apostado en los balcones de los hostales y las agencias de viajes. Las fuerzas de seguridad en uniforme y de paisano andaban en todas partes. Todos estaban en guardia, para cuando los manifestantes salieran de los portales, los edificios en obras, los garajes. Parpadeó un cristal en una azotea, era la mirilla de un francotirador. Alí, tienes que pararlo. No vengáis. Diles que os están esperando. No hay nada más importante que la vida. Nada. ¿De qué le servía a Alí tanta tecnología si no contestaba en una emergencia?

—¿Hay alguna noticia? —les pregunté a unos fotógrafos que desplegaban sus trípodes delante del hostal Tulip.

—¿Es usted del barrio? Pues dese prisa en volver a casa.

—Los chicos ya estuvieron ayer —le contesté—. ¿Vendrán.hoy también? ¿Se ha convocado una manifestación en las redes?

Se desentendieron como si yo no fuera uno de ellos, un veterano de las revueltas. Percibía la presencia de Alí, como cuando se quedaba en casa y hasta dormido cargaba el espacio de electricidad.

Alcé la cámara para que entendieran que era del gremio.

—*Freelance*. Reuters y Associated Press publicaron fotos mías durante las revueltas. ¿Entonces vuelven? —insistí.

—Es lo más seguro. Por la chica a la que mataron ayer. ¿No lo sabía? Le dispararon aquí mismo.

Me señalaron el lugar donde la habían alcanzado los disparos, justo delante de la oficina de Air France.

—Después de lo de ayer, no bajarán por aquí. Se dispersarán —les dije.

Se encogieron de hombros y siguieron a lo suyo. Comprobaban el equipo. Llamaban por teléfono. Esos fotógrafos no tenían ni idea. Apoltronándose en una glorieta, ¿esperaban conseguir una imagen que diera la vuelta al mundo? Había que meterse en la piel de los chicos para encontrarlos. Atento a las señales, seguí mi camino.

Dejé atrás la catedral armenia, como si volviera a casa. Los perros callejeros merodeaban nerviosos, buscando un lugar donde guarecerse. El murmullo que tenía en un oído podía despistarme. Ya salían de los portales cuando rechinaba una reja. Las contraventanas golpeaban una fachada; eso era que disparaban. Gritaban: ¡Por aquí! ¡Que no se escapen! Y era que regañaban a unos niños que jugaban a la pelota.

Rastreaba a los manifestantes, pero era Alí a quien buscaba. En mi calle había un coche azul oscuro aparcado y en su interior cuatro chicos. Escuchaban una canción revolucionaria de mi juventud. *Oíd el grito de la ciudad cuando despierta del olvido. Uníos.* Había inspirado el título de mi primera novela. Podía decirles que yo ya la cantaba en mis tiempos, y de paso, les preguntaba si conocían a Alí. *Uníos. Uníos. Escuchad el grito de la ciudad.* Cuando me acercaba al coche me miraron con tanta hostilidad que desistí.

El hijo pequeño del tendero regresaba en bicicleta de hacer un recado.

—Vuélvase a casa, Profesor. La van a liar otra vez. Le pueden disparar —me gritó.

—No te preocupes. Estoy buscando a un amigo. No me pasará nada. Sé lo que me hago —le contesté guiñándole un ojo.

El cierre de la tienda estaba a medio echar. El niño se bajó de la bicicleta y se agachó para golpear la puerta con los nudillos. Cuando le abrieron, se volvió hacia mí.

—Vaya con cuidado, Profesor. Ayer dispararon en Talaat Harb. Yo lo vi.

—Adentro. Has tenido a tu familia preocupada —le dije.

Si Alí y los suyos seguían jugándose la vida en las calles, yo ya no

estaba con ellos. Se había disgustado cuando se lo dije después de retratarlo en Mohamed Mahmoud. Le tenían poco aprecio a la vida, pero un viejo como yo sí se lo tiene porque cada día vive de prestado. Volví a marcar su número. Te estoy buscando, ya lo sabes. Todavía puedes echarte atrás. La puerta de la trastienda está abierta. Si lo necesitas, ve allí.

Si me cruzaba con un chico o una chica, pensaba: va a la manifestación, lo mismo se conocen. Me acerqué al café. En la.acera el dueño escrutaba la avenida sin tráfico. Las mesas y las sillas estaban apiladas en el lateral. En el interior, los escasos clientes se arrimaban los unos a los otros. Pegados al ventanal, esperaban con aprensión que descargara la tormenta: gritos, carreras, disparos.

—¿Y Pachá? —le pregunté al dueño.

—Allí anda, escondido debajo de una mesa. Los animales presienten el peligro. Hay que ver lo listos que son.

—¿No hay movimiento?

—Todavía nada, Profesor. Entre y tómese un café.

Los clientes se apartaron para hacerme un hueco junto a la cristalera.

—Me siento un momento. Me recupero y salgo—les dije.

Descargué la cámara sobre la mesa. El camarero me acercó la banqueta del limpiabotas para que reposara la pierna. No era nada, solo necesitaba descansar un poco. Me masajeé la cicatriz sin remangarme el pantalón.

—Que Dios le dé salud, Profesor. Ya le decimos si vemos algo.

—En cuanto empiece, saldré —les reiteré.

—¿Con la que va a caer? Es una locura, quédese con nosotros.

—Les darán una lección. No quieren entender que se acabó.

No se atrevían a volver a casa por si les sorprendían los disturbios por el camino. Seríamos unos quince, todos de cincuenta para arriba, unos viejos, como decía Alí.

—¿Y cómo está el barrio, Profesor?

—Hay fotógrafos y francotiradores. El aire se ha cargado de electricidad. Están al caer, eso se siente.

—¿No han tenido bastante con lo de ayer? Está claro que no les importamos nada.

—No podemos ser rehenes de esos chicos. Esto hay que atajarlo de una vez por siempre.

Ya más recuperado, salí con la cámara colgada del hombro. Me quedé junto al dueño.

—¿Ha empezado ya? ¿Ven algo? —nos gritaban a través del cristal.

—¿No lo oye?

Le pedí al cafetero que me lo confirmara.

—Parece que se acercan.

Era un rumor difuso, que no lográbamos ubicar. Conforme se aproximaba, percibíamos una cadencia, que se repetía como el chasquido de las chicharras en verano. Agarré la cámara. Con el *zoom,* buscaba a los chicos. Ya llegaban. Ya casi estaban allí.

—Detrás, vienen por detrás —dijo el dueño.

—Se han dividido. ¿Qué gritan?

El clamor se expandía por los callejones. Se habían desplegado. Unos se dirigían a Tahrir y otros, en perpendicular, a la Asociación de Periodistas. Gritaban para darse fuerzas. Gritaban para que la gente saliera en su ayuda, como tres años atrás. Gritaban para espantar el miedo. Estaba seguro de que Alí gritaba con ellos.

—Es un nombre. Profesor, lo que repiten es un nombre. ¿No lo oye? Laila, Laila.

—Ah, ¿sí?

Me había parecido que decían libertad, pero llamaban a una mujer. Los vimos entonces. Cruzaban la avenida desde distintos puntos. Los vecinos acudieron al grito de los chicos. Salían de los portales. Levantaban los cierres de las tiendas. Algunos se asomaron a los balcones. Aquí, aquí. La gente hacía señas a los antidisturbios, que estaban más abajo, a las puertas de la plaza Tahrir. Aquí están, aquí los tenemos.

—¿Adónde va, Profesor? Quédese —me gritó el dueño.

Corrí por la calzada, disparando la cámara. Los vecinos golpeaban a los manifestantes. Estos trataban de protegerse cubriéndose la cara, el vientre, los genitales, con brazos y manos. Los agarraban por la ropa y los vapuleaban. Si alguno se derrumbaba, lo pateaban.

—¡Tragaos vuestra revolución de mierda, malnacidos!

Los chicos corrieron en desbandada cuando aparecieron los fotógrafos. Reparé en Natalia cuando se encaramaba al andamio de unos pintores y enfocaba su cámara. Le deseé suerte. Me colgué la acreditación del cuello. También llegaban las fuerzas de seguridad. Alí, ¿dónde estás? Corrí detrás de los chicos cuando se oyeron los primeros disparos. Aunque estaba al descubierto y renqueaba, no dejé de hacer fotos. Un policía me cerró el paso. Prensa, prensa, le dije. Si no daba media vuelta, me detendría.

Volví al café. Con la llegada de las fuerzas de seguridad algunos clientes se vinieron arriba. Salieron a la calle sin alejarse demasiado de la puerta. Yo seguía en la calzada con mi cámara. En esto, un chico con una sudadera negra corrió hacia nosotros. La capucha le cubría la cara. Tropezó y se cayó. Trató de incorporarse, pero el dueño le pisó

la mano.

—No dejéis que se marche, maldito cabrón.

—Agarradlo y metedlo dentro, no se vaya a escapar.

—Ya vendrán por él, pero que no se levante. Estos llevan al diablo en el cuerpo.

No sé quién le daría el primer puntapié. Arropados por el grupo que los jaleaba, duro con él, hijo de tal, otros les imitaron. El chico intentaba protegerse de los escupitajos, las patadas, los golpes. Se había encogido y se cubría la cabeza con los brazos. Yo disparaba la cámara mientras le gritaban que reventara de una jodida vez. El círculo se estrechó a su alrededor. Ya no podía ver lo que le hacían. Tenía que parar aquello. Debía salvarlo para que alguien ayudara a Alí en otro lugar. Me abrí paso a codazos.

—¡Basta, basta ya! Dejad que se marche.

Nadie me respaldó. Querían entregárselo a la policía después de darle su merecido. Se le había escurrido la capucha, pero no le veía la cara, que se protegía con las manos.

—El Profesor ha estado sacando fotos, pues ya puede borrarlas.

—¿Y qué otra cosa podíamos hacer? El chico nos amenazó, sois testigos.

—¿Qué hace la policía que no viene? Esto no es responsabilidad nuestra.

Mientras se enfriaban los ánimos, le tendí la mano. El chico se incorporó tambaleándose. No era Gekko, ni Ibrahim, ni Omar, ni ninguno de los muchachos tuertos que había retratado. Sangraba por la nariz y le habían partido el labio. Dio un traspiés y, no sé cómo, echó a correr. Nadie se lo impidió. En ese momento, dos agentes de paisano cruzaron en nuestra dirección. A los clientes de pronto les venía bien que se hubiera escapado. No les correspondía hacer el trabajo de las fuerzas de seguridad. Ya no querían saber nada.

—¡Por allí se fue! ¡Por allí! —gritaban.

Le había dado una oportunidad a un chaval desconocido, bien podría salvar a Alí también. Corrí hacia los furgones policiales al final de la avenida. Antes de llegar a Tahrir, frené el paso. Junto a las barreras de seguridad, Natalia se encaraba con un oficial. Empuñaba su acreditación. *Ana sahafiya isbaniya.* De nada le sirvieron sus gritos y su nacionalidad. El agente volteó la cámara para extraer la tarjeta de memoria. *Your phone, now.* Natalia le ignoró, y volvió la cara disgustada. Cuando me vio, le hice un gesto para que guardara la calma y no se resistiera. Me abroché los primeros botones del abrigo para que los soldados no repararan en mi cámara. La dejé a su suerte, sabría arreglárselas. Confiaba en que a las fuerzas de seguridad solo

les interesasen los manifestantes y no me cacheasen. Los tenían acuclillados en varias filas, con las manos en la nuca, esperando a los furgones. Serían más de un centenar. Traté de acercarme. Buscaba a Alí, a Gekko, a Omar. A un policía que me miraba le solté:

—Por si alguno fuera del barrio y pudiera avisar a los padres.

—Aquí no puede quedarse.

Esposados de dos en dos, los hicieron subir a los furgones. Alí, Alí, ¿estás bien? El móvil seguía desconectado. Por muy enfadado que estuviese, no me habría dejado sin noticias. Le había pasado algo malo. Ojalá lo hubieran detenido para apartarlo de las calles por siempre jamás, pero muerto no. ¿En qué estaba pensando? Libre, libre. Alí no sufriría lo mismo que yo. Volví a casa. Entré por el callejón. La puerta de la trastienda estaba entornada, como la había dejado.

—¡Alí, Alí! —grité mientras subía al piso de arriba.

No me contestó.

Me hundí en el sofá. Me puse a hablarle a Alí, como si estuviera a mi lado. La tórtola se posó en mi rodilla.

—Alí, ¿dónde estás? No contabas con la cobardía de los seres humanos. Ya los has visto. Son capaces de cualquier cosa, hasta de patear a un chico indefenso, para que todos sepan de qué lado están, con los buenos, los justos, los vencedores. Os tienen miedo. No teníais que haber salido hoy. Te avisé.

Hablándole, me venció el sueño.

Me desperté en el sofá con el cuerpo dolorido. Alí no apareció. Tampoco me llamó.

A los pocos días, el barrio se llenó de ángeles. Los habían pegado mientras dormíamos. Estos no venían en son de paz. Nos miraban a los ojos, juzgándonos. ¿Por qué nos abandonasteis? Nada más salir del portal, en la acera de enfrente, junto a la tienda de comestibles, me miraba un ángel con las alas negras desplegadas. En el pecho llevaba escrito el número siete. Los vecinos pasaban por su lado y agachaban la cabeza.

—Enseguida los borrarán. Ya lo verá usted —me dijo el conserje, que barría el portal.

—¿Siete?

Trazó un círculo con el plumero para indicarme que estaban en todas partes.

—Han dejado unos cuantos, ya lo verá. Todos llevan un número.

Me puse a buscarlos, calle a calle. Les habían grabado un número púrpura en el pecho como una herida de bala. En la esquina, llegando al café, me topé con el veintiocho. No eran ángeles durmientes. No les habían pintado sonrisas bobaliconas, como a los de la primera

generación. Habían venido a desafiarnos. Algunos nos apuntaban con el dedo.

Volví a casa. Bajé al estudio. Junto al archivador, había un bote de cola y un rodillo, y colillas junto a la puerta que daba al callejón. Alí seguía sin contestarme. Le había rogado que dejara las calles; no quería encontrármelo en un mural. Salí de nuevo. En la recepción del hostal Sara Inn pedí un mapa turístico, y estuve apuntando el número y la ubicación de cada ángel. Me asomé a los callejones, los pasajes y las plazuelas. Enfrente del restaurante Le Grillon estaba el ángel catorce, y el veintisiete junto a la librería de segunda mano. Había localizado a veintiocho. Entré a preguntarle al librero.

—¿No habrás visto un ángel con el número veintinueve? ¿Treinta tal vez?

—Son veintiocho —me contestó—. Como los veintiocho chicos que murieron.

Me había detenido ante cada ángel. Ninguno tenía la cara de Alí. Ninguno tenía la mirada terrible de Alí cuando se enfada.

16. París

Me había tragado todas sus mentiras. No le faltaron ocasiones para confesarme la verdad. ¿Te denunció Abderramán Munir? Por mucho que yo insistía, el viejo no soltaba prenda. ¿Fuiste a la cárcel por su culpa? Déjalo estar, Alí. Ese pasado poco tiene que ver conmigo; yo nunca miro atrás. Se atrevió a decirme que Abderramán Munir era como todos, ni bueno ni malo. Unos lo tendrían por héroe y otros por traidor. Esperando un taxi en la calle Sheij Al Maraghi, yo seguía con el mismo runrún, el viejo era un farsante. Decía eso de que en su casa no admitía mentiras, puro teatro. ¿Sobre cuántas cosas más me habría engañado? ¿Cómo pude estar tan ciego? Escribía. Había sido militante de un movimiento revolucionario. Lo habían detenido, torturado y encarcelado. Igualito que Abderramán Munir.

¡Taxi, taxi! El conductor pasó de largo. Me puse a gritarle y a hacerle señas, como si no fuese a encontrar otro en todo El Cairo, hasta que retrocedió entre gritos y cláxones. Me sentí de mejor humor en cuanto me subí al taxi. Sí, el viejo me había manipulado, pero ya daba igual. Me marchaba al mes siguiente. Adiós, Cairo. Adiós, Profesor. Adiós, Abderramán Munir. París, *me voilà.*

—A la comisaría de Ciudad Nasr, ¿sabe dónde es? —le indiqué al taxista.

—¡Cómo no lo voy a saber! ¿Por dónde quieres que te lleve?

—Por donde menos tráfico haya.

Le devolvería el golpe. No me despediría de él y, cuando preguntara por mí, Omar le diría: ¿Alí? Pero si está en París con una beca. Necesitaba desquitarme antes del viaje. Esa misma mañana, mientras yo terminaba los trámites del pasaporte, el viejo entendería que lo había desenmascarado. Le había dejado un sobre en el café: *A la atención del Sr. Abderramán Munir*. Dentro había una fotografía tomada de internet en la que se veía a dos amigos en el café Virginia. Reconocí el lugar por el decorado, no había cambiado nada. Al fondo se adivinaban dos caballos de escayola. Tracé una flecha señalando al Profesor-joven. *Este eres tú, Abderramán Munir*. Con otra, apunté al chico que lo acompañaba. *Yasín, tu amigo*. Estuve a un tris de escribir: *Yasín, el que murió en una comisaría*. No hacía falta ser tan explícito. Lo captaría a la primera y se asustaría. Yo sabía lo que le había hecho a su amigo. ¿A cuántos más habría condenado?

—Seguimos todo recto, pasamos por Dokki, el zoológico… —dijo el taxista.

No presté atención al trayecto que me sugería. Estupendo, como él quisiera, me parecía bien. Todo era llegar a la comisaría antes de que abrieran para ser uno de los primeros en la cola. Luego se llenaba, y no se me daba bien abrirme paso entre la gente a empellones. Ni que fueras extranjero, decía Omar.

Estaba furioso conmigo mismo por no haber sabido leer entre líneas. Todo lo que me había contado sobre sus años de cárcel, con anécdotas y reflexiones, aparecía tal cual en una novela de Munir, *Epistolario sin remitente*. No cuestioné su versión: el escritor le había robado su vida para escribir ficción. Sobre el daño que Abderramán Munir le había causado, ni palabra. Así es que me propuse llegar a la verdad. Rastreando en internet encontré una tesis de doctorado sobre Munir, *De escritor promesa a preso político*. Citaba a personas de su juventud —escritores, antiguos camaradas y compañeros de celda— por las iniciales nada más. En la introducción, la investigadora describía las dificultades del trabajo de campo. Como el Profesor, los antiguos amigos de Munir se resistían a remover aguas pasadas. ¿Abderramán Munir?, preguntaban. ¿Por qué se interesaba por un muerto? Por los fragmentos de entrevistas, en cuanto tomaban confianza y se soltaban, era como si hablaran de personas distintas. Un dios. Un compañero leal. Un traidor. Un fanático. Yo no sabía con qué Abderramán Munir quedarme.

—Te preguntaba que si te parece bien el recorrido —insistió el taxista, mirándome por el retrovisor.

Llevaba puestas unas gafas de espejo para evitar problemas cuando entrara en la comisaría.

—Usted manda, jefe —le contesté.

Con lo grande que es, El Cairo es como un pueblo. Les pregunté a mis amigos si conocían a alguien que hubiera militado en la UFPRE, las siglas cambiaron después. Uno de mis compañeros tuertos tenía un familiar —no recuerdo el parentesco—, que había estado en ese movimiento. ¿Conocería a un tal Abderramán Munir que era escritor? Quedamos los tres en un café enfrente de la mezquita del Sultán Hassan. Ya lo veis, chicos, es el privilegio de los pobres, tenemos las mejores vistas de la ciudad. Era un hombre vanidoso, tal vez se sintiera solo, porque se puso a contarnos sus batallitas como si hubiésemos venido para eso. No había quien lo parara. Yo traía la fotografía del café Virginia. Después de escucharlo cortésmente, se la puse delante. Señalando al amigo del Profesor, le pregunté: ¿Y qué puede decirme de Abderramán Munir? Chico, ese no es Munir. Ese es

su amigo Yasín, que murió torturado. Abderramán es el otro. ¿Estaba seguro? No iba a saber él quién era Munir, si habían sido compañeros, entonces se decía camaradas. Un extremista que los tenía a todos embrujados, una mala bestia, eso era.

—Tráfico no vamos a encontrar a esta hora. Por el camino que te digo, yo calculo que estamos allí en treinta minutos —dijo el taxista.

—Estupendo.

El chófer se empeñaba en darme la vara, aunque yo le contestara con monosílabos. Le había dejado claro que no quería conversación.

—Mediados de febrero y ya se nos ha echado el verano encima —siguió el taxista—. Con este calor ya han florecido los flamboyanes. ¿A que no te habías dado cuenta? A los jóvenes os.dará igual. A mí me alegran la vista cuando doy vueltas con el taxi.

No me había fijado, aunque los había en mi barrio. Las ramas de los árboles se abombaban con el peso de los racimos de flores. Entre los edificios terrosos por la arena y la polución, resaltaban como heridas abiertas.

—Metido todo el día en el taxi, ¿qué voy a hacerle? Me entretengo observándolo todo.

Seguro que el viejo me llamaba en cuanto viera la fotografía, pero yo no pensaba contestar. No teníamos nada más que decirnos. El camarero se había sorprendido cuando le entregué el sobre dirigido al señor Abderramán Munir. ¿No dices que es para el Profesor? Eso mismo, de parte de Alí. Aunque nos habíamos distanciado, su engaño me había dolido como si todavía fuéramos amigos.

—Hoy vamos a llegar a treinta y cinco grados —dijo el taxista.

Me volví hacia la ventanilla, a ver si así me dejaba tranquilo. A través del cristal, pasaban los barrios y yo lo miraba todo con ojo distraído. Cuando te marchas, se supone que no te pierdes detalle. Atesoras imágenes para cuando estés lejos y te entre nostalgia. París sonaría y olería distinto. Con el tiempo, se me borraría El Cairo. Volvía al asunto de Abderramán Munir, esto y lo otro. Estaba también ansioso porque el funcionario me pediría que me quitase las gafas para identificarme, y a saber cómo reaccionaría. Tuerto, un chico de esos, y quiere hacerse el pasaporte. ¿No me iba a P-A-R-Í-S? Pues ni en París podía pensar.

El hombre no dejaba de parlotear. Me había asegurado que no habría atasco por ese camino y llevábamos un buen rato sin movernos. Seguro que en París no habría tantos coches ni tanto taxista estúpido. Ya estaba deseando estar allí con Nora. Le mandé un wasap. *Pensando en ti y en París. Nos vemos esta tarde*. Y un corazón. Estaría durmiendo, porque no me contestó.

—Así es que tú también quieres marcharte —me soltó el taxista sonriendo.

Trataba de establecer contacto visual a través del retrovisor a pesar de mis gafas de espejo.

—¿Cómo dice? —le contesté.

—Si vas a la comisaría de Ciudad Nasr, querrás hacerte el pasaporte. ¿A qué vas a ir si no? —insistió.

Asentí. Abrí la carpeta que traía y repasé la documentación por enésima vez. Todo estaba en orden. El taxista no se dio por vencido.

—No eres muy hablador. Tú mismo. Hasta Ciudad Nasr tenemos un buen rato, y conversando se hace más llevadero. ¿O prefieres música? Yo estoy a lo que digan los clientes. No quieren charlar, pues yo callado.

—No es que no quiera —mentí—. Es que tengo muchas cosas en la cabeza.

El hombre trataba de ser amable. Estábamos en un atasco. No quise ofenderle y que me tomara por un estirado. Después de todo, se puede mantener una conversación sin apenas decir nada. Tiene usted razón, ya lo creo, cómo están las cosas, y que lo diga. Charlaríamos pues; cerré la carpeta.

—Ya imagino que cuando uno se marcha al extranjero tiene mucho en que pensar —me dijo—. Si necesitases cualquier cosa, yo conozco a un pachá en esa comisaría. Lo digo por los trámites. Todo es tan lento… hasta el pasaporte.

Pensé que lo decía dándose importancia. No soy de pedir favores y menos a un pachá de esos. Ni se me ocurrió que pudiera hablar en serio y conociera de verdad a un oficial. Le di las gracias; era un puro trámite, ya me las arreglaría.

—¿Adónde te vas?

—A París. Tengo una beca en el conservatorio. Toco el violín —le expliqué.

Le comenté que las becas eran de una fundación europea, en principio para nueve meses, y se dirigían a jóvenes artistas árabes. Pensé que así se daría por satisfecho, pues le había contado algo personal. La convocatoria aludía a las Primaveras Árabes y al papel de los artistas en la sociedad civil, pero no creo que se lo mencionara. En ese punto del atasco, en el barrio de Abbasiya, la conversación era trivial, para matar el tiempo. Las confidencias vinieron cuando arrancó el tráfico.

Ya casi estábamos en París, gracias a Nora. Grabamos varios *Dúos* de Bartók, que mandamos con el expediente académico y las cartas de recomendación de los profesores. La audición fue en línea por

problemas de visado. En la carta de motivación, hice valer mi condición de violinista de las revueltas, adjuntando las fotos que el viejo me había sacado. No me hacía gracia explotar un pasado que quería dejar atrás. Nora me convenció, yo no tocaba tan bien como ella, y nos aceptaron a ambos. A ella por su talento, a mí por ser una esperanza árabe, eso creo. Cuando estuviera en París, quería quitarme ese muerto de encima y que me valoraran solo por mis aptitudes. No habrían oído hablar de la calle Mohamed Mahmoud ni de lo que nos había sucedido. Allí no tendría pasado, o el que quisiera; yo tocaba el violín y nada más. Con sus interrupciones, el taxista no me dejaba pensar.

—La gente está como El Cairo a estas horas, vacía y dormida. ¿No te parece?

—¿A qué se refiere? —le pregunté por cortesía.

El tráfico fluía otra vez, como había predicho. De las fachadas colgaban retratos sonrientes del General.

—Digo que la gente está dormida; no quiere pensar. A ese no le importamos nada. Nos chupará la sangre, como los anteriores.

Me intrigó que hablara en esos términos con un desconocido como yo.

—Están ciegos con su General y no lo quieren ver —añadió por si no había captado la intención.

—¿No le da miedo decir esas cosas? No sabe quién soy —le indiqué, como si le aconsejara.

Me había vuelto precavido hasta con gente que conocía, con mayor motivo si se trataba de extraños. Rara vez me soltaba como con aquella pareja belga la mañana en que el viejo me retrató. No volveríamos a ver a esos turistas, por eso nos explayamos sin temor. Eso mismo debía de pasarle al taxista conmigo; era un encuentro sin continuidad. En cuanto bajara del vehículo, nos olvidaríamos el uno del otro.

—Pareces de fiar, chico.

Me sonrió por el retrovisor, y estuve a punto de quitarme las gafas para que comprobara en qué bando estaba yo.

—No creas que hablo así con todo el mundo. Si te vas es que muy contento no debes de estar aquí. Siempre quise ir a América y aquí me tienes. No tuve valor, no como tú. Haces bien en marcharte.

Las plazas de El Cairo se habían llenado de muertos. Tahrir, Maspero, Al Masaha, Rabaa, Talaat Harb. No sé Nora, pero yo no pensaba regresar. Todo había terminado en decepción, hasta el viejo.

—Me alegro por ti. Me das envidia. Lo que daría yo por tener tu edad. Yo también me iría. Desde que está el General, no hay quien

viva.

En la radio sonaba la canción *Beso tus manos, que Dios bendiga al Ejército*. Nos restregaban su victoria a todas horas. Con cualquier otro no me hubiese atrevido, pero el taxista era de los míos, así es que le pedí que sintonizara otra emisora.

—Te entiendo. Tantos sueños y mira en qué se han convertido. No debe de ser fácil para los chicos que luchasteis en Tahrir. Por tu edad debiste de estar allí, ¿verdad?

—Sí —le dije—. Desde el primer día. Y en Mohamed Mahmoud. Después de todo eso, nos han vuelto la espalda.

Ya no pensaba en la traición del viejo. La conversación con el taxista se había animado. Tendría un hijo de mi edad y por eso hablaba de ese modo.

—Es muy injusto—dijo—. La gente os echa la culpa de todo. Son unos cobardes, siempre quejándose. Si no fuera por esos malditos chicos, esto estaría lleno de turistas. Viviríamos mejor si no los hubiésemos seguido.

Me reí; lo había clavado. Éramos los malditos chicos que pretendían destruir el país.

—A ver si nos dejamos de montar follón. Eso me decía mi hermano cuando vivía en casa, ya casi no lo veo. Trabaja en el turismo y dice que le hemos espantado el negocio.

—¿Y tú eres de los que han seguido? ¿O lo dejaste?

—Alguna cosa he hecho después —al momento de decirlo, me arrepentí—. Tampoco es que se pueda ahora, que se diga.

—No os dejan ya con la Ley de Protestas. Seguro que tú no pierdes la esperanza, como yo.

Cuando llegamos, aparcó en un lateral de la comisaría, junto a las barreras de seguridad. Le pagué y me deseó buena suerte.

—Que te vaya bien en París. ¡Quién pudiese! Mujeres bonitas, eso cuentan.

Había cola en la explanada de la comisaría. Estaba anunciado que abrían a las nueve. Eran y cuarto, pero las puertas seguían cerradas. No había ni un árbol que diera sombra. Tan temprano y el sol era implacable. Me corría una gota de sudor por la nariz. Una perra con las mamas cargadas de leche escarbaba en un montón de basura y al poco se alejó cabizbaja. La gente se quejaba del calor que hacía y de los funcionarios, que estarían tomándose su cafecito tranquilamente.

En cuanto abrieron, la gente entró empujándose, como si les fuera la vida en ello. Me bamboleaban a derecha e izquierda. Los dejé pasar y le eché un vistazo a la calle. El taxi seguía aparcado al otro lado de las barreras de seguridad.

Ya habían despejado la entrada. En el mostrador de recepción había una pila de formularios.

—No se admiten tachaduras. Nada de tachaduras —repetía el funcionario que se encargaba de distribuirlos.

Agarré dos por si me equivocaba. Observé el funcionamiento. Los empleados no repartían números para los distintos trámites ni contestaban a las preguntas. Quienes ya se lo conocían orientaban a los demás. Te las arreglabas como podías. Rellenabas los impresos, apretando los dientes para no equivocarte. Te ponías a la cola, cruzando los dedos para que en esa ventanilla.no hubiera demoras, ni casos problemáticos, ni discusiones porque alguien olvidó un justificante o no traía la tasa pagada.

Entró un chico que llevaba un oso de peluche rojo en una bolsa de corazones plateados. El muñeco era demasiado grande o la bolsa muy pequeña. Le sobresalían la cabeza y los brazos, como si pidiera auxilio. Tan temprano y ya con regalos de San Valentín. En la televisión los predicadores habían recalcado como siempre que la fiesta era impía y no debía celebrarse. *Haram,* pecado. Yo también le llevaría a Nora algo bonito. Le había comprado una partitura en la librería de viejo. Era de un músico francés, Gabriel Fauré. Habíamos quedado en el parque de Zamalek, donde volvíamos a ensayar con el buen tiempo. También le llevaría flores. Aunque me sintiera ridículo por la calle, a las chicas les gustan.

Me acuclillé en un rincón de la sala de espera y saqué un bolígrafo de la carpeta. Nombre-dirección-estudios. Padre-madre-fechas-y-lugares de nacimiento. Comprobé que todo estaba bien. Levanté la cabeza para ver qué ventanilla estaba más despejada. Un oficial de paisano no nos quitaba ojo. Se veía a la legua quién era. Llevaba ropa de marca, eso se nota, y el pistolón al costado, bien visible. Ya me incorporaba cuando un chico me tocó el brazo y me tendió unas fotocopias.

—¿Me *le* rellenas? —me preguntó.

Por su acento, venía del sur. No sé decir que no, aunque luego me arrepiento. Tampoco me dio alternativa.

—¿El nombre completo de tu madre? ¿Dónde naciste? —le pregunté malhumorado.

—Está todo aquí, en los papeles —dijo.

Lo que me faltaba, tendría que indagar en las fotocopias para rellenar cada rúbrica y saldría de allí a las mil. Vaya un país de mierda, pensé. Era unos años mayor que yo, pero no sabía escribir. Yo creía que todo el mundo iba al colegio. Me estaba impacientando. El oficial no dejaba de mirarnos a los dos, o a mí, que seguía con las

gafas de sol puestas. No pensé que tardaría tanto, pero el chaval no sabía contestarme a nada. Todo estaba allí, en los papeles, decía. Menuda cola había en las ventanillas. Eso me pasaba por bueno; no, por tonto.

—¿Sabes firmar? —le pregunté.

Me dijo que sí, menos mal. Me puse a la cola. Me siguió, dándome las gracias y bendiciéndome una y otra vez, y se colocó detrás de mí.

—¿Puedes esperar a que termine? —me preguntó.

Le dije que no se preocupara. Lo esperaría por si había algún problema. No podía dejarlo en la estacada.

Hay días que se te quedan grabados. Lo que hiciste, lo que dijiste, lo que otros te dijeron, lo que pensaste. Así me pasa con el 14 de febrero de 2014. No sé para qué querría un pasaporte aquel chico; seguro que no se iba de Egipto ni de peón de obra a un país del Golfo. Eso pensaba yo; no se me olvida. Entregué el formulario con las fotografías y el justificante de pago. Me quité las gafas de sol para que me identificara, pero el funcionario se distrajo y ni me miró. Me ahorré una mueca de disgusto. Volví a ponérmelas. Me selló los papeles y me tendió un recibo.

—¿Cuándo estará? —pregunté.

—¿No te he dicho que dentro de dos semanas? Pues eso.

—¿No se retrasará?

—Tardará lo que tenga que tardar.

Me costaba entender lo que decía por el alboroto. Estaba la gente que preguntaba, los que daban consejos a voces, los funcionarios que gritaban malhumorados. Esto está mal, cómo me trae esta foto en la que no se lo reconoce. Dos semanas después tendría el pasaporte, pediría el visado y me marcharía a Europa. El billete sería solo de ida.

—Tranquilo —le dije al chico—. Te espero.

Entretanto, vi que tenía varias llamadas del viejo. Ya le habrían dado la fotografía del café Virginia. Me despedí del chaval con una palmada en el hombro y nos deseamos buena suerte.

Salí de la comisaría. Avancé por la explanada, feliz. Me entraron ganas de saltar y bailar. Ya lo celebraría en el parque con Nora. De haberme llevado el violín, habría tocado, aunque la policía me desalojara por loco.

Alguien me hacía señas detrás de la barrera de seguridad. Era el taxista, menuda suerte. Pues que me llevara de vuelta. Eso es que le había caído simpático. No traía mucho dinero y podría negociar el importe de la carrera. Le hice un gesto para que me esperara. Apresuré el paso. Me entendió, porque extendió el brazo y me señaló. De pronto, el oficial de paisano que había estado vigilándonos se

plantó delante de mí. Dos hombres se me acercaron por detrás. Cada uno me agarró de un brazo. Se me cayó al suelo la carpeta con los documentos, menos mal que llevaba el resguardo del pasaporte en el bolsillo trasero del pantalón.

—¡Muévete, cabrón! —me gritaron los dos hombres al unísono.

Busqué al taxista con la mirada; ya no lo veía. Me debatí, pero el oficial decía que no me serviría de nada. Tratando de desasirme, se me cayeron las gafas al suelo.

—Mire, Pachá, mire a quién tenemos aquí.

—Vaya —dijo el oficial—, si es un chico tuerto.

—Vamos, con la cabeza alta, que eres egipcio. ¿No decíais eso en las manifestaciones?

Me empujaban para que no me detuviera. El oficial caminaba a nuestro lado.

—Muévete, joder.

—Mejor será que no montes follón. No te conviene —repitió el mandamás—. Nadie moverá un dedo por ti.

Corrieron una de las barreras de seguridad. Había una furgoneta blanca aparcada con las puertas abiertas, esperándome. Me resistí. Me negué a caminar. Me llevaron a rastras.

—¡Me llamo Alí Fuad! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Alí Fuad!

Luchaba; me golpearon en el costado. Se me doblaron las piernas y perdí el equilibrio. El teléfono vibraba en uno de los bolsillos del pantalón. Seguro que era el viejo. Si contestaban a la llamada, él podría explicarles que yo no estaba metido en nada y solo vivía para la música. Uno de los subalternos retrocedió y volvió con mi carpeta. Un tercer hombre me propinó un puñetazo en el estómago que casi me corta la respiración.

—Díganme qué he hecho y me subo —gemí.

Era una frase absurda, porque me tenían bien sujeto. En momentos así, dices lo primero que se te viene a la cabeza. Se reían; les hizo gracia. Dice el tuerto que se sube con nosotros si se lo pedimos por favor. No, chaval, tú no decides. La gente pasaba aprisa. Se achicaban. Se hacían un ovillo para no llamar la atención, no fueran a llevárselos también.

—Díganme qué he hecho, díganmelo y me subo —repetí, como un niño bueno.

No sé cómo logré desasirme y aferrarme al borde de la portezuela.

—Violinista, no querrás que cierre la puerta y te rompa la mano, ¿verdad? —dijo el oficial.

Me sometí. La puerta corredera se cerró con estrépito. Estaba tendido bocabajo. El teléfono se puso a vibrar. Me registraron los

bolsillos del pantalón y me lo quitaron.

—Te llama un profesor.

—Pues vas a perderte la clase.

—El chico hace novillos y le van a suspender.

Se burlaban mientras me maniataban con una brida de plástico, tan apretada que me sajó la piel.

—¿Y en la carpeta? ¿Trae algo?

Reconocí la voz del oficial.

—Fotocopias. Lo tenemos identificado. Y una carta en francés o en inglés.

—Trae. Está en francés. Vaya, te vas a París, o te ibas.

Me tiraron del pelo hacia atrás para vendarme los ojos, el que veía y el que no. El pañuelo, o lo que fuera, apestaba a sudor y a miedo. Oí el arranque del motor, las radios de otros coches a todo volumen. Uno dijo que el aire acondicionado estaba estropeado y tendrían que llevar las ventanillas delanteras bajadas. Daba tumbos con cada bache y me golpeaba la cara contra el suelo. A cada lado se sentaba un agente. Sentía la punta de los zapatos en los hombros, los costados, las piernas.

—No grites. Te estamos apuntando —me advirtieron.

No sabía si era verdad.

—Este no intenta nada —dijo el oficial—. Está cagado de miedo.

Estábamos en un atasco; no nos movíamos a pesar de la sirena. Cuando la furgoneta arrancó, se oyó un tintineo, como si chocasen unos amuletos de esos que se cuelgan del retrovisor. Había también un ambientador que, al balancearse, desprendía un aroma a jazmín.

—No he hecho nada, se lo juro —dije.

—Violinista, eso decís todos.

Los hombres hablaban poco para no darme pistas sobre el trayecto y el lugar al que me llevaban. Trataba de adivinar dónde estábamos por los sonidos. Enfilamos una calle, luego torcimos a la derecha. Avanzamos y giramos una vez más. Querían desorientarme. Dejamos de oír los cláxones y la música estridente de otros coches. La furgoneta tomó un camino arenoso; las ruedas hacían saltar guijarros que golpeaban las portezuelas. Debíamos de estar en alguna urbanización en construcción con las calles sin asfaltar. Temí que me encerraran en algún edificio en obras o que pararan y me pegaran un tiro. Entonces podrían abandonar mi cuerpo en cualquier sitio, en un boquete, en un barril vacío, bajo unos sacos de cemento, sin que nadie lo descubriera nunca, pero la furgoneta siguió su camino.

Cada vez que saltábamos un socavón, la cabeza percutía contra el suelo. Sentía los labios húmedos y un sabor áspero en la boca;

sangraba por la nariz. Quise ladearme para amortiguar los golpes apoyándome en un hombro, pero me desalentó la punta de un zapato en las costillas.

—Quieto. Ya te he dicho que no te muevas.

Delante iba sentado el oficial junto al conductor. Detrás habían quitado una fila de asientos para acomodar a los detenidos. A cada lado tenía a un subordinado. Aprovechaban las curvas para darme puntapiés en los costados.

—Ha sido sin querer, chaval —comentaba uno y se reía, como si acabase de decir algo chistoso.

Uno de los agentes que iban conmigo pidió una botella de agua. La tapa chasqueó al romperse el precinto. Bebió unos sorbos, el plástico crujió mientras se vaciaba la botella. Vertió lo que quedaba sobre el suelo, salpicándome la cara. No había tenido nunca tanta sed, e iría a peor ese día y el siguiente. Me dolían los hombros por la postura forzada. Me habían atado las muñecas a la espalda, así no podían pisotearme los dedos.

—Párate en un quiosco a comprar agua fresca—dijo el oficial.

—Como mande, Pachá.

—Chico, te vas a estar tranquilo, ¿verdad?

—Tumbado así, no lo verán.

—Y si lo ven, ¿crees que harán algo?

Les aseguré que no iba a gritar. ¿De qué me serviría hacerlo?

Se cerró la portezuela y nos pusimos en marcha otra vez. Pasamos por un basurero; las gaviotas chillaban enloquecidas. Se oyó un ladrido, luego otro, como si los perros se llamaran unos a otros. Detrás del coche aullaba una jauría enfurecida de chuchos vagabundos. Nos perseguían sin darnos tregua, apremiándonos para que nos largáramos de allí. Los ladridos se alejaron. Volvíamos a la autopista, ya no dábamos tumbos. Me pareció que habíamos retomado los puentes que circunvalan El Cairo. Ganamos velocidad. Retumbaba el metal, el aire caliente silbaba con el movimiento apresurado de los coches. Nos cercó la cacofonía de las radios, los cláxones, los balidos de los animales, el traqueteo de las mercancías en los camiones. Después seguimos todo recto, con el silbido ininterrumpido del tráfico.

Volvíamos a El Cairo. Por fin algo conocido, el puente del 6 de Octubre, que llevaba a mi casa. Me sobresalté cuando encendieron la radio y sonó una canción estridente. Llamaron a la oración del mediodía; bajaron el volumen para que la música no tapara la voz del almuédano. Así que estos policías, o lo que fueran, le temían a Dios más que a su oficial.

El viejo me había contado que no rezó cuando lo detuvieron. Ni

siquiera durante los interrogatorios mercadeó con Dios. Ateo entré y ateo salí, decía. Yo no era el Profesor. Venid a la oración, venid a la alegría, pregonaban los altavoces de las mezquitas. Murmuré:

—Que Dios me libre.

Con el roce de las esposas de plástico, me escocían las muñecas. El tráfico fluía más lento. Los conductores de los microbuses gritaban anunciando destinos; eso era que pasábamos por encima de la estación Ramsés. Al final del puente, dimos una vuelta y luego otra. Girábamos una y otra vez; debíamos de estar en la plaza Tahrir. Luego enfilamos una calle, y otra más. Oía las lisonjas de los vendedores ambulantes. Dábamos vueltas, pero estábamos en el centro de El Cairo, eso seguro. Querían despistarme, pero yo sabía cómo respiraban y se movían esos barrios. Me fui animando. Eso era que me llevaban a una de las comisarías del centro; con ser malo, había sitios bastante peores. Seguíamos dando vueltas y yo trataba de sacar fuerzas. Me soltarían pronto, tal vez ese mismo día. Me harían unas preguntas, cotejarían la información. Yo solo era un estudiante de violín que se iba a París. Cuando se dieran cuenta del error, me dejarían marchar.

En esto, la furgoneta se paró. Una cancela chirrió al abrirse. La furgoneta avanzó unos metros y volvió a pararse. Con un golpe seco, cerraron el portón.

—¿Cuántos traéis? —preguntaron.

—Solo uno.

17. El hijo

Alí arrojó la piedra y escondió la mano. Le confió aquel sobre al camarero, *A la atención del Sr. Abderramán Munir*. No tuvo el coraje de decirme a la cara que había descubierto quién era yo. Podía haber añadido viejo de mierda o cualquier otro insulto, y no hubiese tenido nada que objetar; yo era eso y mucho más. Salvo de haberle mentido, Alí no me acusaba de nada en concreto. No tenía la certeza de lo que había descubierto. El juez de mi juventud había escuchado mi alegato y yo conocía los cargos de antemano. El magistrado consideró los testimonios amañados y las pruebas falsas. Aunque no miró hacia la jaula de los acusados ni una vez, nos concedió la palabra en la última vista, tras lo cual dictó sentencia. Quince años para Abderramán Munir. Alí me había condenado en otro juicio sin garantías y me negaba el derecho a defenderme. En cuanto vi.la fotografía del Café Virginia me supe perdido. Este eres tú, Abderramán Munir. Le faltó escribir: el traidor. A tu lado está sentado Yasín. Completé el mensaje: el mártir. Llamé a Alí muchas veces; demasiadas, supongo. Me ignoró y apagó el móvil.

Busqué a Alí en los lugares de los que me había hablado. Vivía en la Aguza, pero no me dijo la calle. Estuve preguntando por él en el parque del acuario, pero los jardineros no supieron decirme nada. La noche en que tocaba su banda en el After Eight, el concierto se canceló a última hora. Pasé a tomarme una cerveza al bar Stella, pero ni rastro del chico. Le esperé a la salida del conservatorio tras comprobar los horarios lectivos en la secretaría. Debió de verme, por eso no salió hasta que me marché. Volví al otro día, me asomé al aula de violín. Lo aguardé en la acera. Alí no apareció. Ya estaba bien de hacer el ridículo. Él ya sabía dónde encontrarme, en el café o en el estudio.

Desde enero teníamos poca relación, más bien ninguna. Había sido un error manifestarse teniéndolo todo en contra. Como otras veces, le dije que ya no estaba con ellos porque tenían la vida en poca estima. No me lo perdonó. Yo no sabía entonces que la chica que mataron era amiga suya. Llevábamos tiempo sin hablar cuando nos cruzamos una tarde en Talaat Harb. Alí tuvo que verme, porque venía de frente. Le hice señas, era una oportunidad de hacer las paces. Se puso a hablar por el móvil, dio media vuelta y se perdió por la calle Basiony. Para

mí que no hablaba con nadie y era una pantomima para no saludarme. Alí soltaba amarras. Se despedía de mí dos semanas después con aquella fotografía.

Desde entonces había perdido el gusto por las partidas de ajedrez. Al menor ruido me distraía. Jugaba con apatía, y Saleh se quejaba de que le dejase ganar. Últimamente la puerta del café se atrancaba. Cada vez que salía el camarero a atender las mesas de fuera o entraba algún cliente temblaba la cristalera. Yo me giraba entonces, esperanzado, pero no era Alí.

—Jaque mate —sentenció Saleh sin asomo de alegría—. ¿Le pasa algo? ¿Cómo no opone resistencia? ¿Qué fue del libro con las aperturas de Bobby Fischer? ¿No estaba usted estudiando al maestro?

Saleh leía en las personas. Sabía cómo animarlas en las horas bajas sin entrometerse. Fue hablar de Fischer y se nos ocurrió revivir una de sus míticas partidas, como humildes discípulos que éramos. De tanto comentar las jugadas del maestro, los demás se pensarían que hablábamos en clave. Recolocamos las piezas para reproducir una de sus entradas, que había memorizado.

—Le cedo las blancas —dijo Saleh, generoso, con un movimiento amplio de las manos.

Acababa de ganarme; le correspondía abrir la siguiente partida.

—Digamos que usted es el maestro —añadió.

—Gran honor me haces, salvando las distancias, por supuesto. Asumo el desafío —le contesté—. Entonces, tú serás Boris Spasski. No es poca cosa tampoco.

—¿En el encuentro del siglo?

—Después, cuando jugaron en Sveti Stefan, en 1992. La partida está en el libro; es una lástima no tenerlo a mano. Recuerdo los primeros embates. En la apertura, el maestro movió de esta manera. Te guío al principio para que veas también cómo jugó el rival, hasta donde recuerdo. Después improvisamos y que gane el mejor.

Hasta en el dolor más profundo hay espacio para una tregua. Representando los primeros movimientos de aquel torneo, me sacudí la tristeza de encima. La puerta se abrió y se cerró, pero no creo que entrara nadie. Estábamos metidos de lleno en la partida, imitando a los maestros como si leyéramos los primeros compases de una partitura, cuando nos interrumpió el alboroto de unos chicos en la calle. Para desviarnos de las jugadas, debían de estar armando un buen jaleo. Empujaron a uno de los clientes que se sentaban en el exterior. Se volcó el narguile que estaba fumando. El hombre se levantó; gesticulaba indignado. Entre los alborotadores reconocí a Omar; Alí no estaba con ellos. Omar quería entrar, pero sus amigos lo

retenían. Uno le tiraba del cinturón; otro le agarraba del brazo. Era tal la bronca que hasta yo captaba las palabras al otro lado de la cristalera.

—¿Para qué quieres hablar con él, Omar? No entres.

Saleh y yo hacíamos como si estudiáramos los siguientes movimientos, pero estábamos pendientes de los chicos. Omar empujó la puerta y se dirigió a nuestra mesa. Saleh intuía cuándo era mejor no decir nada para no empeorar las cosas, pues llevaba muchos años de taxista. Yo sabía tan poco como él, pero no tardaríamos en enterarnos, porque Omar no había entrado solo. Lo acompañaban cuatro o cinco chicos de refuerzo, no recuerdo ya. Entre los más alborotadores, estaba un joven rapado con una perilla que desentonaba en su cara regordeta. Había otro que no se quitaba las gafas de sol, como hacía Alí cuando estaba entre extraños. Los chicos no señalaban a nadie, pero estaba claro que era yo con quien Omar no debía hablar.

—No le digas nada. No te puedes fiar —decía el fantoche de la perilla.

—Ya veréis como ha sido él. No deberíamos estar aquí, no deberíamos —decía el de las gafas, que me pareció tuerto.

La escena era tragicómica. Los chicos estaban muy alterados. Se interponían, pero Omar no les hizo caso. ¿Por qué no se sentaba tranquilamente a charlar conmigo sin esa pandilla de monos vocingleros? Nos habíamos visto unas cuantas veces sin Alí, no éramos dos desconocidos. Omar había utilizado decorados antiguos y fotografías mías en un documental.

—¿A qué viene todo esto?

Debía de tratarse de un asunto grave para que me mirara con esos ojos ansiosos y los demás insistieran a gritos en que no me lo contase.

—Alí ha desaparecido —dijo.

Eran muy amigos, así que debía de saber que ya no nos veíamos. Alí me aborrecía; se había hastiado del viejo. Mi casa sería el último lugar en el que se escondiese. En vista de que yo no reaccionaba, lo repitió con otras palabras.

—Alí está desaparecido.

Desaparecer y estar desaparecido eran dos cosas distintas. Lo primero indicaba la voluntad del interesado de no ser hallado. Alí estaba oculto, aguardando a que las cosas se calmaran. Lo segundo significaba que lo retenían en algún lugar contra su voluntad. Debía de ser lo primero. La seguridad nacional lo buscaba y se había escondido. Todos creyeron en una ocasión que estaba desaparecido, pero se ocultaba en mi casa. Después de la manifestación del 25 de enero, estuvo unos días sin dar señales de vida y luego vino a

buscarme. Se alejaba para luego reaparecer. Así había sido desde que nos conocimos. Lo hacía conmigo; supuse que actuaría del mismo modo con los demás.

—No tiene por qué haberle pasado nada.

Contesté a Omar con frialdad. Mientras me recomponía, debía mostrar calma, para que no notara que en mi interior había un volcán en erupción. Era una de las lecciones de mi vida anterior, cuando todos me conocían como Abderramán Munir: nunca expongas tu fragilidad.

—Habíamos quedado antes del ensayo —dijo Omar—, pero me dio plantón. Lleva dos días con el móvil apagado.

—No está conmigo —le contesté—. Es todo lo que puedo decirte.

—Nadie sabe nada. Lo habrán detenido. Usted tiene contactos en la policía y puede ayudarlo.

—Te han informado mal, Omar. Yo no conozco a nadie en la policía y menos en la seguridad nacional.

—Pero los tuvo. Alí nos lo contó.

—No quiere ayudarnos. No lo va a hacer, ya lo estás viendo —dijo el chico tuerto.

Se creían que Abderramán Munir era un hombre de influencia. Ya podían acusar a mi fantasma de las peores vilezas o atribuirle superpoderes, aquello me quedaba lejos. Había matado a Munir y con mis propias manos había cavado su fosa. Alí y sus amigos se empeñaban en desenterrar a un muerto.

—Seguro que sabe dónde tienen a Alí y no quiere decirlo. Vámonos —insistió el chaval de las gafas de sol.

—¿De qué me estás acusando? Yo no sé dónde está Alí.

Empujé la silla hacia atrás con brusquedad y me levanté. Sin querer, di un manotazo al tablero y las piezas negras que Bobby Fischer había capturado cayeron al suelo.

—¿De qué me acusas, Omar? —repetí a voz en grito.

El café enmudeció, como siempre que había una crisis. Las fichas ya no repiqueteaban sobre los tableros. Algunos clientes se entrometieron. Preguntaban qué había pasado exactamente, quién había empezado, qué decían los chicos y qué querían de mí. Desconfiaban de mí desde que los fotografié dándole una paliza a aquel manifestante, pero en ese momento, se solidarizaron. Aquello era un enfrentamiento entre generaciones, nosotros contra los chicos. Estaba en juego la tranquilidad de nuestro reino, el café.

—Llame usted a la policía, ¿a qué espera? —le decían al dueño.

—Los chicos del demonio, otra vez armando follón. A ver si aprenden algo de respeto. Ni en el café podemos estar tranquilos.

Llame a la comisaría de Abdín.

—Vámonos, el viejo es un soplón —dijo el payaso de la perilla.

El ambiente se electrizó. El arrojo cambiaba de bando. Nos crecíamos. Los chicos habían entrado bravuconeando y se batían en retirada. Se los veía inquietos; los clientes los rodeaban y bloqueaban la salida. Sintiéndome respaldado, aproveché la situación. No había derecho a que ofendieran a un hombre de bien, dijo el dueño del café. Yo no iba a consentir que me llamaran soplón impunemente.

—¿Qué es lo que acabáis de decir? No os he oído bien —dije.

Los reté, dando un paso al frente.

—Nada, no hemos dicho nada.

Se comportaban como los niños cuando insultan a alguien y pretenden borrarlo sin disculparse. Lo retiro, yo no he dicho que tu hermana sea una puta ni que el viejo sea un soplón.

—Ya está bien —intervino Saleh, que no había dicho palabra—. Aquí nadie va a llamar a la policía. Los chicos ya se marchan.

Salieron. Los clientes volvieron a sus mesas. Cuando se encaminaba hacia la puerta, Omar se giró y volvió a pedirme que intercediese.

—Profesor, Profesor. Yo solo quiero encontrar a Alí. Pensé que usted, tal vez…

Había venido por amistad y las cosas se le habían ido de las manos.

—Omar —le interrumpí—, yo no he tenido nada que ver.

Después añadí la frase de los culpables, los mentirosos, los que no tienen la conciencia tranquila.

—Tienes que creerme.

Yo sentía tanto miedo como Omar. Temía que el fantasma.de Abderramán Munir tuviera algo que ver en la desaparición de Alí. Cuando terminaron de registrar mi casa, el oficial dijo que el chico había hecho mal juntándose conmigo. Luego Alí había estado haciendo preguntas, removiendo un pasado que era mejor dejar estar. En sus pesquisas pudo toparse con la persona equivocada, alguien a quien Abderramán Munir perjudicó y que se la tenía jurada desde entonces.

—Haría cualquier cosa por Alí, lo que esté en mi mano.

A través del ventanal, los vimos bajar la calle en dirección a la plaza Tahrir, rabiando y gesticulando. A nosotros ya no nos apetecía imitar a Bobby Fischer y a Boris Spasski.

—¿Qué cree que le habrá pasado al chico? —preguntó Saleh.

—Nada bueno, por lo que parece.

Los días en los que no sucede nada son la mayoría. A veces, los acontecimientos se precipitan y ya nada vuelve a ser igual. Era uno de esos días que ponen el contador a cero. Hubo una vida antes de que

desapareciera Alí y otra después.

Rondaban las nueve; Saleh ya no estaba. Miraba a través del ventanal con la esperanza de que todo fuera un malentendido y Alí apareciera de pronto. Una mujer cruzaba el tráfico sin apresurarse. Detenía los coches con las palmas abiertas. Ya en la acera, con gestos de disculpa, franqueó las mesas de la calle y se pegó a la cristalera. Espantaba con las manos los reflejos de las bombillas. Buscaba a alguien.

Empujó la puerta con fuerza, pues se había trabado como de costumbre. Todos se giraron con reprobación. No eran horas para que una mujer irrumpiera en nuestro mundo. Se toleraba a las turistas. Quedaban exentas de ciertas normas y costumbres, salvo que se casaran con un egipcio. A una mujer de las nuestras no se le había perdido nada en el café. En las miradas de los clientes había ira y desprecio. Se le había deslizado el pañuelo, dejando al descubierto el pelo cano y rizoso, que llevaba recogido en una redecilla. Yo también la observaba, pero a quien veía era a otra persona. No me sorprendió que se acercara a mi mesa sin vacilar. Se presentó diciendo:

—La paz sea con usted. Soy la madre de Alí.

Era su vivo retrato en femenino. Tenía sus mismos ojos almendrados, color miel, que resaltaban unas pestañas largas y espesas, los labios carnosos y la frente abombada. Como Alí, balanceaba las manos al caminar, como si recalcara alguna idea en su monólogo interior. Había cumplido los cincuenta y alguno más, pero no los representaba. Era aún esbelta; unas líneas finas le marcaban la frente. Me levanté y le indiqué que tomara asiento. Se recolocó el pañuelo y se lo ajustó con un alfiler mirándose en la cristalera. Pensé que Omar le había pedido que hablara conmigo.

Prescindimos del ritual de cortesía, con sus frases vanas. No le dije que iluminaba el café con su presencia. Dadas las circunstancias, no parecía encantada de conocerme. Hubiera preferido que charláramos en cualquier otro sitio, al resguardo de las miradas. En el café no se hablaría de otra cosa. Cada uno añadiría algo de su cosecha para quienes se lo habían perdido. Vino una mujer, la madre sería, ¿no sabes que el chico tuerto ha desaparecido?

Como si ignorara que Alí estaba en un aprieto, opté por no atosigarla con preguntas.

—Siéntese, por favor. ¿Qué quiere que le traigan?

Se desplomó sobre la silla y suspiró, como si se descargara de los hombros un peso que la doblaba. Alí me había dicho que su madre llevaba años bregando sola con la vida; así seguía siendo con la desaparición de su hijo. Tenía unos cercos profundos debajo de los

ojos, el rostro tirante por la falta de sueño.

—Hace dos días que no sé nada de Alí. Se dejó el violín en casa, ¿entiende? Desde que mataron a esa amiga suya, solo vive para la música.

Apenas la interrumpí, ni siquiera para corroborar alguna cosa o darle ánimos.

—Había quedado para ensayar y no se presentó.

Alí me mencionó que los *Dúos* de Bartók eran su proyecto de fin de curso, pero ni una palabra sobre el otro violinista. Con tanto misterio, supuse que sería una chica. Cuando éramos amigos, a veces tocaba para mí, como la mañana del retrato. Desde el registro, por seguridad ya no venía a casa. Quedábamos a orillas del Nilo. Le gustaba cambiar de mundo y de público, del barrio obrero de Imbaba a las zonas acomodadas de Maadi. Sacaba el violín y al momento se formaba un corrillo. Alí, Alí, ¿dónde te tienen?

—Me contó que usted lo escondió durante el toque de queda y así se conocieron.

—No está conmigo, se lo aseguro. Hace días que no lo veo.

Suponía que Alí no le había confesado a nadie que estuvo en mi casa cuando todos lo daban por desaparecido. Las madres tienen el don de adivinar las mentiras de los hijos, así era la mía.

—Lo buscamos en todas partes, con Omar y otros amigos suyos. Nos hicimos las comisarías, los hospitales, ya se imagina. Estaba a punto de poner una denuncia cuando volvió. Alí, ¿qué te han hecho? Unos días después, se derrumbó y me lo contó. No me enfadé por la mentira. Lo importante era que estaba bien y usted le había ayudado. ¿Ves, Alí? Todavía hay gente buena. Eso le dije.

Le sirvieron un café, del que bebió unos sorbos. Lo que necesitaba era alimentarse bien y descansar. Tenía que cuidarse y tomar fuerzas, las necesitaría.

—¿Le apetece que vayamos a comer algo?

—No se preocupe. Estoy bien.

No me había contado nada todavía sobre la desaparición del chico ni sabía qué esperaba de mí. Le dije que Alí se le parecía mucho.

—Mi otro hijo ha salido al padre. No parecen hermanos ni en el físico ni en el carácter. Ni en las opiniones tampoco. Siempre están peleándose.

Uno estaba con la revolución y el otro, con el General. Alí decía que eran hermanos porque no les quedaba otro remedio. Se comportaban como dos boxeadores que tienen estudiado al adversario y golpean donde se resienten las viejas heridas.

—Su hermano lo buscó la otra vez, pero ahora no quiere. Dice que

Alí miente todo el rato y estará estupendamente.

—¿Y sus amigos no la ayudarían?

—¿Conoce a Omar? No quiero causarle problemas. Alí dice que las cosas están muy difíciles. No tengo a quien recurrir.

—Si puedo serle de ayuda, cuente conmigo —me ofrecí.

—No entiendo, mi hijo no se mete en nada. Solo le importa la música.

Vi a Alí atado a una silla, con los ojos vendados. En aquel momento, aquellas visiones eran enemigas de la acción. Tenía que mantener la cabeza fría para actuar con la lucidez de Abderramán Munir. Debíamos reconstruir los últimos días del chico, antes de que lo detuvieran. ¿Dónde estaba cuando se lo llevaron? ¿Hubo testigos? Alí estaba siempre pendiente del teléfono. ¿Con quién habló por última vez y qué se dijeron?

—Mañana podría acompañarla. Imagino que sabe lo que debe hacerse en estos casos.

—Lo sé por la otra vez.

Me estuvo explicando los pasos necesarios cuando alguien.desaparece. Fiscalía-comisarías-hospitales-morgue-organizaciones de derechos humanos. Una vez cerrado el ciclo, se empieza de nuevo. Y luego otra vez, y otra, hasta que haya noticias.

—He estado en las comisarías de Abdín, Kasr el Nil, Bulaq y Dokki. No saben nada. Eso dicen.

Alí no le habría hablado de nuestros desencuentros. No tuvo tiempo de contarle: mamá, el viejo es un traidor. La mujer me miraba a los ojos sin desconfianza. Había escondido a su hijo una noche de toque de queda; era lo único que le importaba.

—Pues iremos juntos mañana. Si le parece bien, paso a recogerla.

Rehusó, y no insistí. No querría que los vecinos la vieran en compañía de un hombre. La gente habla demasiado.

—Mejor en esta zona, yo me desplazaré —dijo.

—Como quiera. ¿Sabe dónde está la catedral armenia? Pues allí mismo.

A la mañana siguiente, saldríamos a buscar a Alí.

18. El Cairo sin ti

Mientras esperábamos a su madre, recordaba la noche en que Alí se escondió en el callejón y le dije: entra, muévete. Yo había participado en las revueltas como testigo. Los jóvenes las iniciaron y seguí la corriente. La noche en que persiguieron a Alí y lo escondí, me sentí revivir. Me quedé escuchando su respiración mientras dormía. A ti no te va a pasar nada, le prometí. No podía enderezar los errores del pasado, pero la vida me daba otra oportunidad. Alí por Yasín. Resultaba que el Profesor no había sabido proteger a Alí. Abderramán Munir tal vez pudiera ayudarlo.

—Un cigarrillo —me ofreció Saleh.

Llevaba años sin probar el tabaco, pero se lo acepté. La primera bocanada me repugnó. Luego solté el humo sin inhalarlo, como un adolescente que está aprendiendo a fumar.

—¿Cómo se te ocurre quedar en este sitio? Menuda impresión se llevaría la mujer. ¿No me digas que te olvidaste del mural? ¡Pero si pasas por aquí todos los días! —me reprendió.

Había aparcado el taxi unos metros antes de la catedral armenia. En la fachada principal, a la izquierda del portón, había un mural que representaba el entierro de un chico. Los amigos llevaban el ataúd a hombros. En primer término lloraba la madre. No debíamos tentar a la mala suerte. Saleh escupió en la acera para mantenerla a raya.

—Ahí la tienes —dije.

Por la otra acera venía la madre de Alí con paso vivo. Alcé el brazo para llamar su atención. Junté las yemas de los dedos, pidiéndole calma. No hacía falta que corriera. Ni Saleh ni yo teníamos prisa por llegar a nuestro primer destino.

—No debe de ser fácil para una mujer sola. ¿Y cómo la encontraste?

—Entera, fuerte… madre.

Llevábamos años jugando al ajedrez, pero Saleh no me había tuteado hasta la noche anterior. Lo había llamado por si conocía a alguien de confianza que pudiera acompañarnos. Se ofreció para lo que hiciera falta. Es un buen chaval, Alí me cae bien, cuenta conmigo. Estábamos juntos en esto, como camaradas. Como en un jaque mate, derribé al Profesor, para que estuviéramos igualados. Mientras acordábamos la ruta del día, le exigí que me llamara Abderramán.

—¿Y qué te dijo?

—No hablamos mucho. Ha denunciado la desaparición en la fiscalía.

—¿Tan pronto?

—Sabe lo que hay que hacer. En septiembre ya estuvo buscando a Alí. Entonces todo salió bien.

—Lo mismo esta vez, si Dios quiere.

Su dios no tenía nada que ver con todo aquello ni podía arreglarlo.

—Debería entrar yo solo, ¿no te parece? Y vosotros os quedáis fuera esperando —dije.

—¿Tú solo en la morgue? He llevado allá a muchas madres.después de manifestaciones. Y a muchas madres de agosto. Todas entraron. Querrá acompañarte.

La mujer venía sin aliento, con las mejillas encendidas por la carrera.

—Buenos días, Profesor. Me he retrasado.

Le presenté a Saleh, un amigo. Insistí en que no me llamara Profesor, el personaje ya no me era de utilidad. Cada día debía esforzarme en ser todo lo Abderramán Munir que pudiera.

—Perdone que no me presentara ayer. Soy Abderramán Munir. Llámeme Abderramán.

Se lo repetí, como si yo mismo necesitara convencerme de que ese era mi nombre. Como dicta la tradición, nos dirigimos a ella como Umm Alí, madre de Alí. Por su hijo, sabía que se llamaba Amal. El muchacho la había armado en el café una tarde que se puso a preguntar cómo se llamaba la madre de cada uno. Vergüenza debería de darte, chico, deja a las madres tranquilas, ¿cómo se te ocurre? El nombre de la madre es tabú y no se pronuncia ante extraños. Alí insistió. ¿No tenía nombre tu madre cuando era niña? ¿No tenía nombre antes de parir? La mía se llama Amal. Se había propuesto devolverles el nombre a.todas las madres. No le hubiera gustado que llamáramos a la suya Umm Alí.

—Empecemos descartando lo peor, si le parece —dije bajando la voz.

La mujer estuvo de acuerdo. Durante todo el camino, guardamos silencio. Supuse que estaría rezando. Casi la envidié. Yo no podía encomendarme a una fuerza superior. Si había que suplicar por la vida de Alí, sería delante del fiscal del Estado, el ministro del Interior, el propio General.

No se me ocurría ninguna palabra de consuelo. Hice como si mirara por la ventanilla. Esto no es Francia. En el país de mi madre me hubiera bastado con estrechar su mano en señal de ánimo. En Egipto

no me estaba permitido tocar a una mujer que no fuera de mi familia. No podía mentirle diciéndole que entendía su dolor porque Alí era como un hijo para mí. Yo sabía cómo quieren los hijos, con un amor egoísta que a veces es odio. Desconocía la entrega de una madre. Por muy grande que fuera mi pena, no sabía cómo se sentía Umm Alí.

Tres amigas cruzaban del brazo corriendo, en un aleteo multicolor. Los mendigos se situaban en sus puestos. Una mujer arrastraba a dos niños adormilados camino de la escuela. Me enfureció la normalidad de aquella mañana, como si toda esa gente volviera la espalda a Alí. Mientras no les tocara personalmente, vivían como si no pasara nada. Malditos sean los chicos que no se rinden. Maldito seas, Alí.

—Ya hemos llegado —dijo Saleh.

—¿No prefiere esperar en el coche?

Me ofrecí a entrar solo en el depósito de cadáveres, pero Umm Alí rehusó. Saleh me miró por el retrovisor y arqueó las cejas. ¿Qué me había dicho?

—Yo lo traje al mundo.

Completé la frase mentalmente. Y ella lo enterraría si hiciera falta. Entramos juntos a la morgue.

En la recepción nos indicaron la segunda planta, donde estaba el registro. El ascensor subía despacio, como si quisiera aplazar una mala noticia. En ese minuto, no creo que tardáramos mucho más, yo me repetía que en aquel sitio no encontraríamos a Alí. Eso mismo hacía su madre. Mi hijo no. Me puse a hablarle al chico como otras veces. No puedes estar muerto. Mira que te lo dije, no quiero verte de ángel en un mural. Aquí no estás, no es tu lugar.

No sabíamos adónde dirigirnos. Le pregunté a una mujer que fregaba el suelo de rodillas. Al fondo del pasillo, allí estaba el registro. Antes de entrar en el despacho, le ofrecí el brazo a Umm Alí, pero lo rechazó. La oficina olía a ajo. El funcionario, vestido con una bata de un blanco deslucido, leía el periódico. Siguió leyendo hasta que le dimos los buenos días. Abrió el registro, enorme. Se chupaba la yema del dedo antes de pasar página. Repasaba las entradas de los últimos días; estaban escritas a mano, sin borrones. Sobre la mesa había carpetas amontonadas, pilas de formularios y bocadillos de falafel envueltos en un papel grasiento. Le habíamos interrumpido el desayuno.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

Se dirigió a mí, como si fuera el progenitor, el hombre de la casa. Alí no me hubiera querido como padre. Ignoró a Umm Alí, que era quien había parido, amamantado, criado y cuidado al joven. Yo era un intruso. No sabía contestar a las preguntas del funcionario. Nombre

completo, edad, lugar de nacimiento, ropa que llevaba, alguna cicatriz. Esa sí me la sabía.

—Es tuerto del ojo derecho —dije.

El funcionario negó con la cabeza. No tenían a nadie que respondiese a esa descripción.

—¿Está seguro? —le pregunté.

—¿Cómo no lo voy a estar? Aquí los tengo apuntados, los de los tres últimos días, como me han pedido. Su chico no está aquí.

Desdobló el periódico y se ocultó detrás de la sección deportiva. Ya no había más que hablar. Casi corríamos por el pasillo.

—Alí está vivo. Está vivo.

Eso nos había dicho. No tenían a nadie de su edad con su descripción. Allí no había ningún Alí Fuad.

Estábamos esperando el ascensor cuando dos mujeres y tres hombres salieron al vestíbulo. Tenían un aire de familia, como suele decirse, los trazos inconfundibles de la genética. La mujer más joven —no debía de tener más de cuarenta años— se apartó del grupo. Apoyó la frente y las palmas de las manos en la pared. Casi nos avergonzamos de nuestra alegría, cuando se puso a gritar:

—Mi hijo está en la nevera.

Lo repetía sin cesar —su hijo, en la nevera— mientras golpeaba la pared con las palmas abiertas. Un hombre —sería el hermano o el marido — la abrazó por detrás y le habló al oído rogándole que se calmara. Sujetándola por el codo, dieron unos pasos en nuestra dirección. La madre dio un traspiés y cayó de rodillas. La rodeó un corro de familiares y funcionarios. Se oyó a una mujer dándole el pésame:

—Que Dios lo tenga en su misericordia y serene tu corazón.

La madre se rebelaba.

—¡Diecisiete años tiene y está en la nevera!

Ya no lo decía a gritos sino en un lamento. No me atrevía a mirar a Umm Alí por si se quebraba. Alí no estaba en la nevera. La búsqueda no había hecho más que empezar. Tendríamos que resguardarnos del dolor ajeno para no desfallecer. Pulsé el botón del ascensor. La luz de llamada estaba encendida. Aporreé la puerta, alguien se la había dejado abierta. ¿A qué esperaba para cerrarla? ¿Es que no oía aquel dolor de madre?

—¿Puede bajar a pie? —le pregunté a Umm Alí—. Por aquí. Sígame.

Tenía que salir de allí como fuera y que cesara aquel lamento. Mi hijo, mi hijo, en la nevera. Umm Alí bajaba los peldaños con dificultad, como si tuviera rozaduras o un tobillo hinchado por la

caminata de días anteriores. Por cortesía, no podía dejarla atrás. Acompasé mi paso al suyo. Cuando llegamos a la planta baja y ya cruzamos la puerta, seguíamos oyendo los gritos estremecedores de aquella mujer.

Apoyado en la portezuela, Saleh fumaba un cigarrillo. Por la cara que traíamos, se temió lo peor.

—Alí no está aquí —le tranquilicé.

—¡Qué susto me habéis dado! Se me ha helado la sangre. Que Dios lo proteja de todo mal —susurró.

—Ya hemos pasado lo peor. Vayamos a los hospitales. Empezamos por los más céntricos, como dijimos —les recordé el plan.

Saleh arrancó. Avanzamos en el tráfico compacto, deteniéndonos a cada rato. Estuvimos preguntando por Alí en el hospital griego y en otros después. El mismo escenario se repetía en cada parada. La administración no tenía constancia. Ni muerto, ni vivo, allí no lo habían traído.

Después de la visita a la morgue, las calles me parecían una alucinación. En la plataforma de una furgoneta, unos trabajadores daban palmas al son de una música machacona. Navegaban en el pequeño Nilo algunas barcas —decoradas con motivos geométricos verdes, amarillos, azules y rojos— y los pescadores lanzaban sus redes.

En cuanto llegamos al hospital francés, nos hablaron de un chico en coma al que no reclamaba nadie. Un médico joven, que pasaba por recepción, se ofreció a acompañarnos a la unidad de cuidados intensivos, en la que trabajaba. Mientras nos guiaba por el laberinto de pasillos, me agarró del brazo y nos adelantamos unos pasos. Bajó la voz para que la madre de Alí no nos oyese.

—Es mejor que la señora no lo sepa —dijo.

Daba por sentado que yo era el padre o el tío del muchacho.

—Lo arrojaron a una cuneta, en la carretera del desierto, desnudo.

Me hablaba en un lenguaje llano, evitando la terminología médica para que entendiera lo que le habían hecho al chico. Por la rabia contenida con la que se expresaba y la edad, supuse que había estado en las revueltas, atendiendo a los heridos en los hospitales de campaña de la plaza Tahrir.

—Tiene fracturados todos los dedos de las manos. Perdone mi crudeza. Espero que al final no sea su hijo.

Me volví hacia Umm Alí y le sonreí para animarla. No era nuestro Alí; no podía serlo.

—Ya casi estamos —le dije.

Algunas familias acampaban en la sala de espera. Habían apilado contra la pared bolsas con sus pertenencias. Una mujer repartía

cucharadas de té y azúcar en vasos de plástico mientras ponía agua a hervir en una tetera eléctrica. Otra echaba una cabezada, acurrucada en el suelo, sobre una manta. Era gente que venía de lejos y no tenía familia en El Cairo.

Llegamos a la unidad de cuidados intensivos a la hora de las visitas.

—Solo se puede entrar de dos en dos —repetía el guardia de seguridad.

Vi cómo le entregaban unos billetes doblados y se colaban.cuatro de una misma familia, saltándose la norma. Como nos acompañaba un médico, nos dejó pasar sin preguntarnos a quién veníamos a ver. Los pasillos color verde manzana estaban desconchados. Pese a los carteles que pedían silencio, se oían las voces de los familiares, rezos, risas, conversaciones. Unos niños correteaban. Sonaban los teléfonos móviles. Está mejor, igual, todavía no sabemos, Dios todo lo puede. Yo no querría morir en ese lugar. Una joven médica le decía a una pareja mayor:

—¿Y qué quieren ustedes? ¿No ven que no puedo hacer nada?

Me rezagué. Por cobardía, dejé que Umm Alí entrara primero. A través de la puerta, la vi inclinarse sobre el muchacho. Se volvió a mirarme.

—No es Alí —me confirmó sin titubear.

Entonces entré. Me aproximé a la cabecera de la cama. El chico tenía los párpados, las mejillas y los labios hinchados, y un vendaje en la cabeza. Un hematoma le cubría el lado izquierdo de la cara. El respirador le deformaba las facciones. Podía ser Alí, Omar, Gekko, cualquiera. Umm Alí estaba segura. No era su hijo. Quise que el médico lo corroborara.

—¿Es tuerto? —le pregunté.

—No lo es.

—Entonces no es Alí.

—¿Podemos quedarnos un momento? Tendrá una madre que lo esté buscando —dijo Umm Alí.

No entendí que detuviera la búsqueda. No había nada que pudiéramos hacer por aquel chico. ¿Qué pretendía? Yo solo quería marcharme cuanto antes.

—Yo no querría que Alí estuviera solo —insistió.

—Nadie ha venido a verlo. Quédense lo que gusten —dijo el médico.

Cuando nos dejó solos, le pedí a Umm Alí que se apartara y me incliné sobre el joven. Le ladeé la cabeza con suavidad.

—No lo muevas, no vayas a hacerle daño.

Umm Alí me miraba preocupada. El chico tenía unas marcas

oscuras en la clavícula que ascendían por el cuello. Le giré la cabeza hacia el otro lado.

—No sigas. Déjalo. ¿Y si viene el médico? Le ha dolido. Ha movido la mano.

—Está sedado. No siente nada.

Tenía las mismas señales terrosas en la barbilla, el mentón, la sien y detrás de la oreja a medio tapar por la venda. Todos los que estuvimos en el sótano las teníamos. Yo todavía las conservaba, atenuadas, como sombras. Delante del espejo, cuando me afeitaba, ya no veía las llagas de los cigarrillos y los electrodos, pero latían dentro de mí. Nunca les permití a mis amantes que me besaran las cicatrices. Aquellas marcas no debían ser amadas.

—¿Qué le han hecho al chico?

Umm Alí ya no preguntaba qué le había sucedido al chico, como si hubiese sufrido un accidente aparatoso. Yo conocía la respuesta. La deletreaba cada día. La llevaba escrita en la piel: T-O-R-T-U-R-A-D-O.

—Dímelo.

—Vámonos, aquí no hacemos nada.

Sus ojos seguían haciéndome la misma pregunta. Todavía nos quedaba camino. Por ese chico ya no se podía hacer nada, por Alí sí.

—No me voy hasta que me lo cuentes.

Me lo exigía como si pudiese comprenderlo, imaginárselo, pero Umm Alí no había estado en el sótano. Lo habían tenido colgando como a un cordero al que acaban de sacrificar.

—No imaginas lo que puede aguantar un inocente —le resumí.

Las ventanas estaban cerradas, pero oíamos música de fiesta, como si en la calle hubiese una verbena. Me acerqué al lateral de la cama y levanté las sábanas. El joven tenía los pies y las piernas helados. Balanceaba las manos entablilladas. Se le iba la vida. No quería presenciar otra agonía.

—Ya es tarde para él —le dije con sutileza.

—Solo un momento, por favor.

Los dejé solos. Me quedé en el pasillo con la espalda recostada en la pared. A través de la puerta, vi cómo le acariciaba la mejilla. Le hablaba como si fuera su hijo.

—Su madre lo estará buscando —dijo cuando volví a entrar—. ¿Le haces unas fotos antes de irnos? Para las redes sociales.

El móvil no tenía cámara, pero traía la Leica compacta de mi padre en el bolsillo de la chaqueta. Alí debió de contarle que siempre la llevaba conmigo.

Enfoqué con aprensión. Lo saqué de frente y de perfil, las manos entablilladas, las marcas de electricidad.

—Las publicarás en Facebook, ¿verdad? Por si alguien lo reconoce.

—No es una cámara digital. Tendría que escanearlas.

—Omar te echará una mano.

No tenía intención de subirlas a las redes sociales ni sabía entonces cómo funcionaban. Aunque nos doliera, debíamos luchar solo por uno: Alí.

—Ven, vámonos —dije.

Habíamos perdido la noción del tiempo. Miré la hora en el.teléfono. Llevábamos dos horas en la unidad de cuidados intensivos. Una música estridente llenaba los pasillos del hospital. Cuando salimos, habían engalanado las farolas con banderas. Por los altavoces sonaban canciones patrióticas. Los vecinos habían colgado de los balcones fotografías del General. De un lado a otro de la calle, las pancartas llamaban a votar sí en el referéndum. El taxi apenas se movía. Saleh maldecía el atasco, a los cairotas y a la madre que los había parido a todos. Asomó la cabeza por la ventanilla para preguntarle a un chico que esperaba con un pie en la calzada y el otro en el pedal de la bicicleta.

—Es una fiesta por la Constitución —nos explicó.

Los conductores, atrapados en el atasco, hacían sonar los cláxones sin parar. Saleh nos miraba por el retrovisor. Le intrigaba que nos hubiéramos demorado tanto si no traíamos novedades. Umm Alí estaba cabizbaja y en silencio.

—Estuvimos en cuidados intensivos. Encontraron a un chico en una cuneta. Ya te lo contaré.

No pude decirle más. Cuando me hablaban de lo que sucedía en las comisarías, era a mí a quien ataban desnudo a una silla metálica. Moría un preso en una celda de castigo y mi cuerpo se resentía. Me veía encogido en un cubículo sin ventanuco. Yo era el detenido que golpeaba la puerta y gritaba: ¡Sáquenme de aquí, ya no aguanto más! Yo había sido un cuerpo que sufría, volvía a serlo y lo sería para siempre. Yo era el chico de la unidad de cuidados intensivos, que se moría mientras sonaba aquella espantosa música de feria.

—Nos vamos a quedar sordos —dije.

Algunos vecinos se echaban un baile. Saleh se asomó nuevamente a la ventanilla. El atasco parecía no tener ni principio ni fin.

—Y tienen que fastidiarnos a todos por la Constitución —dijo—. Lo que es a mí, me la trae floja. Los mismos se comerán el pastel. Los mismos se quedarán con hambre.

Se puso a buscar una emisora entretenida que nos aliviara la espera. Entre lo que habíamos visto en el hospital y aquella fiesta, como un insulto al chico que se moría, no estábamos para mucha

conversación. Había sido duro con Umm Alí. Ella no podía imaginarse que yo había vuelto al sótano en aquella habitación de hospital. La empatía es una falacia. Nadie acompaña a otro en el sentimiento.

—Cuando estoy en casa, me parece que oigo los pasos de Alí.

—Ya verá como vuelve pronto —dijo Saleh.

En la acera, una mujer de unos sesenta años pedía el voto por la nueva Constitución. Increpaba a los conductores, sacando pecho.

—¡Sí a la constitución!

En la túnica negra llevaba prendidas unas escarapelas con la bandera y el retrato del General. Se apoyaba en un bastón. Alzaba el brazo libre, declamando con voz trémula. Votad sí. Había que votar sí.

El tráfico se detuvo. Nos quedamos a su altura. La mujer.dio unos pasos en nuestra dirección. Se acercó a Umm Alí. Las dos mujeres no dejaban de mirarse. Saleh subió las ventanillas. Accionó el seguro de las portezuelas.

—No le hagáis caso —nos aconsejó.

—Si la ignoramos, se cansará de nosotros —dije.

Entonces Umm Alí le indicó con el dedo que votaría no, no y mil veces no. Seguramente sus labios decían también no a la Constitución. La mujer de las escarapelas levantó el bastón; se puso a golpear la portezuela y a gritar:

—Espía, sucia americana, traidora, quintacolumnista, colaboracionista, puerca.

Lo decía sin pausas, como si fuese una sola palabra. Sucia-americana-y-todo-lo-demás. Eran los insultos al uso en los programas de máxima audiencia. Todo el que votase no en el referéndum era un enemigo del pueblo. Aquella loca me fascinaba. Teníamos en común el odio y el fanatismo.

—Acabará metiéndonos en un buen lío —dijo Saleh—. Solo faltaba que nos detuvieran.

Las portezuelas estaban bloqueadas, pero la mujer tiraba de la manija para sacar a Umm Alí del coche. Se acercaron algunos curiosos.

—¡A mí, a mí! ¡Una espía! —chillaba.

Mientras daba bastonazos, Umm Alí no le quitaba los ojos de encima. A sus gritos acudía cada vez más gente. La jaleaban porque era del barrio y nosotros, gente de fuera que venía en son de guerra. Formaban detrás de la loca, como un pelotón de infantería.

—Espero que no les dé por rodear el coche —comenté.

—O por volcarlo y romper las ventanillas —dijo Saleh.

Cuanta más gente se agolpaba, más temía yo que acabásemos en comisaría. Tres niñas con el uniforme azul del colegio nos hacían

burla. No entendían lo que nos gritaban, pero imitaban a los mayores. Un anciano se descalzó y acercó la suela desgastada del zapato a la ventanilla de Umm Alí a modo de escarnio.

—¡No soy ninguna espía! —gritó Umm Alí—. Yo solo quiero saber dónde está mi hijo.

—Déjalo ya —le dije—. Por Alí, déjalo estar.

Debí de gritárselo a la loca, pero se lo ordené a Umm Alí porque una de las dos tenía que callarse inmediatamente para rebajar la tensión.

—No sigas, por favor —le repetí—. Va a ser peor, créeme.

Era orgullo lo que se traían entre sí las dos mujeres. La ira no debía malgastarse en batallas inútiles. Debíamos alimentarla para buscar a Alí sin flaquear. Necesitábamos todo el amor por el chico y todo el odio por el sistema que se lo había llevado. Como esa gente que nos insultaba, Umm Alí había respetado un pacto tácito. Mientras sus hijos estuvieron a salvo, se había mantenido en el bando de los indiferentes. Ya no, era una renegada. Madre e hijo no se parecían solo en el físico, sino también en el carácter. Algo semejante le había sucedido al muchacho. Había despertado en la plaza Tahrir y las revueltas de Mohamed Mahmoud lo habían llenado de ira.

El griterío cubría la música de baile. La loca seguía en primera línea, arropada por la gente.

—Sucios, perros, malditos seáis.

—Como no lo dejes ya, me bajo del coche —la amenazó Saleh.

En ese momento, el tráfico se puso en movimiento. Nos alejamos. A través de la luna trasera, miré a esa gente que tanto nos odiaba sin conocernos. Siguieron gritando, pero ninguno echó a correr detrás de nosotros. La loca señalaba un punto en el tráfico con el bastón cuando desaparecimos. Habíamos bajado unos peldaños hacia la oscuridad que envolvía a Alí. Al día siguiente saldríamos de nuevo a buscarlo. Por él estaba dispuesto a descender a mi propio infierno, al sótano si hiciera falta.

19. La luz de Nora

Conté las veces que descorrieron el cerrojo y trajeron sopa con pan. Abrieron y me llamaron. Abrieron y me trajeron de vuelta. Abrieron y comí sopa con pan y me dieron de beber. Me llevaban a interrogar, así es que empezaba un nuevo día. Llevaba los ojos vendados desde mi detención, un martes por la mañana, en la fiesta del amor. La puerta se había abierto seis veces, pero me llamaron solo dos. Debíamos de estar entonces a jueves. Volvieron a abrir y a cerrar. Pronunciaron mi nombre, amanecía otra vez, no estoy seguro. No había hoy, ayer, mañana, noche o día. En la oscuridad constante el tiempo no existía.

Aquello era un error, yo tocaba el violín, que avisaran a Abderramán Munir, a mi madre. Decidle al nuevo que baje la voz, ¿o es que quiere que nos castiguen? Abrieron y llamaron a otros. Arrastraron los pies, les gritaron que se movieran más deprisa. Volvieron a abrir y a llamarme. Abrieron y recé para que se olvidaran de mí. Me hice un ovillo para que no me pisaran. Alguien tropezó, y se desplomó con un gemido. Descorrieron el cerrojo. Y me llamaron.

Sándalo. Lo precedía siempre un perfume amaderado. Acababa de entrar el Pachá. Me quedé inmóvil, empezaría el interrogatorio con un chasquido de los dedos. Como en tiempos de Abderramán Munir, pero no podía ser el mismo torturador, el suyo sería ya un anciano.

—Los brazos hacia atrás —me gritó el guardia.

Chillé cuando apretó las bridas. Entonces sí, el Pachá chasqueó los dedos.

El guardia se retiró y ocupó su lugar uno de los oficiales que me interrogaban habitualmente. Empezábamos siempre con un tema anodino, como dos desconocidos que se ponen a charlar en un autobús.

—¿Y cómo dijiste que se llamaba ese músico?

—Béla Bartók —le contesté.

—No entiendo por qué tocas a ese como se llame. ¿Es que desprecias lo nuestro?

Había mencionado a Bartók en la confusión inicial. Como cada vez, me obligaba a repetir el nombre del compositor. Para que bajara la guardia, me hacía preguntas sobre fútbol, historietas de mi niñez y así se iba acercando a lo que le interesaba: en qué andaba yo metido y con quién. Yo nunca acertaba dijera lo que dijera. Eso no era lo que

les había contado el día anterior; les mentía. Retorcían mis palabras, me enredaban. Otro grandísimo fallo; nuestro concursante de hoy se ha vuelto a equivocar.

Los torturadores eran dos. Los reconocía por el perfume antes de que me preguntaran nada. Desde los guardias hasta el Pachá, todos se perfumaban en exceso. A los desaparecidos no se nos permitía lavarnos. En el suelo estaba mi ropa acartonada y maloliente, la misma con que me detuvieron. Los hombres del Pachá se habían repartido los roles. Me hacían creer que un torturador era cruel y el otro, buena persona. Chico, me caes bien, y quiero ayudarte; no soy como mi amigo. El Pachá nunca decía nada. Se ausentaba, volvía, y se marchaba. Dirigía varios interrogatorios a la vez, eso creo. En su ausencia, todo seguía igual, sin mejoría. Les dejaba unas pautas antes de irse. La punta de un bolígrafo raspaba el papel. El Pachá arrancaba una hoja de una libreta. Sus hombres volvían sobre algo que yo creía zanjado. Me amenazaban con lo que el Pachá podría hacerme cuando se enterase de que no colaboraba.

Un día, a alguien se le escapó el nombre del Pachá. Se asomó a la puerta y dijo que traía el café del Pachá Mahmoud. ¿Cómo dices su nombre? Tienes suerte de que no esté y de que el chico no se entere de nada; mírale, un despojo. Ya puedes tener más cuidado la próxima vez.

Los hombres del Pachá Mahmoud aseguraban que lo sabían todo. No precisaban si se trataba de las pintadas, las manifestaciones, París, los ángeles, los retratos de los chicos tuertos, Abderramán Munir. Un amigo mío había cantado, y si era verdad, ¿qué esperaban de mí? Nombres, lugares, personas. Querían oírlos de mis labios. No entendía a qué se referían. Temía largar, darles una pista y que al tirar del hilo alguien acabara en el sótano conmigo. Ya estaba bien de hacerme el tonto. Dínoslo, suéltalo ya. No sé por qué te empeñas en prolongar el sufrimiento, y todavía no has llegado a lo peor.

—No te hemos traído aquí para charlar de música, ya te imaginas. Te lo voy a leer textualmente, a ver si así te despejas. *Nadie os sigue. La manifestación fue una temeridad. Estaba cantado que os dispararían. Veintiocho muertos. Ya no estoy con vosotros.* ¿No te dijo eso tu amigo? Tú y yo sabemos de qué manifestación se trata. Así es que eres uno de los organizadores.

—Eso es mentira. Ni siquiera estuve en esa manifestación. Yo solo toco el violín. ¿Quién les ha dicho eso? —pregunté.

Sabía de quién hablaban. El viejo me traicionaba, como a su amigo Yasín. Había jurado que me protegería, yo se lo oí, una noche que entró en la habitación y fingí estar dormido.

—Conseguirás que me enfade, Alí, no te va a gustar lo que viene después.

—Le juro que no lo sé.

En las salas contiguas, alguien gritaba que no sabía nada, y yo lo repetía. Ojalá supiera lo que querían que dijese, ¿por qué no se lo aclaraban y que acabara todo? Por la puerta abierta llegaba un eco de mí mismo. Y yo lo repetía: les juro que no sé de qué me hablan. De eso se trataba, si se rompía el detenido de al lado, también me resquebrajaba yo. A veces no sabía si gritaban otros o lo hacía yo.

Llamé a Nora, no me dejes solo.

—¿Te lo refresco? Tú le dijiste, espera, aquí lo tengo: *Si opto por la calle, tiene que ser hasta el final, sin importar las consecuencias. Muerto. Preso.*

—Eso no es así, ya no, hace mucho. A mí lo único que me importa es la música. ¿No les he dicho que me han dado una beca?

—*En la calle hasta el final.* Eso dijiste. ¿En qué estabas pensando, Alí? Planeabas un atentado. Me lo dice mi intuición. No me equivoco nunca.

—No, no —insistí.

—Eso es lo que nos contaron, y me lo creo.

—Miente. Abderramán Munir les ha mentido, ¿es que no lo ven? —grité.

Me había jurado que no les daría ningún nombre, y acababa de hacerlo.

—Nos vamos entendiendo, Alí. Es una buena pieza ese amigo tuyo.

Regresó el Pachá Mahmoud y me entraron arcadas. Giraba a mi alrededor, como un derviche. El Pachá chasqueó los dedos y se oyó un zumbido. Nora, no te vayas, contigo aguantaré lo que sea. Ven, vamos a tocar la *Canción de los campesinos*. Con que sonara la música bien fuerte en mi cabeza, no oiría las pisadas del Pachá Mahmoud. Nora fraseaba la melodía principal. Yo la retomaba rezagado. El viento mecía las espigas. Para tocar bien los *Dúos,* hay que visualizarlos, decía ella. Los grillos despertaban. Los campesinos se echaban a bailar en un corro frenético. El zumbido eléctrico aleteaba, como si dudasen dónde asestar el primer golpe. Nora, mi Nora, qué guapa estaba. Tarareaba la melodía solo para mí y me veían mover los labios. Chico, habla.más fuerte que no te entiendo. En los interrogatorios, como en la música, todo estaba pautado: los ritmos, los silencios y la espera. El torturador bueno quería sacarme del aprieto. Alí, me parece que quieres decirnos algo. No me lo pongas tan difícil. Cuando venga el Pachá no podré ayudarte. Me mentía. El Pachá ya estaba allí. Su perfume lo delataba.

—Alí, no quiero hacerte daño.

Nora. Nora. La llamaba con todas mis fuerzas. Me había escondido entre los árboles. Nora plegaba papel charol en un banco del parque. Riendo, me tendía un conejo verde, un delfín amarillo, un cocodrilo rojo. Mientras Nora estuviera a mi lado, resistiría. El Pachá Mahmoud chasqueó los dedos y la descarga me atravesó el mentón como una navaja. Temblaba, me castañeaban los dientes. No lograba sentarme derecho y me vencía hacia un lado.

—Siéntate bien, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo? Con la cabeza bien alta, es lo que decíais en las manifestaciones.

—Tú nos obligas, Alí. Las cosas no tienen por qué ser así. Ya ves cómo se pone —decía el torturador amigo—. Piénsatelo y nos lo cuentas.

Me dejaron solo. En un momento de distracción, debió de.pasárseme un detalle importante, por eso no entendía lo que querían de mí. En otras salas gritaban también: ¿Qué quieren.que les cuente? Denme una pista, porque no lo sé. A ambos lados del pasillo, otros chicos llamaban a sus madres, a sus novias, a Dios. Dejé de prestarles atención en cuanto regresaron los hombres del Pachá Mahmoud. Alí, ¿por qué nos lo pones tan difícil?

No sabemos quiénes somos hasta que nos llevan al sótano. Me lo había dicho el Profesor cuando no era todavía Abderramán Munir. Yo acababa de soplarles su nombre. Nadie más pudo contarles todas esas cosas. Él tenía la culpa de que yo estuviera allí encerrado. Todo eso de que seguiría resistiendo en las calles había sido antes de París. Ya solo quería dejar Egipto con Nora para siempre. El viejo y yo nos habíamos ido de la lengua para salvar el pellejo; estábamos empatados.

Chascó un mechero, crepitó el papel, olió a tabaco quemado. Quédate, Nora, no te vayas. Grité cuando me quemaron el labio. Grité cuando apagaron el cigarrillo en mi mejilla. Nora estaba ante mí, con el violín en la mano. Le dije que no pusiera esa cara tan triste.

—Yo no he hecho nada. ¿Qué quieren que les diga?

—Así no vas bien. Sabes muy bien lo que has hecho. Con lo hablador que eres con ese amigo tuyo, y a nosotros no nos lo quieres contar. Ya sabes cómo se pone mi compañero cuando.nos mientes.

El puñetazo me volvió la cara. El segundo golpe derribó la silla. Me habían tenido engañado, porque allí no había torturadores buenos y malos. Estaba a su merced, tirado en el suelo, con las muñecas y los tobillos amarrados a la silla. Me clavaron la punta de un zapato en el estómago; sentí que me vaciaba de aire. Nora, no me dejes. Voy a contarte lo que me gusta de ti. Me lo preguntas y nunca te lo digo. Me gustan tus ojos oscuros, cuando se enfadan y cuando ríen. Me gusta

cuando tocas el violín y te olvidas de todo, también de mí. Me gusta que me cuentes cómo será nuestra vida en París. Cuando se cansaron de patearme, enderezaron la silla. Con la lengua, noté el borde afilado de un diente roto. Todavía tenía a Nora en la oscuridad y el miedo.

—Hay que ver cómo te has puesto, Alí. Estás hecho una pena. ¿Nos lo cuentas ahora? —dijo el torturador malo.

—Mejor se lo pregunto yo. Estás cansado, Alí, quieres dormir, pero todavía no hemos terminado. Vamos a hacerlo de otro modo. Te preguntamos y tú solo contestas sí o no. Ya ves lo fácil que es. ¿Estás con el General?

Me quedé mudo, como si no lo supiesen ya. Yo había participado en las revueltas de Mohamed Mahmoud, mi ojo lo decía; más claro imposible.

—No tengo opinión —contesté.

—Error —graznó el torturador malo—. Todo el mundo la tiene.

Imitó una sirena. Como en los concursos de la televisión, se abriría una trampilla y yo caería al vacío.

—Tú eres el de la pintada. Hasta me da reparo repetirlo. *El General es un asesino*.

—Lo escribí.

Negarlo no me habría servido de nada. Se lo había dicho algún grafitero, alguien del barrio, puede que el propio Profesor. Verían que tenía buena voluntad. Si no confesaba otras cosas era porque no había nada que contar.

—Ya nos vamos entendiendo —dijo el bueno.

—Fue por lo de agosto, por eso lo escribí.

Habían muerto en la plaza de Rabaa más de mil manifestantes. La propaganda había corregido los hechos para exculpar a las fuerzas de seguridad. El torturador malo imitó un bocinazo. Grandísimo error, al foso con el muchacho.

—¿Y qué pasó en agosto? Un chico listo no debería creerse cualquier cosa.

El Pachá se inclinó sobre mí. Me repugnó su aliento a café y mentol. Torcí la cara.

—No me has contestado. ¿Qué pasó en agosto, Alí? —dijo el torturador malo.

—Nada —contesté—. No pasó nada.

Me puse a hablarle a Nora, como si estuviésemos en el parque. Era tan real que casi podía sentir el calor de su cuerpo junto al mío, su mano en mi hombro, tan liviana. Desnudo y amarrado a la silla, buscaba la luz de Nora. La llamaba. Crujieron las suelas del Pachá. Me estremecí cuando un objeto metálico me rozó la mejilla. Nora, tus

manos laten entre las mías. Mis dedos acarician las yemas de los tuyos. Ríes y ríen tus ojos. Falta poco para que estemos juntos en París. Cada vez que me inclinaba hacia delante o a un lado, por el dolor y el agotamiento, la corriente me traspasaba el hombro, la nuca, el costado, los testículos. Sería el malo o tal vez mi amigo. El Pachá chasqueaba los dedos y se hacía su voluntad.

—¡No te vayas! —grité.

—No nos vamos, Alí, tú tranquilo —dijo el torturador bueno.

Yo ya no era Alí. Solo era cuerpo, carne, músculos y tendones. Sobre todo, era sed. Cuando me volvía cuerpo, llamaba a Nora y no venía. Me había quedado solo. La música callaba.

Les trajeron café. Hicieron una pausa. Comentaron las mejores jugadas del partido entre el Zamalek y el Ahli. Por el perfume, el Pachá Mahmoud seguía con ellos. Tampoco entonces dijo nada. No hubo para mí ni un sorbo de agua fresca, hasta caliente lo hubiera agradecido. No me veían. Yo no era nadie, nada. ¿Los estás oyendo?, me dijeron la primera vez que descorrieron el cerrojo. Son como bestias. Así vas a terminar tú también, violinista.

—Apesta. Se ha meado. Aquí metidos no hay quien aguante.

Me arrojaron un cubo de agua. Eché la cabeza hacia atrás, con la boca abierta y el cuerpo arqueado, como cuando nos tiraban botes de humo en las manifestaciones. Ya no importaba quién hacía de bueno o de malo.

—Buena falta te hacía, Alí. Así está mejor.

—Ya va siendo hora de que hablemos en serio, ¿te parece?

—Acláranos una cosita. Ese amigo tuyo dijo y cito textualmente: *Yo puedo ayudarte. Los viejos pasamos desapercibidos. Nos dejan entrar en todas partes.* ¿Qué os proponíais? Vamos, Alí.

—No pensaríais matar a alguien, ¿verdad?

—No sé qué tenía en la cabeza. No me lo dijo. Se lo juro.

Les hablaba despacio, estirando cada sílaba.

—No te estoy entendiendo. No te duermas.

Me arrojaron otro cubo de agua. Grité cuando uno de los torturadores resbaló y se agarró a mi hombro.

—Son palabras mayores, Alí. Estás hablando de matar a alguien.

—¡Yo no he dicho nada de eso! —grité—. Es usted el que lo dice.

—Sí que lo has dicho. Será que no lo recuerdas.

—¿Cuál era el plan, Alí?

—No había plan.

—Compadécete de tu madre. No querrás que se pase el resto de su vida esperándote, ¿verdad?

El aroma de vainilla y sándalo anunció su regreso. Grité cuando el

Pachá chasqueó los dedos. Gritaba incluso aunque no me tocasen. Gritaba para ahuyentar el miedo.

—Cállate, Alí. Escucha atentamente. ¿No reconoces esa voz?

No distinguía si los gritos eran de un joven o un viejo, una mujer o un hombre.

—Es un amigo tuyo.

—¿Quién? —pregunté, temiendo que en la sala contigua estuviera Abderramán Munir—. ¿Quién es?

—Gekko, así dice que se llama.

20. Las redes sociales

Salí a despejarme, no pensaba con claridad. Hacía cuatro días que lo buscaba, y Alí llevaba seis desaparecido. Habíamos completado el ciclo de la fiscalía, las comisarías, los hospitales y las oenegés. Por la tarde teníamos una cita con la Comisión por los Derechos y las Libertades. Ya hablábamos de retroceder a la casilla de salida y de reemprender la búsqueda desde el principio. Volveríamos a escribir al Ministro del Interior, al de Justicia, y al General. Con ser pasos necesarios, no me bastaban. De tanto vivir como el Profesor, estaba paralizado. Abderramán Munir habría sabido qué hacer. Había perdido su intuición, su osadía y su lucidez. Fiscalía-comisarías-hospitales-organizaciones de derechos humanos, ¿otra vez? Abderramán Munir no era un fantoche a quien se dice ahora vas aquí y allá, y les besas las manos en agradecimiento. Mi antiguo yo habría montado algo muy gordo. Cruzando el puente, la voz de Abderramán Munir me espoleaba: así no conseguiría sacar a Alí del sótano o donde fuera que lo tuvieran. Tanta emoción me tenía bloqueado.

El caudal del río había menguado. Hacía un calor inusual para el mes de febrero. El cadáver hinchado de un perro sobresalía entre las cañas. Las garzas pescaban entre las botellas de plástico que la corriente había empujado hacia los márgenes. Ya no me resultaba extraño cruzar el puente sin una novela mía debajo del brazo. Había renunciado al ritual. El librero me había dejado recado un par de veces, pero no me presenté. Ya los habría vendido. Alguien estaría leyendo *Cuando duerme la ciudad, Epistolario sin remitente* o cualquier otro libro mío. Abderramán Munir había regresado de entre los muertos, pues que revivieran sus historias también. No quería malgastar fuerzas en batallas inútiles.

Antes de llegar a la ópera, había un puesto que vendía té y refrescos. Lo llevaba un hombre de mediana edad. Había montado un café con unas sillas de plástico. Las había dispuesto en fila, mirando al Nilo, para no interrumpir el paso. En un hornillo, calentaba el agua. Sobre un taburete había un barreño en el que enjuagaba los vasos. Como era temprano, no había más clientes que un chico y yo. Dejé varios asientos de separación. Si buscaba soledad, me molestaba que se me sentasen al lado. A él le pasaría seguramente lo mismo. El té estaba hirviendo y me quemaba los dedos. Deposité el vaso en el

suelo.

Yo no bajaba nunca la guardia. No se sabía nunca dónde estaba el peligro, a veces en una cara amiga que trabajaba en secreto para la policía. La actitud de aquel chico me llamó la atención. Había ladeado la silla y observaba a la gente que cruzaba el puente hacia el Westelbalad y en dirección contraria, Mohandisín. Esperaba a alguien que no conocía; una cita a ciegas, un correo que le traería algún mensaje. Me perdía la imaginación, veía aventuras donde probablemente no las hubiera.

Se había traído un libro. No alcancé a leer el título, pero no estaba en árabe, tal vez fuera un santo y seña. Arrastré la silla, y con el ruido, el joven se volvió a mirarme. Llevaba un ojo tapado con un parche granate. Admiré la originalidad y la valentía. Los chicos tuertos no andaban proclamándolo, al menos los que conocía, que eran unos cuantos. Me lo tomé como una invitación y me senté a su lado, sin pedirle permiso. Lo noté tenso. Se puso a mirar el Nilo, desalentando toda conversación. No veía el momento de escapar o de que yo me fuera. El juego de retenerlo me divertía. Si el chico tuerto accedía a charlar conmigo, ganaba un punto. Si me contaba cómo le había sucedido aquello, me apuntaba dos. Bebí un sorbo y me abrasé el paladar.

—¿Te gusta Milan Kundera?

Era un buen tema para iniciar la conversación. El chico traía *El libro de la risa y el olvido* en inglés.

—No demasiado —contestó—. Esto no parece una novela.

—No la recuerdo bien. Tuve una época muy Kundera.

Coincidir con otro lector del escritor checo debió de sorprenderle tanto como a mí.

—La Primavera de Praga y la nuestra —dije—. Solo que la suya tuvo un final feliz y la nuestra no se sabe.

—Lo mismo yo no lo veo. Tal vez mis hijos, o mis nietos —dijo.

Sabía cuándo me había ganado a un chico tuerto, y el del parche granate se quedaba. Abderramán Munir, *un point.*

—Tal vez te guste *La insoportable levedad del ser* —le dije—. Al final, el protagonista dice una frase muy buena, no se me olvida: *Aquello que vivimos como una desgracia, que destruyó nuestra vida y nuestro mundo, puede ser una oportunidad de ser felices.*

—¿A usted se lo parece? Así que tuve suerte de que me dispararan.

Abderramán Munir, *deux points:* lo habían herido en una manifestación.

—Cuando te hagas viejo, las piezas del puzle encajarán, y le darás a lo que viviste el sentido que más te convenga. No te habrás enfadado,

¿verdad?

No nos habíamos presentado, yo seguía con esa manía. El tuerto era un hijo de las revueltas, como Alí.

—Estuviste en Mohamed Mahmoud, ¿me equivoco? —le pregunté.

Por toda respuesta, se tocó el parche.

—Yo también estuve allí.

Hice como si disparara una cámara imaginaria.

—Lo mismo he visto fotografías suyas.

—Puede ser. ¿Recuerdas a un chico que tocó el violín en Mohamed Mahmoud?

—¿Durante las revueltas? Había mucho jaleo. Lo mismo yo ya no estaba allí.

—Es amigo mío. Está desaparecido. Pensé que a lo mejor os conocíais.

Saqué unas fotografías del bolsillo interior de la chaqueta. Le enseñé primero la que me publicó *Time*. Alí acababa de tocar la *Canción del soldado*. La había ampliado de modo que apareciera en primer plano; no se reconocía el lugar.

—¿De cuándo es?

—Del 20 de noviembre, el segundo día de las revueltas.

—Me hirieron el día anterior.

El chico se encerró en sí mismo. Le disgustaría hablar de aquello.

—Está desaparecido —le repetí.

Le tendí uno de los últimos retratos.

—Es como yo —dijo—. Deberían mover su historia por las redes sociales.

—Sus amigos seguramente lo estén haciendo.

—No me ha llegado nada sobre un violinista. Desaparecen sobre todo estudiantes.

Me estuvo hablando de los casos que corrían por las redes sociales. Jóvenes que detenían en sus casas de madrugada, a la salida de la mezquita, camino de la universidad o después de una fiesta. Y ya no había noticias.

—Temí que te diera reparo hablar conmigo —le dije—. Quién sabe, lo mismo soy un confidente de la policía y Alí, un pretexto para entablar conversación.

—Pues no tiene pinta de soplón. Se los ve a la legua. Son demasiado simpáticos al principio, pero enseguida se destapan.

—Así es que no te parezco simpático.

—No se esfuerza por serlo. Si trabajara para la policía, no me habría preguntado tan directamente por la calle Mohamed.Mahmoud. No es algo de lo que vaya fardando por ahí. Si está usted al servicio de

esa gente, lo hace rematadamente mal, ¿sabe?

—¿Quién iba a contratar a un viejo para tareas de inteligencia? —le dije riéndome.

Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y marcó la contraseña.

—¿Habrá una cuenta sobre su amigo en Facebook? Una como estas. *¿Dónde está Alí el violinista?*

—No sé de esas cosas, pero puedo aprender a publicar.

—Eso está chupado. Lo difícil es crear una comunidad que se movilice por Alí.

—Sus amigos del conservatorio, del barrio, ¿es eso?

—No solo, también gente que no lo conozca. Tiene que compartir fotos y textos que conmuevan, ¿entiende?

—Yo soy escritor, o lo era. Eso no será difícil.

Soltó una carcajada cuando le enseñé el móvil que traía. Era un teléfono con teclas, con las junturas pegadas con cinta adhesiva para que no se desarmara.

—Para empezar, ya puede jubilar ese móvil de la era jurásica y comprarse uno como el mío, ¿lo ve? Con internet.

Usaba una jerga que no entendía bien. En lo que llamaba *muro,* se sucedían las fotografías de estudiantes, con el título *¿Dónde están?*

—¿Ve lo que le decía? Por ahora no nos valdría una imagen en la que se lo vea tuerto. Queremos que la gente se enamore de.él.

Acercó el móvil a una fotografía en la que Alí tocaba el violín con los ojos cerrados. Le colgó el título *¿Dónde está?* y se dispuso a publicarla con una breve descripción.

—Destacará. Es distinto, un artista. ¿Cuántos años tiene?

Se lo solté de carrerilla, como en las instancias oficiales. Alí Fuad. Veintidós, cumple veintitrés en mayo. Estudiante del último curso de violín en el conservatorio.

—Cuénteme cosas que conmuevan a la gente. ¿No decía usted que es escritor?

—Es un chico normal. Ya lo estás viendo, toca el violín.

—Si hubiera algún vídeo en YouTube ensayando o tocando con amigos…

—No lo sé. Toca a Bartók. No es una música popular, que se diga. También está en un grupo, el Fool Jazz Band, y lo mismo por ahí atraemos a gente.

—Nos hace falta algo más personal. Alí en pocas palabras.

Para eso había que conocerlo muy bien. No sabía cuál era su equipo de fútbol favorito. Lo ignoraba todo sobre su infancia y adolescencia. Tampoco sabía qué planes tenía cuando terminara el conservatorio.

—Dijiste que Alí tiene que destacar. Ya lo tienes, el chico sueña con

ser concertista.

Como no sabía qué contar, llevé la conversación al terreno político.

—Ha seguido yendo a manifestaciones.

—Escribimos que es activista y sueña con la libertad y la democracia.

Estaba a su merced. No sabía lo que se estilaba en las redes. Tendría que aprender a utilizarlas cuanto antes.

—¿No será peligroso?

—Eso escriben todos.

El chico traducía lo que le contaba con su vocabulario. Yo debía aprender a escribir de la misma forma, con un estilo fresco y espontáneo, para llegar a un público joven. Ya lo tenía, hablaría sobre Alí como si fuera un personaje novelesco.

—Me fío de tu criterio —le dije.

—¿Y qué más?

—Su padre trabajaba en la ópera. Murió.

—Nos sirve. Ponemos que es el sostén de la familia.

No me lo parecía. Si servía para que la gente se encariñara con Alí, bien valía una mentira y las que hicieran falta. No sabía si llevaba dinero a casa. No debía de ganar mucho tocando en la banda de *jazz*.

—Era un chico que caía bien.

Me corregí. Es un chico que cae bien.

Lo que desconociera debía suplirlo con imaginación. Me puse a contarle quién era Alí. Describí a alguien que me resultaba familiar: yo mismo. El joven Abderramán Munir cuando no tenía todavía de qué avergonzarse. El tuerto tecleaba en el móvil a toda velocidad, resaltando lo que le parecía.

—Estará en algún movimiento, con lo que me dice. Lo tendrán fichado, seguro. No lo detuvieron al azar. Lo vigilaban, y no solo a través de las redes sociales. Tendrían a alguien infiltrado.

Cuando hubo terminado el texto, me lo leyó. «Alí es un estudiante de veintidós años y un activista muy comprometido con la defensa de los derechos humanos y la libertad. Se lo conoce como el violinista de las revueltas. Desapareció en el centro de El Cairo el 14 de febrero de 2014». Eso fue, en resumen. «Dejad que Alí viva su amor por la música. Queremos oírlo tocar. Compártelo y exige al Ministerio del Interior que revele su paradero».

—¿No es demasiado político? ¿No le traerá problemas? —pregunté.

—A mí me parece que ha quedado bastante bien. ¿Lo publicamos?

Le di el visto bueno y la historia de Alí se puso a correr por las redes sociales.

—¿Lo está viendo? Cinco me gusta en un instante —dijo sin apartar

la vista de la pantalla—. Esta historia lo va a petar. Tiene que abrirse una cuenta y crear la página *¿Dónde está Alí el violinista?* Y que los de la seguridad nacional vean que le importa a la gente.

El chico me sonrió.

—¿Y si le creo un perfil ahora mismo?

Eso me ahorraba; no tendría que pedirle el favor a nadie. En un momento, Abderramán Munir ya tenía correo electrónico, cuenta de Facebook y una página que buscaba a un chico violinista.

—Ya está. Ahora sí que existe Abderramán Munir —anunció.

—Ahora sí que existo.

Apunté las claves en el recibo de una tienda. Le di las gracias y nos despedimos. Volví al barrio. Estaba impaciente por comprarme un teléfono de esos y ponerme manos a la obra.

Me dirigía a una tienda de telefonía cuando me entraron escrúpulos. Lo mejor sería borrar el texto que acabábamos de publicar. Era banal, peligroso y no transmitía quién era Alí. Cuando escribía algo, lo dejaba reposar unos días antes de corregirlo y nunca estaba satisfecho. Habíamos lanzado ese texto precipitadamente. Cientos de personas lo estarían leyendo, las fuerzas de seguridad también. ¿Y si perjudicábamos a Alí? Yo no conocía al chico del puente. Podían estar vigilándolo. Tenía que regresar allí. Lo reescribiríamos juntos, nada de política. Diríamos que Alí era un buen chico. Amigo de sus amigos. Y que solo vivía para el violín. Volví sobre mis pasos. Ya veía el café. Aceleré el paso, pero el joven tuerto ya no estaba en el puente.

El maldito teléfono se me resistía. El teclado se desvanecía; tomaba vida propia; escribía palabras que no le pedía.

—¿Cómo va eso, Profesor? Es cuestión de práctica. Para corregirlo, tiene que darle aquí, donde pone *editar*. Le costará al principio. Nos ha pasado a todos.

El camarero lo decía para animarme. Como Alí, había nacido con un móvil entre los dedos. Debía de notárseme el enfado.

—No me rindo. No pienso volver al lápiz, el sacapuntas y la goma de borrar.

Mientras prendían los carboncillos de los narguiles, se sentaba conmigo. Nos habíamos intercambiado los papeles. El profesor era él y lo disfrutaba. Siguiendo sus indicaciones, yo pulía los textos para que no sobrara ni una palabra. Cada frase tenía su porqué, pero el chico desbarataba mis relatos. Me empujaba a desprenderme de las descripciones y hasta de los diálogos en los que hablaba Alí. Cuando pensaba que ya no podía retocar nada más sin estropearlo, me decía:

—Recórtelo, ya verá como queda mejor. La gente no tiene tiempo para tanto texto.

No leerían nada que exigiera más de dos minutos de atención. ¿En qué mundo vivíamos?

—O les engancha la primera frase o nada.

Podía entenderlo porque una novela sigue el mismo principio. La primera frase se te tiene que clavar dentro. Camus había escrito: *Hoy ha muerto mamá.* Y yo: *La última vez que Alí Fuad vio la luz del sol.* El arranque me dejó satisfecho. ¿Dónde estaba cuando se lo llevaron? Debió de gritar: ¡Me llamo Alí Fuad! Se necesitaba tensión dramática y buen hacer para que lo leyeran hasta el final.

Escribía microrrelatos sobre un chico llamado Alí que soñaba con ser concertista y llevaba desaparecido ocho días, y luego diez, doce, y así fueron sumándose.

—Si te preguntan qué hacemos, puedes contarlo —le dije al camarero.

Me convenía que se supiera que hacía campaña por Alí. Si había un chivato en el café, y eso creía, se lo soplaría a algún pachá. Cuando no lo estábamos buscando, me pasaba para otra clase tutorial. El chico me traía un café bien cargado y se sentaba un momento conmigo. Protestaban los clientes y el dueño refunfuñaba. Ya estaba el Profesor entreteniendo al camarero otra vez.

—En los libros será distinto. Aquí no hay tiempo. Rápido, ya. Y que se note que a usted le importa Alí.

Los lectores debían sentirlo como carne de su carne. ¡Podría ser mi hijo, yo mismo incluso! Me metí en la piel de un chico de veinte años. La voz debía adecuarse a la edad y también el vocabulario. Escribía que Alí era un *crack* o que su música *molaba mazo*. En algunos relatos hablaban sus amigos, en otros su madre. Los que más gustaban eran aquellos en los que él era el protagonista. Escribía como un médium. Yo era quien se escondía en un callejón durante el toque de queda y agachaba la cabeza al pasar por un control.

No bastaba con tener lectores. Debían premiar el texto con un me gusta, me entristece, me enfada, y compartirlo hasta que una cadena de indignados gritase: ¡Devolvednos a Alí! Además de emocionar a los lectores, necesitaba que se movilizaran, y era lo más difícil. El camarero me preguntaba cuántas reacciones llevaba. Le decía que dieciséis estaban tristes y ocho, enfadados. El chico echaba la cabeza hacia atrás, con decepción.

—No es suficiente. Necesitamos interacción, comentarios, ¿entiende? ¿Y cuántos seguidores tiene la página?

—Más de quinientos. ¿Te parece poco?

—Se queda corto. Con dos mil, ya se lo pensarán antes de hacerle algo malo. Con cinco mil, ya verá como algún periodista empieza a

interesarse.

—¿Tantos necesitamos?

—No se desanime. ¿Otra fotografía con el violín? ¿Y no las tiene más normales? Para que se reconozcan en él, como si fuera uno de los suyos. Alí jugando al fútbol, con su familia, en la playa, cosas así.

—Salvando a un gato en apuros, montando actividades lúdicas para los niños huérfanos. Un buen chico, vaya.

—No se burle, Profesor.

—No lo hago. Estoy tratando de entender cómo funciona esto.

Fuimos ganando seguidores. Quería creer que Alí estaría a salvo, cuando llegáramos a los dos mil. Ya faltaba poco; habíamos superado los mil quinientos. La voz del muchacho sonaba auténtica. En mis historias, era un personaje redondo, mejorado. Tenía más fuerza que el de carne y hueso. Me tomaba libertades. Alí y Abderramán Munir tenían cierto parecido. Si no sabía algo, lo tomaba prestado de mi propia vida.

—Esto va bien —dijo el camarero—. Las fuerzas de seguridad se habrán fijado ya en su cuenta.

Tenían ojos en todas partes.

III. Hoy es ayer

21. Sin música

Somos veintiséis. Alguien nos contó cuando trajeron a los nuevos. Fue ayer, hace unas horas quizá. Somos veintiséis, con el chico que se muere. Tenemos prohibido hablar entre nosotros, pero los guardias están arriba. Festejan un nacimiento; hay que tener ganas para traer hijos al mundo. Dos guardias dejaron la fiesta un momento para echarnos un vistazo. Abrieron la puerta, y se nos llenó la celda de voces de borracho y del vapor del *bango* y del hachís. Nos contaron en voz alta y volvieron a cerrar. No sé a qué viene hacerlo tan seguido, adónde quieren que.nos vayamos, y el chico menos que nadie. Aquí seguiremos los.veintiséis cuando vuelvan, ebrios y brutales. ¿Seguro que volvieron a la fiesta? ¿A qué iban a quedarse? Vaya miedos te entran. Aprovechemos ahora que podemos hablar. En el pasillo.no habrá nadie vigilando. Les preguntaremos a los nuevos qué noticias traen, cómo fue que los detuvieron y, lo más importante, qué día es. Creen que estamos a 27 de febrero, un día más, un día menos. No los trajeron aquí directamente. Estuvieron en otros sitios parecidos a este, donde solo han conocido la oscuridad.

No sabemos cómo se llama este lugar. Los guardias no mencionaron adónde nos traían. Lo primero son las presentaciones. Les diremos nuestros nombres. Se los tienen que aprender, y eso haremos nosotros con los suyos. Cuando los suelten, podrán decir: Yo estuve con uno que se llamaba Alí Fuad. Ya llevo tres traslados. En este sitio somos números. Aquí soy el 35.286. Repito los nombres para que se me graben. Todos lo hacemos por si alguien faltara y nosotros tuviéramos la suerte de salir de aquí.

Sin nombre es como si no hubieras existido nunca. Los guardias me dicen 35.286, pero yo soy Alí Fuad. Me aprendo los nombres de los compañeros, como antes me supe los de los ángeles. Se me están olvidando; tampoco existe ya el mural de la calle Mohamed Mahmoud. Si vuelven a pintarlo no sé si lo veré, porque vivo en la oscuridad del sótano. Los borraron mucho antes de que me trajeran aquí. Me encerraron el 14 de febrero. Por lo que cuentan los nuevos, han pasado entre trece y quince días. Parecen muchos más.

Los guardias siguen arriba celebrando. No se oyen sus voces ni la radio al otro lado. Detrás de la puerta empieza el mundo de los vivos, el de los guardias. Mucho más allá, sobrevolando los muros, está El

Cairo. Está mi madre. Están Omar y Abderramán Munir. Todavía está Nora. Nos vamos a París a principios de abril. ¿Qué dices, Alí? Ya estás otra vez con ese Abderramán. Ya veréis como les dice que yo solo quiero tocar el violín.

Tranquilo, Alí. ¿No escuchaste a los guardias? Subían las escaleras y se reían. Hasta dentro de un rato no bajarán y nos contarán otra vez. Están de celebración porque ha nacido un niño. No te entiendo, Alí, ¿eso preguntabas? No oíste cómo decían: que Dios lo proteja de todo mal y tú lo veas crecer. Felicitaban a uno de los suyos. ¿Y quién eres tú para decirme que me calle? Le estoy hablando a Alí.

Pregunta uno de los nuevos cómo nos llamamos y de dónde somos. Uno a uno, van diciendo nombres, pueblos y ciudades. Ya lo digo yo por ti. El muchacho se llama Alí Fuad. Alguien dice que somos veintiséis con el chico que se muere, Dios no lo quiera. Entre nosotros no hay ningún médico y, aunque lo hubiera, ¿qué podría hacer? Dejad que lo diga yo. Estoy aquí, escuchadme. No sé por qué me presenta un compañero. Hablan de mí, de Alí. Yo soy el chico que se muere. Se equivocan, yo me voy a Francia. ¿Ha llegado Gekko?, pregunto. ¿Gekko ya está aquí? Lo oí gritar en la celda de al lado. ¿No decís que han llegado los nuevos? Cálmate, Alí, ¿de quién hablas? No me contestan. Eso es que no hay ningún Gekko.

Aporrean la puerta; no es por mí, o sí, no sé. El chico está peor. No vendrán; con la fiesta, no bajarán. Los compañeros gritan: ¡Ayuda, ayuda!

Descorren el cerrojo. Abren la puerta. Nos llaman, y juraría que me pongo en pie. Vete a ver qué pasa con el 35.286, que no contesta. Yo, Alí Fuad, soy el 35.286 y me están llamando. Siento un golpecito en el costado, luego otro en la espalda, y en el brazo. No me palpa el rostro. Me toca con la punta del zapato. Es un guardia, porque nosotros estamos ciegos y vemos con las manos. Se mueve, ¿ves? Pues entonces se queda aquí. Mis compañeros se arrodillan junto a mí, y me cuentan historias, y me tocan la mejilla y la frente. Los dedos dicen que el chico está mal; tiembla de fiebre. La puerta se cierra. Los guardias vuelven a la fiesta.

Digo mi nombre. Alí Fuad. Así sabrán que estoy de vuelta. Cuando nos traen después de interrogarnos, susurramos nuestros nombres. Diciéndolos, sabemos quién regresa y quién no. ¿Qué dice el chico? Su nombre. Cuidado, no vaya a hacerse daño. Me han cambiado de sitio. Ha debido de costarles, porque llevamos las manos atadas hacia delante y los ojos vendados. Me han arrastrado hasta un extremo de la celda, junto a la pared. Ahí está mejor. No lo pisaremos cuando nos llamen.

Cuando me llamen, les diré que todo es mentira. Mi hermano les ha ido con el cuento. Todas esas cosas se las ha contado él. Si tuviéramos agua para que le bajara la fiebre… Dice que le han regalado una pelota roja. No lo llevarán a interrogar en este estado. A mi hermano se le antoja siempre lo que es mío. Quiere la pelota roja y, como no se la doy, se ha chivado. Por eso saben todas esas cosas. Unas son verdad y otras, mentira. Chuto y.digo que ha sido gol. Me empuja. La pelota se me escurre. Nos pegamos. Ya está bien, dice mi padre. Devuélvemela, papá, es.mi pelota. No te la lleves, papá. Yo no he hecho nada; te lo prometo. Tengo frío. Me golpeé la cabeza con los escalones cuando me traían de vuelta. Un guardia me agarraba por los pies, otro por los brazos. Mi cabeza es la maldita pelota.

Me despierta el roce de una cucaracha sobre los labios. Me encojo para que los guardias no me vean por la mañana o cuando sea que pasen lista. No tienen derecho a quitármela; la pelota es un regalo. Estando así, lo dejarán en paz. Dios te oiga, porque tiene mucha fiebre. Callaos; ¿no oís la radio al otro lado? Yo digo lo que quiero; no ha bajado nadie. No hay guardias; están de fiesta.

En la celda no hay silencio. Toses, rezos, resuellos de asmático. El chico gime todo el tiempo, y grita, y no se calla. Suena una música atronadora. Han vuelto los guardias, ¿qué os dije? Se les terminó la fiesta y a nosotros la tranquilidad, porque en cualquier momento entran, y a ver si se calla Alí de una vez. Por su culpa nos castigarán. Nos van a quitar la pelota; escóndela bien. No he sido yo; no sé quién la tiene; se lo juro.

«En el nombre de Dios, clemente, misericordioso». Cuando Ahmed el Nubio recita el Corán, cesan los gemidos. ¿Lo ves? Ya.se ha calmado Alí. Tiene voz de tenor el Nubio. Lo escucho y me sosiego. «Hace que crezcan para vosotros cereales, aceitunas, palmeras, vides y todo tipo de frutas». Recita la Azora de la Abeja, y yo veo los campos, y el pueblo, y al abuelo, que me lleva de la mano por los frutales. Pruébalos antes de que se los coman.los pájaros; esos sí que saben, se van a los más maduros. Los.melocotones están dulces y jugosos. Solo hay campos y la voz del Nubio. Hay que ver lo tranquilo que se ha quedado el chico. «Ha puesto en la tierra ríos y caminos para que os orientéis. Y señales. Por las estrellas se guían». Veo el pueblo de mi abuelo, el río y los caminos. ¿Y qué quieres decirme? Dios, ¿por qué estoy aquí? «Y señales». Algo quieres de mí y no lo entiendo.

No han llamado a ningún número; me habré dormido. Han vuelto los guardias. Por el barullo, están fumados y bebidos. Cuando El Nubio salmodia el Corán, los guardias siempre apagan la radio por respeto. «Ha hecho bajar para vosotros agua del cielo». ¿Y esa música

entonces? El Nubio se ha sentado a mi lado. Me recita al oído: «De ella bebéis y por ella viven los matorrales». Hay que ver lo tranquilo que está Alí. Los guardias se ríen y dan palmas. Luego ya no los oigo, solo el corazón bombeando sangre y al Nubio susurrándome: «Dios, justo, magnánimo, el que todo lo ve».

Descorren el cerrojo y llaman al 35.286. Es el chico, que está arrimado a la pared. Este se nos va si lo subimos. Ya veremos si.aguanta unos días. Pasos, cerrojos, chirrido de puertas, gritos. A mí no, que no me llamen. Los guardias corren el cerrojo, chirrían los goznes. No estoy para nadie. Pasos, cerrojos, chirridos, gritos. En este sitio no hay un pachá que chasquea los dedos. Somos veintiséis. Aquí también hay oscuridad, escaleras y guardias. Antes tenía nombre, ahora soy el 35.286. Cuando digan tu número, Alí, no contestes, quédate quieto, ¿estamos?

Abren la puerta. Van pasando escudillas de plástico con puré de habas frío y un pedazo de pan. ¿Y el chico comerá? Doblo las piernas para impulsarme hacia atrás y apoyar la espalda en la pared. Me ayudan a sentarme. Está mucho mejor, dicen. Lo que Alí necesita es comer bien. Van pasando los platos con cuidado de que no se derramen. Me tiemblan las manos. ¿Puedes, Alí? Les susurro que sí. Las ataduras tienen holgura suficiente para que podamos llevarnos la mano a la boca. Aquí no lamemos los platos como perros.

El hombre a mi derecha lleva todo el tiempo pendiente de mí. Dice que tengo la edad de su hijo, veintidós. Se llama Hamza y es lo más parecido a un padre que tengo y tendré, porque Abderramán Munir, con sus mentiras, no lo fue nunca. Hamza mastica despacio, ruidosamente. En cambio, yo lo devoro todo en dos bocados y no me sacio. Eso es, Alí, tienes que comer y ponerte fuerte. Si el chico está mejor, se lo llevarán arriba. No sé quién lo dice. Me van a interrogar, ¿tan pronto?

Me he quedado sin música. Ya no oigo a Bartók ni la risa de Nora. Con nuestra música me quedaba dormido, y despertaba con los alaridos de los guardias. Yo debía estar en París, pero vivo en la oscuridad.

La primera vez que me colgaron de los brazos, llamé a Abderramán Munir con todas mis fuerzas. Me puse a hablarle como a un amigo. Acabé rogándole como a un hombre santo. Ayúdame, ayúdame, le pedía. Diles que no me meto en nada; a ti te harán caso. Sabrás cómo sacarme de aquí, tú que todo lo puedes. Te deberán algún favor. Cóbrate tu deuda y sálvame. A ti te detuvieron porque estabas en el movimiento. ¿Y yo por qué estoy aquí? ¿Fue por algo que dijiste? Te burlabas diciendo.que yo no entendía nada. ¿De este sitio hablabas?

Aquí me tienes. Ya estamos igualados, como si yo fuera tú.

Llaman al 35.286, Hamza me ayuda a incorporarme

—Cuéntaselo para que te dejen en paz —me susurra.

—No sé qué decirles.

—Sí que lo sabes.

—Se nos va a caer —dice un guardia.

—Yo a este no le toco. ¿No lo estás viendo? Nos pega cualquier enfermedad. ¿Has oído? Tú solito —dice el otro.

Sigo sus instrucciones. A la derecha, al frente y ahora a la izquierda. Peldaño, escalera. Solo puedo pensar: un escalón y luego otro. Ya estamos arriba. Alguien grita que hablaría si supiera lo que quieren. Yo tampoco lo sé. Jugamos a la gallinita ciega. Me hacen girar como una peonza. Alí, Alí, no sabes dónde me escondo. Alí, no me vas a encontrar. Me golpeo la frente con el cerco de la puerta. Me dicen que avance, que me pare, que siga, que me siente.

—El 35.286.

Tengo otra vez los brazos atados a la espalda. Se han marchado los guardias. Hay dos hombres en la habitación.

—Menudas vacaciones te has pegado —dice uno—. Hace unos días desafinabas. Todo mentira. Con la mente descansada, algo bueno nos tocarás hoy, ¿verdad?

No sé por qué lo dice. Me he vaciado de música.

—Eso lo comprobamos enseguida —dice el otro—. ¿Con quién estás? ¿Con el Seis de Abril?

—Con nadie.

—Entonces, ¿con los Hermanos Musulmanes?

—Abderramán, sácame de aquí.

—¿Qué has dicho?

Pensé que le hablaba a Abderramán Munir en mi cabeza.

—Repítelo. No te he entendido. No tenemos todo el día.

—El chico se va a París, ¿no lo sabías? Tocarás muy bien para que te hayan dado una beca.

Aprieto los puños. El hombre se planta detrás de mí. Me agarra la mano derecha y la despliega poco a poco. Hace lo mismo con la izquierda. No me resisto. Separa cada dedo, como en.la canción infantil. *Estrellita, ¿dónde estás? En el cielo y en el.mar.*

—¿Te has fijado en lo bonitos que son sus dedos? Dedos de violinista.

22. Dos viejos amigos

Le hago señas al taxista y grito: ¡Quinto Asentamiento! Le interesa la carrera; desde Tahrir hay una hora de camino, más si el tráfico es denso, y en El Cairo siempre es hora punta. Yendo a un barrio acomodado, trajeado como un señor, esperará una buena propina. Me sonríe y dice: suba, pachá. Se sorprende.cuando abro la portezuela del copiloto, no es lo propio. Como quiera, pachá. Le ha confundido el destino y el disfraz de patrón.

Cuando comenzamos a hablar, el taxista se relaja, pero no deja de llamarme pachá. Tengo una cita con un amigo de los viejos tiempos, aunque amistad no es la palabra que mejor define nuestra relación. El que sirve no puede ser amigo del amo. Gamal me conoció mejor que cualquiera de mis amantes y camaradas, en lo más oscuro y sucio, porque era mi enlace en la.comisaría de Abdín. Desde que se jubiló, es el encargado de.la seguridad en una urbanización de lujo. Me lo contaron en la propia comisaría de Abdín, a la que ha seguido yendo por nostalgia o para presumir. Por eso lo conocen hasta los policías más jóvenes. En el habla egipcia, marcamos las jerarquías. Están *los de arriba* y *los pequeños.* Yo no encajo en ninguna de estas categorías. Soy de clase media, pero siempre estuve con los pequeños. En cambio, Gamal servía a los de arriba y lo sigue haciendo.

—¿No viven en esa urbanización los hijos de Mubarak? —pregunta el taxista.

—Así es.

Me he vestido como es debido. Llevo el sello de oro con las iniciales de mi padre. La ropa es nueva y de cierta calidad, dará el pego. En el bolsillo superior de la chaqueta he hecho bordar una inicial, que recuerda a una marca francesa. Sobresale un pañuelo de seda azul celeste, a juego con las rayas de la corbata. Era una inversión imprescindible para dar buena impresión. Desde que Alí no está, he adelgazado. La ropa me queda demasiado holgada, como un obsequio de la beneficencia.

Después de tantos años, no sé con qué me encontraré. Gamal nunca me rebajó, pero las personas cambian. De tanto codearse con los ricos, puede que se le haya pegado su arrogancia. No estoy dispuesto a arrastrarme, ni siquiera por Alí. Como mucho lo llamaré pachá.

—¿Conocerá el camino? No he llevado a nadie allí.

—Ya me supongo que los de arriba no se moverán en taxi. Preguntamos cuando vayamos llegando.

Le ha quedado claro que soy un impostor, ni siquiera puedo indicarle la ruta. Con este calor no hay quien aguante en la cabina del taxi. Me quito la chaqueta y la corbata con cuidado de que no se deshaga el nudo. El pronóstico del tiempo daba altas temperaturas para hoy. En días así, se enrarece el aire del sótano. Siempre estoy pensando en Alí.

—Déjelo atrás. Acabo de limpiar el asiento. Cuando los días están así, la arenilla se mete por todas partes y los clientes se me quejan.

El cielo está de un rojo sucio por la tormenta de arena.

—Tengo el aire acondicionado estropeado, qué le vamos a.hacer. ¿Bajo las ventanillas? ¿Las prefiere subidas por la arenilla?

Me da a elegir entre llegar bañado en sudor o cubierto de polvo como una momia del museo arqueológico. Ninguna de las alternativas es ideal, pero opto por la segunda. Chequeo el móvil; desde mi cuenta personal de Facebook, trato de localizar a los antiguos camaradas. En la foto de perfil, salimos Alí y yo, sonriendo en el bar Stella. En la portada se me ve de joven, firmando ejemplares de *Cuando calla la ciudad*. Entenderán que el nombre no es fortuito. Soy el mismo Abderramán Munir de su juventud.

—Está usted como los chavales, pendiente del móvil todo el rato —bromea el taxista.

—Es lo que pasa con los juguetes nuevos.

—Estos trastos nos tienen sorbido el seso. Mi mujer y mis hijos ni me miran; se pasan el día dándole al callo.

Mientras la página que exige la libertad de Alí tiene cada vez más adeptos, mi cuenta personal no acaba de arrancar. No tengo más que veinte amigos, casi todos más jóvenes que yo. Solo uno pertenece a mi pasado, el inspector Gamal. Entre mis compañeros de lucha, los pequeños no tienen perfiles en las redes sociales. En cambio, con los que medraron y ahora están en lo más alto lo tuve fácil. No parece preocuparles la envidia y el mal de ojo. Ni conocen la virtud de la modestia. Hacen ostentación de su buena fortuna. Sonríen complacidos en la graduación de sus hijos, siempre en campus exclusivos. Inauguran pabellones oncológicos de los que son benefactores. Son asiduos a las recepciones del General. Me bloquearon de inmediato; no querían vérselas con mi fantasma. No se lo reprocho; mi yo resucitado me asusta a mí también.

—A alguien importante irá a ver —me insinúa el taxista.

—No lo sabe usted bien.

Le dejo con la curiosidad. Compruebo nuevamente cómo vamos de

seguidores. Acabo de publicar un microrrelato sobre Alí, su grupo de *jazz* y sus sueños de concertista. Ya supera las doscientas reacciones, sobre todo corazones y algunos emoticonos apenados o furiosos.

El Cairo es yin y yang. Riqueza y miseria. Futuro y pasado. El mundo de los de arriba y el de los pequeños. El taxi va de uno a otro, como un péndulo. Subimos las ventanillas al pasar por el acueducto; demasiado tarde, el hedor de la basura se nos ha metido en el coche. Decenas de hombres, encorvados por el peso, cargan con neumáticos, entrañas de lavadoras, sillas desfondadas, tablones y todo lo que se pueda reutilizar, reparar, vender, recomponer. Frecuenté el barrio de los basureros en mi juventud. Quise organizarlos para que se levantaran y lucharan por sus derechos. Me vieron como un agitador, un intruso que se había encaprichado y desaparecería en cuanto se aburriera. Me desdeñaron y siguieron con lo suyo.

Tomamos la autopista. La arenilla ha teñido de ocre la ropa que se seca en los balcones. Sobre los dinteles de las puertas, huellas de manos extendidas con la sangre reseca de los corderos imploran protección. En las azoteas, hay cuchitriles con ventanucos. Allí malvive gente que trocó la pobreza del campo por la miseria urbana, y de ello dará gracias a dios. Nunca dejé de mirar el mundo a mi alrededor con los ojos de Abderramán Munir. En todos los años que viví como el Profesor, para los pequeños todo siguió igual.

No se ve a nadie por la calle en el Quinto Asentamiento; no tenemos a quien preguntar el camino hacia la urbanización. Por los altos muros asoman las puntas de los tejados, palmeras y cascadas de buganvillas. Los ojos de las cámaras de seguridad nos vigilan. Pasamos una y otra vez, sin dar con el portón de entrada, ya estuvimos aquí, me suena esa fachada de mármoles y columnas. El taxista sigue todo recto hasta que dejamos atrás las mansiones de los ricos. Pasamos por un cementerio cristiano con sus cruces y sus ángeles. Empieza un barrio sin aceras de casonas grises plantadas en la arena.

Llego a mi cita con treinta años de retraso; no puedo demorarme más.

—No parece que sea por aquí —le digo sin humillarlo—. Se entrará por donde hemos venido, pero nos hemos despistado.

Señalo en un alto la muralla que rodea la urbanización lujosa y, a sus pies, el barrio polvoriento en el que nos encontramos.

—Mira cómo se esconden los de arriba de los pequeños. Les tienen miedo. Levantan murallas para que los humildes no les estropeen las vistas —digo.

Damos media vuelta, circulamos despacio. Allí es, la garita de seguridad está disimulada entre unos magnolios. Mientras me pongo

la chaqueta y la corbata, el taxista maniobra y se detiene delante de la cancela. Le pido que me espere; no sé cuánto me demoraré. Me asomo a la ventanilla y me presento.

—Vengo a ver al pachá Gamal. Soy Abderramán Munir, el escritor.

Tratándose de una visita a los de arriba, me ha parecido que escritor tiene mayor entidad que novelista. Uno de los guardias se comunica con su jefe por el interfono.

—Su visita ya está aquí.

Alzan la barrera. Le indican al taxista dónde puede aparcar. Me bajo del coche. Viene hacia mí un hombre con chaqueta y pantalón azul marino. Camina balanceándose por el sobrepeso. No sé Gamal, yo me he hecho viejo casi sin darme cuenta. Los hijos son el espejo del tiempo y no los tuve. Voy a su encuentro. Los zapatos se hunden en el camino de gravilla, con pequeños chasquidos. Nos damos la mano.

—Dichosos los ojos, ¡Abderramán Munir! ¿Te ha costado encontrar esto? Apuesto a que sí.

—Nos perdimos.

Me indica un edificio de dos plantas con grandes ventanales donde tiene el despacho. No camino a su lado, sino unos pasos detrás; no soy su igual. He venido a pedirle un favor que no puede denegarme. Aquí no hay flamboyanes, como en otros barrios. Debieron de parecerles demasiado vulgares, y en su lugar plantaron magnolios, catleyas y camelias. A ambos lados del camino se levanta una hilera de hibiscos que me llegan casi al hombro, con enormes flores rojas, naranjas y blancas. Gamal vuelve la cabeza y me sonríe. Al rato se gira otra vez como queriendo comprobar que sigo allí, o que soy de verdad Abderramán Munir.

La cristalera del despacho da al jardín.

—Me has dado una alegría, aunque no te lo creas. Creí que estabas muerto.

De habernos cruzado por la calle, habríamos pasado de largo el uno del otro. Tal vez haya sucedido, y hasta más de una vez, cuando Gamal se pasa por la comisaría de Abdín. Somos las caricaturas de nosotros mismos, el gordo y el flaco. Ha echado papada y barriga, y yo estoy hecho un pellejo por la ansiedad y el mal comer. Completo mi dieta con galletas y chocolate, pero sigo perdiendo peso. Nos miramos tratando de recordar cómo era el otro en 1983, la última vez que nos vimos. En la billetera llevo la fotografía en la que Alí escribió: *Este eres tú, Abderramán Munir, y este otro…* para qué insistir. No tengo intención de enseñársela, Gamal ya conoce la historia.

—Estás igual, Abderramán —miente—. Ponte cómodo. ¿Te operaste? Me ha parecido que cojeabas menos.

—No tenía remedio. Me he adaptado, por eso no se nota tanto. Soy un barómetro ambulante.

Espero que no nos pongamos a hablar de achaques como dos viejos.

—Un recuerdo de aquellos tiempos.

—Un recuerdo de tus amigos, más bien.

—No eran amigos míos —protesta—. Yo no lo aprobaba entonces, ni lo hago ahora, y lo sabes. Estaba por eso en tareas de inteligencia.

—Me amenazabas con devolverme al sótano con ellos.

—No lo decía en serio. Era el único modo de presionarte.

Vengo a pedirle un favor. No es justo reprocharle cosas de las que no tuvo culpa y que no pueden cambiarse. Le pregunto por sus hijos en general, pues no recuerdo cómo se llaman.

—El chico entró en la policía y es inspector, como yo. La chica se casó con un funcionario de la televisión. Me han dado seis nietos entre los dos.

No me pregunta por mi familia. Debe de saber que no me casé. No he venido a saludar; estoy impaciente por entrar en materia. Gamal no lo ve así, hemos de charlar primero del pasado, y fingir interés por la vida del otro.

—Te marchaste sin despedirte —dice.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Mandarte flores y una caja de bombones? Después de todo lo que te di, no quisiste liberarme.

—Sigues igual, ya te estás justificando. La edad no te ha mejorado el carácter.

Después de treinta años, es como si reanudáramos la conversación donde la dejamos. Hay cierta camaradería. Si alguien entrara en este instante, no se creería que estuvimos en bandos opuestos.

Sobre el escritorio y los estantes, están expuestas algunas fotografías de Gamal con Hosni Mubarak. Como dos amigos, envejecen a la par. En la más reciente, el anciano presidente lo condecora.

—¿En reconocimiento a tu carrera? —le pregunto para halagarle.

—Así es, me la tomaron el Día Nacional de la Policía, el 25 de enero de 2011. Mira tú por donde, el día que os levantasteis. Supongo que estarías en la plaza Tahrir.

—Sabes de qué pie cojeo, nunca mejor dicho. Estuve en Tahrir los dieciocho días que duraron las manifestaciones. Vaya, no veo ninguna con el General.

El tono es irónico. Ve por dónde voy y me sigue la corriente.

—Es una pena, ¿verdad? No tuve ocasión de presentarle mis respetos. Me jubilé hace año y medio, y me vine aquí. No estoy hecho para quedarme en casa delante de la televisión, o con los viejos

compañeros jugando al backgammon y contando batallitas, como hacen otros.

Supongo que esto último lo dice por mí.

Nos traen una bandeja con café y pastas rellenas de dátil. He venido a pedirle algo que le sorprenderá. Si no está en su mano ayudarme, sé de alguien que tal vez pudiera, pero necesito que Gamal me allane el terreno. Como manda la cortesía, después de un rato de conversación, podré abordar lo que me interesa. Me mira con sorna; sabe lo que estoy pensando.

—Me leí tus novelas, las tres, después de jubilarme. Las encontré en una librería de segunda mano al lado de tu casa. ¿Sabes cuál te digo? No soy un gran lector, que se diga, pero me gustaron mucho. No entiendo por qué no se reeditaron. Habrás seguido escribiendo, ¿con seudónimo?

—Lo dejé.

—No me creo que un escritor pueda dejar de serlo, es como ser policía, una segunda piel.

—Hace poco lo retomé. Escribo sobre ese amigo violinista del que te hablé.

—Ya habrá tiempo para ese asunto. Contigo antes se podía conversar. Siempre tenías algo interesante que contar. Nosotros no hablábamos solo de trabajo.

No me cuesta nada darle a Gamal lo que me pide. Charlaremos de los viejos tiempos. Lo noto contento. Le explico cómo hui de Egipto. Le resumo en pocas palabras mis años en París. Trabajé para un anticuario. Fui guionista de cine y televisión con otro nombre. Regresé dieciséis años después de haberme marchado.

—Temí que me estuvieras esperando en el aeropuerto.

Se ríe. Desde mi regreso hasta las revueltas contra Mubarak, no hay mucho que contar; lo adorno un poco. Le cuento que soy fotógrafo, y de los buenos.

—Así es que echaste de menos nuestras conversaciones —digo.

Nuestras citas eran los jueves en el zoológico, delante de la.jaula de los chimpancés. Gamal les lanzaba cacahuetes a pesar del cartel que prohibía alimentarlos. ¿Qué noticias me traes?, decía mirando a los monos. El escritor tal había concedido una entrevista a un medio extranjero. Se la traía traducida: el régimen salía bastante mal parado. Aquel otro acababa de publicar en el Líbano una novela que aquí le prohibieron. ¿Y de tus otros amigos no me traes nada? Se había publicado un manifiesto de.solidaridad con los huelguistas de Mahala. ¿No podrías ser más preciso, Abderramán? ¿Quiénes están detrás? Venga, dame nombres. Los monos pugnaban por la primera fila y nos

tendían las manos. La huelga no era un asunto menor, porque el textil siempre llevaba la voz cantante. Las protestas podían extenderse a otros sectores. Cuando se nos terminaban los frutos secos, los monos nos enseñaban los dientes roñosos y las nalgas peladas. Abderramán, ya no te esfuerzas como antes. ¿Crees que no me he dado cuenta? Los monos chillaban y nos hacían burla. Las cosas se te pueden poner muy feas, date por avisado. Esto no es un club deportivo del que puedes cursar baja cuando te aburras, pero no quieres entenderlo. Los jefes deciden cuándo se acaba, y ahora te quieren donde estás. ¿O es que quieres volver a la cárcel? O peor aún, ¿al sótano?

—Estabas hecho de otra pasta, Abderramán. Te tenía aprecio, ya ves.

—Era un soplón. No es algo que me enorgullezca.

—Fue a cambio de tu libertad, ese era el acuerdo.

—Eso no era libertad —le contesto—. No me disteis opción. Yo no quería volver al sótano con Chic Chac.

—Eran otros tiempos, Abderramán.

—Los mismos de ahora, solo que a nosotros nos han jubilado por viejos. Y ahora los protagonistas son los chicos como Alí.

Ya está bien de tanto recuerdo. He cumplido, le he dado una alegría, llevamos un buen rato charlando como dos viejos amigos. Ya es hora de hablar del chico violinista y del favor que he venido a pedirle.

—Tú puedes ayudarme a encontrar a Alí.

—Si tanto te importa ese chaval, se parecerá a ti cuando éramos jóvenes.

El único parecido está en los relatos que escribo para las redes sociales. Alí es mejor que yo, porque el sufrimiento no lo ha vuelto peor persona.

—Tendrás contactos en la seguridad nacional —le digo—. Temo que esté donde me tuvieron a mí, o en algún sitio parecido.

—Ya estás enredándome. ¿No me dijiste que es músico? Conociéndote, el chico será una buena pieza.

—No le gusta el General y no se lo calla, como tantos de su edad.

—No me vengas con historias, Abderramán, que nos conocemos. Creía que lo habías dejado. ¿Lo reclutaste tú?

—¿Yo? Ya me estás viendo. Estoy retirado y fuera de combate. Alí es tuerto desde Mohamed Mahmoud. Te he dicho la verdad. Últimamente, lo único que le interesaba es el violín. Quiere ser concertista.

—Los chicos se equivocan —dice Gamal.

Anticipo una parrafada sobre lo descaminada que está la juventud

de hoy. Le contestaré: como la nuestra.

—Esa no es forma —dice.

No sé si se refiere a los chicos o a lo que les están haciendo para que vuelvan al redil.

—No tuve mucha relación con los que hacían ese trabajo. Había cierta rivalidad, y todavía la hay. Los de la seguridad nacional nos miraban a los policías por encima del hombro. No creo que pueda llegar hasta el chico si está donde tú crees.

—Pero Chic Chac sí que puede.

—¿Te estás oyendo?, Abderramán. Estás peor de lo que me temía.

—Nunca te pedí nada, Gamal.

No sé si el verdugo se acordará de Abderramán Munir. Los del sótano debíamos de parecernos. Si piensa en nosotros, que no lo creo, verá al mismo hombre desnudo, con los ojos vendados.

Desconozco qué rango tenía y cómo se llamaba. Lo he estado buscando por Internet. Escribí: *Torturador Chic Chac*. *Torturador que chasqueaba los dedos.* También: *Egipto, torturadores de los años ochenta y noventa*. *Centros clandestinos de detención El Cairo. Oficiales de la seguridad nacional condecorados.* He intentado otras combinaciones, sin resultado. Los torturadores vivirán con discreción, por si alguno de nosotros quiere vengarse. Serán gente corriente, apacibles padres de familia, abuelos cariñosos. No creo que les atormenten los remordimientos. Seguro que no llaman la atención por la calle. No llevan su condición de verdugos escrita en la frente.

Chic Chac puede decirme dónde está Alí. Un hombre así no se retira nunca. Le tendrán aprecio en la seguridad nacional. Sus subalternos irán a visitarlo. Tal vez haya creado escuela con su peculiar método de dirigir los interrogatorios. Habrá un manual de procedimientos con su nombre. Su método se seguirá enseñando en la academia de la seguridad nacional. Alí estará oyendo *chic, chac.*

—He buscado a Chic Chac. Tú sí puedes encontrarlo.

Me mira, no sé si compungido o admirado.

—Me lo debes.

No me rebate cuando le digo que está en deuda conmigo.

—Si es lo que quieres… pero necesitaré tiempo. No te prometo nada. No sabemos si vive, ni si querrá verte, y menos ayudarte.

—No pongas esa cara, Gamal. No tengo intención de matarlo. Todo se desvanece, el amor y el odio —miento—. Solo quiero saber dónde está el chico.

—Pongamos que accede, y no lo creo —dice Gamal—. No sacará al chico de allí. No te hagas ilusiones.

—Ya cuento con eso. Solo quiero que me diga dónde está. De lo

demás me encargo yo.

No me pregunta qué pienso hacer cuando lo sepa.

—Debe de importarte mucho ese muchacho.

Llevo grabado el olor del verdugo. Sé qué perfume usa. Me lo obsequió un amante cuando vivía en París. Me vino una arcada al desenroscar el tapón. No volví a ver al hombre que me lo regaló. Almizcle y bergamota.

—Si acepta, te acompaño.

—A Chic Chac le gustará que vaya solo.

23. El señor Chic Chac

El reloj despertador marca las dos de la madrugada. No logro conciliar el sueño. Dentro de nueve horas estoy citado con Chic Chac. Los gatos bufan en el callejón, están en celo. Los he visto jugar con algún pájaro malherido. Lo voltean con las garras, se lo pasan de unos a otros, lo hacen rodar. Cuando se queda inerte, deja de interesarles. Se comportan como Chic Chac y los suyos. Agarran el cuerpecillo roto con los colmillos y lo depositan a los pies del amo, el oficial de mayor graduación. Mira qué he cazado hoy, al escritor Abderramán Munir. Y nos lo ha contado todo, lo que le pedíamos y lo que no. Seré el pajarillo del señor Chic Chac. Haré lo que me pida con tal de que me lleve hasta Alí; si he de volver al sótano, que así sea.

Esta noche necesito compañía. Cruzo el pasillo descalzo. Giro el pomo despacio. Fayruz sacude las alas y vuelve a dormirse. No despliego el sofá cama por no molestarla, y me hago un ovillo. En esta habitación, que no conserva su olor, me siento más cerca del chico. Aquí duerme, y yo me acerco sigilosamente y me quedo mirándolo. ¿Dónde te tienen, Alí? ¿Estás despierto? Por las hendiduras de las contraventanas se cuela algo de luz y recorta la silueta de Fayruz, como una ilustración de cuento infantil. El miedo me ha calado hasta los huesos. Todo es oscuro y pestilente a mi alrededor, pero Fayruz solo conoce la bondad.

No sé de qué color son los ojos de Chic Chac, si serán fríos, francos, expresivos o estarán nublados por la vejez. No rehuiré su mirada, soy un hombre libre. Sé que lo incumpliré en cuanto estemos cara a cara. Siéntate erguido; habla cuando yo te diga. Chic Chac no me dará nada sin cobrarse algo a cambio. Temo acabar como un perro que tiende la patita mientras su dueño le apunta a la cabeza con una escopeta.

Si no descanso, seré un juguete en manos del verdugo. En el sótano nos privaban del sueño. Cierro los ojos. Me falta el aire. El saco que me cubre la cabeza está empapado. Se me pega a la nariz y a la boca. Vamos, estoy a salvo. El sótano es un sueño-realidad que lleva repitiéndose treinta años. Me ponía a recitar poemas en francés que aprendí de niño. *La alegría llegaba siempre después de la pena.* Ese no era el orden del poema; faltaba una palabra. *Bajo el puente Mirabeau, corre el Sena.* Ya sabes lo que vendrá después si no te portas bien, Abderramán. ¿Cómo seguía? *Y nuestro amor ¿hay que recordarlo? La*

alegría llegaba después de la pena. Había completado otra estrofa. ¿De qué va este? Me parece que está hablando en francés. ¿Se burla?, pues ahora verá. Me desataron los brazos y las piernas, y entre dos guardias me incorporaron. Avancé tambaleándome con los brazos extendidos. El canto de una mesa se me hincó en el costado. Inclínate, no te resistas. *Viene la noche, suena la hora. Los días se alejan y aquí me quedo. Huyen el día lento y la noche.* Los guardias me sujetaron al tablero con las piernas separadas. *Y la noche, y la noche*.

El tráfico es ya más denso en la avenida. Unos borrachos gritan a la salida de los bares. *Is there anything open? Cairo never sleeps, come with us,* les contestan. Los turistas siempre hacen amistades. Su pasaporte les permite comprar alcohol y cartones de tabaco en el *duty free* del Westelbalad. Necesito despejarme. Cierro la puerta con cuidado para que no se despierte Fayruz. Recaliento el café, huele mejor de lo que sabe. Enciendo una lámpara de pie y me acomodo en una butaca para leer un poco. Le he comprado al librero *Tristes trópicos* de Lévi-Strauss en francés. Acabo un párrafo y tengo que retomarlo porque mi mente y mi cuerpo están con el señor Chic Chac.

Ya es de día. Fayruz no se separa de mí. Vibramos a la par y está nerviosa. Envuelvo las semillas del día anterior en papel de periódico para compartirlas con los pájaros de la calle. Renuevo el pienso y le cambio el agua. La tórtola come de mi mano guayaba picada, es la fruta que más le gusta.

—Si no vuelvo, el hijo del tendero se ocupará de ti. Tú tranquila, no te vas a quedar sola.

Soy vulnerable con el estómago vacío. Chic Chac me llevará al límite. Mastico un bocado de pan con queso que no consigo tragarme. Termino escupiéndolo en el cubo de la basura. Dejo correr el grifo y me enjuago la cara. Un hilo de agua me corre por el cuello. Todo se repite, como si hoy fuera ayer. Le acaricio la cabeza, no sé si por última vez, y Fayruz cierra los ojos de gusto.

—No me hagas caso. No voy a desaparecer. Gamal está al corriente y es de fiar.

Camino de Zamalek, voy repitiendo que todo saldrá bien. Los verdugos huelen el miedo, como los perros, pero vengo preparado. Traigo una muestra de perfume. Vuelco el frasquito en la palma de la mano. Me fricciono el cuello, las mejillas, el pelo, ya estoy listo. Prefiero apestar a colonia que a cobardía. Observo la mansión de Chic Chac desde la otra acera. Vive en un palacete del protectorado británico con escalinata, columnas blancas con capiteles floreados a ambos lados de las ventanas y una fachada carmesí. He pasado muchas veces delante de su casa sin que se me dispararan las alarmas.

Las mansiones contiguas son embajadas, tienen cámaras de vigilancia en las cuatro esquinas y soldados haciendo guardia en las garitas de la calle. Rodeando la residencia del verdugo, hay serpentinas en lo alto de las tapias. En el jardín solo crecen macizos rectilíneos y bajos. Si las cosas se tuercen no tendré dónde esconderme ni modo de escapar.

Los guardaespaldas me vigilan detrás de la verja. Chic Chac ha contratado a dos extranjeros fortachones y rubios para protegerlo. No se fía de la gente de aquí. Me presento, vocalizo para que entiendan mi nombre, y me abren la cancela. Me dan indicaciones con más gestos que palabras. *Sir,* el contenido de los bolsillos, en la bandeja. *Yes, I understand.* El detector de metales no emite ningún sonido. *All Good.*

—El móvil se queda aquí —dicen.

Cruzo el jardín, que huele a savia. Acaban de segar el césped y de podar. A los pies de los setos hay montoncitos de hierba y ramas. Voy subiendo la escalinata, cuando se abre la puerta del palacete. Los brazos contra la pared y las piernas abiertas, *sir.* El guardaespaldas me cachea a conciencia. Solo le ha faltado una exploración anal. *You can get in.*

Chic Chac tiene un gusto exquisito y dinero para costearse cualquier capricho. En el recibidor, sobre una mesa circular de patas torneadas, hay una figurita *art déco,* una bailarina de charlestón. Reconozco al escultor, es de Josef Lorenzl.

Me hace pasar a una salita otro guardaespaldas. Aunque es extranjero como los demás, se dirige a mí en un árabe aceptable. Los hombres de Chic Chac van uniformados: chaqueta y pantalón negros, camisa blanca con cuello Mao, todo de buen corte.

—Espere aquí. El señor Abderramán está atendiendo unos asuntos —dice.

Me sobrecoge que el verdugo sea tocayo mío. Malditos Abderramanes, no traemos nada bueno. Me quedo solo. La habitación es rectangular y no tiene ventanas. En esquinas opuestas, parpadean dos cámaras, son los ojos de Chic Chac. Hay una puerta disimulada en el papel pintado, una imitación de los azulejos turcos, con motivos de claveles rojos y azules. Él estará en el otro lado, observándome en los monitores.

No hay más mobiliario que dos butacas damascenas de marquetería, con una decoración alambicada de flores y estrellas. El guardaespaldas no me indicó que tomara asiento, así que me quedo de pie. Sé cómo ha de comportarse un invitado. Miro al frente, en posición de firme, esperando órdenes.

No sé cuánto tiempo llevo aquí.

La puerta se abre.

—Adelante.

A este guardaespaldas no lo conocía. Chic Chac es una celebridad de la seguridad nacional; no escatiman recursos para protegerlo.

La puerta se cierra. Percibo ese perfume amaderado que tanto aborrezco. La oscuridad es casi total, salvo por un círculo de luz sobre el tablero de una mesa.

—Acércate —dice el verdugo.

Los ojos se amoldan a la noche. Van precisándose los contornos. Ya distingo su figura detrás de una mesa imponente. Al otro lado, la butaca vacía es para mí, Abderramán, el reo.

—Siéntate —dice.

Levanta el brazo articulado de la lámpara y me apunta a la cara. Veo máculas amarillas y rojas que se expanden y se retraen. El círculo de luz señala nuevamente hacia el tablero. Chic Chac está sentado en un sillón de ruedas, no sé si de enfermo o de oficina. Lo desplaza ligeramente hacia la oscuridad.

Abre y cierra un cajón. Suena el chasquido de un mechero Zippo. Lo entreveo unos segundos cuando enciende el cigarro. Nariz plana, como tantos egipcios, orejas grandes de viejo, gafas de pasta con cristales oscuros, pelo blanco y abundante. Me decepciona que su cara sea tan anodina.

—Acércate más. Mis ojos están enfermos. Así está mucho mejor. ¿Cómo quieres que charle con una sombra?

Tiene una voz agradable que no me trae recuerdos.

—Tuve muchos invitados, pero pocos dejaron huella. Cuando ese inspector amigo tuyo me dijo que querías verme, no caí. ¿No recuerda al escritor? Haber empezado por ahí. El escritor que hablaba francés. Es curioso que te hicieras amigo de un madero. Así les decís, ¿verdad?

Parece que le alegra mi visita. Intuyo que me hablará con nostalgia de los buenos tiempos, cuando él estaba en activo y.yo, en el sótano. Se me ocurre que lo tiene todo ensayado. Sobreactúa. Estoy alerta, para cuando haya que darle la réplica. Me sé el papel, aunque hace mucho que no soy invitado suyo. Es su maldita obra, y es mi vida, y tengo miedo, y está en juego la libertad de Alí. Por el chico, aguantaré el *show* hasta el final.

—Fuiste tú quien me puso ese mote tan ridículo. No vayas a negarlo. Sería por esto, ¿verdad?

Chasquea los dedos. Acaba de decirme que tiene problemas de vista. ¿Distingue el temblor de mis manos? El verdugo no ha perdido práctica, ¿se comunica así con sus guardaespaldas? Un chasquido, y le traen el periódico, la bolsa de agua caliente, el café. Chic, chac. Temo

que alguno de sus hombres se abalance sobre mí para atarme a la silla. Chic, chac. Y suene el zumbido de la electricidad.

—Te has sobresaltado. ¿Qué vas a tomar?

No espera contestación.

—No me lo digas. Un café cargado y sin azúcar.

Chic Chac pulsa un timbre. Aún no sé si está jugando conmigo o desvaría.

—Era poco probable que un antiguo invitado se presentase en mi casa. Por si acaso, tomé medidas, ya te habrás dado cuenta, nos lo exige la Dirección General.

Los guardaespaldas lo protegen de fantasmas como yo. Nos profesa el mismo miedo que le tuvimos a él.

—Pensé que querías liquidarme. Ese viene por mí. Hay que tener mucho odio para acercarse hasta aquí. Quiere pedirle algo, me dijo ese policía amigo tuyo. Me desarmaste, la verdad. En la vida de un jubilado hay pocas sorpresas.

—Si hubiese querido matarlo no habría esperado tanto tiempo.

El invitado que fui no le habría contestado de ese modo. A cada respuesta incorrecta, le seguía un castigo. ¿Me reprenderá ahora o chasqueará a los dedos? Estamos a oscuras, pero esto no es el sótano, aunque a Chic Chac se lo parezca. Podría marcharme ahora mismo si quisiera.

Llaman a la puerta con dos golpes secos.

—Agacha la cabeza. No me mires —me ordena.

Y yo obedezco. Se extiende la claridad cuando abren la puerta y las tinieblas cuando la cierran. Tintinea la porcelana.

—Espero que esté a tu gusto —me dice—. Es una mezcla especial, arábica y robusta a partes iguales. Solo tienes que decir que vienes de mi parte. Conocerás la tienda. Pasas por allí todos los días. Está junto al café Bustán.

He tenido últimamente la impresión de que me vigilan. Chic Chac no dice nada mientras paladea su café. He de rehacerme, tomar la iniciativa, romperle el guion. Quiero escapar de aquí cuanto antes, con una certeza —el lugar donde tienen a Alí— o una burla —invitado, ¿creías de verdad que te ayudaría?

—Si me permite, Pachá, ya conoce el motivo de mi visita. Busco a un chico.

Le hablo con la cabeza gacha, como me ordenó.

—Un chico tuerto, eso me dijeron. ¿Y es muy amigo tuyo ese Alí Fuad? Ya debe serlo. ¿No es demasiado joven para ti? Pensé que a tu edad te gustarían más maduritos. No contestas. ¿No es amigo tuyo o no es demasiado joven para ti?

Reconozco al oficial de la seguridad nacional. No me equivocaba, un verdugo lo es para siempre.

—Soy responsable del chico. No tiene padre.

Me presento como un amigo de la familia, algo así como un mentor.

—Eso no es lo que me han contado. Te encariñaste con el muchacho. Le empujaste. Se metió en lo que no debía y ahora te remuerde la conciencia.

—Deje que le explique.

La lengua se me pega al paladar, no he tocado el café. No.pienso suplicarle, si usted quisiera ayudar al muchacho, a sus pies, Pachá. Mira lo que me hiciste y en qué me convertí después del sótano.

—Está desaparecido —le explico, lo matizo, lo empeoro—. No sabemos nada de él. Podrían tenerlo en algún centro de la seguridad nacional.

—¿Con nosotros? Así que es un chico malo y está metido en las mismas cosas en las que andabas tú. No sé si podré ayudarte, ¿por qué debería? No es de los nuestros.

—Solo quiero saber dónde está, y usted tiene un nombre en la seguridad nacional.

Es el único halago del que soy capaz.

—Con unas llamadas mías, esperas averiguar dónde está tu amigo Alí.

—A usted no se lo negarán.

—Ya sabemos lo que quieres tú. Algo me tendrás que dar a cambio. Es lo justo. Ya te lo suponías.

Hace una pausa, solo por el suspense, ya que no espera respuesta. Este es su terreno, como lo era el sótano, y él decide las reglas.

—Te pregunto y contestas, como cuando éramos jóvenes. Y si me satisfacen las respuestas, ya veremos.

—Cuando quiera.

Vamos allá, acabemos de una vez. No me ha explicado cómo me puntuará ni si penalizará las respuestas que no le agraden. Le habla al Abderramán Munir del pasado, y yo me yergo. Miro a Chic Chac de frente, a su sombra más bien.

—No voy a preguntarte si crees en Dios, ni qué hiciste en París, ni por qué volviste. Eso no me interesa. Guardo copia de los mejores expedientes. No te sorprenderá que conservara el tuyo. Te quedaste sesenta y ocho días con nosotros.

—No se me olvida.

—Nos diste mucho trabajo. Tuviste a mis hombres haciendo horas extras.

Tal como lo cuenta, mis torturadores cumplían con su trabajo, como funcionarios eficientes y entregados. Los invitados no éramos más que expedientes por resolver.

—En esos sesenta y ocho días no nos contaste nada de interés.

—Será que no sabía nada.

—No seas modesto; tú no eras un mindundi. Algún secreto tendrás.

—¿Algo que no les dije entonces? ¿Es eso lo que quiere que le cuente? Ya no recuerdo.

Como en los interrogatorios, le pregunto qué quiere que le diga, porque no lo sé.

—Me has entendido perfectamente. Tu secreto, invitado, eso quiero. Todos guardamos uno.

—Le juro que no lo sé.

—Vamos, tiene que haber algo que no le hayas contado a nadie y siga atormentándote.

—Entonces, ¿me ayudará?

Me prometí que no me rebajaría y le estoy suplicando, como un niño. Por Alí firmaré mi confesión.

—Eso depende. ¿Ya vas haciendo memoria?

—Yasín. ¿Quiere que le hable de Yasín?

De todos mis errores, solo uno me quita el sueño.

—Vendí a Yasín. Mi mejor amigo.

En la oscuridad del sótano, yo llamaba a Yasín. Al principio se acordaría de mí, con el tiempo cada vez menos. Así hacen los vivos con los muertos. Durante el juicio, lo busqué entre el público. Le escribí desde la cárcel. Estuve en su casa cuando me soltaron. Se había mudado sin dejar dirección. Una tarde, yendo en autobús, me pareció verlos. Se detuvieron delante de un escaparate y al reflejarse en la cristalera, ya no tuve dudas: eran Yasín y Nelly. Iba a gritarle al conductor que me abriera cuando Yasín la besó en el cuello.

Una historia tan banal no puede ser la confesión que Chic Chac me reclama.

—No me gustan las mentiras —dice el verdugo—. No nos vendiste a nadie.

—Fue después de la cárcel. Me habían indultado. Yo era informador de la policía.

—¿Y ese es tu secreto? Mucho me temo que no podré ayudarte.

—Detuvieron a Yasín por lo que les conté.

A Chic Chac no le importa nada mi secreto. Me quiere a mí, derrotado, porque no lo estuve en el sótano. Cierro los ojos y se lo cuento. Éranse dos amigos inseparables y una chica que se llamaba Nelly. Yasín era a quien yo más quería y me traicionó.

—Reanudé la amistad, como si nada. La ficción se me daba bien. Fui montando una historia para que lo detuvieran. No quería que le pasara nada malo. Sí que quería. Que se muriera. Y se murió.

—¿Ves lo fácil que era? Tantos años con ese peso. Así es que quieres que te ayude a encontrar a Alí Fuad, el violinista. El que.hace pintadas contra el General.

Gamal no ha podido contarle lo del grafiti. No le veo la cara al torturador, pero apuesto a que sonríe. Ya tiene lo que quería: mi rendición.

—No vale mucho eso que me has contado. Para ser escritor, es una historia vulgar, pero eres valiente, eso no hay quien te lo quite.

Ahora me dirá que no está en su mano o que ya me avisará en cuanto sepa algo.

—Está en Lazoghli —dice.

Alí.

En la oscuridad del sótano.

En Lazoghli.

La luz me ciega, cuando salgo al jardín, igual que cuando dejé el sótano. Me cubro los ojos con la mano y entreabro los dedos poco a poco.

—*Sir, your phone* —dice un guardaespaldas.

Tengo cuatro llamadas perdidas de Gamal. En cuanto traspaso la verja, me entran arcadas. Vomito en la acera, mientras me enfoca una cámara de seguridad. Chic Chac la estará gozando.

Hay una furgoneta blanca aparcada en la acera de enfrente. No lleva matrícula. Me ha estado esperando. Quisiera echar a correr, pero siento un tirón en la pierna, como si se me hubiera abierto la vieja cicatriz. Extiendo el brazo y paro un taxi. En cuanto se pone en camino, me vuelvo. Compruebo que no nos está siguiendo la furgoneta blanca. Alí, ya sé dónde estás: en la oscuridad, en Lazoghli.

24. Tú no eres yo

Llevo días acordándome de Natalia, la fotógrafa española. Conoce a periodistas en el extranjero, y yo necesito una campaña internacional para sacar a Alí de Lazoghli. Natalia, dónde te metes. No tengo su teléfono, porque no somos lo que se dice amigos. El Profesor prescindía de amistades, pero Abderramán Munir necesita aliados para salvar a Alí. Como si respondiese a mi llamada, la distingo de pronto entre el gentío, al otro lado de la avenida, inconfundible con su pelo corto y rojo, y la falda hasta los tobillos, como concesión a las costumbres.

—Natalia —grito—. ¡Natalia!

Apenas me oigo en el barullo del tráfico. Avanzamos en paralelo. Camina deprisa, me cuesta sincronizar mis pasos a los suyos y temo perderla. Tuerce a la derecha, y yo extiendo los brazos para imponerme a los conductores, que frenan en seco. Se asoman por las ventanillas y me increpan. Viejo chiflado, es que no tengo ojos en la cara, que se me queme la casa, o mejor, a ver si me atropellan y me mandan para el otro barrio. En cuanto piso el bordillo, acelero, aunque no debería. Desde mi encuentro con Chic Chac, vuelvo a resentirme de la pierna. Cuando fuerzo, un dolor punzante me atraviesa la carne. Me ha parecido que Natalia giraba en esta esquina. La he tenido tan cerca y se me escapa.

Me detengo delante de los escaparates. Apoyo una mano en la cristalera y, de puntillas, la busco entre los maniquíes. Me asomo a los portales y le pregunto a los conserjes si han visto a una *hawagueya* pelirroja de pelo corto. Se encojen de hombros. Por esta calle no ha pasado, o desconfían y se lo callan. Debo parecerles un acosador, un embaucador que vende cruceros, o lo que es peor, un demente.

—Se le ha caído el móvil y quiero devolvérselo —les miento, enseñándoles el mío.

Estoy por rendirme cuando la percibo en un restaurante. El camarero se deshace en atenciones; es la única clienta, y además extranjera. Le toma nota y al verme, me tuerce el gesto, porque me he arrimado a la cristalera. Gesticulo para atraer la atención de la fotógrafa. El hombre trata de ahuyentarme como a un mendigo, con un gesto despectivo de la mano. Le preocupa perder su propina si le monto una escena a la pelirroja. Empujo la puerta y la señalo.

—La señorita me está esperando.

Retiro una silla y me siento a su mesa, sin pedirle permiso, lo mismo la importuno, ni saludarla. No hay tiempo para cortesías.

—¿Puedes conseguirme un reportaje en un periódico español?

Me mira entre divertida y curiosa. Con Natalia, siempre voy al grano. No salgas con la cámara, no vayan a tomarte por.una espía. Ponte a cubierto, con ese pelo rojo eres el blanco perfecto, y he visto francotiradores en las azoteas. Huyeron por Bulaq, sígueme. Esa era nuestra normalidad durante las revueltas, hasta que prohibieron las manifestaciones. Preciso la pregunta.

—¿Conoces a algún periodista extranjero que quiera escribir sobre Egipto?

Como si fuesen mis últimas palabras, le hablo sin tomar aliento. Alí-el-grafitero-tuerto-al-que-tú-conoces-y-recordarás-seguro-y-es-amigo-de-los-pintores-de-ángeles-el-que-escribía-que-el-General-es-un-asesino-está-desaparecido-y-lo-tiene-la-seguridad-nacional-en-Lazoghli-y-ya-sabrás-lo-que-es-ese-lugar-y-que-está-cerca-de-aquí-en-una-plaza-agradable-con-una-estatua-en-el-centro.

—¿En Lazoghli? ¿Está seguro? —me interrumpe.

—Me lo dijo alguien de la seguridad del Estado. No puedo desvelarte de quién se trata. Lo que quiero es una campaña internacional, con artículos en la prensa, y reportajes en la televisión. Tú puedes ayudarme, Natalia.

Me cuenta que tiene amigos periodistas en España y Francia, a quienes podría interesar el tema de las desapariciones. Eso sí, habría que montarles una historia con garra, porque Egipto ya no es noticia.

—Alí no es un activista conocido, como Ahmed Douma o Alaa Abdel Fattah —dice.

—Los pequeños también cuentan. Un chico que tocaba en las manifestaciones y lo dejan tuerto. Un chico que sueña con ser concertista y desaparece. ¡Esa sí que es una buena historia! No me des falsas esperanzas. ¿Puedes conseguirme artículos sobre Alí?

—Sobre desapariciones, más bien. ¿Le decepciona?

Insiste en que el enfoque debe ser general: los desaparecidos. Hablaremos de Alí sin que sea el protagonista, al menos al principio. No me satisface la propuesta, pero acepto porque habla en plural: reportajes, entrevistas, artículos.

—¿Y la madre querrá que la entrevisten? ¿Nos enseñará la habitación de Alí? —pregunta.

—No creo que haya problema. Es una luchadora. Os.gustaréis.

Le cuento que llevamos casi tres semanas buscándolo. En ese tiempo, hemos conocido a las madres, los padres y los hermanos de

otros muchos desaparecidos.

Hacemos planes durante la comida. Quedamos unos días más tarde, en un café de la isla de Zamalek, porque es un barrio en el que no nos conoce nadie, ni siquiera de vista. Para entonces tendré la conformidad de otras familias. En los reportajes siempre se hablará de Alí, junto a dos o tres desaparecidos más, que irán turnándose. De las fotografías nos encargaremos Natalia y yo. Las entrevistas podrían hacerse por videollamada. Nosotros traduciremos. Madres, hermanos, amigos y abogados. Y, sobre todo, Umm Alí.

Cuando llego al café Bustán, estoy eufórico. Según empujo la puerta, busco a Saleh con la mirada. Estoy impaciente por contarle que empezamos una movilización que será internacional. Para que prenda la llama de la solidaridad, se necesita tiempo y perseverancia. Extiendo el brazo, ¡Saleh! Ya me imagino a las orquestas sinfónicas y a los músicos de cámara pidiendo tu libertad después de cada concierto. Llevo todo el camino hablando contigo. Alí, Alí. Te doy fuerzas como tú me las das a mí. Me he visto con el mismísimo diablo para encontrarte. Ahora que sé dónde te tienen, no pararé hasta que pises el asfalto, ¿no llamáis así a la libertad?

La mesa del ventanal está ocupada. Me han dejado sin oficina desde que no vengo tan a menudo. Saleh espera turno para echar una partida de backgammon. Me dice que ya solo busca entretenimiento; no le apetece calentarse la cabeza con las tácticas del ajedrez. Le pongo al corriente, alzando la voz para que en las mesas contiguas todos sepan que hay una campaña en curso por tu libertad. Si hay un soplón en el café, y estoy seguro de que así es, correrá a la comisaría. Les dirá: no sabéis la que se está montando por el violinista tuerto.

—La fotógrafa española, ya sabes, la pelirroja, nos va a conseguir entrevistas en el extranjero. Hemos estado hablando de un programa de televisión —exagero para que se anime, porque últimamente lo noto decaído.

—Ya era hora de tener buenas noticias.

Recalco las palabras *prensa extranjera* y *televisión*. Cambiamos de liga; ahora el campeonato es internacional y el trofeo, tu liberación. Uno de los jugadores se gira y nos hace un gesto con la mano, enhorabuena, adelante. Los demás no se atreven. Por mi alegría inusitada, el dueño intuye que hablamos de algo importante y se aproxima.

Nos pregunta qué tal va todo y si ya ha aparecido el chico.

—Los medios extranjeros van a escribir sobre el amigo del Profesor —le cuenta Saleh.

—Es una buena noticia. Dios sea loado.

—Los mejores periódicos, como lo oyes. Es preferible no pregonarlo por ahora. Ya sabes cómo es la gente, habla más de la cuenta —le ruego.

—Soy una tumba.

Si quieres que algo se sepa, basta con decir que es un secreto. Vuela, vuela a la comisaría. Cuéntales que el viejo y el taxista están montando una gorda por el chico tuerto, ese por el que nadie daba una libra. El dueño nos dice: ánimo, eso está muy bien. Se nota que no sabe qué decirnos, porque enseguida se despide y se pasea por las mesas en las que se juega al backgammon.

—No falla, algo les comentará.

Mientras me traen el café, releo mi último relato; es sobre Lazoghli. Lo he escrito en primera persona, como si yo fuera tú. Tu sótano debe de parecerse al mío. A veces me parece que tú eres yo, y es lo último que quiero. He descrito mi miedo y mi oscuridad. En el relato, estás atado a una silla. Oyes los pasos del agente que dirige los interrogatorios, el crujido de las suelas sobre las baldosas. El hombre no dice ni una palabra. Tiemblas cuando chasca los dedos. Ya lo tengo bastante pulido; no hay casi nada que corregir. Cuando me ve absorto en las redes sociales, Saleh nunca me interrumpe. Voy con cuidado, no quiero precipitarme publicándolo; lo releo; funcionará, seguro.

—Necesito un *like.* Es sobre Lazoghli.

—Dalo por hecho.

La televisión está encendida. Como es habitual, Saleh y yo no le hacemos el menor caso. Una música marcial interrumpe la emisión. La locutora saluda a los telespectadores y anuncia solemnemente una primicia: «Las fuerzas de seguridad han salvado al país de un gran peligro». El camarero sube el volumen. «Nuestra nación se ve amenazada y todos debemos arrimar el hombro». La presentadora dice esto último con voz llorosa. Hace una pausa para que asimilemos la noticia. Me anticipo a sus palabras como si fuera un ventrílocuo y ella, mi marioneta.

—Pesa sobre nuestro país una amenaza terrible, pero las fuerzas de seguridad velan por nosotros —le digo a Saleh en un tono aflautado—. Algo así dirá.

Suenan los primeros acordes del himno nacional. Los clientes están atentos a la pantalla. Se interrumpen las partidas. Hay un murmullo de inquietud, ¿qué habrá pasado? Solo se oye el tintineo de las pinzas que remueven los carboncillos y el burbujeo de los narguiles. No hago caso. Estoy pendiente de las reacciones al relato sobre Alí en el centro de torturas. Esos programas de televisión solo pretenden meterle miedo a la gente para someterla.

Detrás de mí, alguien grita:

—Mirad, es el chico que nos preguntaba cómo se llamaban nuestras madres.

—Claro que sí, es el chaval que juega al ajedrez con el Profesor.

—¿Cómo va a ser? Se le parece, pero no lo es. ¿No ves que no está tuerto?

—No se le ve el ojo, pero es él.

El chico se te parece, pero no puedes ser tú. Saleh arrima su silla a la mía.

—Alí, es Alí —dice.

—¿Qué le han hecho, Profesor? —me preguntan.

No contesto. Sé lo que estamos viendo. Acaban de sacarte del sótano.

Sois seis chicos, más o menos de la misma edad. La cámara os muestra de uno en uno, sin enfocaros de cuerpo entero para que no veamos que os tiemblan las manos. Apoyáis la espalda a la pared, que está forrada con paneles de madera. Ese fondo oscuro resalta vuestra palidez. Hace casi tres semanas que no ves la luz del sol. Os balanceáis; se os nota el esfuerzo por manteneros erguidos. Tenéis los ojos enrojecidos y exageradamente abiertos; los párpados hinchados.

—Los han drogado —dice Saleh.

Es por la falta de sueño, pero me lo callo. No es el momento para explicaciones. Aún no he asimilado lo que estamos viendo, ni sé qué implicaciones tiene para ti.

Habláis al dictado, sin naturalidad. El guionista no sabe cómo os expresáis los jóvenes, o le da igual que sonéis impostados.

La cámara se desvía hacia una mesa en la que se exhiben machetes y armas de fuego, manuales para la fabricación de explosivos y planos de edificios desplegados. En el suelo hay unos bidones azules y naranjas con nombres de compuestos químicos escritos en inglés y turco.

—Me dijo que nos enviaban a Turquía para adiestrarnos en el manejo de explosivos —dice uno de tus compañeros.

Me alegra que no seas tú. Cuando te llegue el turno, espero que no digas nada que te incrimine. Con suerte, estarás tan machacado que tus palabras no tendrán sentido. Bien sabes que no te deseo nada malo. En este momento, solo quiero que te fallen las fuerzas y no leas la confesión que han escrito para ti.

Allí estás. Quisiera ver tus manos de violinista, pero la cámara te encuadra hasta el codo. Un mechón te cubre el ojo derecho, como cuando sales a pasear. El regidor del programa no quiere que los telespectadores te vean tuerto, no sea que aparten la mirada

espantados, no vayan a apiadarse. Señores y señoras, vean de qué es capaz el chico violinista, con lo inocentón que parecía.

Por si alguien acabara de incorporarse al programa, una voz en *off* retoma el titular de la noticia: «Se ha desmantelado una peligrosa célula terrorista. No debemos bajar la guardia porque el enemigo acecha entre personas de lo más corrientes». El enemigo son estos seis chicos. El enemigo eres tú, Alí.

«Que no les lleve a engaño su juventud. No merecen compasión. Esta célula se componía de químicos, contables, estudiantes, jóvenes de los que uno no sospecharía. Uno de ellos es violinista».

Con esta última frase te presenta. No miras a la cámara. Lees un texto sin comas ni puntos, despacio, como si no fuera tu lengua materna. Tienes un incisivo roto. Tiritas. Eres un anciano en un cuerpo de joven.

«Conocí a Ahmed en una manifestación», dices. «Ese día yo tenía clase en el conservatorio. Llevaba la caja del violín al hombro. Ahmed dijo que allí se podía esconder una pistola».

No sé quién es ese tal Ahmed, nunca me hablaste de él, puede que tú tampoco lo conozcas. Pareces un enfermo psiquiátrico, atiborrado de pastillas para que no le haga daño a nadie, ni a sí mismo.

«Ahmed me dijo que yo tenía mucho que aportar al movimiento porque no sospecharían de un músico».

Pierdo el hilo. No sé de qué más te has acusado.

—Esto no se lo cree nadie. Habla así por lo que le han hecho —dice Saleh.

—Lo que ha hecho, querrás decir, y no es poca cosa. Tan manso como parecía… —le contesta uno.

—Solo le ha faltado contar que se reunían en este café para comprometernos a todos y mandarnos al infierno —dice otro.

No hay más infierno que aquel en el que tú estás. La voz en *off* te señala: «Parecía inofensivo. Estudiaba violín en el conservatorio».

La persona que te ha denunciado está aquí, en el café, mirando la televisión. Acaba de ocurrírseme. El delator podría ser uno de los que pide que Dios nos guarde. Uno de los que repite: ¿no os pareció raro que el Profesor anduviera con el chaval? O ese otro que se da importancia y proclama: os avisé de que el chico tuerto estaba metido en algo turbio.

Como cierre del programa, suena una marcha militar. La voz en *off* proclama: «Dios salve a Egipto. Dios salve a Egipto. Dios salve a Egipto».

El camarero cambia de canal. Elige un concurso de talentos musicales. Con el programa de variedades, retoman las partidas. Para

ellos, nunca pasa nada.

Cuando me levanto, la silla se bambolea y se desploma. Me dirijo hacia la puerta. El perro percibe mi agitación y se aparta. Ni siquiera me despido de mi amigo taxista. No he pagado la consumición, y no me dicen nada.

—¡Dejadlo tranquilo! —grita Saleh.

Camino sin rumbo. Podría moverme por este barrio con los ojos vendados y no me perdería. Como tú, Alí, sé cómo suena y huele cada calle. Cruzo una avenida sin mirar, y los coches se paran. Tuerzo una esquina y otra. Recorro las calles y la gente se.echa a un lado; me deja pasar por loco. A voces, voy hablando contigo. Alí, tú no eres yo. Ni vas a serlo. No lo permitiré.

25. Me llamo Bartók

Lo de antes ha sido un ensayo. Nos ha costado, pero vamos bien. Lo primero es que les diga mi nombre. No es que no lo sepan, pero se lo tengo que decir yo; es el procedimiento. Eso es fácil. Alí Fuad. Me he quedado sin palabras, como antes sin música, por eso repito lo que me dicen, o asiento. Hice esto y lo otro. Así me reclutaron. Conocí a tal persona. Los nombres son lo más difícil, así es que paciencia si me trabo y los digo mal.

—Lo has hecho muy bien, Alí. ¿Ves qué fácil? Luego no te puedes retractar. Como nos lo has dicho, así se lo tienes que repetir al fiscal, sin cambiar una coma, ¿estamos?

Me leen los cargos tan rápido y con tantas palabras que no lo entiendo todo. Estuve en tal y cual sitio. Soy miembro de una agrupación ilegal. He difundido noticias falsas. He debido de caerles bien, después de todo. Podría haber sido bastante peor, pues no me acusan de atentar contra edificios o personas. Lo demás se refiere a complots en los que no llegué a participar porque me detuvieron a tiempo. Ellos me salvaron para que siguiera siendo un buen chico. La única verdad es que me llamo Alí Fuad; a veces no estoy seguro ni de eso.

—Ahora tienes que firmarlo.

He cumplido con mi parte. Ahora les toca a ellos; no debería de volver al sótano. Se burlan, hay que ver lo que se nos resistió el músico. Me plantan un bolígrafo entre esos dedos de violinista tan bonitos que da gusto verlos y tocarlos, esos dedos que tocan a Bartók, o como se llame. Bastaba con agarrárselos y decirle: Alí, ¿has oído cómo crujen los huesos al romperse? Suenan crac, crac.

Sujeto el bolígrafo con el puño apretado, como un analfabeto que no sabe firmar. Una mano me guía. Tienes que agarrarlo así, me dicen. Aquí está el papel y firmas a esta altura. Vamos, ¿qué te pasa? ¿Es que eres zurdo? Les digo que no; me cuesta porque los dedos no obedecen. Con los ojos vendados, no sé si podré, la verdad.

—¿Y cómo quieres que firme así? No nos vale un garabato. Ya sabes lo que pasa después con los abogados, luego dicen que si no es la firma y si no estuvieron ellos presentes.

—De todas formas, no parecerá suya. Ya ves cómo le tiembla el pulso.

—Quítale la venda y acabemos con esto.

Aunque me dieran la oportunidad, no podría leer la confesión. No sé cuánto tiempo llevo en la oscuridad. El tubo fluorescente del techo me abrasa las pupilas como un soplete. Del fondo del ojo saltan chispazos amarillos, rojos y azules. Luego veo unos manchones blancos que se expanden y se encogen como medusas.

—¿Qué pasa? No tenemos todo el día.

Les digo que no veo, como si no lo supieran. Me tapo el ojo bueno. Entreabro los dedos poco a poco para hacerme a la.luz. Al principio solo percibo un rectángulo borroso, sin párrafos, frases o palabras. Tengo delante tres folios. Cuando me lo estaban leyendo, me imaginé un documento más extenso.

—Es aquí. Olvídate de lo demás. Aquí es donde tienes que firmar.

Me señala un punto casi al final del folio. Sigo protegiéndome de la luz con la mano. Entre los dedos separados, leo: *Hecho en El Cairo el 5 de marzo de 2014*. Hace tres semanas que me detuvieron. Hubiera jurado que eran muchas más. Después, vuelven a vendarme los ojos. Me habían prometido que no regresaría al sótano, ¿no piensan cumplirlo entonces? Me guían con toquecitos en la espalda.

—Todo recto. Pasillo. Ahora escaleras —dicen—. Los peldaños de uno en uno.

Tropiezo y recupero el equilibrio. Bajamos, subimos. Torcemos a la derecha y después a la izquierda. Subimos. Bajamos. Huele a lejía y a ambientador de jazmín. Tomamos un ascensor.

—¿Al sótano? —pregunto.

Si no vuelves allí, eso es que has muerto, te han trasladado o has confesado. Los sigo por un laberinto de pasillos. Nos detenemos. Descorren un cerrojo. Ahora sí me quitan la venda. Estoy en una celda individual. Un camastro, un lavabo, un retrete. La puerta se ha quedado entornada. En el pasillo, reconozco las voces de los dos agentes que me han tomado declaración.

—No habrá tiempo de que se recupere. Lo digo por los demás, no vayan a pensárselo y a resistirse cuando recobren las fuerzas. Hay que grabar ya.

—Esperamos unos días, ¿no ves cómo se encuentra? Así no lo pueden ver, de ninguna manera. Por los demás no te preocupes. No van a desdecirse, para eso estamos nosotros.

Hablan de otros chicos que al principio les decían a todo que sí. Llevan unos días fuera del sótano. A los agentes les parece peligroso alargar la situación. Los chavales no tenían voluntad, pero algunos se están viniendo arriba. Nos tienen separados por si uno está más entero y les infunde ánimos a los demás. Como Hamza me daba valor a mí.

Como nos lo daba el Nubio cuando recitaba: «Ha puesto en la tierra ríos y caminos para que os orientéis. Y señales».

Cuando vuelven a entrar, es como si no les importase que les vea las caras. Será que no volveremos a encontrarnos, que no saldré de aquí o que nadie me creerá si lo cuento.

—Lo que nos dijiste lo tienes que grabar.

—¿Para la televisión?

Vaya tontería he soltado; ahora se burlarán.

—Eso he dicho. Te va a ver tu madre.

¿Y si no lo hago bien? ¿Y si no lo repito al pie de la letra? Siento que el que habla no soy yo. Este cuerpo no es mío. Estos deditos de violinista son de otra persona. Me empeño en ejercitarlos, arriba y abajo; se me han dormido.

—Sabrás lo que tienes que decir. Te ayudaremos.

En la oscuridad me los imaginaba más repulsivos. Los agentes no son ni guapos ni feos, nada que destacar. Uno es más alto y el otro, más fornido. Son de lo más corriente, tienen dos piernas, dos ojos y dos brazos. No sabré describirlos cuando salga de aquí. Cierran la puerta sin explicarme lo que vendrá después. Los oigo hablar de nosotros.

—Les damos un tiempo y se hace como estén.

Las voces se alejan y se apagan. Golpeo la pared con los nudillos por si alguno de los chicos estuviera al otro lado. Si responden con otros golpes, podremos hablar a través de la puerta cuando no nos vigilen, como hacíamos en el sótano. Me dirán cómo se llaman, cuánto hace que están en estas celdas y qué quieren los agentes de nosotros. Silencio. No insisto. No querrán problemas, ni yo tampoco.

Cuando descorren el cerrojo, me espero lo de siempre: puré de habas con pan y agua. Me dejan una bandeja en el suelo, junto a la puerta. Además del puré, hay un cuarto de pollo, arroz con fideos y pan. El cuerpo me pide descansar, pero me han dicho que coma, y yo cumplo. Me siento en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la bandeja sobre las piernas. Desmigajo el pollo para que me dure más. La mirilla se abre y se cierra de continuo.

Me tumbo en el camastro hecho un ovillo. Me siento intranquilo sin la respiración de otros presos. El Nubio no recita. Hamza no está a mi lado diciéndome que soy como un hijo. Nadie protesta: callaos, nos van a castigar. Hablo en voz alta porque hay demasiado silencio.

—Tú, ¿qué estás diciendo? —me grita un guardia.

No puedo más, habladme, por favor. Lo he debido de gritar sin darme cuenta. ¿Cuándo conoceré a los demás chicos? No quiero estar solo aquí. Busco en la bandeja algo con lo que defenderme. No hay

cubiertos. Si rompo y afilo un hueso de pollo, ¿sería un arma mortal? No sé cómo ha podido ocurrírseme. No me veo atacando a nadie, si casi no me tengo en pie. Sonrío. Es mi primer acto de rebeldía.

Descorren el cerrojo. Me traen una muda limpia. Me llevan a ducharme. Dicen que he dormido mucho y se me ve más recuperado. Ya me toca tener aspecto de persona. Desde que me detuvieron, llevo puesta la misma ropa. Unos vaqueros y una camiseta con el lema *Love is love*. Ni los vagabundos apestan como yo. Me lo gritaban en los interrogatorios: no hay quien aguante encerrado contigo.

Un guardia se queda en la puerta de los baños. El otro me acompaña dentro y dice:

—Cuidado, no vayas a caerte. ¿Puedes?

Yo solo me valgo; no quiero que me toque un tipo de esos. El sol ha debido de calentar las cañerías. El agua de la ducha sale templada.

—Date prisa. El agua se corta sola.

Me siento en el plato de la ducha para no resbalarme. El jabón no hace espuma. Levanto los brazos con dificultad, una pierna y la otra. Me enjabono y palpo las costillas. Soy todo huesos. Tengo ronchas y costras en todo el cuerpo. Me restriego para arrancarme el olor del sótano, aunque tenga que despellejarme. Cada movimiento duele. El chorro está ahora helado y me perfora la carne. Me peino con los dedos. Tengo el pelo enmarañado; me arranco mechones al tratar de desenredarlo. ¿No dicen que van a grabarme para la televisión? Así no puede verme mi madre. Al tratar de incorporarme, me escurro. Apoyo los antebrazos y las palmas abiertas a la pared, pero me deslizo y no consigo ponerme de pie.

—Vete terminando —dice el guardia—. Ya te van a cortar el agua.

Parece buena persona. Le he juzgado mal. Por el modo en que me miró hace un momento, le doy lástima. Volvió el rostro. Será que no ha visto a muchos tuertos. Será que se avergüenza. Tiene edad para ser mi padre. Por respeto, me da la espalda.

—Perdone, no me puedo levantar —le digo.

Comprueba que no lo estén mirando y me tiende el brazo. Mientras me seco, me miro las piernas, el torso, los brazos. La toalla araña. Tengo quemaduras por toda la piel. El chándal que me han dado raspa y huele a humedad. Esto no es un hotel; aquí no usan suavizante de brisa marina.

Los agentes se asoman a mi celda. Esto es otra cosa, ya casi estás presentable. Dicen que tengo mejor aspecto. Debo engordar un poco y listo. A ver si se me va ese temblor para que puedan grabarme.

No sé cuánto tiempo me quedaré aquí, pero quiero dejarles una señal a los que vengan después, cuando pueda tenerme en pie sin

marearme. En esta celda estuvo Alí Fuad, el violinista, o mejor, aquí estuvo Bartók.

Me parecieron al principio columnas de hormigas que trepaban desde el suelo hasta donde alcanza el brazo. Al acercarme, leí nombres, fechas, poemas. Busqué entre las inscripciones a gente que conociese. A Gekko también se lo llevaron; lo oí gritar, si me dijeron la verdad. No estuvo en esta celda. Por aquí han pasado muchos y han escrito sus nombres para que yo los lea. Yo también quiero que sepan que aquí estuvo el violinista que tocaba los *Dúos* de Bartók. Con las yemas de los dedos, palpo las cicatrices de los muros.

De rodillas, me pongo a escribir *ain lam ya, Alí*. Con las uñas, grabo una letra y otra. Estos deditos de violinista no tienen fuerzas, así es que me ayudo con el hueso de pollo. No me atrevo a pensar en lo que me harán si me lo encuentran. Dirán que tenía un punzón escondido. Escribo lentamente por esta debilidad del cuerpo que no parece mío. Estoy pendiente de los sonidos del pasillo por si vinieran los guardias. Salvo que se presenten, podré trabajar cuanto quiera, porque no caerá la noche. Aquí tampoco existe el tiempo, pero de otro modo; nunca apagan las luces. Me enrosco en las mantas cuando quiero oscuridad. Ya llevo escrito *Alí Fuad* y la fecha de la confesión. Otros.han indicado una profesión, un mote, un barrio. Yo quiero contar mi historia en unas líneas. Escribo *Bartók,* como si fuera un alias. Añadiré: *el violinista tuerto de la calle Mohamed Mahmoud.*

—¡Alí Fuad! —gritan.

Han entrado mientras dormía y me llaman. Vuelvo a tener nombre.

Me entregan ropa limpia y seca. Me sientan en un taburete y me afeitan a navaja. Los agentes asienten; he quedado bien. De allí me llevan a una sala de reuniones que han transformado en plató de grabación. Me retocan como para un anuncio. Me corrigen las ojeras y disimulan las marcas oscuras de la electricidad con fondo de maquillaje.

—Lo que nos contaste, eso tienes que decir, pero más sencillo.

—Cuando te llamen, te vas allí para que te graben.

Una cámara de vídeo con trípode apunta a la pared. Al lado hay un caballete en el que un hombre escribe a rotulador.

He llegado el primero. Cuando entran los demás, nos miramos sin reconocernos. Hemos cambiado mucho o no nos habíamos visto antes. Hay sillas desperdigadas por la sala, pero no nos sentaremos hasta que nos lo ordenen. Nos balanceamos como espantapájaros en una ventisca. Cuando uno se apoya en la pared, los demás le imitamos. Dejamos un espacio entre cada uno. Somos seis chicos que esperan en el paredón a que los ejecuten. No hablamos entre nosotros. Parecemos

clones con esas camisas de cuadros. Seis zombis exhaustos. Seis cáscaras vacías.

—Silencio mientras se graba.

No será por nosotros, que estamos mudos.

Nos van llamando. Nos colocamos delante de la cámara. Leemos unos cartelones. Ya me toca a mí.

—Mejor como estaba antes, apoyado en la pared. No le enfoques las manos, ¿no ves cómo le tiemblan? Este es el violinista.

Espero oír: ¡Acción! Patata, con tu mejor sonrisa. Lo que dicen es:

—Lee despacio.

—El ojo que no se le vea.

—Soy Alí Fuad.

—Todavía no. Hablas cuando yo te lo indique. Lo que tienes que decir está aquí escrito. ¿No necesitarás gafas? ¿Lo ves bien?

—¿Me toca ya? Ahora sí. Soy Alí Fuad.

Se ha encendido una lucecita roja. Hablo despacio, recalcando las palabras. Van pasando las hojas del caballete. Han escrito mi parte en letras grandes. No puedo fallar. ¿No dicen que.todo el mundo va a vernos? Mi madre, Abderramán Munir, mis amigos. Quiero que sepan que estoy bien y que no se preocupen.

—Conocí a Ahmed en una manifestación. Dijo que en la caja del violín se podían esconder muchas cosas: una pistola, un cuchillo, unos planos.

Ahmed era mi enlace; que me perdone, no lo conozco de nada. Todos le acusamos, aunque de distintas cosas; es lo que nos han escrito. Cuando terminamos el rodaje, toca sesión de fotos. Es para la promoción de la película, que tendrá un rotundo éxito de audiencia.

—Mirando a la cámara, con cara seria.

Estamos detrás de una mesa, arrimados los unos a los otros. Veo fajos de divisas extranjeras, armas, planos, fotografías de edificios.

—Ya casi hemos terminado.

Otra más, venga, chicos, estáis quedando estupendos. Esta superproducción nos va a llevar al mismísimo infierno.

—En marcha —dicen—. Nos vamos de excursión.

—Vais a la fiscalía, ni se os ocurra desdeciros.

En el aparcamiento subterráneo, nos hacen subir a un furgón, esposados. Hay otras personas en las banquetas. Nos sentamos donde podemos. Miramos al frente, al suelo, adonde sea por no vernos reflejados en el espejo de los demás. Los ventanucos están elevados y sucios. No alcanzo a ver las calles de El Cairo.

Apoyo la espalda en las paredes del furgón y el metal está frío; es pronto por la mañana. El rumor de la ciudad me abraza como una

madre. Los escolares cantan el himno nacional en el patio de un colegio.

Esperamos a que nos llamen en un pasillo de la fiscalía. Cada uno va esposado a la muñeca de un compañero; me ha tocado con Ahmed. Avergonzado, le digo que lo siento. No es culpa mía, dice. Nos damos ánimos el uno al otro. Rozo sus dedos. Tiembla más que yo, como si la electricidad se le hubiera quedado dentro. Tenemos los labios cuarteados por la sed; ¿nos darán de beber antes de declarar? Me sueltan la muñeca. No me he dado cuenta de que me llamaban. Nos deseamos suerte. Ahmed ahora está esposado a un policía.

Entro custodiado por dos agentes. Aunque hay una silla vacía delante del fiscal, me tienen de pie.

—¿Alí Fuad? —me pregunta.

Con mirarme, el fiscal entendería lo que me han hecho, pero solo le interesan los papeles que le han traído. Lee mi confesión, supongo. Empieza a dictar sin darme la palabra. El fiscal pregunta y responde. Alí Fuad, ¿hiciste tal cosa? El acusado reconoce que difundió noticias falsas en las redes sociales. No estoy aquí para otro interrogatorio; ya he confesado. Por lo menos no menciona a Abderramán Munir, ni a ninguno de mis amigos; me quedo más tranquilo. Lo que dije en el vídeo es lo único que cuenta; soy miembro de una célula clandestina. Agarro el bolígrafo que me tiende el secretario, se me escurre de los dedos. Cierro la mano para firmar, como un niño que hace garabatos.

Ahora podré descansar. En el furgón, vuelven a esposarnos por parejas. Me han separado de los chicos. Será ya mediodía, porque la chapa del vehículo se ha recalentado. A pesar de la sed atroz, estoy adormilado.

—¡Abajo, abajo! —gritan.

El detenido al que me han esposado es mucho más alto que.yo. Se gira para que bajemos de lado. Me sujeta con el brazo libre.

—No te vayas a caer. Cómo te han dejado, chaval.

Bajamos los peldaños abrazados, como para echarnos un baile. Cuando nos quitan las esposas, los chicos nos buscamos.con la mirada. Juntos, nos ponemos a la cola del registro. No traemos objetos personales. Firmamos el formulario de admisión. Las ropas que llevamos no son reglamentarias. Los presos preventivos, como nosotros, van de blanco. Nos entregan chándales de ese color, raídos y con olor a persona, hasta que nos visiten nuestras familias. ¿Y eso cuándo será?

Estamos en el mismo pabellón, pero en distintas celdas. No sabemos dónde se han llevado a Ahmed. Nada más entrar, me presento a mis nuevos compañeros: me llamo Bartók. Algunos me

saludan, otros no. Somos dieciséis. Aquí dormimos, cocinamos y cagamos. Del grifo sale un agua turbia, con sedimentos. Solo me mojo los labios.

—Chico, acércate.

Dos hombres de mediana edad me hacen un hueco. Me han salido dos hermanos mayores. Me protegen. Me aconsejan. Uno estuvo de inmigrante en un país del Golfo. Lo llaman el Kuwaití con ironía; allí todos son ricos y a él lo encarcelaron por deudas. El otro es médico; como yo, está acusado de pertenecer a una agrupación ilegal. Duermo entre los dos.

—Me gusta tu apodo —dice el Kuwaití—. Alí hay muchos, pero Bartók solo uno.

Hoy, ayer, mañana, no se distinguen. Por lo menos, aquí hay noche y día. Yo no me quejo, como otros; se nota que no vienen del sótano. Apenas hablo. Observo y escucho. Ya sé a quién es mejor evitar y con quién podría juntarme. Los reclusos nuevos despiertan curiosidad. Traen noticias, anécdotas y chistes hasta.que se les acaba el repertorio. A los zombis como yo nos ignoran. No se atreven a preguntarnos cómo es el sótano. No lo quieren saber, ni yo contarlo. Les hablo de París.

Salimos de la celda dos horas al día. Busco a los chicos. Están en un corrillo charlando al sol. No saben cuándo vendrán los abogados.

—Bartók, te van a mirar mal como sigas juntándote con los zombis. Tienes que integrarte, ¿entiendes? —dice el Kuwaití.

—Yo también soy uno de ellos —le contesto.

A los que venimos del sótano nos llaman zombis, espectros, conchas vacías. Hasta que nos recuperamos, supongo, y llega otra tanda de ojos de muerto.

—¿Cuándo podré ver a mi madre?

—¿Ya estás otra vez con esas, Bartók? Hasta dentro de diez días, por lo menos, no va a ser. En cuanto los de arriba te vean mejor —dice el Kuwaití.

—Si sigues con los ejercicios, antes de lo que te imaginas, ya verás —dice el médico—. Paciencia. Dios proveerá.

—Mejor que los primeros días ya estás. Suerte que este te ha puesto las clavículas, o lo que sea, en su sitio.

—Hombros dislocados, así se llama —dice el médico.

Me quedo en la celda mientras los demás tienen visita. Cuelgan bolsas de plástico de unos clavos, como murciélagos dormidos. Allí guardan los presos lo poco que tienen. Un peine. Un gel de ducha. Un tablero de backgammon. Una carta y unas fotografías que los guardias les dejaron pasar. Un libro que por fortuna no requisaron. No hay ninguna bolsa con el nombre de Bartók. No tendré nada mío hasta que

venga mi madre. Me prestan lo que necesito.

Vuelven los afortunados y se monta una fiesta. Las familias alimentan a los presos. Los compañeros comparten su comida con los que no hemos tenido visita. Hoy por ti, mañana por mí. Lo de uno es de todos.

Salgo al patio con el médico y el Kuwaití.

—Os veo luego. Toca ejercicio —les digo.

Todavía me tiemblan las manos, así es que me las meto en los bolsillos del chándal. Por disciplina, doy seis vueltas alrededor del patio. Tengo que mejorar, para ver a mi madre. Los primeros pasos son los que más cuestan. Ando despacio porque.me tambaleo. Paso a paso, no quiero tropezarme y que se burlen. Después de un rato, camino con mayor seguridad, entonces acelero. Estoy cogiendo ritmo cuando oigo que ahí va un zombi. Creo que va por mí. Un compañero de celda me agarra del brazo y dice:

—Bartók, ahí tienes otro zombi. Acaba de llegar. Lo han traído de donde estuviste o de un sitio parecido.

Me acerco al nuevo por si supiera algo de los que se quedaron en el sótano. Está sentado en el suelo, cabizbajo. Escribe en el cemento con el dedo índice. Quiero protegerlo, ayudarlo como hicieron conmigo, explicarle cómo son las cosas aquí. Le saludo. Levanta la cabeza. Me mira. Y yo le pregunto:

—Gekko, ¿eres tú?

—Alí —dice—. Alí.

26. Uno para todos

Nos encaramamos a los bancos de la sala del tribunal en cuanto terminan los fotógrafos. Primero van las madres, las esposas, las niñas y los niños, las hermanas. Luego les toca a los padres, a los hermanos, en este orden más o menos. Espero la vez para charlar contigo, si es que a esto se le puede llamar conversación. Los hombres no se demoran por pudor, no vaya a brotarles la pena. Saludan y, cohibidos, ceden el sitio. Eso me deja más tiempo para estar contigo del único modo que nos permiten. Nos comunicamos con carteles. Yo llevo los míos debajo del brazo.

Los primeros días, cuando aún no habían insonorizado las jaulas, pudimos hablar con vosotros. Tu madre se acercó a saludarte y yo me quedé en segundo término, esperando. Cuando me pegué a los barrotes, me echaste una mirada extraña, avergonzada. ¿A qué vienen esos ojos cargados de culpa? Les diste mi nombre, pues aquí me tienes; no vinieron a buscarme.

Las jaulas de los acusados están a ambos lados de la sala, pero solo las de la derecha están ocupadas. Es un juicio menor, con treinta y dos inculpados. La abogada dice que hemos tenido suerte. A veces procesan a más de trescientos, las jaulas se abarrotan y muchos acusados no tienen dónde sentarse.

Esta mañana no nos permiten subirnos a los bancos más cercanos para charlar con vosotros. A partir de la quinta fila, ya podemos. A esta distancia, no alcanzaré a leer tus labios, pero el ángulo es de los mejores y te veré con claridad. Desde aquí, los destellos de las bombillas no se proyectan en el cristal, como en un caleidoscopio.

Ya os hablan las mujeres. Levantan a los niños pequeños en brazos. Traen novedades desde la última vez que os visitaron en la cárcel. Después de los saludos, despliegan los carteles. Me piden a veces que los escriba yo para que no se mofen los agentes. A vosotros no os importará cómo estén escritos, si la letra es torpe o hay faltas de ortografía. Hubo una boda, un nacimiento, alguien encontró trabajo. Los pequeños enseñan dibujos con soles, casas y papás. No sé si estas noticias os traen alegría o nostalgia. Estáis en la jaula, pero para los de fuera, la vida continúa, como en aquella novela mía sobre unos presos que no tienen a quién mandar las cartas que escriben. Cuando acaben las mujeres, me tocará a mí.

—Echadle una mano al abuelo de Bartók.

—Arriba, arriba.

—Yo puedo —protesto con dignidad.

Al verme, tus compañeros se hacen a un lado. Estás en el centro, sonriendo. Te saludo y te pones a tocar para mí, como el.día del retrato en la calle Mohamed Mahmoud. Deslizas el arco y los dedos por las cuerdas. Cierras los ojos y te balanceas al son de una música que solo tú escuchas. Con tu violín imaginario me dices que te han llegado las partituras de los *Dúos* de Bartók.

Solo hay tres fotógrafos en la sala; este no es un juicio sonado. Entre los acusados no hay ningún activista conocido. Natalia lo ha estado siguiendo desde el primer día. Ante la novedad de que te pongas a tocar, los fotógrafos se saltan la cola, desplazan a las familias, trepan a los bancos y disparan sus cámaras.

—Es mi hijo —le dice tu madre a Natalia.

—¿Qué tocará con tanta emoción?

—A Béla Bartók. En la cárcel lo llaman Bartók —le explico.

—Alí tenía una beca para París. Lo detuvieron el día que fue a sacarse el pasaporte —dice tu madre.

La verdad es que no sé nada de ti. No me anunciaste que te marchabas. Detrás de ti, tus compañeros parecen una orquesta muda que espera los acordes del primer violín para ponerse a tocar. Viéndote así, con los ojos cerrados, parece que tocas de verdad. Ya no hay ujieres, ni policías, ni fotógrafos, ni magistrados, ni fiscales. En la jaula solo estáis la música y tú. Mientras los *Dúos* de Bartók permanezcan dentro de ti, sé que resistirás.

Las agencias compraron las imágenes del violinista enjaulado. Al día siguiente, estás en *Le Monde, el New York Times, The Guardian, El País.*

—Como usted quería —dice Natalia—. Una campaña internacional.

En la siguiente vista, los fotógrafos egipcios son legión. Les venderán sus fotos a las agencias. Conforme avanza el juicio, las embajadas europeas mandan observadores. Van haciendo aparición los corresponsales exteriores y las organizaciones internacionales de derechos humanos. Como es costumbre, saludas a los fotógrafos tocando el violín. Este es ahora el juicio del chico músico.

Solo tienen ojos para ti. Si con eso pueden salvarte, dales el espectáculo que te piden. Cuando trabajaba para el inspector Gamal, quedábamos en el zoológico, delante de la jaula de los chimpancés, que nos tendían la mano para que les lanzáramos cacahuetes. Si uno era más simpático o más osado, recibía más que los demás. Alí, tú eres el mono gracioso que tiene enamorados a los medios de comunicación.

Pobre, hay que ver lo injusta.que es la vida, lo detienen cuando se marchaba a París. Tú sí que vendes: joven, tuerto, músico, desaparecido. Te encerraron en el sótano justo cuando ibas a cumplir el sueño de tu vida.

Con toda esta atención, una organización de derechos humanos se propone lanzar una petición por tu libertad. Insisten en que la campaña sea por ti. Tú no lo ves así, será por todos o por ninguno. No coincido contigo por egoísmo. Si se puede salvar uno, no hay nada malo en que seas tú. Salvarte a ti, no me importa nada más, pero no lo digo. Te quiero libre, pero admiro tu dignidad; te la juegas a todo o nada. Va a resultar que nos parecemos. Tienes madera de líder.

—No podemos hacer campaña por los treinta y dos. La gente necesita identificarse con uno que destaque, y el caso de Alí emociona —dice el activista de derechos humanos.

—A Alí le parece injusto —le contesto.

Como no estás aquí para defender tu postura, hago de tu portavoz, aunque no esté de acuerdo contigo.

—Los representaría a todos. Recogiendo firmas por Alí, lo hacemos por los demás. ¿Lo entiende?

—No sé si Alí dará su brazo a torcer.

—Hazle entrar en razón, Abderramán. A ti te escuchará —insiste tu madre.

El cristal es un mar de destellos. Por los fotógrafos que disparan sus cámaras, en aquel uniforme blanco debes de estar tú. Cuando acabas el *show* nos acercamos. Es un día de suerte; el oficial de turno está de buenas. Entre nosotros y la jaula, solo nos pide que dejemos tres filas de bancos. Si supiera lo que nos traemos entre manos, nos mandaba a la otra punta de la sala. Hoy necesito contacto visual, el uno frente al otro, con la verdad por delante. Las familias abrevian, un saludo y nada más. Nos ceden su tiempo porque lo que tú y yo tenemos que negociar les afecta a todos. Lo hemos pactado en una reunión. Estuvieron de acuerdo, solo falta que lo estés tú. No tengo tiempo que perder. Os han traído con retraso. El magistrado puede entrar en cualquier instante y el ujier gritará: ¡Tribunal! Silencio.

—Ya puedo yo —digo.

Cada vez que se ofrecen a ayudarme para trepar al banco, protesto. Es una pantomima; agradezco que me sujeten del codo o me tiendan un brazo. Cuando estoy arriba, me pasan las cartulinas, que sujeto entre las piernas. En cuanto tus compañeros me ven, se apartan. Me saludas tocando el violín. Inclinas la cabeza, deslizas el arco. Braceo para llamarte la atención: no es el momento, déjate de tonterías. Con la mano derecha sobre el corazón, te pido que no te ofendas. *Business*

is business, a lo que íbamos. El primer cartel aclara que será una petición internacional. En el segundo te resumo lo que ya sabes: Alí para todos y todos para Alí.

Te lo he escrito también en la última novela que recibiste, *Los tres mosqueteros,* de Alejandro Dumas. En cada libro que te mando, marco con la uña frases, palabras, diálogos con los que compongo relatos para distraerte, o cartas, como esta vez. Mientras yo te escribía de este modo, tu amigo Omar se encargaba de los carteles, con letra clara y grande. Cuando en el extranjero escriban sobre ti será como si hablaran sobre todos vosotros. Con gestos, me dices que no. La petición ha de ser por todos, con nombres y apellidos, o por ninguno. Me lo esperaba y vengo preparado. Guardo tres carteles en la recámara. Y te digo: tenéis que discutirlo. Esto no lo puedes zanjar tú. Las decisiones sobre la libertad son cosa de los treinta y dos. Votad, y que la mayoría decida.

Hoy soy más Abderramán Munir que nunca; estoy en mi papel. Te he dado una orden, no un consejo. Me despido y me bajo del banco para que comprendas que no hay más que hablar. Si tienes algo que responderme la próxima vez ha de ser en nombre de todos. Las familias se me acercan, esperanzadas.

—Era lo que había que decir. El chico lo entenderá; estamos en sus manos.

—Todo va a salir bien —les digo.

Yo también lo creo desde que los medios de comunicación internacionales hablan de ti.

—Alí actuará en beneficio de todos —dice tu madre.

Los demás imputados son secundarios. Mi lucha es solo por ti. Por tu propio bien, espero que recapacites. Puedes salvarte, ¿a qué tanto escrúpulo? La campaña será por ti o no se hará. Pienso en la publicidad que te dará la petición. Siempre absuelven a uno, que seas tú.

—Allí está Saleh —digo.

Nos ha guardado sitio en el extremo más alejado de las jaulas. Sabrás dónde estamos por el pañuelo vistoso de tu madre.

—¿Y cómo ha ido? —pregunta Saleh.

—Alí hará lo correcto.

Natalia viene hacia nosotros. Nos presenta a un corresponsal de un medio alemán, que quiere mostrar el lado humano de la noticia. Por mucho que te resistas, Alí, este es tu juicio.

—¿Puedo hacerles algunas preguntas? ¿Usted es el que lleva la página *Libertad para Alí, el violinista?*

Dos agentes nos están mirando. Será mejor que sigamos esta

conversación en otro lugar. Quedamos en que nos llamará.

—Es bueno que quiera contar la historia de Alí —dice tu madre—. Nada de política ni de manifestaciones, prométemelo. Solo la música.

Me pregunto cómo se puede escribir sobre tu vida sin mencionar Mohamed Mahmoud; eres hijo de esa calle. Cuanto más desgraciados sois, más les gustáis a los periodistas. Está el violinista tuerto que tenía una beca para París. Está el padre que ve crecer a su hijo a través de la jaula de los acusados.

—¡Qué salado está el niño! —dice Saleh.

—Le están saliendo los primeros dientes, por eso llora tanto —dice tu madre.

Hablamos del pequeño como si estuviésemos charlando en un parque mientras comemos altramuces. El magistrado entra; todos se levantan. Yo también, aunque no reconozco su autoridad.

Habla el fiscal. Protestan los abogados. El juez pone orden en la sala. Es lo de siempre. Te busco en la jaula de los acusados. Estáis charlando entre vosotros; será sobre lo que acabo de proponerte.

Después del fin de semana, se reanuda la vista. Se acabó el plazo; tienes que darme una respuesta.

—Ánimo, estamos con usted —me dice una chica.

Levanto el primer cartel. ¿Lo habéis hablado? No hace falta decir más. Tus compañeros hacen la señal de la victoria, como si dijeran: Alí para todos.

Llevamos ya cinco meses de juicio. Protesto; no hay justicia. Soy un hipócrita. No me importa que se alargue el proceso porque así puedo verte y hablarte con carteles. Temo el día en que se dicte sentencia. Os cortan la megafonía. Protestáis golpeando los cristales. Se interrumpe la sesión. Os trasladan a la cárcel.

Empieza otra vista. Posas tocando el violín y saludas a los fotógrafos. Levanto un cartel que dice: *El País, The Guardian, Le Monde.* La siguiente cartulina lleva una cifra escrita: *dieciocho mil.* Las familias aplauden. Una semana después, la petición ya ha recogido veinticuatro mil firmas.

—Estoy que no me lo creo. Miles de personas le felicitaron por su cumpleaños y no lo conocen —dice tu madre.

—Cuanto más ruido hagan por Alí, mejor para todos —dice Saleh.

—Dentro de nada estará tocando un violín de verdad —dice Natalia.

Tu madre se cubre el cabello con pañuelos de colores chillones, como el plumaje de un ave tropical. El de hoy es naranja. No sé cómo no le da vergüenza presentarse así vestida, dice alguien en la cola para entrar. A ella le trae sin cuidado.

Hace año y medio que te detuvieron. Llevamos siete meses de juicio y ya llega a su fin. El fiscal retomará las acusaciones hoy. Pasado mañana se dictará sentencia. Detrás de ti, tus compañeros hacen la señal de la victoria. Cuando terminas de tocar, te pegas a los barrotes. Por tu desánimo, la persona a la que esperabas tampoco ha venido hoy. Te recompones. Sonríes. Tu madre se ha subido al banco. Lleva un pañuelo fucsia que atrae los cuchicheos. Habláis en una lengua de signos que os habéis inventado, de la que estoy excluido. Ella también hace como si tocara el violín porque muy pronto van a soltarte. Los fotógrafos te observan con el dedo en el disparador. No puedes fallar; eres el representante de los treinta y dos, como yo soy la voz de las familias.

Debo comunicarte que la petición ha recabado ochenta mil firmas. Tú no eres yo ni lo vas a ser; eso quisiera decirte. Dentro de unos días, hablaremos de viva voz, sin cristales ni barrotes.

—Ya tengo práctica, pero se agradece —le digo al chico que se ofrece a ayudarme.

—Dios mediante, todo saldrá bien —dice.

Traigo los carteles enrollados para que no vean el contenido.

—Claro, chaval. Pásamelos.

Te arrimas a los barrotes. Esperas noticias de la petición.

Despliego un cartel en el que he escrito: *Perdóname, Alí.*

No busco tu perdón por un hecho concreto. Lo hice todo mal desde la noche en que llegaste. Ya te lo explicaré cuando estés fuera. Alzas el brazo con la palma extendida, como saludando. Todo está bien, ¿eso quieres decirme? Tengo una sorpresa para ti, Alí, pero no te adelanto nada. Tú mismo la verás. Pondremos el marcador a cero cuando salgas.

Me dispongo a desenrollar otro cartel con el número de firmas cuando el ujier nos pide silencio. Entra el magistrado, corro a mi sitio. Todos se han puesto en pie. Voy siguiendo el pañuelo fucsia de tu madre; me abro camino casi a empujones, disculpándome. Me siento entre ella y Saleh. Te veo en primera fila buscando a alguien entre el público.

El fiscal toma la palabra. Él también cree en el uno para todos. Os acusa de pertenecer a un movimiento ilegal, difundir bulos que dañan la seguridad del Estado y la paz social, e instigar una sublevación.

—A través de las redes sociales, causaron un daño irreparable. En otras circunstancias, estas noticias engañosas habrían limitado su alcance a un público reducido. Quien incita a la violencia en una red social sabe que el mensaje se extiende más allá de nuestras fronteras.

Como si despertara un enjambre de abejas, la sala murmura,

protesta y se rebela. El juez ordena silencio.

—Con sus actuaciones, suscitaron una crispación proclive a la violencia. De las pruebas presentadas y las confesiones de los acusados se infiere su pertenencia a organizaciones contrarias al orden constitucional.

—Por Dios, con lo que les han hecho, ¿cómo no iban a confesar? —dice Saleh.

Lo hemos oído tantas veces que pierdo el hilo. Me quedo mirándote. Ya deberías habernos localizado, pero miras a derecha e izquierda. No sé a quién buscarás.

—Está hablando de Alí, ¿en qué estabas pensando? —me dice Saleh, dándome un codazo.

—Es un hecho cierto que el acusado, desde la cárcel, ha seguido propagando el odio en las redes sociales a través de cuentas que otros llevan en su nombre.

—¿Desde la cárcel? Esta sí que es buena.

El fiscal no habla de ti, sino de mí y de los relatos que publico en Facebook. De los agentes extranjeros que ensucian la imagen del país y firman peticiones por tu libertad. De lo que escribió el chico del puente. De la pareja belga que se tomó fotos contigo. Después del invierno siempre vuelve la primavera, ¿te acuerdas?

Entre los barrotes, aporreáis los cristales. Cuando os amenazan con mandaros de vuelta a la prisión, os volvéis mansos. Preferís quedaros en la jaula, pero cerca de nosotros.

—En ocasiones como esta, desmontar los hechos es tarea imposible. El delincuente, sorprendido en plena faena, no tiene cómo convencer al tribunal de su inocencia. Me remito a sus cuentas en las redes, a las fotografías que los muestran cometiendo actos ilegales...

La defensa vuelve a pedir que os examine un médico forense. La defensa impugna las confesiones porque estuvisteis desaparecidos. La defensa asegura que el juicio tiene defectos de forma. La defensa también difunde noticias falsas.

—Siempre absuelven a uno, siempre —repito.

Se levanta la sesión.

Es hermosa la luz de la mañana. Las nubes de palomas se unen y se separan, hilvanando el cielo. Hoy conoceremos la sentencia. Cierro los ojos, extiendo las palmas de las manos, como si rezara, pero no es eso. Tan temprano, ya calienta el sol. He llegado de los primeros. A las puertas del tribunal, en un segundo se forma una fila silenciosa de mujeres y hombres. No hay niños esperando. Siempre meten bulla; los regañan sus madres. Se ríen, saltan, se impacientan, chillan, juegan. Hoy no los han traído para protegerlos.

Entramos.

—Esos bancos deben quedar vacíos. Ahí no pueden sentarse —grita un policía.

—Es para estar más cerca de los chicos. Hoy es la última vista. Dejen que nos sentemos en el lateral, en las primeras filas —insiste una mujer.

No hay manera. Octava fila, asientos doce, diez y ocho, platea, junto al pasillo. Lo pienso y no lo digo; no es un día para bromear. Tu madre lleva un pañuelo amarillo canario.

—Alí tiene que vernos, hoy más que nunca.

—Siempre absuelven a varios, lo contó la abogada —dice Saleh—. Será nuestro Alí, si Dios quiere.

—Así fue en mi juicio. Suelen exculpar a uno por lo menos —les confirmo.

En la sala todos piden lo mismo. Mi hijo, mi hermano, mi marido, mi amigo. Alí, que se salve. Todos queremos que Dios, la vida, el juez, el ministro de Justicia, el propio General, o como sea que se llame la fortuna salve al nuestro. Perdonad a Alí. Perdonad a todos estos chicos. Saleh y tu madre rezan por ti. Yo solo pienso en que siempre absuelven a uno.

—Mirad, ya entran. Allí está Alí. ¡Qué bien lo vemos! —dice tu madre.

—Es buen sitio. Llegué pronto —le contesto.

Parece que hablamos de una función escolar.

Nos buscas. Nos levantamos. Aquí, aquí. Nos saludas. Hoy no se nos permite subirnos a los bancos, tan solo pueden los fotógrafos. No hubiese sabido qué decirte. Estás distraído, mirando hacia el público.

Entra el magistrado y nos ponemos en pie. Omar, que está dos filas delante de nosotros, se da la vuelta y se coloca la mano en el pecho. Ya veréis, ya veréis. Suena un rumor de miedo y oraciones.

—Silencio —grita el ujier.

El juez empieza a leer el preámbulo de la sentencia. No quisiera distraerme como la otra vez cuando diga tu nombre. Eso será al final del todo, cuando lea la lista de los absueltos. Estás en primera fila, en un extremo, para que puedan sacarte fotos. No dejas de mirar el pañuelo amarillo de tu madre.

El juez hace una pausa para romper el precinto del agua mineral. Tras unos sorbos, reanuda la lectura con voz monótona. Desde que abrió la sesión, ni siquiera os ha mirado, como si no estuvierais en la sala. Cuando estuve en la jaula de los acusados, a mí tampoco me miraron, como si yo no fuera Abderramán Munir.

—Por entender que existen pruebas de cargo suficientes y legítimas

respecto a los hechos… —dice.

Enuncia las penas más duras, las condenas a muerte. Guardamos silencio.

—Ahmed, el del vídeo, al que todos acusaron. Pobre chico —dice Saleh.

Los sentenciados a la pena capital son tres, y no dice tu nombre. Se oye el grito de que esto no es justicia. Vosotros estáis de pie, tranquilos, charlando. Se diría que lo que lee el juez no os concierne. Las familias de los condenados a muerte se levantan. Alzan los brazos al cielo. ¡Es un crimen!, gritan, ¡un crimen! Una mujer se abofetea el rostro. En el pasillo central, dos jóvenes levantan a un hombre mayor que ha caído de rodillas. Como en una película de cine mudo, por los gestos de dolor, por fin entendéis. Aporreáis los cristales. Un abogado grita que no funciona la megafonía. El juez exige orden.

Prosigue la lectura con los condenados a veinticinco años. Siempre absuelven a alguien, siempre. Tu madre estrecha mi mano, pero el juez no dice tu nombre.

—Condeno a la pena de diez años…

Lee un nombre y no es el tuyo. Y otro nombre. Y otro. Y otro después.

—Alí, Alí —dice tu madre.

Tú eres yo, y yo soy tú. Todo se vuelve oscuridad.

27. Todo vuelve

Casi no llevo equipaje. Todo lo que poseo y me importa cabe en una maleta con ruedas, como los libros y las partituras que me mandó Abderramán Munir. También traigo la caja del violín. No me atrevo a abrirla; llevo cinco años escuchando música en mi cabeza. Mi madre insistió: ya verás cómo te ayuda. Tocar el violín es como montar en bici; se pierde soltura, pero no se olvida. No le dije ni que sí ni que no.

—El violín va mejor delante. En el maletero se puede dañar. Ya sabes que aquí la gente va como loca y frena sin previo aviso —dice Saleh.

Desde que me soltaron, me hablan como si regresara de una larga estancia en el extranjero, en el manicomio o en una nave espacial. Ten cuidado, las cosas aquí funcionan de este modo. De lo que pasa allí, en el sótano o en la cárcel, no dicen nada; se han puesto de acuerdo.

Mi madre me pidió que me quedase unos días más con ella porque en esa casa tan enorme me voy a sentir solo. Empiezo una nueva vida que no puedo aplazar. Es lo que Abderramán hubiera querido, y entonces cede. Le dije que puede venir a verme cuando quiera. Es como si el viejo siguiera teniendo la última palabra. Ni siquiera ahora le llevan la contraria, y yo lo exploto según me conviene. Les digo que él entendería que necesite estar solo porque pasó por lo mismo. Prefiero el silencio a las conversaciones huecas: hay que ver lo guapa que estaba la novia, lo caro que está todo, el calor que hace para el mes de mayo.

—Maldita mascarilla. Abro las ventanillas y nos las quitamos. Solo nos faltaba una pandemia.

Saleh arranca y dice:

—Cuando necesites que te lleve a algún sitio, como hoy, avísame.

Imagino por qué se ofrece. La última vez que paré un taxi en la calle, acabé encerrado en el sótano. Cuando me pusieron en libertad, Saleh acompañó a mi madre. Me dio un abrazo, y se quedó en silencio. Durante el trayecto, mi madre y Saleh se miraban por el retrovisor. Tienen un pacto, ni una palabra sobre Abderramán Munir hasta que me haya recuperado. No sé cuándo será eso, espero que pronto.

Le agradezco que no me diga que soy muy joven y tengo toda la vida por delante. Soy un viejo de veintiocho años.

—¿Os veíais mucho? —le pregunto.

Hace como si no me oyera en el barullo del tráfico.

—Abderramán y tú, ¿os veíais mucho?

—Alí, tienes que vivir paso a paso. Eso hice cuando dejé el Ejército. Cada nuevo día era una meta, una batalla, un triunfo.

Se va por la tangente. Mi madre, Saleh y Omar tienen un pacto de silencio. O siguen las indicaciones de Abderramán o algo sucedió que no debo saber. Me tratan como a un convaleciente que no tolera las emociones fuertes.

—¿Ya te has dado una vuelta? Habrás visto lo cambiado que está El Cairo con tanta renovación. Será como si empezaras de cero en una ciudad nueva.

Cuando habla de El Cairo, se refiere al centro, al barrio de Abderramán, que ahora está lleno de cafés modernos, galerías de arte y lugares con nombres en inglés, como los *coworking spaces*. Somos una ciudad del futuro.

—Está bonito. A él no le gustaba que lo dijera. No vamos a vivir eternamente en un sueño, ya pasó. La revolución, digo.

—Omar me dio una vuelta en moto, desde el centro hasta la ciudadela. Ese barrio sí que guarda el sabor de siempre, la misma pobreza de mierda.

—Alí, hablas igualito que Abderramán, pero con tacos.

El Cairo es un buen tema de conversación para que se confíe, porque siempre acaba saliendo Abderramán en la conversación. Si estuviera aquí, diría que el centro parece ahora un decorado. El Cairo es una moribunda que se maquilla los párpados de azul para engañar; son palabras suyas. Avanzamos a trompicones desde el barrio de la Aguza por el puente del 6 de Octubre.

—Ándate con mucho cuidado. No te metas en cosas peligrosas, como entonces. Esto no se va a mover ya. Yo que tú me dedicaba a la música por entero.

—Acaban de soltarme, Saleh. ¿En qué quieres que ande? La música, no sé, ya veré.

El taxista es el eslabón más débil. Nos tratamos poco antes del sótano; jugábamos al ajedrez. Mi madre no quiere que se toquen ciertos temas delante de mí. Él, sin querer, acaba de mencionar la política. Todo está perdido, nada se mueve; Alí, tú a lo tuyo. Me tiene aprecio, como si fuéramos familia, lo noto, pero le falta autoridad para negarme nada. Contraataco a ver si me cuenta qué fue de Abderramán o me da alguna pista de la que tirar.

—Abderramán y tú os hicisteis muy amigos.

—Después de lo que te pasó, tu madre, él y yo te buscamos en

todas partes. Volvíamos una y otra vez a los mismos sitios. No nos rendíamos. Eso une, claro.

Saleh trata de escurrirse. Me dice que en un par de años el museo arqueológico ya no estará en la plaza Tahrir. Cuando trasladaron las momias, les hicieron un desfile con honores, pues eran de la realeza. Yo vuelvo a lo que me interesa, pero la conversación no fluye.

—Siempre ibais los tres juntos cuando me buscabais.

—Había sitios a los que Abderramán no quería que lo acompañáramos. Ya hablaremos de eso más adelante.

A mí me parece un buen momento para hacerlo. He pasado cinco años en la cárcel de Tora, lo que es igual a un mismo e interminable día.

—¿Y a qué sitios no quería que lo acompañarais?

—A tu madre no le va a gustar.

—No se enterará.

—Fue a visitar a gente que estaba muy arriba, amigos de juventud. Me dijo que había ido a ver al mismísimo diablo. A uno que había trabajado en la seguridad nacional.

Parece un interrogatorio, pero si no le presiono seguirá contándome lo mucho que ha cambiado El Cairo. La conversación sigue el ritmo del taxi. Avanzamos unos metros y Saleh da otro frenazo. Después de unas frases, hace otra pausa. Así parece que no vamos a llegar nunca a nuestro destino ni al secreto que no quieren revelarme.

—¿De qué conocía Abderramán al tipo ese de la seguridad nacional?

—De nada bueno, seguro. Amigos no eran. Lo llamaba Chic Chac. Debía de ser un pez gordo, porque le dijo que estabas en Lazoghli. Abderramán volvió cambiado, no sé si por la visita o por el programa de televisión que se emitió poco después.

—¿En qué estaba distinto? Vamos, Saleh. Mi madre no lo va a saber.

—Le dio por decir que lo seguía una furgoneta blanca. Se metía por callejones, tomaba el metro y luego un taxi, pero la furgoneta siempre lo encontraba. La veía aparcada delante de su portal o del café, y no le daba tregua. ¿Es que no sabes que se los llevan en furgonetas blancas?, decía.

—A mí me raptaron en una que no tenía matrícula.

—No digo que no sea verdad. Abderramán fue a ver a gente importante. Puede que los de arriba quisieran asustarlo para que dejara de armar jaleo. Tu caso tuvo mucha repercusión.

—Para lo que sirvió.

—Te indultaron, eso no le pasa a cualquiera.

A ambos lados del puente cuelgan banderolas con el retrato del General. El tiempo no perdona; está abotargado. Sigue mirando al futuro con confianza. Me sonríe, como un padre orgulloso de su hijo. Me condenaron a diez años y, a la mitad, me levantó el castigo por la fiesta del final del Ramadán. Yo sé que está dispuesto a perdonármelo todo, a acogerme con los brazos abiertos, con una condición. *Le gustan los que ven, saben y temen y se tragan la lengua y no dicen nada. Pero si lo que quiero es pensar, cambiar las cosas, me encontrará y me dará una lección que nadie olvidará.* No tiene que repetírmelo; le prometo que seré bueno. Como en el poema «Amado Pueblo», no oirá queja de mí. Me estaré tranquilito.

—¿Sigues jugando al ajedrez? Cuando quieras te pasas por el café —dice.

Vuelve a cambiar de tema. Ya me ha dicho bastante, demasiado le parece, pero es poco para mí.

—Allí no me apetece. Mejor te vienes a casa de Abderramán.

Me cuesta llamarla mi casa. Me han dicho que está cambiada, pero no han querido adelantarme nada.

—Tienes razón. Sigo echándole de menos cuando se sientan otros en la mesa del ventanal. Aquello es un nido de víboras. El café está igual, menos por el dueño. ¿No lo sabías? Lo cosieron a puñaladas en un callejón. Resulta que era un soplón de la policía. A cuántos les destrozaría la vida…

Cuando el tráfico se despabila, cruzamos Tahrir en un momento, enfilamos Talaat Harb y pasamos por la catedral armenia. Estamos llegando.

—Ya no hay ángeles —digo.

No han dejado ni uno de recuerdo. Derribaron el muro de Mohamed Mahmoud para que no volvieran a pintarlos. Saleh se lo toma en sentido figurado: se acabaron las manifestaciones y los mártires. En otras calles, los murales van de esperanza y del futbolista del Liverpool Mohamed Salah.

—Las cosas están más o menos tranquilas. No vayas a saltarte el toque de queda. Acordonan Tahrir por la noche.

Todo vuelve y se repite. Los soldados arrastrarán las barreras de seguridad y sellarán los alrededores de Tahrir, como cuando Abderramán y yo nos conocimos. En cuanto anochezca, nos mandarán a casa.

—No creo que dure. Pronto darán con una vacuna. Con lo que nos reíamos de los chinos, que venían con sus mascarillas, y ya nos ves. Parece una película. Lo hemos vivido todo. Ya solo nos falta una invasión alienígena.

Aparca en doble fila delante de la casa de Abderramán.

—¿Te acuerdas de ella? —dice Saleh.

—Cómo no.

Natalia nos espera delante del portal. Preferiría entrar por la trastienda, como cuando salíamos a hacer pintadas, y que no me viese nadie. Saleh me ayuda a descargar la maleta. Llevo la caja del violín al hombro.

—¿Subes?

—Otro día me paso. Esto es entre vosotros —me explica mientras cierra el maletero—. Natalia tiene algo para ti de parte de Abderramán.

Extiende el brazo a través de la ventanilla.

—Cuídate, que Dios te proteja. Llámame para lo que necesites.

Natalia me da la bienvenida. Me acerco tirando de la maleta. Parece que duda, pero luego me abraza, ya somos familia.

—Alí, iluminas Egipto. Te he echado de menos.

—Y yo más.

Natalia conoce las frases de cortesía para cada ocasión, y esta es para los que regresan. Al fin y al cabo, la cárcel es otro país. Al bajar del furgón policial, fue como si descendiera la escalerilla de un avión. Llegaba a otro mundo. Con la mascarilla no adivino si los últimos cinco años la han tratado bien o regular. Por los surcos que se le forman alrededor de los ojos, me está sonriendo. Delante del ascensor, me tiende un manojo de llaves, nuevas y antiguas, grandes y pequeñas.

—Esta es la del piso. Esta, la de la trastienda. Las demás las vemos ahora. Estás en tu casa.

Se han dejado abierta la puerta del ascensor. Subimos por las escaleras, como hacía Abderramán.

—¿Te ayudo? —me pregunta.

—Llevo poca ropa, toda de verano.

Lo único que pesa son los libros-cartas de Abderramán. He escogido tres; los demás me los iré trayendo poco a poco. Llevo puesta la camiseta con el cartel de la película *Metrópolis;* me queda holgada. Ya no soy el mismo Alí. He dejado casi toda la ropa en casa de mi madre. Le dije que ya no me quedaba bien, que se había pasado de moda y que me iré de compras cuando vea cómo viste la gente.

La cerradura se me resiste. Me he pasado más de cinco años sin abrir puertas. Por mucho que empujo, no cede.

—Tienes que tirar del pomo hacia arriba al girar la llave.

Entramos a oscuras. No le doy a la luz inmediatamente. Las casas conservan el olor de sus habitantes; aquí no lo reconozco. Huele a

nuevo, a recién pintado, a un espacio sin estrenar.

—¿Y Fayruz? —le pregunto.

—¿Sabías que los pájaros se mueren de pena? Me la traje a casa, libre como la tenía él. A las pocas horas se murió.

Cuántas veces en la cárcel, para conciliar el sueño, volvía a las calles de El Cairo, a los paseos con Nora por Zamalek, a la casa de Abderramán. Me conozco cada rincón. Acierto con el interruptor a la primera. Cuando se enciende la lámpara del techo, todo es distinto y a la vez familiar. Me quito la mascarilla, la doblo y me la guardo en el bolsillo trasero del pantalón. Mis gestos son lentos, como para ganar tiempo mientras me hago a la nueva realidad.

—Tenía que haberte avisado. ¿Te encuentras bien?

En medio del salón, me siento como un intruso que se ha equivocado de habitación de hotel. En el armario la ropa es la de un desconocido. La maleta del rincón tiene otro color y tamaño. ¿Por qué tuviste que cambiarlo todo? Al menos tu casa debía quedarse igual. Siempre se hace todo lo que tú quieres, pero ¿y lo que necesito yo? Reconozco algunos muebles, desubicados. La mecedora, la vitrina vacía salvo por una cajita de porcelana, las estanterías con la colección de vinilos. Busco los de Bartók.

—Estuvo comprando discos para remplazar los que se perdieron en el último registro.

El sofá y la mesa del comedor, con sus seis sillas, son blancos y modernos.

—Abderramán nos puso a todos a trabajar. La casa tenía que estar lista para cuando te soltaran. Tu madre, Saleh, Omar y yo le echamos una mano. Parece que no te gusta.

—Es la sorpresa. No esperaba encontrármela tan cambiada.

La casa tiene un aire europeo que va conmigo. La decoración sigue siendo minimalista, pero de otra forma. Ha dejado huecos, como silencios que son oportunidades.

—Abderramán dijo que era mejor así. La idea es que la amoldes a tu gusto. No quería que vivieras en su pasado.

Natalia es la mensajera. Esto es lo que Abderramán quería para mí. Incluso muerto, no me deja tomar mis propias decisiones.

—Su pasado también era un poco mío —protesto—. ¿Entonces él sabía?

—Te refieres a si sabía que se moría.

Tengo que mirar hacia delante, deshacer la maleta, soltar lastre, porque la vida empieza hoy. Todos repiten la consigna: sanar, vivir, recomenzar. Abderramán y yo sabemos que es un engaño. Estoy aquí, en la calle Youssef El Guendy, en lo que fue la casa del escritor. Y sigo

con los que se quedaron atrás, en la cárcel. Y con los nuevos que ahora están en el sótano. Vivo a la vez allá y aquí, en dos mundos simultáneos.

Me acerco a la vitrina, donde está la bombonera de porcelana con las golondrinas azules. La levanto entre las palmas de las manos, como un objeto sagrado. Abderramán no quiere encerrarme en su pasado y heredo el único recuerdo de su madre.

—Sobrevivió al registro —dice Natalia.

No me la ha dejado por nostalgia. Cada objeto está aquí por un motivo y es un acertijo por desentrañar. Querrá decirme que después del invierno llega la primavera, o que no desprecie la belleza de las pequeñas cosas; a veces es lo único que nos queda. Son cosas que solía decir. Como en el libro aquel que me mandó, soy un joven-viejo en busca de sentido.

Es la casa de Abderramán, pero ya no lo es. Soy Alí y a la vez otra persona. He vuelto y nada es como antes.

—¿Me enseñas el piso luego? —digo.

Si queda algo de él estará en su estudio, con los decorados antiguos y los retratos de boda.

—Allí estaba su lugar en el mundo. ¿Bajamos? —le sugiero.

—Te parecerá una tontería —dice Natalia—. Cuando no puedo más, me paso por el estudio y entro por el almacén. Le cuento a Abderramán esto y lo otro, como si estuviera. Bueno, venía, eso era antes.

—Puedes seguir haciéndolo.

Han pintado de rojo la escalera de caracol. Los peldaños retumban de lo rápido que bajamos.

—¿Las novias también? —lo digo y no me lo creo.

Han desaparecido los retratos de boda. Tampoco está la fotografía de las revueltas en la que salía yo. En su lugar cuelgan retratos de jóvenes que se tapan un ojo con una mano y sonríen. No son fotografías de estudio, sino momentos de vida. Una maestra posa delante de la pizarra en la que ha dibujado el mapa de Egipto. El conductor de un microbús se asoma a la ventanilla. Un niño sujeta la pelota de fútbol con el pie. Los chicos que juegan al billar en la calle también se cubren un ojo. Lo mismo una chica que se refleja en el escaparate de una tienda. Los retratos están en todas partes, en el estudio y los dos almacenes. A lo largo de la escalera que sube a la vivienda, han colgado fotografías festivas, tomadas en el viejo Cairo.

—Las sacó después del juicio para darte la bienvenida. Estaba seguro de que te soltarían antes. Y acertó.

En el espacio donde retrataba a los modelos sigue estando el espejo

del marco dorado. En la pared de enfrente han dispuesto un cuadro de grandes dimensiones, cubierto con una sábana.

—Me regaló algunas cosas. La Leica de su padre, fotografías, algunos telones antiguos. Pensé que debías saberlo —dice Natalia.

—No tenías que decírmelo.

—Tómate el tiempo que necesites, Alí. Ya ves que cada cosa tiene su porqué.

—Me doy cuenta. No ha dejado nada al azar.

La casa es una carta, como los libros que me enviaba a la cárcel. Con la uña marcaba palabras, frases, diálogos. En cada rincón me ha dejado un mensaje. Ya no me asusta confesármelo: es una carta de amor.

—¿Me ayudas con la sábana? —le digo.

Tiramos cada uno de una punta. Es el retrato ampliado de alguien que se me parece. Así era yo cuando me llegó la carta del conservatorio y ya me veía en París. Es uno de los retratos que me sacó en la calle Mohamed Mahmoud tocando el violín, dos años después de las revueltas. Tengo que volver a tocar, ¿eso quiere decirme? Me he traído el instrumento, pero sigue como un muerto en su ataúd. No he abierto la caja desde que me soltaron y tengo la esperanza de que no haya nada en su interior. Tampoco he buscado a Nora en las redes sociales. ¿Y qué puedo decirle? Casi no sé cómo es la piel de una mujer. No sé dónde empieza mi cuerpo ni dónde termina. No sé quién es ese al que llaman Alí. Cuando me llaman, contesto: sí, soy yo.

Sobre un arcón está el globo del mundo. Cierro el ojo. Lo hago girar, como hace tantísimas noches. Apunto con el dedo. Da igual dónde se detenga, pero espero que no sea en París.

—Ushuaia —digo.

—No es mal sitio para empezar una nueva vida.

Tengo prohibido viajar al extranjero.

Natalia señala las cajoneras donde Abderramán guardaba sus fotos y las de su padre. Encima han colocado el retrato de un chico que se tapa el ojo. Me suena su cara. El decorado es el de una tienda de ultramarinos.

—Lo ayudé a organizar el archivo fotográfico. Ya pensarás qué hacer con todo esto. Es historia, algún día podría volver a interesar.

Hace tanto tiempo de aquellas revueltas que parecen un sueño.

—Salíamos juntos a hacer retratos. Esos que ves de gente tapándose un ojo.

—Son bonitos —digo.

Natalia me mira y se muerde el labio.

—Así no era. Él lo quería de otro modo. Alí, tenemos que subir. Se lo prometí.

—No entiendo, ¿he hecho algo mal? —le digo.

—No, pero yo sí. Tenemos que empezar por el principio para que lo entiendas. Abderramán quería pedirte algo.

Ya estamos con tus juegos. Hasta muerto llevas la batuta. Natalia me agarra de la mano cuando subimos la escalera de caracol. Me guía como si en lugar de tuerto fuera ciego. Deprisa, Alí, vamos.

—Ven, Alí. Es algo que solo tú puedes hacer.

Me encomiendas una misión después de muerto. Has vuelto a jugármela. No te prometo nada. Cruzamos el pasillo. Entramos en la habitación del fondo, el despacho. Aquí no ha llegado el cambio. Te has ido a comprar el pan y vuelves. Estás en la cámara oscura y ya vas a llamarme.

Salvo por las paredes, que ahora son de un amarillo pálido, todo sigue aquí más o menos igual. Susurramos como si el novelista fuera a sorprendernos y a decirnos: ¿quién os ha dado permiso para revolver en mis cosas? Miro todos esos libros que ahora son míos. Echo de menos a Fayruz, colgada en un estante o en lo alto de la puerta. Voy a comprarme un pájaro, una tórtola a poder ser. La llamaré Béla Bartók. No, mejor Bartók, o Béla a secas.

Sobre el buró hay dos cajas a mi nombre, con la inscripción número uno y dos. Sigo el orden que me marcó Abderramán. Empiezo por el uno, un paquete voluminoso envuelto en papel azul.

—Cierra los ojos —me dice Natalia, aunque solo uno ve—. Rompe el papel por aquí. Yo te ayudo. No los abras hasta que yo te diga. Uno, dos, tres, ahora.

Es un libro en cuya portada salgo yo. Acabo de tocar el violín en la calle Mohamed Mahmoud. Los chicos emergen de la humareda boqueando. Miro a la cámara con dos ojos que ven, llenos de rabia. El título no es el que esperaba. Como está en español, Natalia me lo traduce. *Los soñadores*. Textos y fotografías de Abderramán Munir. Me lo ha dedicado. *A Alí Fuad, para que no deje de soñar.*

—Abderramán se la jugó por los retratos. Las fuerzas de seguridad los buscaron cuando hicieron aquel registro, eso creo yo. Los tenía muy bien escondidos —dice Natalia.

Hojeo el álbum de fotos empezando por el primer capítulo, que es el mío. Luego busco el desnudo del espejo, que está hacia el final. Por cada chico hay varios retratos, tomados en el estudio y en su entorno de vida. Abderramán ha escrito un relato para cada uno de nosotros. Habla de los sueños que tuvimos antes de quedarnos tuertos y después. En eso se equivocaba: lo que es a mí, ya no me quedan.

—Siempre conseguía lo que se proponía —digo.

—Casi siempre.

No hace falta que me lo explique. Yo soy su proyecto inacabado.

—La caja número dos es otra cosa —dice Natalia—. Es algo que debes hacer. Por ti. Por Abderramán. No me contó más. Ya me marcho. Querrás estar solo. Es algo entre él y tú.

—Te acompaño —le digo.

Nos despedimos en la calle.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —me dice.

—Eso espero.

Cuando va bajando la calle, se vuelve para decirme adiós con la mano. Cruzo para comprar provisiones, las suficientes para no tener que salir durante varios días. Cuando entro en la tienda de comestibles, pienso que no me reconocerán después de tanto tiempo y con la mascarilla puesta.

—Alí, ¿verdad? —dice el tendero—. Dios sea loado. Te he visto con la fotógrafa española y enseguida he sabido que eras tú. Ya nos dijo el Profesor que te quedarías a vivir en su casa. Lo que necesites te lo sube mi hijo. Posó para un retrato aquí, en la tienda, ya lo habrás visto.

El chico se acerca a saludarme, se tapa el ojo y sonríe. Le digo que su retrato quedó muy bien.

Necesito latas de atún, una docena por lo menos. El mismo número de latas de habas cocinadas. Voy pidiendo queso, cecina, pan y pastas rellenas de dátiles. Abderramán me ha dejado un sobre con dinero: *Para que termines lo nuestro*.

—¿No irás a vivir solo de eso? Tienes que comer fruta y verduras. No lo digo por vender, que conste.

Pido también tomates, cebollas, patatas, huevos. La campanilla de la puerta tintinea mientras me atiende. Sobre las baldosas crujen unas suelas de goma. El hombre que acaba de entrar va sin mascarilla. Cruza la tienda de un lado a otro, impaciente, y luego otra vez. Es su forma de exigir que lo atiendan el primero. El tendero no se da por aludido. Temo que el hombre se ponga a girar a mi alrededor, como en el sótano. Percibo un perfume especiado cuando pasa por mi lado rozándome. Me quedo quieto mirando los estantes. Cuento las conservas, ordenadas por género, tamaño y color. Hay cuarenta y cinco de atún en aceite de girasol de la marca Sunshine. Ya.va a chasquear los dedos para que lo sirvan de inmediato, pero no lo hace. No lo miro, ni él a mí. Si es el Pachá Mahmoud, no tengo modo de reconocerlo. Él tampoco sabría quién soy. Los detenidos del sótano nos parecíamos como dos gotas de sangre.

El tendero dice:

—Ahora mismo estoy con usted, Pachá.

El hombre no es de los que esperan. Exige una botella grande de agua sin un por favor.

No oigo las monedas en la caja registradora. No paga lo que se lleva. Es uno de esos que tienen derecho a todo. Ya he terminado de contar las latas de atún. El Pachá sigue dando vueltas por la tienda. ¿Qué tengo que temer? Ya no soy el 35.286. Me han hecho libre, aunque el sótano siga dentro de mí.

—Faltaría más, Pachá. A su servicio. Lo que usted guste —le dice el tendero.

Suena la campanilla. No tiene por qué ser él, en esta calle, la primera vez que salgo a un recado. Pachás hay muchos: todo el que trepa, despunta y humilla.

—Ni mascarilla lleva. Es uno de la comisaría de Abdín. Que Dios le queme la casa.

El tendero me mira y cambia de tono.

—¿Alguna cosa más, Alí?

Le pido lo primero que se me ocurre.

—Atún, ponme latas de atún.

—Si ya te llevas una docena. ¿O es que quieres vivir solo de eso?

Nos reímos; no me pasa a menudo. Tengo lo necesario para no salir en una semana como poco. Me aturde el barullo de las calles. Los demás me agobian con sus consejos. Ten cuidado, no vayas a hacer una tontería, vive el día a día, de atún no se puede vivir, la música te sanará. Quiero estar solo, no es mucho pedir.

—No podrás con todo. Ya te ayuda mi hijo. Las botellas de agua pesan lo suyo.

El ascensor vuelve a funcionar, lo cargamos con la compra y nos apretamos. El chico me sonríe con una alegría sincera. Ha cambiado mucho, tendrá ahora diecisiete años. Ya en casa de Abderramán, introduzco la mano en el bolsillo del pantalón y saco un billete. El chico rechaza la propina.

—Tú no te acordarás de mí, pero yo sí. El Profesor me hablaba mucho de ti. Yo le quería un montón. La tórtola era amiga mía. Dejó de ser el mismo cuando te condenaron.

Ya le preguntaré otro día. Puede que me cuente lo que los demás callan. Le repito que su retrato está genial.

—¿A que sí? —dice tapándose el ojo, como en la foto—. Los hizo por ti. Sonríe, me decía, que Alí te vea feliz.

Eso, todos felices porque Alí ha regresado.

La nevera se estremece cuando la enchufo. Para una cosa que

podían haber cambiado y no lo han hecho.

—Aguanta, cachivache. No me falles.

Con un trapo húmedo, limpio la mesita y las dos sillas del balcón. Preparo un café cargado y sin azúcar, como lo tomaba Abderramán, y otro más flojo y azucarado para mí. En cuanto abra la caja y sepa lo que me pide, será como si conversáramos. En una de sus novelas, *Como si estuvieras aquí,* me escribió con la uña que me dejaría la casa. Ni una palabra sobre la misión que me encomendaba, o eso creo. Tendré que revisar los libros-carta por si se me escapó entonces algún mensaje.

Sujeto la segunda caja, sin decidirme a abrirla, mientras Abderramán se asoma al balcón. Mira la calle y las tórtolas, que alimentan a sus polluelos en los huecos de las fachadas. La caja tiene un cordel lacado a su alrededor. Vuelvo de la cocina con un cuchillo de trinchar. Corto la cuerda y cuento hasta quince, como es mi costumbre ante un desafío, siempre números impares. Cuando la haya abierto, como una maldición, ya no podré cerrarla hasta que cumpla lo que Abderramán me pide. Del interior saco un sobre y una carpeta abultada con el manuscrito de una novela. Unos capítulos están mecanografiados y otros en blanco, con las páginas numeradas. En la cubierta, ha escrito el título a mano, con esa caligrafía suya tan elegante: *Los chicos tuertos*.

Rasgo el lateral del sobre con el cuchillo. Es una carta, tres folios escritos por ambas caras con una letra irregular que no parece suya. Vuelvo a guardarlos, ya los leeré más adelante, cuando me sienta fuerte. Extiendo la carpeta con el manuscrito. Después del título, en la primera página, me ha dejado unas instrucciones a modo de prólogo. Debo completar la novela y dedicársela a los jóvenes de la calle Mohamed Mahmoud. Es nuestra historia, a dos voces: Abderramán y Alí. Ha escrito su parte, su versión. Aunque no esté conforme, no debo corregirla. Los capítulos en blanco son los que he de escribir yo. Dos vidas, la suya y la mía, como si fueran una. Yo soy tú, eso dijo cuando me escondió y yo me hice el dormido. Todo se repite; todo vuelve.

Trabajo sin pausa. Leo su parte y escribo la mía. A veces le respondo y entonces damos dos perspectivas sobre un mismo hecho. Huyo durante el toque de queda, Abderramán me abre la puerta del estudio, y cada uno lo cuenta a su manera. Otras veces escribo sobre cosas mías que él no supo: los pintores no se fiaban de mí, Laila murió en una manifestación, yo solo soñaba con París. Todavía me quedan latas de atún, botes de salsa de tomate, espaguetis, cecina y queso. No quiero que mi madre venga a traerme nada. Ya iré yo, este viernes no, el próximo. Escribo sin parar, como si se me acabara el tiempo.

No sé cuánta sinceridad habrá en lo que escribe Abderramán. Lo advierte en el capítulo que estoy leyendo ahora. Los recuerdos son una construcción, también los míos. *Somos testigos poco fiables de nuestra propia vida. El relato de lo que fuimos es opaco, interesado. Omitimos ciertas acciones que nos desfavorecen; embellecemos otros muchos acontecimientos. Si estuvimos allí, empujamos a los protagonistas al papel de comparsas y nos apropiamos sus buenas acciones. Nos justificamos, limamos defectos, corregimos mezquindades o se las atribuimos a otros. Traficamos con nuestros recuerdos para salir mejor parados. Nos repetimos que no tuvimos opción; nos empujaron las circunstancias. Nos juramos que era lo justo, lo volveríamos a hacer, cualquiera en nuestro lugar habría obrado igual. Hicimos lo que pudimos, no somos ni ángeles ni demonios. Nos contamos nuestra vida con cierto heroísmo. Nosotros, entonces, fuimos los buenos, aquellos a los que vendieron y traicionaron. La historia que nos contamos nos reconforta; nos permite soportarnos. Nos la contamos una y otra vez, se la contamos a otros, te la cuento a ti, Alí, nos la creemos. Luego están esos momentos de sinceridad, en el insomnio, en los que somos el más duro de los tribunales. Al amanecer, volvemos a buscarnos excusas, pero por la noche no valen las mentiras. Por eso los camaradas dejamos de vernos. En su recuerdo, somos menos heroicos, somos más mezquinos y de carne y hueso; les fallamos más. Son los únicos que pueden enmendar nuestra memoria.* Yo también estuve allí; mis recuerdos a veces corrigen los suyos. Me indicó que no tocara su parte, pero me parece que este párrafo sobra. Lo subrayo, ya veré cómo lo integro; podría servirme de epílogo.

Cada uno escribe su verdad, esto es una novela. Leyendo sus capítulos, siguen sin aclararse muchas cosas. No sé por qué me mintió con eso de que me buscaban. Parece un impulso que luego racionaliza: quiere salvarme, hacer las cosas bien, mi vida por la de su amigo.

Abderramán me compró una cama. Arrastro el colchón y duermo en el balcón. Refresca por la noche. Me envuelvo en la manta. De madrugada, me despiertan el tráfico y los cantos de los pájaros. Entonces sé que no estoy en la cárcel ni en el sótano.

Me llama Omar. Los chicos quieren verme. No sé quiénes siguen en Egipto todavía. Muchos se marcharon. Me llama mi madre; me echa de menos, pero le alegra oír mi voz. Me llaman Natalia y Saleh por si necesito algo. Les digo que estoy bien, escribiendo. Les aseguro que me tomo la medicación, aunque solo lo hago cuando me acuerdo. Les digo que nos veremos pronto. Cuando salga compraré un pájaro. Seremos dos presos, porque él no saldrá de casa ni yo del pasado.

Escribo en el balcón. Es el primer borrador, que luego tendré que pulir para que fluya, como me dejó escrito Abderramán. Su voz y la

mía suenan parecidas a veces. Cuando termino de leer un capítulo suyo, me pongo con el mío. Sin querer, se me pega la cadencia de sus frases. Yo creo que es algo más profundo, como si Alí y Abderramán al final fueran uno.

Sigo sus indicaciones: un capítulo suyo y otro mío. La alternancia no es perfecta. Cuando estoy en el sótano y me están buscando, lo cuenta él. Voy atrasado; para la oscuridad aún me quedan muchas páginas. Estoy con Nora y Omar en el barco. La gente baila en la cubierta. Va a caer la noche. Ha sido un día precioso. Estamos de celebración porque Nora y yo nos vamos a París. Entonces, como un presagio, veo cómo meten a un chico en una furgoneta blanca. Eso estoy escribiendo en este momento.

La noche emborrona los folios. Acaba de fundirse la bombilla del balcón, pero no quiero interrumpir el capítulo. Estoy en racha, la historia fluye con ligereza, como si no tratara de mí y de Abderramán. Entro en el salón para encender las luces mientras voy componiendo la última escena. Arrimo la mesa a la cristalera. Para no verme reflejado en la pantalla, ladeo el portátil. Tecleo a toda velocidad. No hay mejor momento para escribir. No se oyen voces en la calle. El Cairo susurra, como si le hubieran bajado el volumen con el mando a distancia. Llega un rumor de televisiones por las ventanas abiertas. Ha empezado el toque de queda. Los gatos se pelean en el callejón. Tiembla el aire, cuando pasan furgones militares por la avenida. No sé cuánto ha transcurrido desde que corrieron las barreras de seguridad en la Plaza. Las voces de los soldados se alejan; acaba la primera ronda. Todo está tranquilo. Me gusta escribir cuando calla la ciudad.

De pronto gritan.

—La puta no debe de andar lejos.

—Ya te vamos a encontrar.

—Cachorrita, no te escondas. Ya verás lo que haremos contigo cuando te agarremos. Te gustará.

Como una traca, retumban las contraventanas y los portones al cerrarse. Los vecinos han corrido a esconderse. Las únicas ventanas abiertas son las mías. Apago las luces de la sala para observar a los cazadores con discreción. Estoy de nuevo en el balcón. Agachado, observo la calle entre los barrotes de la barandilla. No los veo, pero están al caer.

—¿Qué pasa? ¡Ahora estáis sordos y ciegos! ¿Por dónde se.fue?

Por los gritos, deben andar a la derecha, en la plazuela de los anticuarios. Adivino un bulto entre dos coches. Cuando se incorpora, los luminosos del hostal Sara Inn la delatan. El silencio agranda el sonido de sus pasos. La chica avanza pegada a la pared, a veces se

agacha.

Los cazadores golpean los cierres de los comercios en una calle cercana. Estalla la luna de un escaparate. Salta la alarma de una tienda.

—¡Decidnos dónde está la puta!

La chica se para en seco y se pone a llamar a los telefonillos, de uno en uno, luego todos a la vez. Enfrente, alguien entreabre las cortinas en el segundo piso. La chica sigue pulsando botones. Abran, por favor, abran. Ruego que no llame al mío. Retrocedo, entro en el salón a gatas. Por favor, no llames aquí. No quiero volver a la cárcel.

Cruzo el pasillo a tientas hasta el despacho. Entorno las contraventanas que dan al callejón. El anuncio del dentista emite una luz débil y sucia. Cuando el ojo se acostumbra a la penumbra, distingo una silueta agazapada junto a un cubo de basura.

—Cachorrita, no te escondas.

Los gritos vienen de la calle principal. Los cazadores ya están aquí.

Bajo a toda prisa la escalera de caracol. Cruzo los dos almacenes, alumbrándome con la linterna del teléfono. En la otra mano sujeto el manojo de llaves. No sé cuál abre la puerta de la trastienda; esta no es. Pruebo con otra. Al tercer intento, la llave gira en la cerradura. La puerta se atasca; está recién pintada. Tiro con todas mis fuerzas. Parece que ya cede. Chirría y raspa el suelo de baldosas. Con tanto ruido, la chica ya no estará. ¿Adónde podría ir con esos hombres buscándola? La puerta se queda entornada. Cuando me asomo, la chica se ha incorporado. La tengo delante, a la espera de que una palabra mía la condene o la salve. Somos dos sombras.

—Vamos, deprisa —le digo.

La chica no se mueve. Me hago a un lado y me pego a la pared. Los aullidos se acercan. Cachorrita, ¿dónde te escondes? Enciendo la linterna del móvil y la oriento hacia el suelo, iluminando el umbral. Ella no puede verme. La sombra que soy le dice:

—¿A qué esperas? Entra. No tengas miedo.

Agradecimientos

A Juan Carlos Moreno por acompañarme en este viaje y creer a muerte en esta historia, a veces más que yo. No ha sido fácil vivir conmigo mientras escribía *Los chicos tuertos,* pero entendiste que esta novela es más que un libro, una promesa. «Lardinois —me decías—, esta novela tienes que terminarla».

A Ignacio Ferrando por comentar con tanto rigor y humor una versión inicial, en la que Alí no era ni siquiera tuerto. Me animaste a que le diera una vuelta a la historia, eso he hecho durante cinco años. A los compañeros de aquel inolvidable taller de escritura por ser mis primeros lectores, críticos y generosos. Con vosotros puse a prueba la historia de Alí y el Profesor, os interesó —vaya, funciona— y ya no me rendí.

A El Cairo de las revueltas y las esperanzas a quien debo mucho de lo que soy. Te echo de menos, vieja amiga, ojalá volvamos a vernos. Sobre todo, gracias a I. K., a quien siempre quise dedicar esta historia. Va por ti, ya lo sabes.

Ni que decir tiene que esta novela está basada en hechos reales, pero todos los personajes son de ficción, salvo el General.

Índice

Agradecimientos

Créditos

Edición en formato digital: 2024



El Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones está convocado por la Fundación Unicaja.

El jurado formado por Lola Larumbe, Víctor del Árbol, Joaquín Pérez Azaústre y Xenia García otorgó a *Los chicos tuertos* el XXIV Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones.

Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-618-7